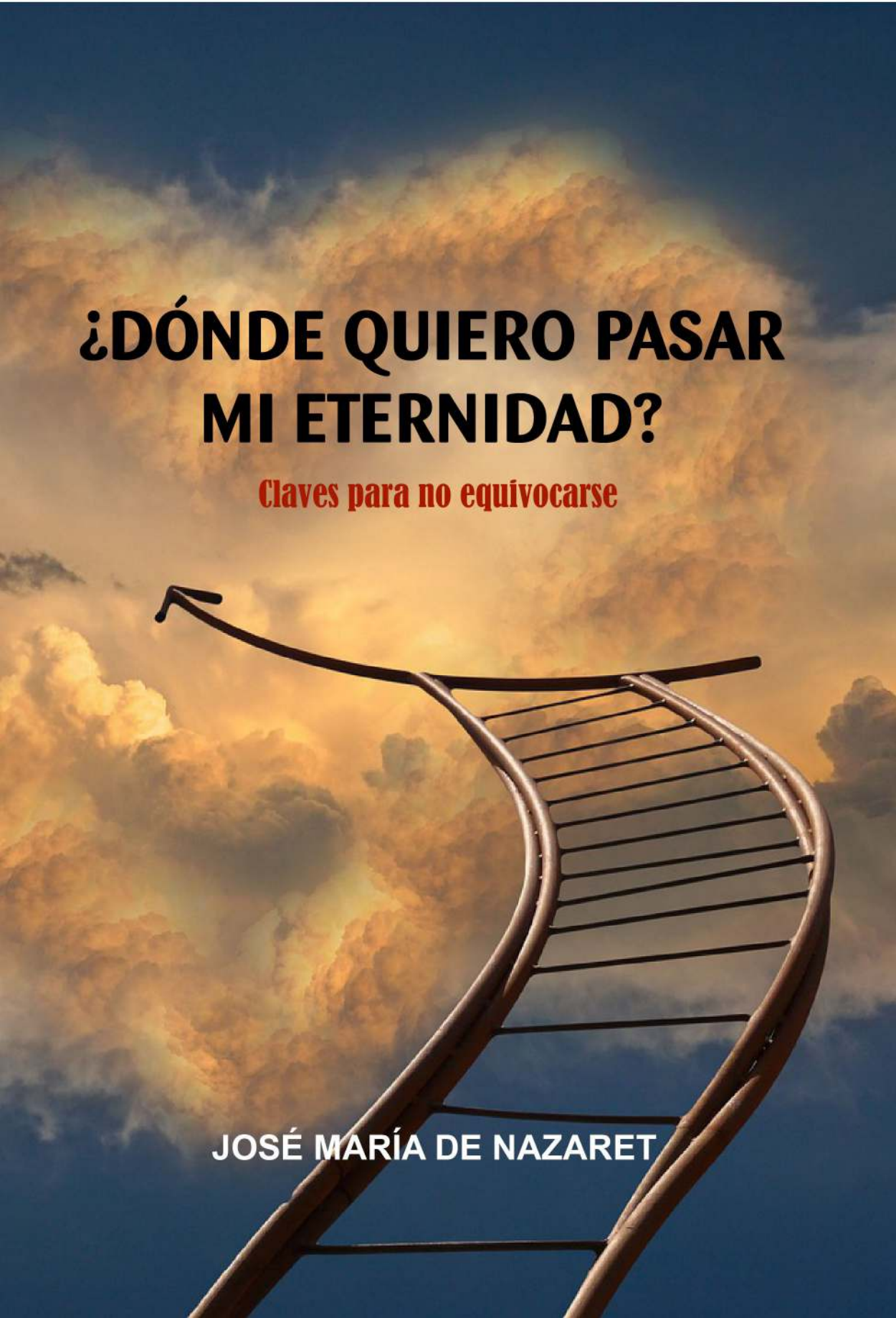
¿DÓNDE QUIERO PASAR MI ETERNIDAD?

Claves para no equivocarse



JOSÉ MARÍA DE NAZARET

¿DÓNDE QUIERO PASAR MI ETERNIDAD?

Claves para no equivocarse

**(Lo que la Iglesia siempre enseñó,
ahora demasiadas personas ignoran,
y urge darlo a conocer)**

JOSÉ MARÍA DE NAZARET

Copyright © 2019 José María de Nazaret
Reservados todos los derechos.
ISBN: 9781092150651
Impreso por Amazon KDP

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la comercialización parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Existen a disposición del lector en la web:
http://booklaunch.io/nazaret/dondequieropasarmieternidad
la posibilidad de acceso a diferentes formatos de la obra incluida una versión gratuita en PDF para descarga de uso privado.

De acuerdo a los Decretos de Urbano VIII y de la Sagrada Congregación de Ritos, se declara que a cuanto se expone en la presente publicación en lo tocante a testimonios o experiencias personales, no se da otra fe sino aquella que merece el atendible testimonio humano, y que no se pretende en modo alguno prevenir el juicio de la Santa Iglesia Católica y Apostólica.

El Decreto de la Congregación para la Propagación de la Fe (A.A.S. nº 58/16 de 29 de diciembre de 1966) que abroga los cánones 1399 y 2318, fue aprobado por S.S. Pablo VI y publicado por su voluntad. Por lo cual: no se prohíbe divulgar sin licencia expresa de la Autoridad Eclesiástica (Imprimatur) escritos tocantes a nuevas apariciones, revelaciones, visiones, profecías y milagros, con tal que se observe la Moral Cristiana general.

Czeslaw Milosz (1911 – 2004) Premio Nobel de Literatura en 1980:

«*Religión, opio para el pueblo. Para aquellos que sufrían dolor, humillación, enfermedad, y servidumbre, prometía una recompensa más allá. Y ahora estamos siendo testigos de una transformación.*

Un verdadero opio para el pueblo es la creencia en la nada después de la muerte: el inmenso placer de pensar que, por nuestras traiciones, avaricia, cobardía y asesinatos, no vamos a ser juzgados».

Evangelio según San Juan 3, 16-21:

«*Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*

Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios.

Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras.

Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios».

INDICE

INTRODUCCIÓN 1

Aviso de Santo Tomás de Aquino, doctor de la Iglesia 5

ORACIÓN 6

Capítulo I: Dios Padre nos ha hecho hijos suyos en Cristo para que podamos vivir como tales, aquí y en la eternidad

1. ¿Vas a abrir tu corazón a la misericordia de Dios? 9
2. ¿Conquista la vida eterna? 13
3. Una sana y santa tradición nos equipa frente a la derrota, la desesperación, la depresión 19
4. La fuente principal de todos los desórdenes 27
5 Fulanito, ¿Estás preparado? 31
6. Las cosas claras desde el principio 35
7. La pescadera que no se sentía bendecida por Dios 39
8. Una posibilidad radical de la libertad humana 41
9. ¿En qué mundo vivimos? 46
10. Apocalipsis y apostasía, dos palabras muy actuales 50

Capítulo II Tenemos un alma inmortal que muchos parecen ignorar

1. Tenemos un alma inmortal que necesariamente se salvará o se condenará eternamente 59
2. Puntos doctrinales fundamentales sobre el alma 65
3. En la celebración de una primera comunión 66

Capítulo III Estar en gracia de Dios es vivir la vida divina en nosotros

1. Cómo entender bien el funcionamiento de la gracia 71
2. ¿Qué depende de Dios, y qué depende del hombre? 74
3. Walter Ciszek s.j.: el sacerdote que aprendió en carne viva lo que es realmente la gracia de Dios 78
4. La gracia de Dios deifica el alma 82
5. Carta de un hijo de padres católicos divorciados 83

Capítulo IV Ayudas para poder vivir la vida de gracia y amistad con Dios

1. Oración de renuncia y liberación 89
2. La importancia de elegir un buen sacerdote para la confesión y no uno que bendiga el pecado 94
3. ¡Ay la maldita vergüenza en la confesión! 95
4. Resumiendo para hacer una buena confesión 100
5. La eficacia y ayuda de los sacramentales 103
6. Enseñanzas y advertencias de Don Bosco 109
7. La mejor de todas las homilías 110

Capítulo V: Los novísimos o postrimerías del hombre: muerte, juicio, infierno, gloria.

1. Enseñanzas del catecismo de San Pio X 113
2. La gloria del cielo o vida eterna 117
3. Algunos santos nos dan pinceladas sobre el cielo 124
4. Algunos testimonios de mujeres que vieron el infierno 132
5. La gente no quiere creer que existe el infierno 137
6. Enseñanzas del catecismo sobre el infierno 140
7. Hablar del infierno es un acto de caridad y un imperativo moral que no se puede ocultar 142
8. ¿Cómo es posible no pensar en el infierno? 143
9. El amigo del Padre Pío que estuvo en el purgatorio 144
10. El librito que todos deberíamos leer 148
11. Cuando la misericordia puede convertirse en tentación que lleva al infierno 152
12. Es dogma de fe creer que Cristo volverá en gloria a juzgar a vivos y muertos 153

Capítulo VI La muerte sella definitivamente nuestro destino eterno

1. ¿Qué es la muerte? 159
2. El que no sabe morir 164
3. La impresionante muerte del genial pianista 169
4. Reflexiones sobre el bien vivir para el buen morir 172
5. ¿Miedo a la muerte, o miedo a la vida eterna? 175
6. Coplas a la muerte de su padre, Jorge Manrique 177
7. En una noche de carnaval 194
8. El que vive en pecado, normalmente muere en pecado 200

Capítulo VII: Experiencias frente a la muerte y testimonios de la obra santa de Dios

1. P. Steven Shire: el sacerdote al que le iba a condenar su egoísmo y ser "un perro mudo" 203
2. El condenado a muerte y rescatado por la medalla milagrosa 205
3. Las apariciones marianas han insistido siempre: ¡conviértanse!, ¡conviértanse!, ¡conviértanse! 212
4. La impresionante conversión que se logró a través de una niña 215
5. La conversión de Manuel Azaña 224
6. La Pasionaria murió católica 227
7. La espeluznante muerte del filósofo Voltaire 228
8. ¿Y si yo no hubiera nacido en una cultura católica? 229
9. Mario Joseph se convirtió a Cristo desde el corán 231
10. Hacerse católico es lo más judío que puede hacer un judío 234
11. El providencial rayo que partió en dos la vida de Gloria Polo 242
12. Resucitó el niño para que lo confesara Don Bosco 267
13. Testimonio sobre la misericordia divina 270

Capítulo VIII: Educar y pensar en la Verdad frente a la vanidad del mundo

1. Responsabilidad de los padres ante Dios por el destino eterno de sus hijos 273
2. El pecado es un abuso de la libertad 276
3. Psicología para la vida eterna 280
4. Hijos educados por padres que vivan la fe 283
5. De la vanidad del mundo 284
6. En el juicio final todo saldrá a la luz 285

Capitulo IX: La vida es una carrera de fondo, y precisamos no separarnos de Cristo para alcanzar la meta final

1. Apuntes de grandes teólogos y moralistas 289
2. El debate televisivo entre el creyente y el ateo 296
3. Pecado mortal, rechazo de Dios y nihilismo 303
4. ¿Se puede merecer la perseverancia final? 307
5. Pecados contra la virtud de la esperanza 312
6. María santísima, garantía para poder perseverar 320

Capítulo X: Recapitulando y sacando conclusiones

1. Mensaje final del sacerdote Ángel Peña 327
2. A modo de despedida 330
3. Preguntas finales 333

APÉNDICE

1. Entrevista a Marino Restrepo 339
2. El abandono confiado a la divina providencia 344
3. El infierno existe y podríamos ir ahí 367
4. Martirio o apostasía: con Cristo o sin Cristo 380
5. ¿Qué es mérito? 383
6. Acostúmbrese hoy el catolico a resistir sin apartarse un palmo del depósito recibido 389
7. Carta de san Pío de Pietrelcina a un alma que sufre 391
8. El temor no es pecado, la cobardía sí 394
9. Santa Gertrudis la grande, y su testamento espiritual 400
10. Nadie puede renunciar a este aventura formidable 407

DOCTRINA BÁSICA DEL CRISTIANO 411

Conclusión 450

El Niño Jesús y la muerte (anónimo). Lima, segunda mitad del siglo XVIII. Óleo sobre lienzo, 76 x 93 cm. Colección Jorge Bustamante.

"Dios no ha hecho la muerte
ni se complace en la perdición de los vivientes." Sab.1,13

“Porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo.
Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.” I Jn.5,4

"Escudriñad las Escrituras ya que en ellas esperáis tener la vida eterna; ellas testifican de Mí" Jn. 5, 39

Te castigará tu propia maldad, y tus apostasías te condenarán. Reconoce, pues, y ve que es malo y amargo el dejar al Señor tu Dios, y no tener temor de mí —declara el Señor, Dios de los ejércitos. Jeremías 2,19
“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” Jn.17,3

Mi pueblo perece por falta de conocimiento (Oseas 4,6)

INTRODUCCIÓN

Si preguntáramos a cien personas cualesquiera de la calle dónde quieren pasar su eternidad, nos sorprenderíamos de sus respuestas: desde los que piensan que no hay nada tras la muerte, hasta los que piensan que sí o sí serán felices con Dios, hagan lo que hagan o dejen de hacer. Y también muchos, demasiados, que les importa un pimiento la cuestión, pasan de todo. Dicen que, lo que sea, será. Tienen una mentalidad fatalista como si no pudieran luchar contra su destino, o no pudieran hacer nada. No quieren gastar un solo minuto en la cuestión… cuestión que es la más importante y decisiva de toda la existencia de un ser humano en este mundo, en esta vida efímera y pasajera.

Siempre se pensó, y todos parecen estar de acuerdo, que el hombre quiere ser feliz. Y que una felicidad que se acaba o no dure, no es realmente felicidad verdadera, sino una caricatura. Por eso, la felicidad, o es ***para siempre, siempre, siempre*** (como decía Santa Teresa de Ávila refiriéndose a la eternidad tanto en el Cielo como en el Infierno), o simplemente no lo es, no es nada.

Supongamos que alguien contestara: sí, mi eternidad la quiero pasar en la Paz y descanso en la Luz de Dios (crea o no crea o lo imagine como quiera que sea), quiero que sea feliz. Y que sea con Dios, sin cuya compañía acepto que sería imposible ser feliz. Bien. Ahora habría que preguntar a esa misma persona: entonces, **¿qué está usted dispuesto a hacer para poder pasar esa eternidad con Dios?** Seguramente la respuesta sería algo así como… ¿yo? Nada, ¿acaso hay que hacer algo, depende acaso de mí?

Si le parece que exagero, permítame decirle que no. No exagero. La mayor parte de la gente, de la humanidad:

1. No piensa dónde va a pasar su eternidad, no se lo plantea. Piensan que para qué, que es algo que no vale la pena en absoluto.

2. Aunque llegara a pensar algo en ello, no está dispuesta a plantearse con un mínimo de seriedad, qué deba hacer para estar en el lugar correcto por toda la eternidad. No piensa que exista riesgo alguno en el hecho de ignorar tan decisiva cuestión. Prefiere tomárselo a la ligera o auto engañarse al respecto.

Este libro pretende ayudar al lector a plantearse esa pregunta fundamental: **¿Dónde quiero pasar mi eternidad?, y ¿qué tengo que hacer al respecto para no equivocarme? Porque quien se equivoca en esta materia tan decisiva, no tendrá una segunda oportunidad. La muerte sellará nuestro destino eterno. Para bien, o para mal**.

La tarea no es nada fácil. ¿Por qué? Porque vivimos en una sociedad que ha dimitido, ha apostatado de la Verdad (habla de *la posverdad*, es decir que en una cultura las mentiras pueden sobrevivir si nos benefician) y se aferra sin rubor a cualquier clase de mentiras. Aborrece la Verdad, la desprecia, la ignora. Es una sociedad que ha abandonado la fe de sus mayores, si acaso acepta lo más superficial.

La confusión en la Iglesia indica que ya estamos en los avisos de María en las apariciones de Akita, aprobadas (1973-81): *"**Obispos contra Obispos, y Cardenales contra Cardenales**".* Recordemos que el día en que comenzaron las lagrimaciones de la imagen de la Virgen, el ángel se apareció a la vidente sor Agnes y le dijo: *"No te sorprendas de ver a la Santísima Virgen María llorar. Una sola alma que se convierta es preciosa a su Corazón. Ella manifiesta su dolor para avivar vuestra fe, siempre tan inclinada a debilitarse. Ahora que habéis visto sus preciosas lágrimas, y para consolarla, habla con valor, extiende esta devoción para su gloria y la de su Hijo".*

Cuando palpas el ambiente en la calle o vas a reuniones familiares, o compartes entre amistades, percibes la gran ignorancia que reina en la inmensa mayoría de las personas en materia religiosa y en lo que atañe a la salvación o no de sus almas. No saben prácticamente nada de su fe católica en la que fueron bautizados. No saben, y en muchos casos parece que no les importe seguir sin saber. ¿Es lógica esta actitud cuando tanto está en juego?

Consideremos, por tanto, algunos aspectos fundamentales de manera resumida:

1. Tú tienes un alma inmortal: te salvarás o condenarás eternamente.
2. Para salvarte precisas morir en estado de gracia, no estar separado de Cristo, es decir, en pecado mortal.
3. Para morir en gracia, debes de tratar de vivir en ella. El pecado mortal mata la gracia santificante y te obliga a recuperarla mediante la confesión sacramental.
4. Si quieres amar a Dios, has de saber cómo hacerlo. No podemos amar a Dios si no guardamos Su Palabra, Sus mandamientos:

El que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él (Jn.14,21).

En verdad, en verdad os digo que si alguno guarda mi palabra, no verá jamás la muerte (Jn.8,51).

Si deseas alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt.19,17).

Entonces se hace fundamental:

1. Conocer bien la Palabra de Dios y así poder guardarla.
2. Conocer bien los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia.

Porque Dios, en Cristo Jesús, edificó Su Iglesia sobre Pedro, y durante dos mil años tuvimos un magisterio y una santa tradición con el ejemplo de muchos santos y doctores (con enseñanzas que son para siempre), que nos han mostrado cómo guardar esos mandamientos, y qué cosas nos ayudan y obligan para poder permanecer en una vida de gracia, y no de pecado.

El protestantismo con la libre interpretación de los textos bíblicos, el desprecio al Magisterio infalible y a la santa tradición, instauró la religión “a la carta” y los errores empezaron a regarse como la pólvora.

La Santa Madre Iglesia desde sus orígenes tuvo que luchar y defender el tesoro de la fe apostólica -la sana doctrina recibida de Jesucristo- de los muchos errores (herejías) que algunos

manifestaban y siempre han manifestado (hoy más que nunca, incluso disfrazados con piel de oveja) en oposición a la Verdad revelada. Por eso surgieron los Concilios, y la definición de los dogmas: **los dogmas son verdades de fe que están explícitas o implícitas en la divina revelación** (la Palabra de Dios, escrita o transmitida). Se basan en la autoridad misma del Dios revelador (fides divina), y la Iglesia garantiza con su definición que se hallan contenidas en la divina revelación.

Bien sabemos que vivimos en un ambiente donde impera la cultura de la dictadura del relativismo. Curiosamente dicha cultura va contra los dogmas de la Iglesia católica, y sin embargo, ha hecho para sí del relativismo un dogma. Extraña o macabra paradoja, coincidencia que sin embargo no interroga a casi nadie, y se echan en los brazos del "dogma relativista" tan tranquilos.

El bautizado católico ha de despertar del sueño del pecado. Ha de reavivar su fe muerta, ha de salir de su ignorancia. No se trata de un inocente juego de niños: se trata de asumir con responsabilidad no sólo nuestra propia Salvación, sino la de nuestros hijos. Porque *nadie se engañe, de Dios nadie se burla, lo que sembremos eso cosecharemos (Gál.6,7).*

Este libro aspira a sembrar el hambre por la Verdad, y a despertar conciencias. Como enseña el P. Antonio Royo Marín O.P. *"**la vida del hombre sobre la tierra no tiene otra razón de ser ni otra finalidad que la de prepararse para la vida eterna**. No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebreos 13,14").*

Para ayudarnos en esa preparación para la vida eterna nació este libro que, no es tanto un libro, cuanto **una compilación de sano magisterio, doctores de la Iglesia, autores y testigos**. A ellos les cedo la palabra y el protagonismo con mucho gusto para que con su voz expresada en sus escritos, artículos, entrevistas, testimonios y enseñanzas fieles, enciendan nuestros corazones en el amor a Dios y en la búsqueda de la Verdad. Aprendamos y llenémonos de todo lo bueno que nos regalan para nuestra instrucción. Alimentos muy necesarios para poder alcanzar la vida eterna.

José María de Nazaret

Aviso de Santo Tomás de Aquino, doctor de la Iglesia:

"La ignorancia implica privación de conocimiento: esto es, cuando le falta a uno el conocimiento de aquellas cosas que tiene aptitud para conocer por su naturaleza. Y algunas de éstas está uno obligado a saber: aquellas sin cuyo conocimiento no puede cumplir bien el acto debido. Por consiguiente, todos están obligados a saber en general las cosas de la fe y los preceptos universales del derecho; y cada uno, las cosas tocantes a su estado u oficio".

"Mas es pecado la ignorancia vencible si es respecto de aquellas cosas que uno está obligado a saber".

"Ahora bien, es evidente que cualquiera que descuida tener o hacer lo que está obligado a tener o hacer, peca por omisión. Por lo tanto, la ignorancia de aquello que uno debe saber es pecado por la negligencia. Como cuando uno, por la molestia o por otras ocupaciones, descuida aprender aquello por lo que se retraería de pecar. Tal negligencia hace que la ignorancia misma sea voluntaria y pecado, mientras sea de aquellas cosas que debe y puede saber. Y por tanto, tal ignorancia no excusa totalmente de pecado".

Summa Theologica (Parte I-IIae, cuestión 76)

ORACIÓN

Señor, aunque no merezco
que Tú atiendas mi gemido
por lo mucho que has sufrido
recibe lo que te ofrezco,
y dame lo que te pido.

a ofrecerte, Señor, vengo
mi ser, mi vida, mi amor,
mi alegría y mi dolor,
cuanto puedo y cuanto tengo
cuanto me has dado, Señor.

Y a cambio de esta alma llena
de amor que vengo a ofrecerte
dame una vida serena,
y una muerte santa y buena,
Cristo de la Buena Muerte.

José María Pemán

❝**Dirijamos el pensamiento a esta importantísima materia**.

De estas reflexiones resultará que los indiferentes o incrédulos son pésimos pensadores.

La vida es breve, la muerte cierta; de aquí a pocos años el hombre que disfruta de la salud más robusta y lozana habrá descendido al sepulcro y sabrá por experiencia lo que hay de verdad en lo que dice la religión sobre los destinos de la otra vida.

Un viajero encuentra en su camino un río caudaloso; le es preciso atravesarlo. Ignora si hay algún peligro en este o aquel vado, y está oyendo que muchos que se hallan como él a la orilla, ponderan la profundidad del agua en determinados lugares, y la imposibilidad de salvarse el temerario que a tantearlos se atreviese. El insensato dice: *«¿Qué me importan a mí esas cuestiones?»* Y se arroja al río sin mirar por dónde. He aquí el indiferente en materias de religión.

Si no creo, mi incredulidad, mis dudas, mis invectivas, mis sátiras, mi indiferencia, mi orgullo insensato no destruyen la realidad de los hechos; si existe otro mundo donde se reservan premios al bueno y castigos al malo, no dejará ciertamente de existir porque a mí me plazca el negarlo, y además, esta caprichosa negativa no mejorará el destino que, según las leyes eternas, me haya de caber.

Este negocio es exclusivamente mío, tan mío como si yo existiera sólo en el mundo; nadie morirá por mí, nadie se pondrá en mi lugar en la otra vida privándome del bien o librándome del mal.

Estas consideraciones me muestran con toda evidencia la alta importancia de la religión, la necesidad que tengo de saber lo que hay de verdad en ella, y que si digo: *"sea lo que fuera de la religión, ni quiero pensar en ella"*, hablo como el más insensato de los hombres.

Jaime Balmes, en su obra "El criterio"

❝**Mírate a ti mismo difunto**, tan sin sentido como si fueras una piedra, que si no te mueven, no puedes moverte; cómo luego tratan de enterrarte, y echarte fuera de tu propia casa.

Mira cómo te amortajan con la vestidura más vieja y pobre que dejaste, y toda la hacienda la reparten entre sí los parientes; cómo te ponen sobre un paño en el suelo, o por grande honra en una caja, que te cubren con otro paño funesto y dos o cuatro luces a los lados con un santo Cristo en medio.

Aplica el oído a los responsos que te dicen, y a los clamores que dan las campanas por ti; mira luego cómo vienen los clérigos, te llevan a enterrar cantando letanías, y acabados los oficios te lanzan en la sepultura en compañía de los otros difuntos, y luego te cubren de tierra, y la igualan con un pisón de madera, o con una losa de muchas arrobas, y te dejan y se van a comer, y a cenar, y a dormir, y a negociar, y tú te quedas allí en aquel lóbrego y estrecho aposento, y poco a poco te van olvidando, como si no hubieras sido.

Da un paso adelante, y vuelve a mirarte de allí a ocho o quince días, y te hallarás tal, que no te atrevas a mirarte hirviendo de gusanos con un hedor intolerable.

Esto eres, y en esto has de parar, y este es el fundamento de todas las torres de viento que levantabas de tus estimaciones, y para este cuerpo apercibiste tantos regalos, y por él diste tantos pasos.

Este es el fin y paradero de todos; **estudia en este libro** (que es la muerte, tu propia muerte), mírate en este espejo, y saca desengaño para conocer la verdad, y despreciar cuanto el mundo adora,
y mira lo que quisieras haber hecho entonces,
y haz lo que quisieras haber hecho cuando mueras.

Padre Alonso de Andrade, S.J

Capítulo I:

Dios Padre nos ha hecho hijos suyos en Cristo para que podamos vivir como tales, aquí y en la eternidad

1. ¿VAS A ABRIR TU CORAZÓN A LA MISERICORDIA DE DIOS?

Santa Faustina Kowalska, fue una religiosa mística polaca que nació en 1905 y murió en 1938. Ella fue llamada por el Señor *"Mi secretaria de la divina misericordia".* Recibió tres misiones fundamentalmente:

1. **Insistir a la Humanidad en que abriera su corazón al Corazón Misericordioso de Dios**, reseñando que el atributo principal de Dios es la Misericordia, y que si no aprovechábamos ahora para recibirla, entonces seríamos reos de la Justicia divina.

2. **Pintar un cuadro**, o hacerlo pintar (como así fue finalmente), **que reflejara su visión de Cristo y de los rayos de Misericordia saliendo de su pecho**: uno blanco y el otro rojo. *"El rayo pálido simboliza el Agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la Sangre que es la vida de las almas… "Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos".*

3. **Ir de visita al infierno para poder dar testimonio después** de su visión espeluznante y de la realidad que padecen eternamente los condenados. Fue llevada por Dios para poder advertir a los hombres del mundo entero sobre esta realidad terrible y a la que todos estamos expuestos. Ella dijo que la mayoría de los condenados no creían en la existencia del

infierno, lo rechazaban, se burlaban de su existencia, etc. Y también añade que se sufrirá en el infierno especialmente con los sentidos con los que más se haya pecado.

Es muy importante entender que Dios es Amor, y que el atributo fundamental de Dios es la Misericordia, y que "Amor con amor se paga". Y que la mejor manera de empezar a conquistar a Dios es DEJÁNDOTE AMAR POR DIOS.

Cuando el hijo pródigo regresó a casa de su padre con el discurso aprendido tras la reflexión de sus graves errores, el Padre no le dio tiempo siquiera a que recitara la lista de sus pecados. Corrió a su encuentro, se echó al cuello del hijo para abrazarle y llenarle de besos con alegría desbordada. ¡Su hijo había regresado a casa! Había que celebrar una fiesta. El otro hermano no entendía nada del Amor de su Padre. El que acababa de regresar ahora sí empezaba a entender, y el cambio ahora sí que estaba verdaderamente en camino.

Por eso, déjame que te anime a que abras de verdad tu corazón al Amor de Dios y a Su gran Misericordia. Es a partir de ella que realmente se puede cambiar, y cambiar para bien, para vivir con verdadera dignidad, con verdadero y pleno sentido. Te invito a que escuches atentamente las palabras que recoge esta santa mística en su Diario, y de las cuales te escogí las siguientes:

"**Me queman las llamas de la Misericordia, deseo derramarlas sobre las almas, y las almas no quieren creer en mi bondad**. Oh, qué dolor me dan cuando no quieren aceptarlas (...) Dile a la humanidad doliente que se abrace a mi Corazón misericordioso y Yo la llenaré de paz".

"La humanidad no encontrará la paz hasta que no se dirija con confianza a mi Misericordia".

"De todas Mis llagas, como de arroyos, fluye la misericordia para las almas, pero la herida de Mi Corazón es la Fuente de la Misericordia sin límites, de esta fuente brotan todas las gracias para

las almas".

“El alma que confíe en mi Misericordia no perecerá, ya que todos sus asuntos son míos. El alma más feliz es la que confía en mi Misericordia, pues Yo mismo la cuido”. "Proclama que ningún alma que ha invocado Mi misericordia ha quedado decepcionada ni ha sentido confusión".

"Hija Mía, escribe que cuanto más grande es la miseria de un alma tanto más grande es el derecho que tiene a Mi misericordia e invita a todas las almas a confiar en el inconcebible abismo de Mi misericordia, porque deseo salvarlas a todas. En la cruz, la Fuente de Mi Misericordia fue abierta de par en par por la lanza para todas las almas, no he excluido a ninguna".

"**Que los más grandes pecadores pongan su confianza en Mi misericordia**. Ellos más que nadie tienen derecho a confiar en el abismo de Mi misericordia. Hija Mía, escribe sobre Mi misericordia para las almas afligidas. Me deleitan las almas que recurren a Mi misericordia. A estas almas les concedo gracias por encima de lo que piden. No puedo castigar aún al pecador más grande si él suplica Mi compasión, sino que lo justifico en Mi insondable e impenetrable misericordia.

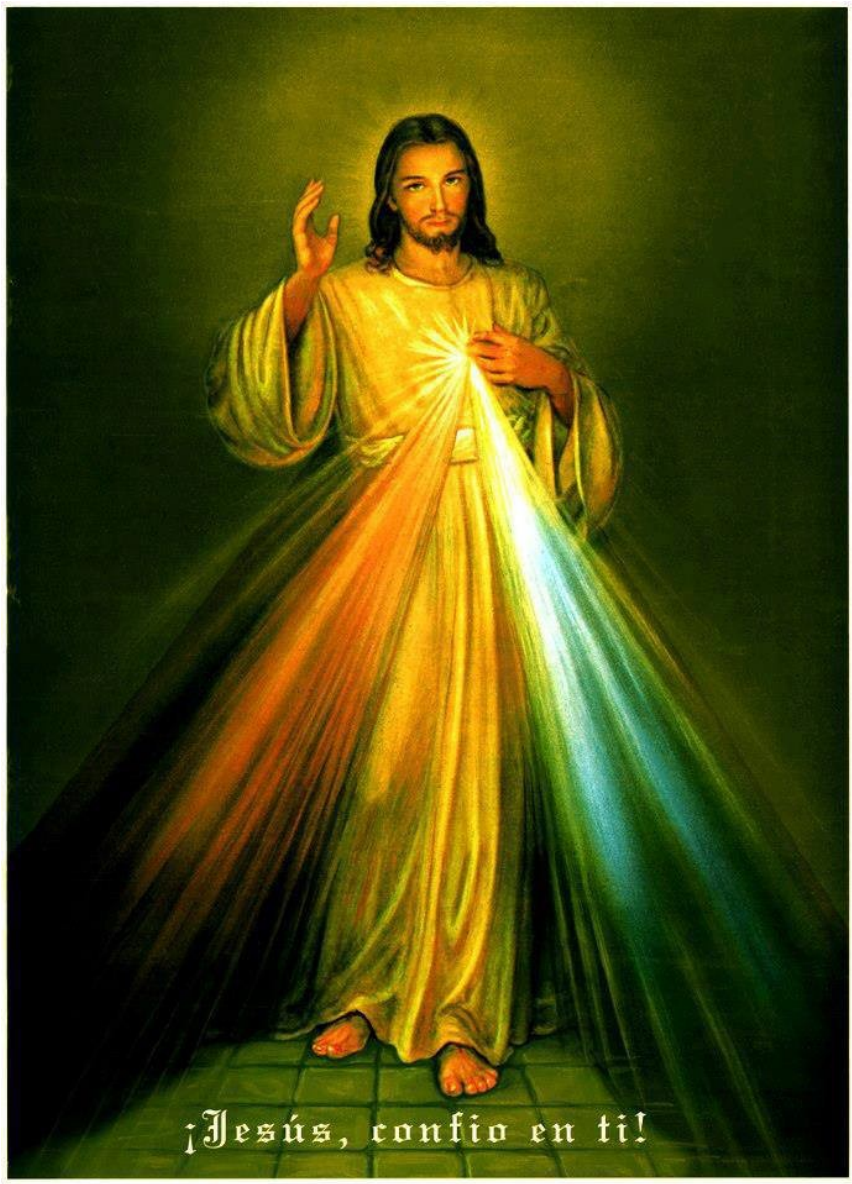
Escribe: Antes de venir como juez justo abro de par en par la puerta de Mi misericordia. **Quien no quiere pasar por la puerta de Mi misericordia, tiene que pasar por la puerta de Mi justicia**..."

"Prometo que el alma que venere esta imagen no perecerá. También prometo ya aquí en la tierra la victoria sobre el enemigo y sobre todo a la hora de la muerte, Yo mismo la defenderé como a mi propia gloria... Ofrezco a los hombres el vaso con el que han de venir a recoger las gracias a la fuente de la Misericordia".

"A las almas que difunden el culto de mi Misericordia, las protejo a lo largo de su vida como una madre cariñosa protege a su niño todavía lactante. A la hora de su muerte no seré para ellas su juez sino su Salvador misericordioso.

En aquella última hora no hay para el alma más que una sola protección: MI MISERICORDIA"...

"Yo preservaré a las ciudades y casas en las cuales se encontrase esta imagen". "Yo también protegeré a aquellas personas que veneren esta Imagen y tengan confianza en mí Misericordia".



2. ¿CONQUISTA LA VIDA ETERNA?

Sí, ***¡conquista la vida eterna a la que Dios te llama!*** Así de claro nos está invitando… la mismísima Palabra de Dios. Es claro que es una invitación contundente. Pero, ¿cómo vamos a conquistar algo que está más allá de nuestras fuerzas? Pues porque Dios está dispuesto a ayudarnos. ¿Acaso la vida no es un regalo? Sí, la vida es pura gracia, puro don, pero también exige tarea y lucha constante. Es más, es un combate. Bien lo sabemos todos. El Magisterio de la Iglesia es claro:

"Que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden" (Dz 318). O sea que se pierde el que se empeña en perderse, en no dejarse salvar por Dios, en no querer servir a Dios.

Muchos piensan que, vivan como vivan, estarán con Dios, descansarán eternamente. De todos es conocida la expresión: "*descansa en paz*". ¡Quién no la ha usado más de una vez para referirse a alguien, fuera como fuera esa persona! Descansa de la vida donde tanto luchaste. Descansa de tantos sinsabores y sufrimientos. Descansa de las frustraciones. Descansa, sí, descansa… Muchos incluso afirman muy seguros que el infierno está en esta vida con tantos sufrimientos e injusticias. Que luego, sí o sí, caso de haber algo (dicen los más escépticos), sólo puede ser bueno. Vamos, que vas a tener premio seguro, hagas lo que hagas. Y para eso incluso se apoyan en los muchos testimonios de ECM (experiencias cercanas a la muerte). Sin embargo, ¿qué premio se logra sin esfuerzo o merecimiento? Como enseña san Agustín, doctor de la Iglesia: ***"El que te creó sin ti, no te salvará sin ti".***

El catecismo nos enseña esto:

CIC 1996*: La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a Su llamada: llegar a ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12-18), hijos adoptivos (cf Rm 8, 14-17), partícipes de la naturaleza divina (cf 2 P 1, 3-4), de la vida eterna (cf Jn 17, 3).*

Quedan muchas cosas claras con ese parrafito: Dios nos auxilia, nos ayuda constantemente con su gracia en el combate decisivo donde nos jugamos la salvación eterna. Quiere que vivamos

como hijos suyos, no como meras criaturas o peor, como hijos de las tinieblas. Y a través de su Palabra, la gracia hecha carne, Cristo, nos dice alentándonos:

"Combate el buen combate de la fe, ***conquista la vida eterna a la que has sido llamado*** *y de la que hiciste aquella solemne profesión de fe delante de muchos testigos". I Tim.6,12.*

Y dirás otra vez: pero entonces en qué quedamos, ¿es un regalo la vida eterna, la Salvación, o es una conquista humana? Es la comunión de ambas.

Ojo al Calvario, escuela de verdaderos amadores, y mira al buen ladrón, y mira al mal ladrón. Los dos sufriendo con Cristo las torturas y la muerte. Pero uno supo reconocer que eran causa de sus pecados, y el otro soberbio y deslenguado, no. Uno conquistó la vida eterna: "***te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso***" Lc.23,43. El otro por lo que deja caer el evangelio da la impresión de que no, de que se perdió lamentablemente para siempre, a pesar de haber tenido al Salvador sufriendo con él, a su lado... tremendo.

CIC 1993 *«Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, el hombre no está sin hacer nada en absoluto al recibir aquella inspiración, puesto que puede también rechazarla; y, sin embargo, sin la gracia de Dios, tampoco puede dirigirse, por su voluntad libre, hacia la justicia delante de Él» [Concilio de Trento: DS 1525).*

Necesitamos siempre la gracia para que ilumine nuestra mente, para que nos anime a orar, a cambiar de vida, obrar, y volver nuestro corazón al Señor. Pero **nos toca** a nosotros abrirnos, no rechazar esos toques de la gracia, sino **corresponder con nuestra voluntad libre a ella y así, hacernos justos a los ojos de Dios** con una lucha que sea sincera, humilde y entregada a sus planes, aprendiendo a vivir poco a poco como verdaderos hijos de Dios, hijos de la Luz en medio de las tinieblas de este mundo.

Por tanto, que nadie se gloríe vanamente en sí mismo y en nada que no sea Dios, su Salvador: "***el que se gloría, gloríese en el Señor***" II Cor.10,17.

Y recuerdo esto porque…tristemente cuántas veces escuchas a muchas personas decirte: *"yo, todo lo que tengo es mío, me lo he ganado yo, yo lo he conseguido con mi trabajo, mi esfuerzo, mis sacrificios. A Dios no le debo nada".* Suena fuerte "el yoísmo", pero es así, así siente y piensa muchísima gente. Están resentidos con Dios, están heridos y se revuelven. No han conocido el Amor de Dios, sino una mera caricatura de algo que no es Dios.

Como veremos, alcanzar la meta de nuestra salvación eterna, la vida eterna, nos exige la fe: el don de la fe, la virtud teologal de la fe, y con ella la caridad y la esperanza, pues si no van juntas es que no tenemos ninguna realmente.

Sin fe es imposible agradar a Dios, nos enseña la Palabra de Dios. Es la fe la que nos hace vencer los engaños del mundo. Es ella es la que nos protege de *los encendidos darnos del maligno* (ef.6,16).

Sea este nuestro objetivo: "***He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe***" II Tim.4,7.

Y me dirás: "*es que yo…yo…ya no creo*". Otros dirán: "*yo ya no sé qué es lo que creo*". Muchos reconocerán haber perdido la fe. O creer en Dios, pero no practicar la fe, los sacramentos. Pues escucha esta Buena Noticia, escúchalo bien: ¡tú tienes fe! Ya lo creo que la tienes.

Pero no basta la fe humana por salir adelante en la vida, por luchar por objetivos, etc. Me refiero a que tú si eres un bautizado, ya tienes la fe sembrada en tu alma como un Don que el Señor te regaló el día en que te bautizaron. Pero, sí, no lo cuidaste y ahora tienes que ponerte las pilas para que pueda volver a recuperar vitalidad, eche de verdad raíces en ti, y finalmente dé muchos frutos santos para tu salvación eterna, y contigo se puedan beneficiar muchas otras personas.

CIC 409: «A través de toda la historia del hombre se extiende **una dura batalla contra los poderes de las tinieblas** que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor. Inserto en esta lucha, **el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien**, y no sin grandes trabajos,

con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo (GS 37,2).

La vida se puede leer, interpretar, vivir, con ojos de fe, o sin ojos de fe. Con ojos espirituales que buscan agradar a Dios, o con ojos carnales que procuran básicamente su propio goce y auto satisfacción por encima de todo.

En las próximas páginas entenderemos que sin Dios somos nada más que pura vanidad y vacío con mal destino eterno. Y que el **momento de elegir ha llegado ya. No podemos seguir demorando el ser de Dios y para Dios**. El riesgo es demasiado grande por lo que está en juego.

Si hay algo que es fundamental en todo este asunto es la honestidad, procurar no engañarse uno a sí mismo. Porque a Dios es imposible engañarle. Veamos este ejemplo impactante tomado del libro "El Padre Pío. Hechos extraordinarios del Santo de los estigmas", de Laureano Benítez Grande-Caballero:

"Una mujer transmitió al Padre Pío su preocupación por el alma de su difunto marido, que había fallecido de un cáncer hacía poco. La había abandonado a ella y a sus dos hijos para irse a vivir con otra mujer durante más de tres años. En el trance de la muerte había consentido en aceptar los últimos sacramentos.

El Padre San Pío de Pietrelcina fue terminante:

*«El alma de tu esposo **se ha condenado para siempre**, **porque ocultó muchos pecados al recibir los últimos sacramentos**. No tenía ni arrepentimiento, ni una buena resolución. También era un pecador contra la misericordia de Dios, porque dijo que quería tener todas las cosas buenas de la vida, y luego tener tiempo más tarde para convertirse a Dios».*

*Leamos el **capítulo 2 del Libro de la Sabiduría** (Antiguo Testamento), dice así:*

"Ellos se dicen entre sí, razonando equivocadamente: "Breve y triste es nuestra vida, no hay remedio cuando el hombre llega a su fin ni se sabe de nadie que haya vuelto del Abismo. Hemos nacido por obra del azar, y después será como si no hubiéramos existido.

Nuestra respiración no es más que humo, y el pensamiento, una chispa que brota de los latidos del corazón; cuando esta se

extinga, el cuerpo se reducirá a ceniza y el aliento se dispersará como una ráfaga de viento.

Nuestro nombre será olvidado con el tiempo y nadie se acordará de nuestras obras; nuestra vida habrá pasado como una nube, sin dejar rastro, se disipará como la bruma, evaporada por los rayos del sol y agobiada por su calor.

El tiempo de nuestra vida es una sombra fugaz y nuestro fin no puede ser retrasado: una vez puesto el sello, nadie vuelve sobre sus pasos. Vengan, entonces, y disfrutemos de los bienes presentes, gocemos de las criaturas con el ardor de la juventud. ¡Embriaguémonos con vinos exquisitos y perfumes, que no se nos escape ninguna flor primaveral, coronémonos con capullos de rosas antes que se marchiten; que ninguno de nosotros falte a nuestra orgía, dejemos por todas partes señales de nuestra euforia, porque eso es lo que nos toca y esa es nuestra herencia!

Oprimamos al pobre, a pesar de que es justo, no tengamos compasión de la viuda ni respetemos al anciano encanecido por los años. Que nuestra fuerza sea la norma de la justicia, porque está visto que la debilidad no sirve para nada.

Tendamos trampas al justo, porque nos molesta y se opone a nuestra manera de obrar; nos echa en cara las transgresiones a la Ley y nos reprocha las faltas contra la enseñanza recibida. Él se gloría de poseer el conocimiento de Dios y se llama a sí mismo hijo del Señor.

Es un vivo reproche contra nuestra manera de pensar y su sola presencia nos resulta insoportable, porque lleva una vida distinta de los demás y va por caminos muy diferentes. Nos considera como algo viciado y se aparta de nuestros caminos como de las inmundicias.

Él proclama dichosa la suerte final de los justos y se jacta de tener por padre a Dios. Veamos si sus palabras son verdaderas y comprobemos lo que le pasará al final. Porque si el justo es hijo de Dios, Él lo protegerá y lo librará de las manos de sus enemigos. Pongámoslo a prueba con ultrajes y tormentos, para conocer su temple y probar su paciencia. Condenémoslo a una muerte infame, ya que él asegura que Dios lo visitará".

Así razonan ellos, pero se equivocan, porque su malicia los ha enceguecido. No conocen los secretos de Dios, no esperan

retribución por la santidad, ni valoran la recompensa de las almas puras.

Dios creó al hombre para que fuera incorruptible y lo hizo a imagen de Su propia naturaleza, pero por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo, y los que pertenecen a él tienen que padecerla."

Y la Palabra de Dios en ***la carta de San Juan*** *(Nuevo Testamento)* I Jn.4,1-11*:*

"Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino ***examinad si los espíritus vienen de Dios****, pues muchos falsos profetas han salido al mundo.*

Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo.

Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha.

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error. Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque ***Dios es Amor****.*

En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*.*

Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros*".*

3. UNA SANA Y SANTA TRADICIÓN NOS EQUIPA FRENTE A LA DERROTA, LA DESESPERACIÓN, LA DEPRESIÓN

¿No te parece que hemos falsificado cada vez más el concepto de amor, hasta el punto de que ya no sabemos bien en qué consiste?

Acabamos de leer en la Palabra de Dios, primera carta de san Juan, que **"*Dios es amor*"**. Entonces, si Dios es amor y la única fuente del amor, todo queda o debería quedar claro: miremos a Dios, y sabremos lo que es el verdadero amor, el Amor, y cómo hemos de hacer realmente para amar. Pero eso no ocurre. Por eso, el gran problema es que el hombre de hoy al prescindir con soberbia e indiferencia de Dios, desconectado de Dios o con uno hecho a su medida y capricho, no sabe amar, no sabe lo que es el amor, ni sabe o quiere acudir a Su Fuente, pero se le llena la boca con la palabra amor. Y sin embargo, ¡no sabemos porque nos están confundiendo con un concepto de amor tóxico y falso! Basado en medias verdades y exclusivamente en el sentimiento, y no en la gracia y la voluntad. Y una vez que dejas de sentir, ¿ya no amas ni quieres amar? *Es que se nos acabó el amor…*

Nos bombardean con demasiadas películas de "amor" y canciones sobre "el amor y el desamor". Así, ¿quién no se confunde con esos sucedáneos? Bombardeados con series televisivas, programas de tv donde la gente "va a buscar el amor de su vida" sin importarle descubrir a todos su intimidad que ya no se reserva y se pone a la intemperie. Pero la gente se frustra y manifiesta hasta con rabia su frustración, porque sigue sin saber realmente qué es el amor, ¡ni cómo encontrarlo! Y a cualquier cosa se le llama amor. Pero no, no sabe qué es el amor por una simple razón: porque no conoce a Jesucristo (el Amor encarnado), Dios y Hombre verdadero, que es Amor, que da Amor para que puedas amar de verdad si guardas Sus enseñanzas, y te dejas transformar por el Espíritu Santo para que te guíe con su Palabra y Su ejemplo, aprendiendo lo que ES REALMENTE EL AMOR.

Ese trágico y fatal desconocimiento, casi absoluto desprecio para con Dios, pues no hay mayor desprecio que no hacer aprecio a Jesucristo y Su doctrina, y tratarlo como uno más siendo que ES Dios y Salvador, hace que el hombre de hoy esté muy perdido. Sin brújula.

Sin norte. En la más grande confusión. Sin saber amar, sin saber qué es verdaderamente el amor.

Creyendo que ama, siendo que lo único que hace es otra cosa: satisfacer meramente sus necesidades básicas, sus instintos, acallando sus soledades, apagando sus ansias al verse separado de los demás y su sed siempre insatisfecha (signo de su procedencia divina) y que no sabe cómo hacer.

El hombre, siempre insatisfecho, no puede evitar entonces perderse en múltiples vicios, evasiones, escapatorias o adicciones de todo tipo (muchas incluso revestidas de aparente bien, como la adicción al trabajo, a la filantropía, etc), o peor, abocado sin remisión a una vida insulsa y descafeinada, solitaria y depresiva (los índices de suicidio son alarmantes en los países supuestamente satisfechos).

Juan Manuel de Prada escribía un magnífico artículo en marzo de 2015 que titulaba: **¿Se está arrodillando la Iglesia ante el mundo?** Déjame que te comparta la segunda parte del mismo:

Crecí en una pequeña ciudad de provincias, en el seno de una familia modesta y muy ligada al mundo rural. Mi vida está muy ligada a las tradiciones que mis antepasados me legaron. ***Creo que la tradición es lo que constituye al ser humano.*** *Le da al hombre una perspectiva del tiempo y del espacio. Y, como escritor, no participo de esa visión romántica del arte en el que la búsqueda de la originalidad se ha convertido en el marchamo de calidad.*

Yo pienso que todo el tinglado de la farsa de nuestra época le hace creer a las personas que son dueñas de su propia vida y que pueden crear su propia biografía. Esto es algo que la modernidad ha ideado para crear criaturas desvalidas. Para despojar a la gente de aquellos vínculos fuertes que lo unían a realidades vitales más profundas, que daban sustancia a su vida. Y el resultado son vidas condenadas a la derrota, a la desesperación, a la depresión.

La familia transmitía la fe, también un oficio. El hombre venía al mundo con un abrigo: espiritual, intelectual, moral. Allí donde los vínculos de la tradición quedan rotos se puede masificar a la gente.

Muy lúcido como suele ser de Prada: "*Yo pienso que todo el tinglado de la farsa de nuestra época* ***le hace creer a las personas***

***que son dueñas de su propia vida y que pueden crear su propia biografía**. Esto es algo que la modernidad ha ideado para crear criaturas desvalidas".*

Sí, el modernismo, este mundo de hoy, nos está dejando desvalidos y cada vez más esclavos del Sistema y con menos capacidad de pensar y reaccionar sensatamente. Más desvalidos, a pesar de que supuestamente nunca como hoy hemos estamos "más conectados" unos con otros (ahora por redes y demás artilugios técnicos), y te dicen que nunca fuimos más libres que ahora (mentira). Es todo lo contrario, cada vez más esclavos, más controlados, manipulados y limitados.

La tragedia humana que nos circunda se llama la **pérdida de la tradición familiar y de su legado más valioso**. Y en el ámbito católico el desprecio a la santa tradición. Antes se nos transmitía algo de mucho valor: la fe y el abrigo espiritual, intelectual y moral, fruto de vínculos procurados por la tradición que ahora se han encargado de hacer añicos. No los tenemos o nos los van quitando para que seamos más fácilmente manipulables por el Sistema. Nos quieren robar las raíces más sagradas y echarnos al lodo de la nada.

De esta realidad, unida al ritmo de vida hábilmente pensado para que seamos deudores hipotecados de por vida, mero consumidores siempre insatisfechos, viene la frustración, el sinsentido, las compensaciones de todo tipo, y las pastillas para todo: para poder dormir, para la ansiedad, para los nervios, para las depresiones, para los mínimos dolores… hasta para divertirse y vencer el vacío existencial. ¡Pastillas para todo! "Empastillado" perdido, el hombre y la mujer de hoy deambulan, perdida su identidad, llenándose de cosas.

¿Quién soy yo? Ah, pero ¿acaso soy, o importa eso para nada? Porque si lo pensamos bien, ¿cuántos tomaban pastillas psiquiátricas hace sesenta años? Muy poquitos. Esto ahora se ha popularizado. No es sinónimo de avance, sino más bien de una sociedad que ha enfermado. Y que se ha debilitado, y no sabe sufrir, y necesita soluciones urgentes.

Obviamente nos estamos refiriendo mayormente a los ciudadanos de los países más desarrollados, devorados por el consumismo y "la sociedad del bienestar", las prisas y el estrés. Nosotros que vivimos en estas sociedades opulentas acostumbradas al derroche somos los principales responsables, porque ***"a quien más se le dio, más se le exigirá"*** (Lc.12,48): hemos recibido la herencia cristiana del tesoro de la fe, y una sociedad avanzada con bienes materiales. Nuestro vacío es existencial, de verdadero sentido de la vida, sin vivir realmente agradecidos con Dios y para Dios.

El hombre del mundo occidental y de las sociedades desarrolladas olvida que ***"No solo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios"*** (Mt.4,4). Abandonando la única religión verdadera, o sucumbiendo si acaso a la adulteración de la misma por una mera caricatura; anestesiados también por otras confesiones que no tienen la plenitud de la verdad y se hacen a la carta de sus pasiones y gustos; enganchados también a religiones falsas que no pueden darte la libertad por falta de Verdad, o que te aprisionan por lazos de sangre que no puedes romper, so pena de ser castigado incluso con la muerte como luego nos contará **Mario Joseph**… y muchos, muchos hombres y mujeres, profundamente sumergidos en el laicismo y que han de buscar otras identidades, otros vínculos.

Por eso surgen grupos para los que el futbol es su religión, la música, el senderismo, y tantas y tantas otras actividades lúdicas y algunas bastante "frikis", pero que religan a las personas entre sí. Una religación donde la soledad se busca saciar sin referencia a Dios, ni sometimiento a la Verdad, que es quien realmente regala la comunión entre las almas. No te digo nada si se busca el alivio espiritual en sectas destructivas. Eso ya es el acabose.

Sí, **los que manejan las masas han logrado su principal propósito: robar la identidad a las personas**. Que uno no sepa realmente quién es, sin duda es lo peor que te puede pasar. Hoy somos lo que quieren que seamos. Pero la identidad principal y profunda nos la han robado.

Sobre esto hay un ejemplo muy interesante. Lo puedes ver en internet. Es un experimento social. Consiste en ver cómo reaccionan las personas, capaces de realizar comportamientos del todo absurdos con tal de que lo hagan otras personas que están a su lado, y para no perder su relación o identidad con el grupo y así evitar pasar por diferentes o “raros”.

Pues el experimento lo hacen con varias acciones: por ejemplo cuatro personas cómplices, subidas en un ascensor, compinchadas. Esperan a que se suba un conejillo de Indias. Una vez dentro, cuando el ascensor sube se mueven todos a la vez para un lado. El pobrecito hace lo mismo que los demás, y así en dos ocasiones más. Es absurdo que lo haga porque los otros absurdamente lo hacen, sí, pero lo hace.

El otro ejemplo es cuando uno entra en una sala de espera llena de gente. De repente suena un timbre y todos se ponen de pie. Él hace lo mismo, les imita, aunque le parezca absurdo y sin sentido. Se sienta, y un minuto o dos después, la misma situación, y la misma reacción. Al final se queda sola esa persona y entra una nueva. Suena el timbre y se sigue poniendo de pie. La nueva le pregunta por qué lo hace, y contesta: “no lo sé, pero vi que otros lo hacían, y por eso lo hago”.

Pérdida de identidad. Nos la han robado. Tienen muchos recursos para tenernos distraídos y enajenados de nuestra verdadera identidad. ¿Quién sabe realmente que ante todo está llamado a ser hijo de Dios y por tanto, a vivir como tal en todo momento?

Han logrado que echemos a Dios de nuestras vidas, de nuestras leyes, de nuestras comunidades, de los colegios, de las almas…y todo por el pecado y el espejismo de una falsa felicidad de hijos pródigos. Hay que quitar las cruces y crucifijos de todos los sitios. Hay que vivir una falsa tolerancia, porque tolerar el pecado que nos mata el alma es suicida. Y mientras, los hombres vagan por el mundo zambullidos en el ruido: ruido, ruido y más ruido. Cualquier cosa antes que pararse un momento con sosiego, y enfrentándose al silencio y ante sí mismos y su verdad más íntima, reconocerse realmente y darse cuenta de quiénes son, y a dónde van, para qué viven realmente.

En ese sentido cuántas vidas han salvado y cambiado para bien el Movimiento de los Cursillos de Cristiandad, con retiros de fin de semana de tres días donde la persona tiene la oportunidad de oro de salir del estrés, las distracciones, las prisas y el ruido, y se para…sí, se para por tres días, comparte con otras personas, y se pone a la escucha de la Buena Noticia y del testimonio de hombres y mujeres de diversas edades y condiciones que les abren el alma para explicarles que con Dios ES POSIBLE LA VERDADERA FELICIDAD. Existe un tesoro escondido del que nos habló Jesús en una parábola y estamos invitados a encontrarlo. Se puede encontrar si te das el espacio para poderlo encontrar. Se debe encontrar: es el AMOR DE DIOS MANIFESTADO EN CRISTO JESÚS.

Pero en el mundo de la publicidad y del consumismo nos han convencido para que amemos las cosas, y a que utilicemos a las personas sin escrúpulos para nuestros fines egoístas. He ahí parte de las consecuencias de ese vivir sin Dios reinando en los corazones.

No, reconozcamos que lo que pasa es que hay miedo, la gente no encuentra tiempo para lo más valioso, pero sobre todo hay confusión y desorientación. Es mejor seguir deambulando en el auto engaño. Quizás lo que encuentre me exija un cambio, quién sabe si una terapia, y no, mejor dejarlo así. “Don´t worry, be happy”. Y que siga la fiesta: “¡no pares, sigue sigue… no pares, sigue sigue!”. Aunque te sientas vacío, sigue, sigue…

El 6 de junio de 2018, el redactor de Infocatólica **Bruno M**. escribía un artículo con un titular muy llamativo que rezaba así: **Dios no es amor**.

Para salir de dudas ante esa clara provocación, rescatamos algunos párrafos de dicho post, a ver si encontramos un poco de luz para entender lo que antes estábamos explicando y el porqué en el mundo se habla tanto de amor, pero de un amor diferente al verdadero amor, al que viene de Dios Amor:

“…que Dios es amor… es una media verdad que oculta la otra media, precisamente la mitad que más necesitamos escuchar, la que nuestra época no entiende, ni sospecha ni quiere oír. Lo cierto es que

Dios es caridad. No cualquier amor, amor de caridad: ὁ θεὸς ἀγάπη ἐστίν, dice el original griego. Deus caritas est, traduce la Vulgata de San Jerónimo.

La distinción es fundamental, porque el amor de caridad es el amor sobrenatural, el revelado por Dios y que solo puede ser don suyo, el que Cristo nos ha regalado y que es fruto de la gracia. Sin amor de caridad, el cristianismo no tiene sentido, todas las religiones son iguales, la Encarnación solo es un cuento y el mundo está perdido. Los demás amores están dañados por el pecado, retorcidos por la concupiscencia, y necesitan ser redimidos, transformados y sobrenaturalizados.

Por ejemplo, cuando nuestra época habla de relaciones prematrimoniales, adulterio, parejas del mismo sexo, anticonceptivos, eutanasia y todo lo demás, se siente deliciosamente sabia al decir: “si se quieren, está bien”, “mientras haya amor…” o “si eso es lo que les hace felices, será bueno". De alguna forma, resuena en esas afirmaciones el eco lejano de las palabras de San Agustín ("ama y haz lo que quieras") y de San Ireneo ("la gloria de Dios es que el hombre viva").

La distancia espiritual que supone la apostasía, sin embargo, hace que ese eco esté distorsionado y el mensaje original resulte irreconocible. Tanto para San Agustín como para San Ireneo, la clave estaba en la caridad, el amor de Dios revelado al hombre. Ama y haz lo que quieras, siempre que ese amor sea verdadera caridad, porque la caridad ama los mandatos de Dios. Como dijo San Pablo, la caridad es paciente, es servicial: la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. Del mismo modo, la gloria de Dios es que el hombre viva, que sea feliz, pero sabiendo que esa vida y esa felicidad son las que da la gracia de Dios, que es la que crea en el hombre la auténtica caridad, más fuerte que la muerte.

El hombre moderno, en cambio, dice “si se quieren, está bien", pero no entiende la desoladora realidad: que no se quieren, que no es verdad que se quieran, que esos amores no son amor de caridad. Ha

renunciado a la luz de la fe y ya no se da cuenta de que en el adulterio, las relaciones prematrimoniales, los anticonceptivos y todo lo demás puede haber amores carnales, pero no amor de caridad, porque el amor de caridad es fiel hasta la muerte, no soporta la injusticia, es fecundo y no estéril, busca el verdadero bien del otro, lo respeta y venera como imagen del mismo Dios, espera con paciencia, se deleita en la pureza, no miente, no se acaba porque viene del cielo y da la vida por el que ama.

Del mismo modo, a ojos del mundo moderno, la eutanasia parece un bien, un acto de amor a uno mismo, porque ¿quién desea sufrir? ¿Quién no teme a la muerte? ¿Quién no preferiría ahorrarse la enfermedad, la debilidad, el sufrimiento y la agonía? Sin embargo, ese amor a uno mismo es mero amor animal, pues también los animales aborrecen el sufrimiento, pero no es amor de caridad. La caridad no teme el dolor, sino que lo transforma en fuente de vida eterna. Por eso la Cruz, el estandarte de la auténtica caridad, es el único y eterno Sacrificio, que hace sagrado (sacrum facit) el dolor ofrecido a Dios para cumplir su voluntad.

Por desgracia, el mundo apóstata, que ha perdido la Misa y ya no entiende lo que es el sacrificio, huye despavorido de la Cruz, sin darse cuenta de que ella es nuestra esperanza, nuestra salvación y nuestra vida.

No podemos renunciar a anunciar la entera verdad del Evangelio, que es el amor de caridad. Solo la caridad salva, solo la caridad tiene sentido, solo la caridad es más fuerte que la muerte, solo la caridad transforma los demás amores del hombre caído, solo la caridad es digna de fe y hace firme nuestra esperanza. Y solo mirando la Cruz y al Corazón traspasado de Cristo se puede entender lo que es la caridad.

Repitámoslo una y mil veces, hasta que nos quedemos sin voz: Dios es amor… de caridad.”

4. LA FUENTE PRINCIPAL DE TODOS LOS DESÓRDENES

Perder la vida de gracia es muy grave porque nos imposibilita vivir la caridad, tener el amor de caridad o vida divina en nosotros. Nos separa de la comunión con Jesucristo. Fijémonos cómo lo explica el Catecismo:

CIC 1855 "El *pecado mortal* **destruye la caridad en el corazón del hombre** por una infracción grave de la ley de Dios; aparta al hombre de Dios, que es su fin último y su bienaventuranza, prefiriendo un bien inferior.

El *pecado venial* deja subsistir la caridad, aunque la ofende y la hiere."

Sí, así de grave es el pecado mortal porque ¡destruye la caridad de nuestro corazón! Eso ocurre cuando consciente, plenamente y de manera libre, elegimos un bien inferior infringiendo de manera grave la ley de Dios. Y esto hoy en día la gente no lo sabe y lo peor, no lo quiere saber. Y cree que ama, pero en muchos casos, lamentablemente, son amores inferiores y sin caridad. Amores vacíos o con los días contados (de esos de se nos acabó el amor), mientras que ***"la caridad no acaba nunca***" (I Cor.13,8). Se están perdiendo el festín de la caridad en esta vida, de la vida de gracia que podrían tener y disfrutar como hijos adoptivos en Cristo, pues así fueron engendrados por medio del Bautismo. Quizás por eso insistía **san Luis María Grignion de Monfort** en su **Tratado de la Verdadera Devoción**, que el hecho de no vivir las promesas bautismales ni renovarlas, era la causa de todos los males y desmanes del hombre y de la sociedad. Así se expresaba en su obra inmortal:

"La fuente principal de todos los desórdenes*, y por consiguiente, de la condenación de los cristianos, procede del* ***olvido e indiferencia de esta práctica fundamental: la renovación de las promesas y votos bautismales.***

Renunciar al diablo y a sus pompas es el mayor y más indispensable de los votos. *Sin embargo, ¿quién cumple este voto tan importante y observa con fidelidad estas promesas que hacemos en el Santo Bautismo? ¿De dónde proviene este desconcierto universal? ¿No es acaso del olvido en que se vive de las promesas y compromisos del Santo Bautismo, y de que casi nadie ratifica por sí mismo "el contrato de Alianza" hecho con Dios por sus padrinos?*

***Antes del Bautismo, todo cristiano era esclavo del demonio**, a quien pertenecía. Por su propia boca o por la de sus padrinos, renunció en el Bautismo a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y eligió a Jesucristo como a su Dueño y Señor, para depender de Él en calidad de esclavo de amor. Es precisamente lo que hacemos por la presente Devoción: renunciar al demonio, al mundo, al pecado y a nosotros mismos, y consagrarnos totalmente a Jesucristo por manos de María. Pero hacemos algo más: nos consagramos por nosotros mismos, voluntariamente y con conocimiento de causa, y le entregamos a María el valor de todas nuestras buenas acciones."*

Fijémonos en la ceremonia de la renovación de las promesas del bautismo según el misal romano actual:

C/: ¿Renuncias al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

R. Sí, renuncio.

C/: ¿Renuncias a todas las seducciones del Maligno, para que el pecado no te esclavice?

R. Sí, renuncio.

C/: ¿Renuncias a Satanás, padre y príncipe del pecado?

R. Sí, renuncio.

C/: ¿Crees en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?

R. Sí, creo.

C/: ¿Crees en Jesucristo, su Hijo único y Señor nuestro, que nació de Santa María Virgen, padeció y murió por nosotros, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

R. Sí, creo.

C/: ¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna?

R. Sí, creo.

C/: Que Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos liberó del pecado y nos ha hecho renacer por el agua y el Espíritu Santo, nos conserve con Su gracia, unidos a Jesucristo, nuestro Señor, para la vida eterna. Amén.

¿Nos damos cuenta? La última oración tras la renovación de las promesas bautismales nos da la pista final y nos lo deja todo muy claro. **Hemos de conservar con ayuda de la gracia el poder permanecer unidos a Jesucristo** si queremos estar encaminados a la vida eterna.

Imprescindible la Gracia.

La Gracia Dios nos la regala por medio de los Sacramentos, signos sensibles y eficaces de la Gracia de Dios, instituidos por Jesucristo y confiados a la Iglesia Católica, y mediante los cuales se nos otorga la vida divina.

¿Y cuántos y cuáles son los sacramentos? Los sacramentos son siete: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal, y Matrimonio.

¿Qué es el carácter sacramental? El carácter sacramental es un sello espiritual que configura con Cristo al que lo recibe. Por ello, se trata de un sello indeleble, es decir, permanente y, por tanto, el cristiano lo recibe una sola vez en la vida.

¿Cuáles son los sacramentos que imprimen carácter?
Bautismo, Confirmación y orden Sacerdotal.

Pues bien, el mal de este mundo reside en que los cristianos nos hemos olvidado de vivir las promesas bautismales, y no las renovamos periódicamente, ni somos conscientes de ellas. Y despreciamos los sacramentos, fuentes de las gracias divinas, con ese mantra de *"yo creo, pero no practico".*

No cuidamos la vida de gracia recibida por medio del Bautismo y del resto de Sacramentos, que los terminamos por dejar, en parte, o definitivamente. Por eso quien no cuida la vida de

gracia termina siendo un des-graciado. Es un des-graciado quien ha perdido la fe por no cuidar la vida de gracia.

Un cristiano que no ora ni recibe Sacramentos debidamente o en absoluto, es como si decidiera cerrar el paso de la vida de gracia. Y entonces eso repercute en su vida de fe. Dicho de otra manera, no se puede conjugar eso de: “soy creyente, pero no practicante”. ¿Te imaginas un jugador de cualquier disciplina deportiva que no entrene ni practique su deporte? Cada vez jugará peor, hasta convertirse en un torpe. Por mucha facilidad natural que tenga, su falta de práctica repercutirá en sus habilidades. Eso pasa con todo en la vida. Y en la vida de gracia, espiritual, si no la cuidamos, lo notamos, la perdemos. Y nos terminamos convirtiendo en hombres carnales, y no espirituales, donde no domina en nosotros el Espíritu de Dios, sino nuestras apetencias carnales. O bien una vida espiritual engañosa, porque no todos los espíritus son buenos. Y en eso hay que tener mucho cuidado.

La confesión de los pecados

«Quien confiesa y se acusa de sus pecados hace las paces con Dios. Dios reprueba tus pecados. Si tú haces lo mismo, te unes a Dios. Hombre y pecador son dos cosas distintas; cuando oyes, hombre, oyes lo que hizo Dios; cuando oyes, pecador, oyes lo que el mismo hombre hizo. Deshaz lo que hiciste para que Dios salve lo que hizo. Es preciso que aborrezcas tu obra y que ames en ti la obra de Dios. Cuando empiezas a detestar lo que hiciste, entonces empiezan tus buenas obras buenas, porque repruebas las tuyas malas. [...] Practicas la verdad y vienes a la luz» (San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 12, 13).

(Fuente: http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c2a4_sp.html)

5. FULANITO, ¿ESTÁS PREPARADO?

San Pablo es muy concluyente en sus reflexiones. Nos dice que la vida espiritual choca con la vida carnal. ¿Quiénes no agradan a Dios? Contesta: ***"los que se dejan llevar por la carne" Rom.8,8.***

Es decir, la vida espiritual ha de dominar a la vida carnal. Es una vida que se deja llevar por el Espíritu de Dios, no por el espíritu del mundo y sus falsas seducciones y engaños que no llenan, sino que te dejan más vacío.

Nosotros no despreciamos al cuerpo, pero sí sabemos que ha de ser instrumento para santificar a la persona, no para perderla. Pero nos suele ocurrir dos cosas:

1. U olvidamos la vida espiritual y no la cuidamos.
2. O bien "cuidamos la vida espiritual", pero de manera equivocada.

Esto último está a la orden del día en nuestra sociedad. Una vez que la gente ha perdido la fe, la ha despreciado dejándose llevar por las corrientes del mundo, sus modas, sus slogans, su influencia habitualmente contraria a las enseñanzas de la Iglesia, busca saciar su sed espiritual en otras fuentes diferentes a las que ofrece la Iglesia con sus sacramentos y su doctrina, el ejemplo de los santos, etc. Acuden a fuentes equivocadas que sí, les da agua, pero agua sucia, contaminada, o peor, envenenada. La nueva era está llena de grandes corrientes pseudo espirituales que apartan a la gente de la Verdad y les ofrecen supuestas soluciones a medida de los caprichos de cada cual (recomendable leer las indicaciones del **P. Ghislain Roy** sobre que no existe un yoga cristiano o que sirva sólo para el cuerpo, sino que hay riesgo de intoxicación espiritual grave). Ellos ponen el centro en la persona, pero desprecian las enseñanzas que Dios nos ha revelado en Jesucristo:

"Espantaos, oh cielos, por esto, y temblad, quedad en extremo desolados —declara el SEÑOR—. Porque dos males ha hecho mi pueblo: ***me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, y han cavado para sí cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua" Jeremías 2,12-13.***

En una ocasión me ocurrió que estaba en una reunión de padres en una parroquia, padres con hijos en catequesis de preparación para la comunión. Y les sugerí que tuvieran un pequeño retiro de fin de semana. Al menos una vez al año. Son más de cincuenta los fines de semana del año. Pues bien, todos callaron y dieron por buena la excusa de que no hay tiempo para eso. Para lo más importante no tenemos tiempo. Todo tiene preferencia antes que Dios, antes que escuchar a Dios, antes que aprender a estar a solas con Dios. Hemos de estar distraídos con todo, y no podemos tener tiempo para lo más esencial: el silencio y el encuentro con Dios.

Por otro lado, ¿acaso no conocemos muchas personas con graves dolencias o enfermedades que ni siquiera se atreven a ir al médico a que les hagan un chequeo? No. Hay miedo a lo que uno se pueda encontrar. A que sea grave lo que subyace en esos dolores. Mejor dejarlo así, basta con ir tirando… De repente un día es tarde. Y te pasa como le pasó a ese amigo íntimo de un cuñado mío. Mucho le insistieron en que fuera al médico, y no iba. Cuando por fin acudió a chequearse le dieron como resultado dos semanas de vida. Un cáncer lo tenía invadido. Pero su familia le ocultó el diagnóstico.

Pues bien, allí me encontré yo con ese enfermo terminal, el pobrecito engañado, sin saber que sus días estaban contados. Y, ¿quién no tiene los días contados? Tú también los tienes contados, como yo, como todos. Sólo que en su caso parecía que sabíamos la fecha con más precisión. Sí, allí estaba yo en una habitación de hospital público, en habitación compartida con otro enfermo en otra cama. Y yo sabía bien que tenía que decirle algo para que abriera los ojos y el corazón a la realidad: ¡colega, te vas a morir! Ponte en paz con Dios, haz tus cuentas mientras puedas… ¡¡¡antes de que sea demasiado tarde!!!

Había llegado en oración mientras iba en el coche, pidiendo al Cielo las palabras justas. Y ahora, ¿qué le digo a este hombre, cómo se lo digo sin ser brusco? En medio de ese encuentro, con su novia presente y el otro enfermo junto a su mujer, inevitablemente atentos a la visita, me lancé y le espeté:

Fulanito, ¿estás preparado?

A lo que me dijo con sorpresa:
¿Preparado para qué?
Y yo: Pues para todo.

Se quedó pensativo, sin hablar, mudo. Diría que atónito. Un silencio estremecedor recorrió la habitación. Pudieron ser máximo dos segundos o tres, pero llenos de significado y tensión, hasta que la novia intervino:

> ¿Quién ha dicho que se vaya a morir? Dios sabrá cuando se muere y se puede poner bien…

Así empezó, con cierto o bastante enfado, a desviar la atención y a ponerme en entredicho. Le había molestado lo que había dejado caer. Era más que evidente.

Las caras de los compañeros de habitación eran también un poema mientras mascullaban alguna cosa. Yo había cometido el grave delito de alertar a ese paciente terminal. ¡Alguien tenía que hacerlo! Luego me enteré de que no logró dormir esa noche. Y de que yo, desde ese momento ya no era bienvenido a ese lugar, que evitara volver de visita: ya era persona “non grata”. Me habían puesto la cruz. Sólo podía seguir rezando por ese enfermo próximo a rendir cuentas al Creador. Especialmente ofrecí varias coronillas de la divina misericordia y algún santo rosario.

El final de esa historia fue que ese enfermo paliativo condenado a próxima muerte pasó sus últimos días en su domicilio. Y que allí un día sí llamó a un sacerdote para que le escuchara en confesión. Para mí eso fue una gran bendición, aunque no me llamaran para contarme esa alegría y si querían, de paso, agradecerme el hecho de haber cumplido con mi cristiana obligación de ayudar a bien morir a un hombre.

Eso poco importa cuando tú sabes que has cumplido con tu deber, ayudándole a que la gracia triunfara sobre el pecado. Bendito sea Dios. Amén, amén, amén.

Ofrecimiento de vida de San Ignacio de Loyola:

Tomad, Señor y recibid
toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad.
Todo mi haber y mi poseer.
Vos me lo disteis,
a vos Señor lo torno.
Todo es vuestro,
disponed a toda vuestra voluntad.
Dadme vuestro amor y gracia,
que ésta me basta.

Aviso de Santa Teresa de Jesús:

«Si en medio de las adversidades persevera el corazón con serenidad, con gozo y con paz, esto es amor.»

La misión de la Iglesia expresada por una columna como S. Pablo:

"*Pablo, servidor de Dios, apóstol de Cristo Jesús, puesto al servicio de los que Dios ha llamado para conducirlos a la fe y al conocimiento de la verdadera religión, animados por la esperanza de la vida eterna que prometió desde la eternidad el Dios que jamás miente.*
En el momento fijado envió su Palabra y me confió la misión de proclamarla según lo había decidido nuestro Dios y salvador".
Tito 1, 1-3.

6. LAS COSAS CLARAS DESDE EL PRINCIPIO

En este libro se pretende que entendamos una verdad de fe irrefutable: **según cómo sea tu muerte, así será tu eternidad. Y según cómo sea tu vida, así muy probablemente será tu muerte**.

Hoy más que nunca es muy conveniente que nos hablen claro, sin paños calientes ni ambigüedades de las que estamos hartos con tantos charlatanes, lobos con piel de oveja que se entregan sólo a lo que es políticamente correcto. Hoy padecemos el tiempo bíblico que nos advirtió el apóstol en II Tim.4, 3-4:

*"Porque vendrá un tiempo en que **los hombres no soportarán la doctrina sana**, sino que, arrastrados por su propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas."*

Yo sí espero que los que lean este libro soportaran la sana doctrina y no se dejarán arrastrar por sus propias pasiones. Es momento de no apartar los oídos de la verdad, sino al contrario, dejar de una vez las fábulas que nos vende el mundo y que conviene desenmascarar.

En este libro nos hablarán muchas personas que van a compartir con nosotros sus conocimientos y experiencias impactantes cercanas a la muerte. También nos hablará el Magisterio bimilenario, imperecedero y sabio de la Iglesia. Sí, así debe ser.

Quizás me digas, ¿en qué mundo vives, de qué vas, no te has enterado de que eso está pasado de moda, superado? ¡Ay, la mentalidad modernista, cuánto daño ha hecho y hace! Me llamarás anticuado o cualquier cosa. Bien, hazlo si quieres. Pero lo que es seguro es una cosa, hay una realidad, y es que tú y yo hemos de enfrentarnos a la muerte, cada uno de nosotros ha de hacerlo. Y no, no es para tomárselo a la ligera.

Hoy el mundo se ha convertido en un gran supermercado a gusto del consumidor. ¿Que el producto es la muerte? No hay problema, ahí tienes para elegir la solución que más te satisfaga, aunque sea pura patraña. Así estamos. Pero ojo que entre tanta

mentira has de escoger la respuesta verdadera. Deja que te recuerde que estamos hechos para la Verdad, no para vivir en la mentira o auto engañarnos. Así que quiero pensar que eres de los que buscan la Verdad y no te conformas con cualquier cosa, y que por tanto, no tienes miedo a replantearte lo que haga falta.

La muerte es el gran misterio del ser humano y es vital saber enfrentarlo adecuadamente, es decir, bien. No vayamos a la muerte como quien va a ver si le toca la lotería. Eso sería grandísima locura como nos decía antes Balmes. Y me da la impresión que esa mentalidad es la imperante hoy en día. Eso sería como ir a un examen sin haber estudiado nada a ver si, no sé cómo, pero apruebo.

Los novísimos: muerte, juicio, gloria del Cielo (previo purgatorio o no) e infierno eterno, son los puntos fundamentales de nuestra fe, y los grandes olvidados de hoy en día por la mentalidad modernista. Parecen imaginar que eso basta para que desaparezcan, pero no. Y por eso, siendo tan importantes es que los estamos sacando a flote en estas páginas. Quien los olvida se embarca en el desastre.

A la muerte la puedes tratar de olvidar, como si nunca te fueras a morir. Ignorarla, o como se dice vulgarmente “pasar de ella”, no darle importancia, como si te diera igual. Esto último es desgraciadamente lo más frecuente.

Desde el momento en que la gente se ha desentendido de la ley de Dios, es lógico que los amos de este mundo nos traten a todos como si fuéramos idiotas. Nos manejan a su antojo y cada vez más la cuota de libertad o libre albedrío que nos va quedando disminuye más y más.

El mundo —dominado por Satanás, príncipe de este mundo, *homicida desde el principio, y padre de la mentira* (Jn.8,44)— de muchas maneras nos inocula que la muerte de una persona no vale nada, vamos que no tiene importancia.

Matar a alguien, a uno o a muchos es como quien mata a moscas molestas. Para eso están muchas películas del cine, donde abundan los ejemplos. Matan y matan como quien pisa a una cucaracha que se cruza en el camino. Fíjate que hasta nos han

convencido que un bebé de varias semanas o meses en el seno de su madre (o incluso una vez fuera de él) no tiene derecho a vivir si así lo decide su mamá, que no es nada ni nadie. A partir de ahí, si nos hemos creído esa cruel mentira, todo vale, o mejor dicho, nada vale.

Monseñor Charles J. Chaput, uno de los obispos más activos y con mayor carisma de Estados Unidos, dice que *"sin una fe trascendente que haga que la vida valga la pena vivir, no hay razón para tener hijos. Y donde no hay niños, no hay imaginación, no hay razón para sacrificar, y no hay futuro. Al menos seis de los líderes nacionales más antiguos de Europa no tienen hijos. Su mundo termina con ellos. Es difícil evitar la sensación de que gran parte de Europa ya está muerta o moribunda sin saberlo".*

Y sigue así*: "Cada día,* cada una de nuestras elecciones es un ladrillo en la estructura del cielo o el infierno que estamos construyendo para nosotros mismos en la próxima vida. *Y nunca lo entenderemos a menos que apaguemos el ruido que nos rodea en ansiedades y apetitos del consumidor"*.

La academia psiquiátrica para los niños y adolescentes de EE.UU. reconoce que los niños ven al menos de tres a cuatro horas de tv e internet y que se hacen inmunes al horror de la violencia, contagiándose de esos comportamientos violentos. No digamos ya con los videojuegos de guerras que juegan sin descanso. En definitiva, indiferentes ante la muerte, impasibles poco más o menos. Bueno, y no digamos, celebrando ciertas fiestas macabras donde preside la muerte al disfrazarse de muertos vivientes, brujas, demonios, etc. sin darle la menor importancia. Como si fuera un inocente juego.

Ser indiferentes ante la muerte es un gran error y horror, sobre todo cuando se trata de la propia. Uno ha de ser responsable de su vida y de su propia muerte, y sencillamente ha de serlo no sólo por sí mismo y sus seres queridos, sino sobre todo porque se está jugando su eternidad: estar en la luz o en las tinieblas para siempre, sin fin. Así, como suena.

Mucha gente no sabe siquiera que tiene un alma, o le trae al fresco; un componente espiritual que no desaparece tras la muerte. No somos máquinas, no somos sólo carne. Como dicen las Sagradas

Escrituras en Jn. 6,63: "*la carne no sirve para nada, el espíritu es el que da vida*". Tenemos un alma inmortal. Y a ese alma inmortal le espera un destino eterno que nos forjaremos con nuestras decisiones.

Monseñor Chaput quiso acabar su intervención contando una historia con un importante trasfondo:

"Un amigo mío fue estudiante en Francia en 1967-68 en la Universidad Católica del Oeste. Y un día su clase visitó un castillo en el Valle del Loira. El profesor los llevó a una habitación con un enorme tramo de tela colgante. Y en la tela había cientos de nudos feos y enredos de hilos sueltos en un caos de formas confusas que tenían muy poco sentido. Y el docente dijo: 'Esto es lo que vio el artista mientras trabajaba'. Y lo que ellos estupefactos vieron al darle la vuelta era el gran Tapiz del Apocalipsis de San Juan, la historia del Libro del Apocalipsis en 90 paneles inmensos. Creado entre 1377 y 1382, es una de las expresiones más impresionantes y hermosas de la civilización medieval, y está entre los mayores logros artísticos de la herencia europea.

»*Aquí está el punto –prosigue el Sr. Obispo-.* No vemos los efectos completos del bien que hacemos en esta vida. Tanto que lo que hacemos parece un enredo de frustraciones y fracasos.

No vemos - en cierto lado del tapiz - el patrón de significado que nuestra fe teje. Pero un día estaremos de pie al otro lado. Y ese día sí veremos la belleza que Dios nos ha permitido añadir a la gran historia de su creación, la revelación de su amor que va de edad en edad, no importa cuán buenos o malos sean los tiempos. Y por eso nuestras vidas son importantes".

7. LA PESCADERA QUE NO SE SENTÍA BENDECIDA POR DIOS

Sí, de verdad que sí, ¡cuán importante es nuestra vida! Recuerdo ahora la película "¡Qué bello es vivir!" donde el protagonista hundido y desesperado de tantos problemas ha decidido suicidarse. Pero su ángel de la guarda llega para ayudarle a recapacitar antes de que sea demasiado tarde. Y él recapacita a tiempo. Y ve cuán diferente habría sido todo si él no hubiera existido, si no hubiera luchado e influido tanto, y tan bien, en la vida de tantas personas.

La vida es hermosa, muy hermosa, pero eso no significa que sea fácil. La vida está hecha para nosotros como un regalo, como don y tarea. Y nosotros hemos de acoger ese regalo impagable con sumo agradecimiento. Y a ese Dios tan maravilloso que nos lo ha dado todo en Cristo, al precio de su divina y preciosísima sangre, hemos de corresponderle permitiéndole que nuestra vida sea un canto de alabanza y entrega al servicio de Sus designios de AMOR, para nuestra Salvación y el bien de muchas almas.

Un día me ocurrió que fui a comprar pescado al supermercado. La pescadera muy amable me atendió y terminó deseándome feliz día, feliz almuerzo, feliz fin de semana, feliz verano…entrañable. Y yo le añadí: "*y que Dios te bendiga".* Ahí se quedó medio parada, medio pensativa, pero reaccionó, aceptó el reto, y dijo:

"Dios… Dios a mí hace tiempo que me dio la patada".

Obviamente aproveché que ponía en la palestra su herida abierta con Dios para seguir la conversación:

"No, ni mucho menos, Dios nunca nos da la patada, Dios nos ama demasiado para hacer eso".

Y ella insistía en que sí, que Dios no le bendecía a ella.

Había otro cliente esperando, yo me tenía que ir, no había tiempo para profundizar en tema tan interesante, pero me habría gustado poder haberle dicho cosas como: Dios nos bendice a todos, hace salir Su sol sobre justos e injustos, y poder vivir ya es una bendición impagable. Tú tienes un trabajo, ¿no te parece una bendición enorme hoy en día, y más en una empresa seria? Hemos de cambiar la mentalidad y empezar por agradecer mucho,

muchísimo más todo lo que la vida nos regala, y Dios nos permite disfrutar. Y hemos de hacer examen de conciencia, y preguntarnos:

"y yo, ¿qué clase de vida llevo para con Dios, cuál es mi relación con Dios?"

Lamentablemente exigimos todo como niños caprichosos, tratamos a Dios como si fuera nuestro objeto a quien acudo por mera conveniencia. Pero Dios es Padre que desea tener y mantener una relación y trato de Amor con sus hijos, y por supuesto es Alguien que nunca se va a dejar manipular. Dios quiere nuestro corazón y darnos el suyo. Y que vivamos como hijos suyos, no como meras criaturas. Porque podemos recibir sus bendiciones como meras criaturas, es decir, si vivimos separados de Dios por culpa del pecado; o bien podemos recibir sus bendiciones como hijos de Dios en Cristo si vivimos una vida de gracia, en lucha fiel por la guarda de Sus Mandamientos.

Todos los animales y las plantas, todos los seres vivos reciben cada día las bendiciones del Creador y Señor del Universo. Pero nosotros, ¿nos vamos a conformar con recibir bendiciones de meras criaturas? No, estamos llamados a recibir las bendiciones de los hijos del Padre Celestial, coherederos con Cristo de Sus promesas de felicidad eterna.

Sólo acerté a preguntarle si vivía los Mandamientos. Y ella supo reconocer que no los vivía, y que igual era por eso que no se sentía bendecida por Dios. Si otro día la vuelvo a ver, espero que el Señor nos ayude a completar esa conversación para Su mayor gloria y la Salvación de nuestras almas.

«¿Quién no temerá habiendo gastado parte de la vida en no amar a su Dios?» **Santa Teresa de Jesús** (Doctora de la Iglesia).

«Deseo con toda el alma tener el consuelo de recibir los últimos sacramentos, que dan la salud; sin embargo, ***la mejor preparación para la muerte es tener presente que Dios escoge la hora.*** *Estoy absolutamente cierta de que, ya sea que tenga una muerte súbita o prevista, no me faltará la misericordia del Señor, sin la cual no podría*

salvarme en ninguno de los dos casos. » **Santa Gertrudis** (patrona de los místicos).

¿Qué haces tú, qué hago yo, para tener esa confianza en Dios y estar preparado para la muerte como nos han enseñado el Evangelio y los santos que debemos estar?

8. UNA POSIBILIDAD RADICAL DE LA LIBERTAD HUMANA

Enseña el Catecismo de la Iglesia Católica en su numeral 1861:

El pecado mortal *es una posibilidad radical de la libertad humana como lo es también el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es rescatado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del infierno; de modo que nuestra libertad tiene poder de hacer elecciones para siempre, sin retorno. Sin embargo, aunque podamos juzgar que un acto es en sí una falta grave, el juicio sobre las personas debemos confiarlo a la justicia y a la misericordia de Dios.*

—Pero vamos a ver, si Dios Es AMOR (Amor de Caridad), ¿cómo es posible que una persona termine en el infierno eterno?

Pues sí señor, es posible. Precisamente porque Dios respeta el libre albedrío.

—¿Hay alguien hoy en día que sepa qué es el pecado mortal y la gravedad que supone?

¿Hoy? Sí, los hay aunque muy poquitos.

—¿Y eso es grave?

Gravísimo. Porque existe una cosa que se llama “ignorancia culpable” y que el día del juicio ante Dios no te exime de tu

responsabilidad por tus negligencias e indiferencias ante lo más vital de la vida.

—¿Y hay alguien hoy en día que sepa qué es la caridad y la privación de la gracia santificante?

Igual, lamentablemente muy poquitos lo saben, cuando debiera ser algo conocido por cualquier católico mínimamente formado en su fe.

—¿Entonces estamos ante unos privilegiados o una élite?

No, tampoco es eso, aunque sí es cierto que hoy en día tener las ideas claras sobre la santa fe católica es un gran privilegio.

—¿Por qué?

Pues porque estamos ante una masiva y terrible apostasía e indiferencia religiosa, indiferencia ante Dios y la Verdad, y ante lo más vital de la vida: dar un sentido auténtico, verdadero y pleno a la existencia humana, y dar a Dios el lugar que se merece en tu vida.

—¿Hay alguien que hoy en día se tome en serio que puede acabar pasando su eternidad sin Dios, en un infierno que será eterno, sin fin, para siempre, siempre, siempre, y que será fruto de su propia elección?

Desgraciadamente, una vez más, a muy poquitos parece importarles lo más vital y decisivo de la existencia humana, y por eso son muchos los que están en serio riesgo de condenación eterna por despreciar a Dios *(no hay mayor desprecio que no hacer aprecio)*. Ya advirtió santa Faustina, la mística polaca, que en el infierno suelen acabar los que creen que no existe.

La ignorancia y la indiferencia más radical campan a sus anchas. Todos somos testigos de esa realidad. Por eso la siempre Virgen María, Reina de los Profetas y Madre de Misericordia, lleva muchos años apareciéndose a niños y personas humildes y poco o nada relevantes para la sociedad *("¡Mirad hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo*

necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios" I Corintios, 1,26-29).

Y Dios los ha escogido para, a través de ellos, advertirnos seriamente. Porque el que avisa no es traidor.

En Fátima, en 1917, a tres niños pastorcitos la Santísima Virgen incluso les enseñó el infierno. Los niños aterrorizados cambiaron su manera de entender la vida. Entendieron que muchos caían en el infierno porque nadie oraba ni se sacrificaba lo suficiente por esas personas. Escucharon de labios de la Madre Celestial:

"Habéis visto el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores. "¡Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio:

Oh Jesús, ¡es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!"

Y les preguntó en una ocasión:

"¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros como reparación de los pecados con que El es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?"

—Sí, queremos.

—"Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios os fortalecerá"

Nos guste o no, para bien o para mal, así es la cruda realidad de lo que está en juego. Tenemos que ver cómo vivimos, para poder ver cómo morimos y de qué manera dejamos este mundo: **con los deberes hechos o por hacer**.

El gran místico, poeta, y doctor de la Iglesia, **san Juan de la Cruz,** nos dio muchas claves para no perdernos por el camino y tener

una santa vida con una buena muerte (es muy recomendable acudir a sus obras, garantía de sabiduría y sana doctrina). Fíjate lo que nos dice en este pensamiento relacionado con la muerte:

"al atardecer de la vida te examinarán del amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición".

El examen que tendremos al atardecer de la vida, es decir, al morir, será sobre cómo hemos vivido, sobre si realmente hemos amado o no. Pero he ahí el gran problema que antes comentábamos: el mundo y su espíritu nos engañan sobre lo que significa amar, sobre lo que es el amor.

Y nosotros mismos nos auto engañamos al respecto. Por eso hemos de poner la mirada en quien es el AMOR, aprender como Dios quiere ser amado y espera que nos amemos. Para lo cual hemos de dejar nuestra condición de pecadores e ignorantes, y hemos de empezar a aprender del Maestro. Así llamaban los apóstoles o discípulos a Jesús, el Maestro. Es, por ser Dios, el único que puede real y verdaderamente enseñarnos a AMAR. Y lo hace con Su ejemplo, y con Su Palabra.

Tenemos que pedir la gracia de llegar a entender que **para amar verdaderamente hemos de estar unidos a Cristo, en gracia de Dios**. Y que por tanto, la opción es:

Morir en gracia de Dios, o en pecado; morir en comunión con Dios en Cristo Jesús, o bien separados de Dios. Y esa doble opción está ahí, es bien real, y no es ninguna broma. Y que el momento de aprender a vivir en gracia de Dios para poder morir en gracia de Dios… ¡es ahora!, que de ninguna manera conviene esperar a mañana. Mañana puede ser demasiado tarde.

La clase de muerte que tengamos será el fruto del libre albedrío que Dios nos concede y nosotros elegimos en respuesta a sus gracias. Así de sencillo y de inopinable. Hay una cosa fundamental que no se enseña mucho o se desconoce**: lo principal que has de tener que cuidar en tu vida es tu propia salvación eterna**. Y no se repetirá lo suficiente esta enseñanza de San Agustín:

"Quien te creó sin ti, no te salvará si ti".

Habrá que insistir una y otra vez en que esto no es ninguna broma. Nos toca elegir necesariamente.

En las próximas páginas encontraremos mucho que nos ayude a aprender para vivir una vida en gracia de Dios y poder superar así el examen que todos tendremos al atardecer de la vida.

Ciertamente cuando vamos a preparar un examen nos gustaría saber cuáles son las preguntas que el profesor nos va a hacer. ¡Sería tan fácil poder aprobar o sacar una buena nota! Nos prepararíamos a fondo en esas cuestiones que sabemos que nos van a preguntar. Pues bien, Dios no nos engaña. Es el único que no nos engaña nunca, y para colmo, el único que nos va a hacer un examen habiéndonos dicho previamente qué nos va a preguntar.

Dios, todo lo que dice lo hace. Y Dios Padre nos ha advertido por activa y por pasiva: va a examinarnos de cómo hayamos vivido, de si hemos sido discípulos o no de su Hijo eterno guardando Su Palabra, y de si hemos dado frutos o no en el Espíritu Santo, AMOR que procede del Padre y del Hijo:

"La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos." Jn.15,8.

Dios quiere que demos mucho fruto. En ese capítulo 15 del Evangelio de san Juan nos enseña la Palabra de Dios que **separados de Cristo no servimos para nada**, y como ramas secas quedamos para ser arrojados al fuego. Porque sin la savia que es Cristo no podemos dar fruto.

Rechazando ser discípulos de Cristo, discípulos del AMOR ENCARNADO, no amaremos verdaderamente, no daremos frutos agradables a Dios, y por tanto, al atardecer de la vida desgraciadamente no pasaremos el examen.

9. ¿EN QUÉ MUNDO VIVIMOS?

A veces, cuando una persona se muestra despistada, se le dice: ***¿Pero tú, en qué mundo vives?***

Saber en qué mundo vivimos, qué tierra pisamos, dónde nos movemos, con quién nos jugamos las lentejas, es fundamental. Hoy en día, repitámoslo una vez más, y tengámoslo bien claro, **¡vivimos en un mundo que ha apostatado de Dios, que ha despreciado el tesoro de la fe y que nos empuja a eso!**

Un mundo y pensamiento global que se pavonea de haber elegido las no certezas. O que las únicas son las que nos dan sus leyes inicuas. Esta "matrix" en la que nos vemos metidos y convivimos "enjaulados", desprecia con asco las respuestas definitivas y para siempre que vienen de la Revelación dada en Cristo y a su Iglesia, pretendiéndose auto convencer y convencernos a todos de que no son posibles. El espíritu del mundo prefiere si acaso las preguntas y el relativismo a las respuestas definitivas. Hasta tiene la desfachatez de convertir el relativismo en un dogma. ¿Puede haber mayor contradicción y que encima esté bien vista la dictadura del relativismo?

La indiferencia religiosa reina, y se da terriblemente hasta incluso promovida por quienes debieran defender la fe y la Verdad que Es inmutable; y se da frente a un Dios que se ha revelado de una vez para siempre.

Es muy interesante conocer el trabajo del sacerdote **Horacio Bojorge s.j.** sobre lo que él llama "**el demonio de la acedia**", **una sociedad que se ha vuelto depresiva,** *cuya raíz* —indica— *está en la incapacidad de alegrarse en el vínculo, respecto de Dios y de las personas, prefiriendo entretenerse con las cosas. Hoy en día las personas ya no saben comunicarse en profundidad con los otros. Esta civilización va perdiendo junto a su desvinculación de Dios, la desvinculación entre las personas. Hay un autismo cultural que dificulta a las personas la verdadera relación entre ellas. Los vínculos son más frágiles, menos duraderos. Esta civilización depresiva es la civilización de la acedia que ya no sabe celebrar la fiesta de la vida, sino que sus fiestas son una mera huída del aburrimiento, más que una celebración del amor y de los vínculos."*

Para conocer el trabajo de este sacerdote aquí lo podemos encontrar: https://www.youtube.com/watch?v=aqUahudK5sM

Por otro lado, *es necesario afirmar* —enseña **David Glez. Alonso Gracián**—, *hoy más que nunca, esta verdad católica: las leyes divinas, con el socorro eficaz de la gracia, deben regular la vida y la conducta de los particulares, PERO TAMBIÉN la vida y la conducta del Estado; porque NO es lícito en la vida política y social apartarse de los preceptos de Dios y del orden de la gracia y legislar sin tenerlos en cuenta para nada.*

Ante esta apostasía reinante, así de tajante se muestra hoy en día este magnífico confesor de la fe, el sacerdote **José María Iraburu**:

"No le demos más vueltas: ***estamos viviendo el tiempo del Apocalipsis, y no otro tiempo*** *inventado por las ideologías mundanizantes hoy de moda.*

—Urgente necesidad de elegir entre Cristo y la Bestia.

Hay que elegir. Hay que elegir ya. No podemos seguir como ahora indefinidamente. ***La apostasía*** *práctica no debe seguir encubierta, ignorada hasta por los mismos apóstatas. A los cristianos que en vano renunciaron en el bautismo «a Satanás y a sus seducciones» mundanas, hay que mostrarles la imposibilidad de seguir haciendo círculos cuadrados. No pueden seguir tantos bautizados en una situación de adulterio crónico: o guardan fidelidad a Cristo Esposo o se amanceban abiertamente con la Bestia mundana. O son del Reino de Cristo o son del Reino del diablo.*

En la predicación y en la acción pastoral, en modos provocativos, ***hay que agarrar ya a los cristianos por su conciencia y sacudirlos, hasta ponerlos en crisis****. Así lo hicieron siempre los profetas, así lo hicieron Cristo y los apóstoles. No podemos seguir dando culto a Dios y a las riquezas (Lc 16,13); no podemos beber del cáliz del Señor y de la copa de los demonios (1Cor 10,20); no podemos vivir sin la Eucaristía, sin la misa dominical siquiera; no podemos seguir profanando el matrimonio con la anticoncepción habitual; no podemos vivir sin oración y sacramento de la penitencia; sin pudor, ni castidad, absortos en el mundo visible, olvidados de la vida eterna. Hemos de elegir entre servir al mundo o*

al Reino. Ser del mundo o ser de Cristo. Sin más demora, hay que optar ya entre seguir a Cristo con la cruz, en la fe y la paciencia, o seguir maravillados a la Bestia secular."

(De su libro **De Cristo o del mundo**. Páginas 87 y 88). También es un párrafo contenido en su artículo 468 de su blog **Reforma o Apostasía**, publicado el 2 de diciembre de 2017 en Infocatólica).

Lo dicho, sí o sí hay que elegir, y hay que elegir ya.

O elegimos la Verdad, o nos dejamos arrastrar por la corriente mundana de apostasía y total desprecio de Dios (indiferentismo religioso, irenismo, liberalismo que no se somete a la Verdad, relativismo, etc.) quien nos ha hablado de manera definitiva y para siempre en Jesucristo.

No elegir ya es elegir, es dejarte arrastrar por esta corriente mundana y apóstata. Frente a ella la Palabra de Dios siempre estará ahí, inmutable, invitándonos a vivir en la Verdad.

Leamos Romanos 12,1-5: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva (hostia viva), santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto. En virtud de la gracia que me fue dada, os digo a todos y a cada uno de vosotros: No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros."

P. Kreeft, en ***"Cómo ganar la guerra cultural"*** nos advierte de que nuestra cultura está muriendo; que estamos en guerra y que hemos de identificar al enemigo y vencerlo; nos explica cuál es el principio fundamental de todas las guerras de cultura; descubre las

grandes mentiras; cómo entrenar para ganar, y el arma secreta con la que venceremos:
https://www.amorseguro.org/archivos_articulos/peter_kreeft.pdf

La voz de la conciencia, en inmortal poema, nos habla en lo más íntimo de nuestro ser:

—«¿Por qué taladras con tanto empeño mi pobre cuerpo?»
—decía el leño.—
»¿De mis entrañas no has de salirte?»—
—«He de seguirte.»—
—«¿Y harás durables mis penas fieras?»—
—«Hasta que mueras.»—
—«Dime. ¿Quién eres, huésped tirano que ningún ruego tu saña doma?»—
—«Soy un gusano;
»soy la carcoma.»—
—«¿Por qué me roe tu agudo diente?»—
Clamaba a voces un delincuente—.
«Deja mi alma, gusano horrible.»—
—«No; no es posible.»—
—«Y esta tortura, cruel, homicida, ¿durará mucho?...»—
—«Toda tu vida.»—
—«¿Quién eres, dime, que así te plugo ser el martirio de mi existencia?»—
—«Soy tu verdugo; soy la conciencia.»—

El leño y la carcoma (Felipe Jacinto Sala)

10. APOCALIPSIS Y APOSTASÍA, DOS PALABRAS MUY ACTUALES

Santa Hildegarda, doctora de la Iglesia, hablando sobre el hombre de Pecado - hijo de Perdición:

"Atraerá a la gente dándole completa libertad de dejar de observar todos los mandamientos divinos y eclesiásticos, perdonándole sus pecados y exigiendo que sólo crean en su divinidad… Concederá libertad total de los mandamientos de Dios y de la Iglesia y permitirá que todos vivan según sus pasiones… Se esforzará por hacer que la religión sea acomodaticia. Dirá que no es necesario ayunar ni amargarse la vida con renuncias".

San Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia:

"Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas, y jamás, si quiere llegar a poseer a Cristo, le busque sin la cruz".

Pero entonces, **¿cómo vivir una vida de fe en un mundo donde impera la apostasía?** ¿Cómo vivir la fe en un mundo que está sumergido en el apocalipsis según nos ha afirmado con rotundidad el **P. José María Iraburu** y que nos ha comprado con el pan, el circo y debilitándonos al darnos todos los vicios a la carta? Pues tratando de salir del adormilamiento masivo en el que estamos sumergidos. Nos han narcotizado. Es evidente.

Si lo analizas tranquilamente verás que, o bien no tenemos espiritualidad alguna, dominados por el materialismo y la mera inmanencia, como si solo existiera esta vida pasajera, sin transcendencia alguna; o incluso nos domina la new age y espiritualidades light acomodadas a nuestros propios gustos e intereses. Pero la fe, la verdadera y única fe, la católica… **¿qué clase de fe tenemos si es que tenemos alguna fe?** Si acaso “la fe de cafetería”, fe de “self service”, hecha como un traje a medida. Yo

escojo lo que me gusta e interesa, y me acomodo a mis propios gustos e intereses, despreciando lo que me molesta o no encaja con mi mentalidad y egoísmo. Así hemos funcionado o funciona la inmensa mayoría: vivir en el auto engaño, o la autocomplacencia. Por pura comodidad, debilidad, o muchas veces ignorancia culpable.

Por eso **es de vital importancia que entendamos lo que significa apostatar**, echarnos en los brazos del peor pecado que podemos cometer en esta vida: la apostasía. Sí, sorprende eso, pero así de gravísima es la apostasía. Y ¿qué es la apostasía? Pues para que se entienda es lo que hizo el primero de todos los apóstatas: Judas. Creo que todos sabemos lo que hizo: vender al Maestro, vender al Señor, ¡vender a Dios! Vender al TODO por nada. ¿Qué digo por nada? Vendió la máxima Felicidad, la única y verdadera Felicidad, por el infierno eterno.

Veamos cómo explica **J.M. Iraburu** en su blog Reforma o Apostasía la gravedad de la apostasía, y pidamos a Dios la gracia de entender y abrir los ojos a esta realidad tan importante:

"La apostasía es el mal mayor que puede sufrir un hombre.

No hay para un cristiano un mal mayor que abandonar la fe católica, apagar la luz y volver a las tinieblas, donde reina el diablo, el Padre de la Mentira. Corruptio optimi pessima. Así lo entendieron los Apóstoles desde el principio:

«Si una vez retirados de las corrupciones del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, de nuevo se enredan en ellas y se dejan vencer, su finales se hacen peores que sus principios. Mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocerlo, abandonar los santos preceptos que les fueron dados. En ellos se realiza aquel proverbio verdadero: "se volvió el perro a su vómito, y la cerda, lavada, vuelve a revolcarse en el barro"» (2Pe 2,20-22). De los renegados, herejes y apóstatas, dice San Juan: «muchos se han hecho anticristos… De nosotros han salido, pero no eran de los nuestros» (1Jn 2,18-19).

La apostasía es el más grave de todos los pecados.

Santo Tomás entiende la apostasía como el pecado de infidelidad (rechazo de la fe, negarse a creer) en su forma máxima, y señala la raíz de su más profunda maldad:

«La infidelidad como pecado ***nace de la soberbia****, por la que el hombre no somete su entendimiento a las reglas de la fe y a las enseñanzas de los Padres» (STh II-II,10, 1 ad3m). «****Todo pecado consiste en la aversión a Dios****. Y tanto mayor será un pecado cuanto más separa al hombre de Dios. Ahora bien, la infidelidad es lo que más aleja de Dios… Por tanto, consta claramente que el pecado de infidelidad es el mayor de cuantos pervierten la vida moral» (ib. 10,3). Y* ***la apostasía es la forma extrema y absoluta de la infidelidad*** *(ib. 12, 1 ad3m).*

Las mismas consecuencias pésimas de la apostasía ponen de manifiesto el horror de este pecado. Santo Tomás las describe:

«"El justo vive de la fe" [Rm 1,17]. Y así, de igual modo que perdida la vida corporal, todos los miembros y partes del hombre pierden su disposición debida, muerta la vida de justicia, que es por la fe, se produce el desorden de todos los miembros. En la boca, que manifiesta el corazón; en seguida en los ojos, en los medios del movimiento; y por último, en la voluntad, que tiende al mal. De ello se sigue que ***el apóstata siembra discordia, intentando separar a los otros de la fe, como él se separó****» (ib. 12, 1 ad2m).*

El fiel cristiano no puede perder la fe sin grave pecado. ***El hábito mental de la fe, que Dios infunde en la persona por el sacramento del Bautismo, no puede destruirse sin graves pecados del hombre.*** *Dios, por su parte, es fiel a sus propios dones: «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rm 11,29). Así lo enseña Trento, citando a San Agustín: «Dios, a los que una vez justificó por su gracia, no los abandona, si antes no es por ellos abandonado» (Dz 1537). Por eso, enseña el concilio Vaticano I, «no es en manera alguna igual la situación de aquellos que por el don celeste de la fe se han adherido a la verdad católica, y la de aquellos que, llevados de opiniones humanas, siguen una religión falsa. Porque los que han recibido la fe bajo el magisterio de la Iglesia no*

pueden jamás tener causa justa para cambiar o poner en duda esa misma fe» (Dz 3014).

Hubo apóstatas ya en los primeros tiempos de la Iglesia. Como vimos, son aludidos por los apóstoles. Pero los hubo sobre todo con ocasión de las persecuciones, especialmente en la persecución de Decio (249-251). Y a veces fueron muy numerosos estos cristianos lapsi (caídos), que para escapar a la cárcel, al expolio de sus bienes, al exilio, a la degradación social o incluso a la muerte, realizaban actos públicos de idolatría, ofreciendo a los dioses sacrificios (sacrificati), incienso (thurificati) o consiguiendo certificados de idolatría (libelatici). Y en esto ya advertía San Cipriano que «es criminal hacerse pasar por apóstata, aunque interiormente no se haya incurrido en el crimen de la apostasía» (Cta. 31).

*La Iglesia asigna a los apóstatas penas máximas, pero los recibe cuando regresan por la penitencia. Siempre la Iglesia vio con horror el máximo pecado de la apostasía, hasta el punto que los montanistas consideraban imperdonables los pecados de apostasía, adulterio y homicidio, y también los novacianos estimaban irremisible, incluso en peligro de muerte, el pecado de la apostasía. Pero ya en esos mismos años, en los que se forma la disciplina eclesiástica de la penitencia, prevalece siempre el convencimiento de que la Iglesia puede y debe perdonar toda clase de pecados, también el de la apostasía (p. ej., Concilio de Cartago, 251). San Clemente de Alejandría (+215) asegura que «**para todos los que se convierten a Dios de todo corazón están abiertas las puertas, y el Padre recibe con alegría cordial al hijo que hace verdadera penitencia**» (Quis dives 39).*

La Iglesia perdona al hijo apóstata que hace verdadera penitencia. Siendo la apostasía el mayor de los pecados, siempre la Iglesia evitó caer en un laxismo que redujera a mínimos la penitencia previa para la reconciliación del apóstata con Dios y con la Iglesia. De hecho, como veremos, las penas canónicas impuestas por los Concilios antiguos a los apóstatas fueron máximas.

Y siguen siendo hoy gravísimas en el Código de la Iglesia las penas canónicas infligidas a los apóstatas. «El apóstata de la fe, el hereje o el cismático incurren en excomunión latæ sententiæ» (c.

1364,1). Y «se han de negar las exequias eclesiásticas, a no ser que antes de la muerte hubieran dado alguna señal de arrepentimiento, 1º a los notoriamente apóstatas, herejes o cismáticos» (c. 1184).

El ateísmo de masas es hoy un fenómeno nuevo en la historia. El concilio Vaticano II advierte que «el ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo» (GS 19a). «La negación de Dios o de la religión no constituyen, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y de la misma legislación civil» (ib. 7c). Y eso tanto en el mundo marxista-comunista, más o menos pasado, como en el mundo liberal de Occidente. Pero se da hoy un fenómeno todavía más grave.

La apostasía masiva de bautizados es hoy, paralelamente, un fenómeno nuevo en la historia de la Iglesia; la apostasía, se entiende, explícita o implícita, pública o solamente oculta. El hecho parece indiscutible, pero precisamente porque habitualmente se silencia, debemos afrontarlo aquí directamente. Vamos, pues, derechos al asunto.

Imagínense ustedes a un profesor católico de teología –imagínenlo sin miedo, que no les va a pasar nada–, que, en un Seminario o en una Facultad de Teología católica, después de negar la virginidad perpetua de María, los relatos evangélicos de la infancia, los milagros, la expulsión de demonios, la institución de la Eucaristía en la Cena, la condición sacrificial y expiatoria de la Cruz, el sepulcro vacío, las apariciones, la Ascensión y Pentecostés, afirma que Jesús nunca pretendió ser Dios, sino que fue un hombre de fe, que jamás pensó en fundar una Iglesia, etc.

Y pregúntense ustedes, si les parece oportuno: ¿estamos ante un hereje o simplemente ante un apóstata de la fe? Y tantos laicos, sacerdotes y religiosos –todos ellos bien ilustrados–, que reciben y asimilan esas enseñanzas ¿han de ser considerados como fieles católicos o más bien como herejes o apóstatas? La pregunta, deben ustedes reconocerlo, tiene su importancia. ¿O no? "

Bien, el P. Iraburu nos ha advertido de que estamos en tiempos apocalípticos donde reina la apostasía y donde hemos de elegir necesariamente, ya, sin más dilación: o Cristo, o la Bestia. Nos guste o no, lo queramos o no, es así.

Apocalipsis significa "descubrimiento" o "revelación". Y si estamos en tiempos apocalípticos, ¿qué queremos decir con eso? La Palabra de Dios a través de San Pablo ya nos advirtió que el anticristo se manifestaría o revelaría en toda su crudeza durante la gran apostasía que habría de ser previa a dicha manifestación, y una vez que se retirara el katejon u obstáculo que lo retenía:

"Que nadie os engañe en modo alguno, porque ***antes ha de venir la apostasía y ha de aparecer el hombre de la iniquidad, el destinado a la perdición, el adversario, que se levantará contra todo lo divino*** *y todo lo que tenga carácter religioso, hasta llegar a sentarse en el santuario de Dios, haciéndose pasar a sí mismo por Dios. ¿No recordáis que, estando todavía entre vosotros, os decía ya esto?*

Vosotros sabéis muy bien qué es lo que le retiene ahora, impidiendo su aparición hasta su tiempo. Realmente ***el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que ahora lo retiene (el katejon) sea quitado de en medio.*** *Entonces se manifestará el hombre de la iniquidad, a quien Jesús, el Señor, hará desaparecer con el soplo de su boca y aniquilará con el resplandor de su venida.*

La venida de este hombre inicuo, en razón de la actividad de Satanás, irá acompañada de toda suerte de prodigios, de señales y de portentos engañosos, y de todas las seducciones propias de la maldad para aquellos que están abocados a la perdición por no haber aceptado el amor de la verdad que los habría salvado.

Por esto mismo Dios les envía un poder engañoso, que los impulsa a creer en la mentira; de suerte que serán condenados todos aquellos que no solamente se resistieron a creer en la verdad, sino que además se complacieron en la iniquidad." II Tes.2, 3-12.

LA FE CATÓLICA FRENTE A LA MENTALIDAD PROGRE MODERNISTA (Juan B. Donnet)

Actualmente la mayoría de los bautizados post conciliares ignora la fe católica y consume progremodernismo funcional al sistema, religión de cara al nuevo orden mundial.

El progre-modernismo dentro de la Iglesia es la glorificación de lo actual, de lo mundano, de los imperativos del Sistema, a los que llama -con una imbecilidad realmente sorprendente- signos de los tiempos y aún "signos de Dios"... habida cuenta que atribuye la Deidad al Sistema, y concibe la Iglesia como un apéndice justificador y funcional al Sistema; un apéndice "acompañante".

Para justificar la glorificación de la degradación, da vuelta la tabla de valores patas para arriba.

Y a los imperativos del Sistema, a sus golpes de timón, a sus impulsos destructores de la Fe y la moral natural, los llama "Sorpresas del Espíritu" y "Novedades del Evangelio".

A claudicar completamente de Cristo y de la Fe lo llama "integrarse a la realidad del mundo de hoy", "insertarse en la realidad de la Historia". Por esto, "acompaña" y justifica todas las causas malvadas del Sistema: invasión islámica, calentamiento global, ambientalismo, indiferentismo religioso, sincretismo de cara al Nuevo Orden Mundial, aborto, ideología de género, sodomía, entrega de la iglesia a regímenes comunistas bárbaros, asunción del Magisterio de la ONU, -Biblia del Sistema- ataque a todos los residuos de Fe católica. Alguna de estas causas las va apoyando de a poco, solapadamente, para no escandalizar de entrada.

Cuando a los progre-modernistas se los enfrenta a la (auténtica) Fe Católica empiezan a sacar de manera automática, robótica, clichés suministrados repetidamente por el progre-modernismo como "Fanatismo", “Fundamentalismo", “Extremismo", "Antigualla", "Rigidez", "Legalismo"....

Desolador. El progre-modernismo es peor que cualquier paganismo y religión falsa. Porque es un catolicismo vaciado y tergiversado, que se hace pasar por catolicismo. Por eso es infinitamente más dañino. Pero hay una sola solución:

Desechar la hojarasca inmunda, tóxica, progre-modernista, y volver a las Fuentes Sagradas: Escritura, vivida por la Tradición bimilenaria de la Iglesia e interpretadas y explicitadas por el Magisterio. Aceptar la Verdad de Cristo que allí se expresa. Con la conducción del Espíritu, que tienen los que aceptan las Fuentes Sagradas que ofrecen la Verdad de Cristo, entonces se encuentran luces para entender la situación actual en gran parte, y darse cuenta que ya estaba prevista en lujo de detalle.

Porque tengámoslo claro: el Señor hará triunfar a su Resto Fiel, al que profese la Fe verdadera.

SAN PÍO X, UN PROFETA

"Ya no afrontamos en nuestra propia casa adversarios "con piel de cordero", sino enemigos declarados e insolentes, los cuales, habiendo celebrado un pacto con los principales enemigos de la Iglesia, están decididos a destruir la Fe (…)

Quieren renovarla, como si estuviera consumida por la decrepitud; quieren ampliarla y adaptarla al Mundo y a sus progresos y comodidades, como si ella se opusiera, no sólo a la frivolidad de algunos, sino al bienestar de la sociedad".

Papa San Pío X Sacrorum Antistitum (1 Sept. 1910)

Capítulo II:

Tenemos un alma inmortal que muchos parecen ignorar

1. TENEMOS UN ALMA INMORTAL QUE NECESARIAMENTE SE SALVARÁ O SE CONDENARÁ ETERNAMENTE

Leamos al **P. Jorge Loring s.j.** hablando del alma inmortal:

La Iglesia afirma la supervivencia y la subsistencia del alma después de la muerte, de un elemento espiritual que está dotado de conciencia y de voluntad, de manera que subsiste el mismo yo humano.

Además, Dios nos ha dado a todos los hombres un ansia tal de felicidad que exige la inmortalidad.

Felicidad que se acaba, no es verdadera felicidad: si a un ciego le devolvieran la vista sólo por un día, y si a un prisionero le pusieran en libertad sólo una hora, ni el ciego ni el prisionero serán felices sólo con esto. Les atormentaría el pensamiento de que pronto se les acabaría esa felicidad. La felicidad, para que sea completa, debe serlo para siempre.

Como dice Aristóteles, todos los hombres queremos ser felices y en el grado máximo. Sin embargo, en este mundo nadie es totalmente feliz. Todos tenemos nuestras penas. En unos serán dificultades materiales. En otros, enfermedades. En otros, disgustos morales. Pero todos tenemos en la vida nubes que nos oscurecen ese sol de la felicidad que tanto ansiamos. Es que nuestra alma está hecha para el Cielo, y sólo allí encontrará esa felicidad infinita y eterna que la sacie por completo. Dice el psiquiatra doctor D. Enrique Rojas en ABC: *«El hombre es un ser descontento. Su existencia es una toma de conciencia permanente de sus limitaciones. Ortega*

decía que la esencia del hombre era la soledad. Para Zubiri, la inquietud. Para Unamuno, el sentimiento trágico. Para Heidegger y Kierkegaard, la angustia. Para Sartre, la náusea. Todo lo humano es deficitario, indigente».

El investigador español Dr. Manuel Losada, Profesor de la Universidad de Sevilla, el 10 de Junio del 2001, a las 10:30 de la mañana, dijo en televisión (Canal Sur), en una entrevista que le hizo José Mª Javierre: *«Para Ramón y Cajal -uno de los mayores talentos de nuestra generación- había que partir de dos postulados: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma».*

Si Dios ha puesto en el alma humana esta tendencia irresistible de felicidad, es porque está dispuesto a darnos los medios de poder satisfacerla. Lo contrario iría contra su Sabiduría y su Bondad. Es así que la felicidad que apetecemos exige la inmortalidad, y nuestro cuerpo es mortal, luego nuestra alma tiene que ser inmortal.

El Concilio Vaticano II dice: *«El afirmar la espiritualidad e inmortalidad del alma no es un espejismo ilusorio, sino una profunda realidad»*.

La Sagrada Congregación de la Fe, el 17 de mayo de 1979, publicó un documento sobre cuestiones de escatología en cuyo nº 3 se dice:

«La Iglesia afirma la continuación tras la muerte de un elemento espiritual del Yo que carece, durante este tiempo, del complemento corporal». La inmortalidad del alma es dogma de fe.

«En su revelación a los hombres, Dios sigue una lenta pedagogía. (...) Era importante la exclusión de un culto a los muertos (...) paralelo al que tenían los pueblos paganos vecinos, en el que se incluía una cierta divinización de los muertos.

»Se explica, por ello, que Dios haya levantado a Israel muy poco a poco el velo que cubre los misterios del más allá».

La distinción entre alma y cuerpo no aparece hasta Daniel, en el siglo II antes de Cristo. Después, en el Libro de la Sabiduría, en 2.23 ya aparece clara la idea de inmortalidad: «Dios creó al hombre para la inmortalidad».

El cuerpo se muere y desaparece. Lo que permanece es el alma. Por eso Saúl habla con el espíritu de Samuel, que ya había

muerto.
Dijo Jesucristo: *«No temáis a los que solamente pueden matar el cuerpo; temed más bien al que puede perder el alma en el infierno». «Quien cree en Mí, aunque muera vivirá; quien cree en Mí, no morirá jamás».* Con estas palabras Jesús confirma el pensamiento que tenían los judíos de que el alma seguiría viva después de la muerte.

Últimamente ha circulado una teoría de que la separación alma-cuerpo era un dualismo de origen platónico, y que por lo tanto el hombre resucita en el momento de la muerte. «Pero no debe olvidarse —advierte Cándido Pozo en su obra Teología del más allá— que tan categorías humanas son las semíticas como las helenísticas, y en este sentido son igualmente aptas para ser instrumento de la revelación de Dios».

Cristo habla de que el hombre sigue vivo más allá de la muerte: la parábola de Lázaro y el rico Epulón habla de la realidad del infierno después de la muerte; y al buen ladrón le promete el paraíso después de la muerte. Antes había dicho: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos». «Los impíos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna». «Alegraos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en el cielo».*

El Evangelio dice que el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, no es Dios de muertos sino de vivos. Luego si Abrahán, Isaac y Jacob están vivos es porque su alma es inmortal.

También San Pablo dice que en esta vida conocemos a Dios imperfectamente, pero que en la gloria lo veremos cara a cara; y añade: «deseo morir y estar con Cristo lo cual es muchísimo mejor».

San Pablo en II Cor.2,9 es contundente: *«**Es indescriptible la felicidad del Cielo**».* Es decir, está claro que seguiremos vivos más allá de la muerte.

El Papa Juan Pablo II les dijo a los jóvenes en Vancouver (Canadá) el 18 de Septiembre de 1984:«No dejéis que nadie os engañe acerca del verdadero sentido de la vida. La vida viene de Dios. Dios es la fuente y la meta de vuestras vidas.».

En el Evangelio de Juan, al hablar del Buen Pastor, Jesús nos avisa de que en el mundo hay ladrones que vienen a robar.

»Encontraréis estos ladrones que intentan engañaros.

»Os dirán que el sentido de la vida está en el mayor número de placeres posibles. Intentarán convenceros de que este mundo es el único que existe, y que debéis atrapar todo lo que podáis ahora.

»Habrá quien os diga que vuestra felicidad está en acumular dinero y disfrutar de la vida. Nada de esto es verdadero.

»Nada de esto proporciona la auténtica felicidad de la vida. La auténtica felicidad de la vida no se encuentra en las cosas materiales.

»La auténtica vida se encuentra en Dios. Y vosotros descubriréis a Dios en la persona de Jesucristo.»Amadle y servidle ahora para que pueda ser vuestra la plenitud de la vida eterna».

Tenemos alma inmortal. Nos guste o no nos guste. Esto es una verdad indudable. Y además, dogma de fe. Y el que no lo crea, se va a enterar, porque se va a morir. Negar que tengamos alma es como el que niega que tiene hígado porque no lo ve o no lo siente.

Somos como somos, independientemente de cómo quisiéramos ser.

Dentro de mil millones de años estaremos todavía vivos: felices en el cielo, o sufriendo en el infierno; pero vivos. Y vivos para siempre. Y para siempre felices, o para siempre sufriendo. Y esta felicidad o este tormento, depende de los años de vida en este mundo.

Por otra parte, ante la afirmación de Cristo-Dios, de que el hombre sigue vivo más allá de la muerte, es lógico y prudente tener esto en cuenta. Si voy por la carretera y me encuentro un letrero que dice «Carretera cortada después de la curva: puente hundido», lo lógico es frenar. Tomar esa curva a toda velocidad es suicida.

Quien vive en esta vida sin preocuparse de la otra es un loco. Lo lógico, lo racional, lo inteligente, es vivir aquí pensando en lo que ciertamente ha de venir después de la muerte.

Nos preocupamos de mantener la salud, la buena presencia física, el capital, etc. Por conservar o mejorar todo esto hacemos esfuerzos, sacrificios y gastamos dinero. ¿Y abandonamos la salvación del alma? Si la perdemos, lo hemos perdido todo y para siempre. Si la salvamos, nos hemos salvado para siempre.

La preocupación por nuestra salvación nos impedirá vivir en pecado mortal, pues una muerte repentina nos llevaría a una condenación eterna. Son frecuentísimas las muertes repentinas: accidentes, enfermedades inesperadas y fulminantes, etc. ¿Quién dormiría tranquilo con una víbora en su cama?

Muchos habrá en el infierno que dejaron su conversión para después, y ese después no llegó nunca porque ellos murieron antes. Jesucristo nos lo avisa repetidas veces en el Evangelio: *«**No sabéis el día ni la hora**»* Mt. 25: 10-13; Mc. 13: 35 ss; Lc.12: 20.

Y nos lo jugamos todo a una sola carta, pues sólo se muere una vez. No hay segunda oportunidad. Y todo a cara y cruz. No hay término medio entre salvarse y condenarse. O cielo o infierno. Y esto para toda la eternidad. El equivocado en el momento de morir, jamás podrá rectificar su yerro.

Una persona consecuente aprovecha esta vida para hacer todo el bien posible. En la hora de la muerte nos arrepentiremos no sólo del mal que hayamos hecho, sino también del bien que pudimos hacer y tontamente no hicimos.

No debemos hacer las cosas porque nos gustan, sino porque nos conviene para el bien del alma y del cuerpo; y para bien de los demás. Cada día deberíamos hacer una buena acción. Y cada día hacer también una cosa que no me apetece, sobre todo si es en bien del prójimo.

Si alguien estuviera cierto que pronto sería trasladado a otro lugar para el resto de sus días, ¿no sería lógico que trasladase allí todos los bienes que pudiera? Por lo mismo el cristiano procura atesorar para el Cielo.

El dogma de la inmortalidad del alma no tiene nada que ver con la hipótesis de la reencarnación, propia del hinduismo y del budismo, que es inaceptable para un católico.

Tampoco hay que confundir el orar por los difuntos o la invocación a los santos como mediadores ante Dios con la evocación a los espíritus, propia del espiritismo, que repetidas veces ha sido condenada por la Iglesia. No es lícito «evocar las almas de los muertos, recibir respuestas, descubrir cosas lejanas y desconocidas,

etc». Hay una diferencia fundamental entre invocación, que no es más que una forma de oración o súplica; y evocación, que pretende siempre una comunicación perceptible con una entidad espiritual.

Las prácticas espiritistas pretenden contactar con los muertos. Pasquali aduce el testimonio de Bozzano, espiritista de fama europea, quien afirma que el 98% de los casos son fraudulentos. Pero puede haber casos reales con intervención diabólica.

El Sr. Obispo de Stockton, California, (EE.UU), Donald W. Montrose publicó una Carta Pastoral interesantísima sobre el ocultismo, el satanismo y las supersticiones. En ella empieza diciendo:

«Por "ocultismo" entendemos una influencia suprahumana o preternatural que no es de Dios y comúnmente lo asociamos con lo que tiene influencia demoníaca».

En el juego de la «ouija» consta de las intervenciones diabólicas. El sacerdote exorcista de la novela histórica con este nombre dijo por la televisión mejicana que la posesión tuvo lugar jugando a la «ouija». Así me lo dijo a mí en Méjico quien lo oyó directamente.

Fuente**:**

http://es.catholic.net/op/articulos/29857/cat/872/el-alma-es-inmortal.html#197

2. PUNTOS DOCTRINALES FUNDAMENTALES SOBRE EL ALMA

Por su parte, el **P. Miguel A. Fuente, IVE**, resume así la realidad del alma:

1º El alma de cada hombre es espiritual, simple e inmortal (cf. entre otros lugares del Magisterio: León X, DH, 1440) (DH = Denzinger-Hunermann, *El Magisterio de la Iglesia*).

2º Es creada inmediatamente por Dios de la nada y no transmitida por sus padres (cf. Anastasio II, DH, 360).

3º 'El alma no es parte de Dios, sino que fue creada de la nada' (DH, 685; es la Confesión de fe del Papa León IX, del año 1053).

4º Dios está presente en toda alma como su causa y conservador (llamada 'presencia de inmensidad').

5º La Santísima Trinidad está presente de modo especialísimo en el alma del justo por la gracia; no en quien está en pecado mortal.

6º La muerte es la separación del alma y del cuerpo, pero *se unirá de nuevo al cuerpo en la resurrección final*.

El alma es inmortal.

3. EN LA CELEBRACIÓN DE UNA PRIMERA COMUNIÓN

Déjame que aterricemos en nuestra realidad cotidiana y te cuente ahora lo que no hace mucho me pasó en el banquete de una primera comunión de una sobrina. La verdad es que para lo que son las celebraciones actuales, convertidas demasiadas veces en meros actos o encuentros sociales, donde lo religioso apenas es mera excusa para ese evento celebrativo, la cosa estaba siendo bastante llevadera.

En la iglesia menos de diez niños favoreció que no hubiera gran masificación. Quizás por eso el silencio y el respeto ganaron felizmente al ruido, lo cual es una noticia digna de mención.

Durante la homilía el sacerdote dijo algo que luego uno de los comensales del convite sacó a colación. Un chico joven, de apenas 20 años y que se definió como "no practicante", que había dejado la vida de fe tras su primera comunión (una víctima más de una primera y última comunión), hizo alusión a la homilía con estas palabras:

> *No estoy de acuerdo con el sacerdote, que me pareció un tanto peculiar. Dijo que lo más importante en la vida es la oración, rezar. ¡Pero lo más importante en la vida es ser feliz*!

Así de repente soltó algo para un debate bastante interesante. Pero el caso es que el momento y los que formábamos la mesa tampoco daba para muchas opciones. La verdad es que tanto el sacerdote, como el joven, los dos, bien entendido, tienen su parte de razón.

Dicen los santos, y la pura lógica, que "*sin oración no hay salvación*". Es que la oración es como el grifo, la llave de paso que permite la circulación de la gracia divina en nosotros. Y si no oramos para nosotros el grifo permanece tristemente cerrado.

O dicho de otro modo: ¿se puede ser feliz sin oración? La gente piensa que sí, pero va a ser que no. Normal, si te cierras a Dios sin oración, pues la oración es la que abre tu corazón a Dios, ¿cómo puedes pretender ser feliz, salvarte, amar a Dios? El problema hoy en día es que quizás y sin quizás, ¡muchos tienen ya asumido que no tienen necesidad de salvarse de nada! Porque han perdido el sentido

del pecado. No saben qué está bien y qué está mal, o así quieren pensar. Y por eso no son conscientes de que necesitan ser salvados del pecado, cuyo salario o pago es la muerte del alma (Rom.6,23). Y eso sí que es un serio y grave problema. Incluso para fomentar esta mentalidad pagana y que se burla de lo más sagrado, de nuestra fe sin la cual no podemos agradar a Dios (Heb.11,6), vemos con pena como hasta crean programas de tv en España, con bastante audiencia, que encima se hacen llamar "Sálvame", y son la quintaesencia de la frivolidad. Con eso todo está dicho.

Pero démonos cuenta de algo bien simple: cuando alguien nos habla hemos de responderle. Si no respondemos a Dios y permanecemos cerrados sin oración a Sus interpelaciones, pocas esperanzas nos quedan. Pero, y sin caridad tampoco.

De poco sirve mucha oración si luego no se vive en la verdad y en la caridad en el trato con los demás. Además se trata de vivir en la divina voluntad, pues el Evangelio advierte:

"no todo el que diga Señor, Señor, se salvará, sino el que haga la voluntad de mi Padre" Mt.7,21.

Lamentablemente los que no quieren vivir en la gracia de Dios, y desprecian la oración, se escudan en el mal ejemplo de los cristianos, y especialmente de los malos pastores o de las faltas que puedan cometer, para evadir sus propias responsabilidades. Craso error. Eso no les eximirá de responsabilidad el día del juicio.

Por otro lado, hoy en día se rinde culto a un ídolo que suena francamente bien, llamado… ¡"felicidad"! Conocida la expresión: "lo que importa es que sea feliz" (¿a cualquier precio?). El problema es que es una felicidad al margen de Dios, que no se construye sobre roca, sino sobre arena. Como una gaseosa que perdiera pronto su gas.

¿Por qué no aprender a ir de la mano, tú con Dios y Dios contigo, en la búsqueda de la felicidad? ¿Acaso piensas que Dios no quiere tu felicidad? Por favor no caigamos en la trampa de nuestro enemigo. Dios no es un aguafiestas, ¡todo lo contrario! Dios convirtió en Caná de Galilea el agua de unas tinajas en vino, ¡¡para poder alegrar a los convidados de una boda!! A las palabras de María a su Hijo Jesús: "no les queda vino", siguió todo lo demás. El primer signo

delante de sus discípulos para que empezaran a entender cómo es Dios con nosotros.

Pero hoy, el hombre busca agradarse a sí mismo por encima de todo, y quien así hace no es siervo de Cristo (Gál.1,10) al no buscar agradar a Dios antes que nada, lo cual sabemos es el primer mandamiento: **amar a Dios sobre todas las cosas**.

»Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcaselas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas a tus manos como un signo; llévalas en tu frente como una marca; escríbelas en los postes de tu casa y en los portones de tus ciudades.

Deuteronomio 6,4-9.

Recordemos las palabras de la Virgen María en la aparición ocurrida en Lourdes, Francia, en la segunda mitad del siglo XIX, a la niña francesa **Santa Bernardette Souvirous** cuando le dijo que *no le podía asegurar la felicidad en este mundo*. Miremos algunas cosas al respecto de esas apariciones:

Muchos encontraban salud en la fuente de Lourdes, pero no Bernardette. Un día le preguntaron:

> "¿No tomas el agua de la fuente? Estas aguas han curado a otros, ¿por qué no a ti?"

Esta pregunta insidiosa podría haberse convertido en una tentación para la niña para hacerle dudar en la aparición, pero ella no se turbó y respondió:

La Virgen Santísima quizás desea que yo sufra. Lo necesito.
¿Por qué tú más que otros?
El Buen Dios lo sabe.
¿Regresas algunas veces a la gruta?
Cuando el párroco me lo permite.

¿Por qué no te lo permite todo el tiempo?
Porque todos me seguirían.
Pero antes habías ido aún cuando se te había prohibido.
Eso fue porque fui presionada.
La Virgen Santísima te dijo que serías feliz en el otro mundo, así que estás segura de ir al Cielo.
Oh no, eso sólo será si obro bien.
¿Y no te dijo ella qué hacer para ir al Cielo?
Nosotros lo sabemos muy bien; no es necesario que yo lo diga.

Esta niña aprendió como Jesús, sufriendo, a obedecer al Padre Celestial (Heb.5,8). Aprendió con humillaciones gratuitas de la gente y ¡hasta de religiosas! Entendió que la Virgen no le prometía necesariamente felicidad en esta vida porque estaría llena de sinsabores, pero que sí encontraría todos sus anhelos en el Cielo si llevaba a cabo su misión con confianza y entrega generosa. Y así lo hizo. Y así conquistó la vida eterna respondiendo a la vida de gracia que el Cielo le ofrecía.

Muchos niños hoy en día hacen su primera y última comunión. Porque sus padres no les llevan los domingos a misa. Unos padres que olvidan que pueden dar muchas cosas materiales a sus hijos, pero que ante todo tienen una responsabilidad: hacer todo y educar todo lo mejor que puedan, para que sus hijos se salven y lleguen un día ante Dios con una conciencia limpia, con una conciencia de hijos de Dios. Habiendo llevado una vida en la gracia de Dios y santidad de costumbres.

Dios, nos guste o no, pedirá cuentas a los padres por cómo educaron a sus hijos, por cómo les enseñaron a amar y respetar los mandamientos de la Ley de Dios y de Su Iglesia.

Como enseña David G. Alonso Gracián:
"El personalismo sobrevalora el amor humano. Primero porque el amor humano es meramente natural, y el ser humano ha sido también elevado a la vida sobrenatural. Segundo porque está caído, inclinado al mal, y bajo servidumbre del diablo, aunque no está destruido en su bondad. Pero está en tinieblas. Debe ser sanado,

restaurado, elevado. Además, debe ser soporte del amor teologal, que es caridad sobrenatural"

Creo que ya es hora de una vez de que el hombre despierte y no se conforme con lo meramente natural, sino que aspire con fuerza a su verdadera y completa personalidad. Que tenga la humildad de aceptar la Luz que sólo la fe brinda para sacarte del dominio de las tinieblas.

Nuestros hijos están esperando de sus padres que les rescaten de estas tinieblas, que les briden de una vez esa inocencia que el hombre perdió y parece no saber o querer recuperar. Y esto habrá que recordarlo cuantas veces sea necesario. Seamos justos con nuestros hijos.

POEMA de F. Diego J. de Cádiz:

La ciencia más consumada
Es que el hombre en gracia acabe
Porque al fin de la jornada
Aquél que se salva sabe
Y el que no, no sabe nada.
En esta vida emprestada,
Do bien obrar es la llave,
Aquél que se salva, sabe;
El otro no sabe nada.

Capítulo III:

Estar en gracia de Dios es vivir la vida divina en nosotros

1. CÓMO ENTENDER BIEN EL FUNCIONAMIENTO DE LA GRACIA

Enseña **San Alfonso María de Ligorio**, doctor de la Iglesia:

"Dios hizo al hombre recto, de modo que la carne obedecía sin oposición al espíritu y el espíritu a Dios. Intervino el pecado y trastornó este hermoso orden, de aquí que la vida del hombre comenzará a ser una continua guerra: pues la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál.5,17). Veo otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom.7,23).

De aquí se deduce que hay dos géneros de vida en el hombre: la vida angélica, que atiende sólo a hacer la voluntad de Dios, y la vida bestial, que mira a la satisfacción de los sentidos. Si el hombre se dedica a cumplir la voluntad de Dios, truécase en ángel, y si mira sólo a la satisfacción de los sentidos, conviértese en bestia".

Si queremos **entender cómo funciona la gracia**, en relación a nuestra colaboración y libre albedrío, analicemos este punto del Catecismo:

CIC 2008 *El mérito del hombre ante Dios en la vida cristiana proviene de que* ***Dios ha dispuesto libremente asociar al hombre a la obra de su gracia****. La acción paternal de Dios es lo primero, en cuanto que* ***Él impulsa, y el libre obrar del hombre es lo segundo****, en cuanto que éste colabora, de suerte que los méritos de las obras*

buenas deben atribuirse a la gracia de Dios en primer lugar, y al fiel, seguidamente. Por otra parte, el mérito del hombre recae también en Dios, pues sus buenas acciones proceden, en Cristo, de las gracias prevenientes y de los auxilios del Espíritu Santo.

Y aquí puntos muy buenos del Catecismo Mayor de San Pío X:

527.*¿Qué es la gracia?* La gracia de Dios es un don interno, sobrenatural, que se nos da, sin ningún merecimiento nuestro, por los méritos de Jesucristo, en orden a la vida eterna.

528. *¿De cuántas maneras es la gracia?* La gracia es de dos maneras: gracia *santificante,* que se llama también *habitual*, y gracia *actual.*

529. *¿Qué es la gracia santificante?* La gracia santificante es un don sobrenatural, inherente a nuestra alma, que nos hace justos, hijos adoptivos de Dios y herederos de la gloria.

530. *¿De cuántas maneras es la gracia santificante?* La gracia santificante es de dos maneras: gracia primera y gracia segunda.

531. *¿Cuál es la gracia primera?* Gracia primera es aquélla por la que el hombre pasa del estado de pecado mortal al estado de justicia.

532. *¿Cuál es la gracia segunda?* Gracia segunda es un aumento de la gracia primera.

533. *¿Qué es la gracia actual?* Gracia actual es un don sobrenatural que ilumina nuestro entendimiento y mueve y conforta nuestra voluntad para que obremos el bien y nos abstengamos del mal.

534. *¿Podemos resistir a la gracia de Dios?* Sí señor; podemos resistir a la gracia de Dios, porque no destruye nuestro libre albedrío.

535. *¿Podemos con nuestras solas fuerzas hacer algo que nos ayude para la vida eterna?* Sin el socorro de la gracia de Dios

no podemos con solas nuestras fuerzas hacer ninguna cosa que nos ayude para la vida eterna.

536. *¿Cómo nos comunica Dios la gracia?* Dios nos comunica la gracia principalmente por medio de los santos sacramentos.

537. *¿Confieren los sacramentos otra gracia además de la santificante?* Los sacramentos, además de la gracia santificante, confieren también la gracia sacramental.

538. *¿Qué es la gracia sacramental?* La gracia sacramental consiste en el derecho que el sacramento da al que lo recibe de tener en tiempo oportuno las gracias actuales necesarias para cumplir las obligaciones que impone. Así, cuando fuimos bautizados, recibimos el derecho de tener las gracias para vivir cristianamente.

539. *Los sacramentos, ¿dan siempre la gracia a quien los recibe?* Los sacramentos dan siempre la gracia con tal que se reciban con las necesarias disposiciones.

540. *¿Quién ha dado a los sacramentos la virtud de conferir la gracia?* La virtud que tienen los sacramentos de conferir la gracia se la ha dado Jesucristo con su pasión y muerte.

541. *¿Cuáles son los sacramentos que confieren la primera gracia santificante?* Los sacramentos que confieren la primera gracia santificante, que nos hace amigos de Dios, son: el Bautismo y la Penitencia.

542.*¿Cómo se llaman por esta razón estos dos sacramentos?* Estos dos sacramentos, Bautismo y Penitencia, se llaman por esta razón sacramentos de muertos, porque están instituidos principalmente para devolver la vida de la gracia a las almas muertas por el pecado.

543. *¿Cuáles son los sacramentos que aumentan la gracia en quien la posee?* Los sacramentos que aumentan la gracia en quien la posee, son los otros cinco, a saber: Confirmación, Eucaristía,

Extremaunción, Orden Sagrado y Matrimonio, los cuales confieren la gracia segunda.

544. *¿Cómo se llaman por esta razón estos cinco sacramentos?* Estos cinco sacramentos, a saber: Confirmación, Eucaristía, Extremaunción, Orden Sagrado y Matrimonio, se llaman sacramentos de vivos, porque los que los reciben han de estar sin pecado mortal, esto es, ya vivos a la gracia santificante.

545. *¿Qué pecado comete quien recibe uno de los sacramentos de vivos, sabiendo que no está en gracia de Dios?* Quien recibe uno de los sacramentos de vivos, sabiendo que no está en gracia de Dios, comete grave sacrilegio.

546. *¿Cuáles son los sacramentos más necesarios para salvarnos?* Los sacramentos más necesarios para salvarnos son dos: el Bautismo y la Penitencia; el Bautismo es necesario a todos, y la Penitencia es necesaria a todos los que han pecado mortalmente después del Bautismo.

547. *¿Cuál es el más excelente de todos los sacramentos?* El más excelente de todos los sacramentos es la Eucaristía, porque encierra, no sólo la gracia, sino a Jesucristo, autor de la gracia y de los sacramentos.

2. ¿QUÉ DEPENDE DE DIOS, Y QUÉ DEPENDE DEL HOMBRE?

El 100 % es Gracia y el hombre debe poner su 100 %. Pero que todo es el mismo 100%, no un 100% de Dios y un 100% del hombre.

Es que hay gente que puede pensar: el 100% de Dios más el 100% del hombre, 200%. No. **Es el mismo 100%,** de hecho, la gracia mueve al hombre a poner su 100%. **El 100% del hombre es causado por la gracia**.

Dios no necesita la colaboración del hombre, pero la da, la quiere querer o necesitar, a pesar de no necesitarla. La colaboración

del hombre la da Dios. Dios se la da al hombre. Lo que ocurre es que **Dios da la colaboración libre**. Dios mueve al hombre a moverse libremente. Dios no pide como si estuviera en manos del hombre darlo o no darlo. Lo que nos manda o exige, antes nos lo ha dado. La colaboración libre del hombre ha sido, antes, recibida de Dios.

100% Dios, 100% yo. Propiamente mío, porque Dios me lo da. Todo por mí mismo, nada por mí solo. Mérito, pero no de estricta justicia, sino regalado por Dios, que obra en nosotros y con nosotros.

Frente al luteranismo, está bien que uno enfatice la necesidad del esfuerzo. Es ciertamente necesario. Sólo conviene matizar que ese esfuerzo, como sabemos muy bien, es primero don de Dios en su totalidad.

El asunto es que es bueno resaltar la necesaria colaboración del hombre, pero el peligro es que a veces podemos utilizar, sin darnos cuenta, un lenguaje no adecuado. Es lo que ocurre cuando hablamos de la colaboración entre la gracia y la voluntad humana como si fuera una suma de partes. Y no, **la colaboración entre gracia y voluntad humana es algo unitario, pero no suma de partes.**

El semipelagianismo (herejía condenada por la Iglesia) considera la obra buena como una suma: la parte que pone Dios más la parte que pone el hombre.

Cuando utilizamos esta imagen, sin querer, no reflejamos la realidad de lo que ocurre, y que es que realmente **no hay tal suma de partes**, sino que **la gracia lo hace todo, y gracias a eso, la voluntad lo hace todo.**

No hay una parte de Dios más una parte del hombre. Dios, causa primera, mueve a la causa segunda. La causa segunda colabora al 100%, pero porque la Causa Primera la ha movido. Pero no hay una parte de la causa primera que se suma a la otra parte que pone la causa segunda.

Por tanto, tengamos claro el hecho de que el hombre se esfuerce libremente es don de la gracia. Es decir, Dios da la Gracia y mueve la colaboración libre, pero lo pide porque antes ya la ha dado, y la sostiene, y la lleva a buen término.

Ahora bien, las Escrituras insisten en que nos esforcemos. Sí, es cierto, por ej.: *"Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos tratarán de entrar y no podrán*". Lc.13, 24.

Pero entendamos que será la gracia la que moverá nuestra voluntad, pero la animará a que se mueva libremente. El esfuerzo libre es don de Dios. Dios nos da la posibilidad, el don de que nos podamos esforzar libremente. *"Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y Su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí"* I Cor.15,10.

El esfuerzo para aceptar la gracia es también don de la gracia. La doctrina de la Iglesia nos enseña exactamente eso, que **aceptar libremente la gracia es don de la gracia**. Y que sin embargo **rechazar la gracia no es propiamente un acto libre, sino una esclavitud voluntaria, un abuso.**

No existe libertad para rechazar la gracia, sino que en ese caso se da un abuso de la libertad. Para aceptarla sí es necesaria la libertad y Dios la da como un regalo que exige que la aceptemos libremente. Un regalo impuesto necesariamente dejaría de ser un regalo. Eso sí, Dios mueve a que lo aceptemos, pero sin obligarnos, porque el hombre no puede aceptar la gracia con sus solas fuerzas. La gracia lo que hace es dar el esfuerzo libre.

La idea clave según el pensamiento clásico de la Iglesia es: **el hombre no puede aceptar la gracia sin la gracia. El hombre por sí solo, con su sola voluntad y libertad, no puede**. Entonces la gracia entra en escena para conceder el esfuerzo que lo alimenta y lo sostiene, y lo mantiene hasta el fin.

Dios es Todopoderoso y puede mover a una criatura sin que esa criatura se sienta forzada o violentada, sino todo lo contrario, la mueve o anima a moverse libremente. Le da ese movimiento libre.

Nada, absolutamente nada puede hacer el hombre para aceptar la gracia si no es ayudado por la gracia. Jesús nos enseña que *"sin mi nada podéis*" Jn.15, 5.

La decisión de obrar el bien arrostrando todas las dificultades y cruces, trabajos e incomprensiones que ello suscita, **es obra de la gracia**. Esa inclinación a aceptar el esfuerzo por el Reino es obra santa de la gracia de Dios.

Aceptar la cruz es obra de la Gracia. Renunciar a uno mismo es obra de la Gracia.

La gratuidad no es comodidad. Cuando San Juan Crisóstomo habla de hacer el bien con facilidad, sólo puede referirse a una facilidad espiritual que subyuga la concupiscencia, no una facilidad "física".

Ese esfuerzo tan necesario para salvarse es don de la gracia.

Así pues el principal esfuerzo que tenemos que hacer es no resistirnos a la Gracia que Dios nos quiera conceder, y seguirla. Así hizo María la llena de Gracia. *"Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mi…"* Ella no resistió nunca a la gracia.

Hay pues que insistir en que por ejemplo, por mucho que uno se esfuerce por ser casto, jamás lo conseguirá si antes Dios no le concede la castidad. Por eso para, por ejemplo poder ser casto, primero hay que pedir a Dios que nos dé castidad. Y la gracia recibida nos dará la mortificación y fortaleza, y virtud necesaria. Y así con cualquier virtud.

Quizás el principal esfuerzo sea perseverar en la vida de gracia: *"he combatido bien el combate, he conservado la fe* (la fe, la vida de gracia, la lucha por obedecer a Dios y no al mundo, por dejar que ella obre libremente en mi).

Si uno quiere ser casto, fuerte, valeroso, humilde, etc. lo primero siempre ha de ser pedirlo con insistencia a Dios. Dios lo concederá o no, según quiera. Pero si no lo concede jamás podremos ser nada de eso, tener ninguna de esas virtudes. Por ese motivo, Dios, con justicia, deja endurecerse a los que quiere negar Sus gracias, y lo hace como castigo. Y esas personas se endurecen y pecan más, y más.

Y si queremos un ejemplo de la vida cotidiana actual, fijémonos en un ordenador, un celular, cualquier instrumento electrónico. Necesita estar unido a la red eléctrica, o tener suficiente energía acumulada para poder funcionar. Cuando no es así, no funciona, no sirve, es como un cacharro inútil que no puede cumplir con aquello para lo que fue creado. De igual modo, el ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, precisa de la gracia para poder funcionar como verdadero hijo de Dios. Separados de Dios por el pecado, sin la gracia santificante, es como si estuviéramos desconectados de la red eléctrica, en este caso de la vida divina, y nos incapacitamos para hacer las obras para las que fuimos destinados. De esta manera, desconectados, si permanecemos en ese estado, podemos frustrar el plan de Dios para nuestra vida. Por eso la batalla contra el pecado es tan importante como nos recuerda Hebreos 12, 4-6: *"Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo".*

3. WALTER CISZEK S.J.: EL SACERDOTE QUE APRENDIÓ EN CARNE VIVA LO QUE ES REALMENTE LA GRACIA DE DIOS

Pongamos por tanto el énfasis en esto, en dejar hacer a la gracia su obra divina en nosotros, que nos santifique a su total gusto y beneplácito. Pidamos eso una y otra vez.

La gracia no anula el esfuerzo y la lucha que muchas veces será dramática para salvarse, sino que más bien antes la hace posible.

Miremos el resultado de la vida de gracia actuando en **San Pablo**, cuando llega a afirmar sobre Cristo, el cual es la gracia que Dios Padre nos ha dado: *"estoy crucificado con Cristo, y ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí"* Gál.2,19-20.

Todo lo nuestro es recibido *(¿qué tienes tú de bueno que no hayas recibido? I Cor.4,7*: **Es suyo y nos lo da**.

Una vez recibido es nuestro. Nada bueno tenemos que no hayamos recibido.

No se trata de si hay que esforzarse o no. Está claro que sí que hay que esforzarse. Se trata de si:

1. Ese esfuerzo se considera la parte puesta por el hombre (que hay que sumar a la parte sobrenatural puesta por Dios), o si
2. Ese esfuerzo necesario del hombre es también don de Dios. Lo correcto es esto, lo segundo.

Se trata de si esa determinación de la voluntad es fruto de la gracia. Y en efecto lo es. Como dice el sacerdote **Peter M.J. Stravinskas***:*

Cuando se encuentren frente a sus propias inclinaciones al pecado, pidan la gracia de Cristo, siempre disponible ante nuestra petición. Cuando asistan a otros que vacilan en su peregrinar cristiano, no les digan que es cuestión de firmeza y determinación, o peor, que es inútil luchar; ábranles las puertas al significado de la gracia.

Del Catecismo de Trento:

LXIX. Qué significa la renuncia de Satanás que hace el bautizando.

358. Practicado esto vienen a la pila del Bautismo y se hacen otras ceremonias y ritos por los cuales se conoce la suma perfección de la religión cristiana. Pues por tres veces pregunta el Sacerdote con palabras muy claras al que ha de ser bautizado: *"¿Renuncias a Satanás, y a todas sus obras, y a todas sus pompas?"* Y él, o el padrino en su nombre, responde a cada una de ellas: *Renuncio.* Pues **el que se ha de alistar en la milicia de Cristo, debe ante todo prometer santa y religiosamente, que se aparta del demonio y del mundo**, y que nunca jamás dejará de aborrecer y detestar a uno y otro como a cruelísimos enemigos. Después ungen al que ha de ser bautizado en el pecho y entre las espaldas con el óleo de los catecúmenos. En el pecho, para **que por el don del Espíritu Santo**

deseche el error y la ignorancia, y abrace la verdadera fe: *"Pues el justo vive por la fe"*, y entre las espaldas a fin de que por la gracia del Espíritu Santo **sacuda de sí la pereza y entorpecimiento, y se ejercite en obras de virtud: *"Porque la fe sin obras está muerta"*.**

La salvación es don de Dios:
"Que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden" (Dz 318).

Los condenados se autoexcluyen de la salvación:

"Ni los malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos y por su culpa permanecieron en la masa de condenación"(Dz 321).

Como podemos ver, nos lo jugamos todo en el terreno de la gracia y de la voluntad, o sea de nuestra respuesta a la gracia y alentada por ella.

La salvación, con el auxilio divino, es posible. Y Dios da su auxilio a quien se lo pide humildemente y con insistencia:
"Porque Dios no manda cosas imposibles a nadie, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos" (Dz 804).

El interesante y duro caso del P. **Walter Ciszek**, S. J. (1904 - 1984), sacerdote polaco-estadounidense, perteneciente a la compañía de Jesús, que trabajó como misionero clandestino en la Unión Soviética entre 1939 y 1963 **nos puede ilustrar con su experiencia.** Tras quince años de estancia en la URSS, que pasó en confinamiento y trabajos forzados en los Gulags incluyendo cinco en la tristemente célebre cárcel Lubianka de Moscú, fue puesto en libertad y regresó a los Estados Unidos en 1963, luego de lo cual escribió dos libros, uno de ellos titulado "memorias con Dios en Rusia". En los años siguientes ejerció el sacerdocio como director espiritual en el mismo país.

Ciszek aprende en los campos de concentración rusos *"lo poco que importaban mis esfuerzos, y lo mucho que dependía de la gracia de Dios.* ***Empecé a no prestar atención a los resultados concretos de mi apostolado. A los ojos del Padre lo más importante era la rendición de mi voluntad****".*

Ciszek descubrió también que Dios en su providencia no deja vivir en paz a los hombres hasta la crisis en el corazón, que antes o después, los convierte. *"Hasta que no perdí por completo las esperanzas en mis propias fuerzas y capacidades,* ***hasta que mis fuerzas no entraron definitivamente en bancarrota, no me rendí****. Sólo puedo llamar a esto una experiencia de conversión. Como toda gracia, fue un don gratuito de Dios."*

Y continúa así: *"cuando el hombre comienza a confiar en sus propias capacidades, da el primer paso hacia el fracaso final.* ***La mayor gracia que Dios puede conceder a alguien es enviarle una prueba que no sea capaz de soportar****… y sostenerlo con su gracia para que pueda perseverar hasta el final y salvarse"****.*

Desde 1990, el P. **Ciszek** ha sido estudiado por la Iglesia católica para su posible beatificación y canonización, en virtud de lo cual se le ha concedido el título de «Siervo de Dios».

4. LA GRACIA DE DIOS DEIFICA EL ALMA

Enseña el **P. Valentín de San José** en su obra "La inhabitación de Dios en el Alma Justa". Ed. Apostolado Mariano, de la cual compartimos aquí algunos extractos:

No suele el hombre mirar a Dios bajo el concepto de Padre. En la filosofía le estudia infinito en todas sus perfecciones. En la Naturaleza y en lo dilatado de los cielos ve la inmensidad de Dios; en el esplendor y ornato de la tierra y en el brillar hermoso de las estrellas, como en lo dilatado de los astros, admira la magnificencia de Dios.

Dios, infinita hermosura; Dios, infinita luz; Dios, magnificencia soberana, suspende, abruma, anonada la inteligencia humana, y toda la naturaleza, en sus múltiples manifestaciones, publica y canta los insondables e infinitos atributos de Dios, siempre y en todo infinito.

La santidad es levantar el corazón a esa atmósfera de luz y de amor, donde se respira y siente más delicadamente a Dios. La vida de santidad es la vida de gracia. La gracia es Dios viviendo en nosotros por su amor. Por la gracia se hace el hombre participante del mismo Dios, y es levantada el alma a una vida más alta y perfecta que la vida natural; por eso se llama sobrenatural.

Mas los efectos de esta vida sobrenatural ni se sienten en modo alguno sensible, por ser puramente espirituales, ni se comunican al cuerpo hasta la nueva vida del Cielo después de la resurrección, ni hacen desaparecer las inclinaciones torcidas del natural de cada hombre.

Mientras se vive en la tierra no puede despojarse el ser humano del deseo de verse libre de la carga del dolor y de la cruz, como se huye y teme la muerte. Porque serán, como son, santos y muy meritorios el dolor y la cruz ofrecidos a Dios, y por la puerta de la muerte se entra al reino glorioso e inmortal del vivir perfecto que deseamos; pero la muerte y el dolor son castigos de la naturaleza rebelada y desobediente.

El hombre no fue creado para morir ni para sufrir ni aun en este mundo. La desobediencia y rebeldía fueron castigadas, mientras el

hombre peregrine por la tierra hacia el Cielo, con el dolor y con la torcida inclinación, con el miedo y con la muerte misma. Por eso, aunque el alma, movida por la fe, y la razón cimentada en la misma fe, las desee, la naturaleza las rehuye y teme hasta que del todo quede libre de ellas en la deseada patria donde vivirá en Dios la vida perfecta, vida de luz, de inteligencia y de amor. Apretados y angustiados por el dolor presente, aspiramos y anhelamos una futura felicidad bien cumplida.

5. CARTA DE UN HIJO DE PADRES CATÓLICOS DIVORCIADOS

Querido Director,

Soy un hijo, ya adulto, de padres divorciados, que tras su separación han tenido otros compromisos. Le escribo para testimoniar que el hecho de no conceder a estos hermanos y hermanas la Eucaristía es un verdadero acto de misericordia, porque eso les recuerda que se encuentran en una situación de pecado de la cual deben salir, preparando así el terreno a una conversión. Éste es el caso de mis padres, en particular de mi madre, y de otras tantas parejas que he podido conocer. Pero procedamos con orden.

Yo tenía cuatro años cuando mis padres se separaron, después de seis años de matrimonio borrascoso.

Cinco años más tarde, les fue concedido el divorcio. Exceptuando un detalle de muchos años después, al que me referiré en seguida, no conozco mucho de la vida privada de mi padre –en efecto, yo vivía con mi madre y las relaciones que mantenía con él eran muy superficiales- y solamente después de la separación tuvo otras relaciones.

Lo mismo ocurrió con mi madre: ella se vinculó sentimentalmente a un hombre casado y separado, con hijos ya mayores, en una relación que duró bastantes años, aunque no acabó en convivencia excepto los breves períodos de vacaciones de los meses estivales.

Yo tenía quince años cuando mi madre conoció otro hombre y comenzó una relación mucho más seria y que desembocó en convivencia more uxorio. Compraron una nueva casa, pidieron un

préstamo para pagarla… era una relación destinada a ser estable, por lo menos en las intenciones.

A pesar de estos cambios en su vida, mi madre no perdió nunca el contacto con el Señor, y me educó cristianamente. Intentó incluso que yo entendiera la fe de su pareja (con el que convivía), el cual, nacido en el seno de una familia no religiosa, no era practicante.

Su suerte fue la de encontrar casi siempre sacerdotes que le recordaban su situación de pecado. Ella era consciente de ese hecho, pero no tenía la fuerza de cambiar de vida. En todos aquellos años, por tanto, mi madre no pudo recibir la absolución y acercarse a la Comunión. Íbamos juntos a Misa todos los domingos, yo comulgaba y ella no, y eso la hacía sufrir mucho.

Exceptuando algunas rarísimas excepciones, en el ambiente eclesial ella no fue nunca condenada ni juzgada, sino siempre acogida con la máxima caridad y respeto. A mí personalmente la situación familiar no me suponía ningún problema, frecuentaba regularmente el oratorio y, a partir de los años de bachiller, a los grupos juveniles católicos.

La misericordia de escuchar de los ministros de Dios la verdad sobre su vida de pecado, preparó en su corazón el terreno fértil para la poderosa intervención de Dios, que se manifestó cuando hacia mediados de los años ochenta, mi madre comenzó a ir a Medjugorje. En ese lugar de inmensa gracia, la Virgen la invitó, como por otro lado habían intentado inútilmente diversos sacerdotes antes, a convertirse y abandonar su vida de pecado. A las palabras de los sacerdotes había resistido, pero a la invitación de la Virgen ella respondió con un "sí" incondicional.

A su regreso a casa, después de un cierto tiempo, le dijo a su pareja que ya no quería vivir en el pecado, y decidió no tener más relaciones íntimas con él, para que así pudiera de nuevo acceder a la Comunión. Fue sólo el primer paso, ya que ella comprendió que tenía que hacer más.

Transcurrido aproximadamente otro año, decidió separarse de su pareja. La vida en la gracia abrió los horizontes de su corazón y de su alma. De repente comprendió que seguía todavía casada con mi padre y, aunque no volviera a vivir con él –él no había emprendido un camino de conversión y mi madre temía que ocurrieran ciertas situaciones negativas como durante su vida matrimonial- volvió de nuevo a hablar normalmente también con él. Y cuando ella hablaba conmigo, ya no decía "tu padre", sino "papá".

Agradezco a mi madre la conversión que tuvo, porque el sacrificio que indudablemente le ha supuesto –no es fácil para nadie

vivir solos- ha testimoniado, en primer lugar a mí, el gran valor de la pureza y el hecho de que el matrimonio es un sacramento indisoluble.

De mi padre, como ya he mencionado, no sé mucho, excepto un episodio significativo de muchos años después. Un día, me reveló que se había enamorado y que tenía una "novia" la cual, añadió, quería conocerme. Le respondí que, por educación y respeto a la persona, si la hubiera encontrado la habría saludado y hablado con ella normalmente, pero añadí estas palabras: «Papá, acuérdate sin embargo que estás casado, y que no es lícito para ti tener otra mujer. No me importa lo que hayan establecido los tribunales de la tierra, ante Dios sigues casado con mamá».

Un año más tarde él murió de infarto y, ordenando su apartamento, no encontré ninguna huella, escrita o no, sobre la supuesta relación que mantenía. Por tanto, es muy probable que aquellas palabras mías del año anterior le hubiesen impactado y que hubiera decidido interrumpir la relación. También en ese caso la gracia del Señor había actuado, y él había truncado una situación de pecado.

Habiendo vivido durante muchos años en el ambiente de personas que van a Medjugorje, he conocido muchas situaciones difíciles respecto a la vida matrimonial, y he notado que el Cielo actúa siempre como en el caso de mi madre, es decir, hace comprender las situaciones de pecado e invita a los pecadores a convertirse y a cambiar de vida. Algunas familias al borde de la ruptura han vuelto a encontrar la armonía; parejas que se habían vuelto a casar civilmente han emprendido el procedimiento de petición de nulidad en uno o ambos matrimonios anteriores para después casarse por la iglesia. Otras parejas casadas por lo civil, que no podían por tanto obtener la nulidad, decidieron vivir la relación matrimonial en castidad absoluta. Habían conocido el Amor del Señor y no querían pecar más. He conocido parejas que, cuando se daban cuenta de vivir en pecado, decidieron separarse, justo como había hecho mi madre.

Así actúa el Cielo, con misericordia, y amonestando al pecador le invita a cambiar de vida ya que, como explícitamente ha dicho Jesús, el matrimonio es indisoluble. Cualquier otra cosa, en mi opinión, sólo es falsa misericordia.

Franco Rossi.

PENSAMIENTOS DE SANTOS Y DOCTORES DE LA IGLESIA:

«Para salvarse conviene tener la eternidad en la cabeza,
a Dios en el corazón, y al mundo bajo los pies»
***San Antonio María Claret, Obispo**.*

«¿Hacia dónde cae el árbol? Hacia donde está inclinado.
¿A dónde irás cuando mueras? A donde estés inclinado.»
San Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia.

"Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad, movida por Dios mediante la gracia"
Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia

"A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición"
Fray San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia

EL CATOLICISMO NO PUEDE SEGUIR AVERGONZADO ESCONDIENDO LA VERDAD

Por Germán Mazuelo-Leytón

El catolicismo, asido del andamiaje doctrinal del modernismo, esconde avergonzado la verdad; reniega y calla la Verdad que es Cristo, reniega de la obra de Cristo en el mundo, reniega de la civilización cristiana, para hacerse perdonar, por la insolencia del mundo, su condición de cristiano.

Si los errores modernistas se han extendido y son avalados y hasta promovidos por las autoridades más altas de la Iglesia, como una mancha de aceite sobre la Verdadera Fe, causando daños espantosos a las almas, ha sido en parte porque los principios y condenaciones de la encíclica Pascendi han sido olvidados.

Durante el medio siglo precedente, desde la conclusión del «Concilio Vaticano II», este conjunto de herejías, ha esparcido y prosigue esparciendo **el veneno de la muerte** en los seminarios, en las parroquias, en las asociaciones eclesiales.

En esta situación —escribía el Padre Miguel Poradowski— lo único que nos queda para evitar el envenenamiento del pensamiento cristiano por el marxismo, tanto del clero, como de los fieles, es denunciar concretamente la presencia del marxismo en la teología para que cada persona de buena voluntad, es decir todo cristiano que realmente desee conocer la auténtica doctrina de Cristo y la verdadera enseñanza de la Iglesia, pueda distinguir el trigo de la cizaña, la verdad de la mentira.

Mientras que Jesús fue amable con los pecadores y con los que se habían extraviado, no respetó sus falsas ideas, por más sinceras que pudieran parecer. Él los amaba a todos, pero los instruyó para convertirlos y salvarlos.

Capítulo IV:

Ayudas para poder vivir la vida de gracia y amistad con Dios

1. ORACIÓN DE RENUNCIA Y LIBERACIÓN

"Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud" Gál.5,1

En tu nombre Jesucristo, yo (di tu nombre completo), de manera personal y a nombre de mis antepasados:

Renuncio a satanás, a todas sus fascinaciones, seducciones y mentiras.

Renuncio a toda práctica de brujería, magia blanca, negra, de cualquier color, santería, hechicería o vudú.

Renuncio a toda limpia con huevo, yerbas, bálsamos, vino, sangre o fuego.

Renuncio a todo pacto, reto, sello, alianza o consagración al demonio; a conjuros, perjuros, maleficios e invocaciones diabólicas.

Renuncio a toda maldición, mal deseo, envidia, odio, rencor, resentimiento, codicia, avaricia, soborno, robo, fraude, despojo o enriquecimiento ilícito.

Renuncio a todo acto de orgullo, soberbia, prepotencia, vanidad y egolatría.

Renuncio a todo rito de iniciación chamánica, espiritista, espiritualista, masonería, filosofía rosacruz, dianética y a toda secta o sociedad secreta.

Renuncio a todo conocimiento de la nueva era, creencia en la reencarnación, esoterismo, metafísica desenfocada, meditación trascendental, yoga, a todo acto de curanderismo, a las operaciones espirituales, hipnotismo con regresiones, baños con flores, especies, yerbas, sangre de animales, o humana, o con otras substancias con fines mágicos.

Renuncio a toda lujuria, aborto, adulterio, homosexualidad, bisexualidad, incesto, violación, pornografía, bestialismo, promiscuidad y prostitución. A todo lo que yo u otras personas hayan hecho ilícitamente para controlar, nulificar o desbordar mi sexualidad.

En el nombre de Jesucristo, renuncio al culto y veneración a la llamada "santa muerte" o al vampirismo, a todo encantamiento, invocación y evocación de muertos, a espíritus custodios, guardianes, cósmicos, protectores, espías, vigilantes, a seres espirituales nombrados "maestros de sabiduría", o a cualquier otro ser maléfico en forma oculta o manifiesta.

Renuncio a todo acto o juego de mediumnidad, a la ouija, al control mental, al manejo del péndulo, a instrumentos para encontrar "tesoros ocultos" o dinero enterrado.

Renuncio también a toda clase de adivinación, sortilegio, lectura de cartas, café y caracoles, a toda forma de astrología, horóscopos o cartas astrales.

Renuncio a los amuletos y talismanes, a las herraduras, pirámides, cuarzos, imanes, agujas, sábilas o ajos con moños rojos, imágenes de santos mezcladas con tierra de panteón, velas y veladoras de colores "curadas", fetiches y representaciones de mi persona de cualquier material y forma que se encuentren enterrados o sean manipulados por mí mismo u otras personas.

Renuncio a toda forma equivocada de "medicina alternativa" que bajo engaños haya ritualizado mi ser al demonio.

En el nombre de Jesús, renuncio a toda comida o bebida mezclada con brujería que haya yo ingerido, y a todo lo que haya sido tirado, rociado o untado en mi cuerpo, ropa, zapatos, casa, trabajo, negocio o cualquier pertenencia u objeto que esté cercano a mí, que haya sido maldecido o consagrado al mal.

En el nombre de Jesucristo denuncio, renuncio y echo fuera de mí a todo espíritu de traición, destrucción, muerte, esclavitud, ausencia de Dios, miseria, mendicidad, soltería, infelicidad matrimonial, viudez, orfandad, amargura, envejecimiento o muerte prematura, persecución, problemas con las leyes o la justicia humana, esterilidad, humillación, rechazo, insomnio, deseos de suicidio, aislamiento, locura, soledad, neurosis, depresión, obsesión, miedo, angustia, debilidad, enfermedades crónicas, invalidez, ceguera, sordera, mudez, falta de olfato, imposibilidad de saborear la comida, insensibilidad, celos, inconformidad, incapacidad para vivir, conseguir o conservar un trabajo, una pareja, un matrimonio o una familia.

En el nombre de Jesús denuncio, renuncio y echo fuera de mí todo espíritu de alcoholismo o de cualquier otra adicción, de mal carácter, de falta de memoria, de falta de control y dominio de mi ser, irrealidad, inconsciencia, envidia, abandono, gula, suciedad, desorden, malos olores crónicos en mi cuerpo, ropa o casa, de falta

de fe, esperanza y caridad, de falta de interés en la vida, de desprecio a la eucaristía y de aborrecimiento o flojera para tener vida de oración.

Corto, destruyo y nulifico los medios a través de los cuales fueron hechos los daños antes mencionados, si fueron veladoras, fotos, ropa, tijeras, agujas, fetiches, entierros, lo que haya sido.

Renuncio a lo que en forma consciente o inconsciente haya yo hecho o haya sido hecho por otra persona en mi nombre para obtener poderes, dinero, éxito, buena suerte o pretender saber el futuro, o bien para conseguir el amor y la salud propios o ajenos, o tener dominio y control sobre personas, objetos, animales, lugares, espíritus y fuerzas de la naturaleza.

Nulifico los efectos de cualquier práctica contraria al compromiso adquirido a través de mi bautismo, de fidelidad y reconocimiento a Jesucristo como mi único Salvador, a los Sacramentos, a la Santísima Virgen María y a la Iglesia Católica.

A lo que impida el ejercicio de mi sentido común, capacidad de juicio, entendimiento y voluntad.

Echo fuera de mí todo aquello con lo que haya intentado sustituir el amor y la confianza de Jesús. Renuncio al rechazo de mis padres desde el instante de mi concepción y durante mi vida en el seno materno. Renuncio al mal que me causaron por intentar abortarme: con yerbas, sustancias químicas o con objetos punzo cortantes. Renuncio a todo el rencor que tengo si fui dado en adopción o abandonado sin haber conocido a mis padres biológicos o a maldiciones recibidas durante mi gestación.

Nulifico por las llagas de Jesús todo mandato de fracaso, muerte en vida y suicidio que hay en mí por estas causas, la incapacidad para aceptar el amor de Dios, para aceptarme a mí mismo o a las personas, para estudiar, trabajar y ser feliz.

Renuncio a todo lo que sea contrario a la salud, el respeto y la dignidad que como templo del Espíritu Santo, necesita todo mi ser y que esté impidiendo relacionarme con Dios, conmigo mismo (a), con

mi entorno en una forma sana, tener una familia unida y un trabajo digno y bien remunerado.

Porque Jesucristo se manifestó para deshacer las obras del diablo: habiendo denunciado, renunciado y echado fuera de mí todos los espíritus del mal, en el nombre de Jesús y María los envío atados y amordazados a los pies de la Santa Cruz y les prohíbo regresar.

Habiendo nulificado todos los efectos, causas y consecuencias, tomo autoridad, en el nombre de Jesús, para que caigan todos los bloqueos, tinieblas y así poder barrer aquellas que satanás construyó a mi alrededor, y le ordeno a todo ser demoníaco que despojó a mi familia o a mí mismo (a) que nos devuelva lo que nos quitó.

Padre Santo, te lo ruego, sana toda mi vida, toda mi historia personal, perdóname, ayúdame, libérame, bendíceme.

Padre Dios, acepto que Tú seas mi Padre, Jesucristo mi Hermano, la Virgen María mi Madre, porque hoy, yo (di tu nombre completo) les pertenezco para siempre.

A través de Tu Santo Espíritu, guíame para la reparación de todas las faltas que cometí, y enséñame a amar Tu Divina Voluntad. Amén, amén, amén.

Gracias Padre Celestial, gracias Trinidad Santa.
Amén, amén, amén.

“No te dejes vencer por el mal; antes bien,
vence al mal con el bien”
Romanos 12,21

2. LA IMPORTANCIA DE ELEGIR UN BUEN SACERDOTE PARA LA CONFESIÓN Y NO UNO QUE BENDIGA EL PECADO

Y como hizo un muchacho italiano que se estaba muriendo, pero que pidió insistentemente que le confesara Don Bosco (quien terminaría siendo San Juan Bosco), pues no quería confesarse con cualquier sacerdote, exponiéndose a hacer una mala confesión, un buen consejo es sin duda elegir a un buen sacerdote para que te confiese y guíe en tu vida espiritual. Un sacerdote de sana doctrina y que te lleve por caminos de santidad y fidelidad a Dios. Porque como dice **Andrés Esteban López Ruiz, presbítero:**

Existen pastores que…

Existen pastores que quieren dar sacramentos a personas que van a suicidarse (sucede en Canadá).

Pastores que quieren dar sacramentos y bendiciones a las parejas del mismo sexo (en lugares de Alemania).

Pastores que quieren dar sacramentos a las personas que viven en adulterio o en fornicación (en muchas partes).

Existen pastores que quieren bendecir el pecado y dar permiso de pecar.

Si algún pastor, ya sea obispo o sacerdote, te invita a persistir en el pecado habitual, huye de él como de un enemigo de tu alma, porque no te acerca a Cristo, sino te cierra las puertas a Él.

Jesús te invita a seguirlo renunciando al pecado. Quien te invite a seguir a Jesús sin renunciar al pecado, no es siervo de Cristo sino del pecado.

El pastor que bendice el pecado maldice a Dios y se hace reo no sólo de complicidad sino de traición a su ministerio. Lo que Dios ha instituido para santificar se utiliza para condenar. Lo santo se vuelve rebeldía. El lugar santo se profana con abominación.

En lugar de invitar al arrepentimiento para recibir la misericordia de Dios como nos enseñó el Señor y sus santos Apóstoles se confirma en el pecado.

En lugar de salvar, se abandona.
En lugar de liberar, se esclaviza.
En Lugar de sanar, se deja morir en la enfermedad.

Este engaño tan perverso sólo puede tener origen en Satanás que odia los sacramentos, ama el pecado y se regocija en atar al pecado hasta con los mismos medios sagrados: ministros y sacramentos.

3. ¡AY LA MALDITA VERGÜENZA EN LA CONFESIÓN!

San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, avisa: **¡Pobres almas, que así convierten la medicina en veneno!**

A quien ha ofendido a Dios gravemente no le queda más remedio, si quiere escapar de la condenación eterna, que confesar su pecado.

—Pero ¿y si me arrepiento de todo corazón? ¿Y si hago penitencia durante mi vida entera? ¿Y si me voy a un desierto a alimentarme de hierbas y a dormir sobre el santo suelo?

—Puedes hacer lo que quieras; pero si no confiesas el pecado que cometiste y que tienes en tu memoria, no habrá perdón para ti. Digo que tienes en tu memoria, porque si lo olvidaste sin culpa tuya, y al confesarlo tuviste dolor general de todas tus ofensas hechas a Dios, quedó indirectamente perdonado; basta que, cuando te acuerdes, lo declares en confesión. Pero si lo callaste voluntariamente, sigues con la obligación de confesar ese pecado y de confesar de nuevo todos los demás que confesaste, pues tu confesión fue nula y sacrílega.

¡Maldita vergüenza! a cuántas pobrecitas almas arroja en el infierno. Por eso Santa Teresa recomendaba a los predicadores:

"Predicad, predicad, sacerdotes, contra las malas confesiones, pues por malas confesiones se condenan la mayor parte de los cristianos".

Cierto día un discípulo de Sócrates entró en casa de una mala mujer. Al salir ya a la calle, como advirtiese que pasaba su maestro, se quedó dentro para no ser visto.

Pero Sócrates, que de todo se había dado cuenta, se asomó al portal y le dijo: "La vergüenza debieras tenerla para entrar en este lugar, no para salir de él".

Lo mismo digo yo a quienes cometen el pecado y luego no se atreven a confesarlo:

"Hijo mío, lo vergonzoso es el pecar, no el salir del pecado confesándolo". Dice el Espíritu Santo: Hay una confusión que es fruto del pecado y una confusión que trae consigo gloria y gracia, Eclesiastés, capítulo 4, versículo 25. Juzguemos como deshonra hacernos enemigos de Dios por el pecado; mas no tengamos por tal recobrar la gracia divina y el cielo por la confesión de nuestras culpas.

¡Vergüenza!, pero ¿por qué? ¿Fue por ventura un baldón para María Magdalena, María Egipciaca, Margarita de Cortona, y tantas otras santas penitentes la confesión que de sus culpas hicieron? Precisamente por eso conquistaron el paraíso, donde, como princesas de tan glorioso reino, gozan de Dios y gozarán de Él por eternidades sin fin.

San Agustín, después de su conversión, no sólo confesó su mala vida, sino que la consignó en un libro, para que el mundo conociera todos sus extravíos.

Cuenta San Antonio que un prelado vio en cierta ocasión al demonio al lado de una mujer que esperaba turno para confesarse. Le preguntó aquél qué hacía, y el demonio respondió:

"Cumplir el precepto de la restitución. Cuando incité a esta mujer a pecar, le robé la vergüenza para que pecara; ahora se la estoy restituyendo para que calle su pecado".

Si, éste es el ardid de que se sirve el demonio, como escribe San Juan Crisóstomo:

"Puso Dios vergüenza en el pecado y confianza en la confesión; el demonio invierte las cosas, poniendo en el pecado confianza y en la confesión rubor". El lobo ahoga los gritos de la oveja atenazándole con sus garras la garganta, logrando así llevársela y devorarla. Esto cabalmente hace el demonio con algunas pobrecitas almas: las sujeta por la garganta para que no declaren sus pecados y poder llevárselas tranquilamente al infierno.

Refiérese en la vida del jesuita Padre Juan Ramírez que, predicando en una ciudad, fue llamado a confesar a una joven moribunda. Era ésta de buena familia y había llevado una vida aparentemente santa, pues comulgaba a menudo, ayunaba y hacía otras penitencias. Se confesó con muchas lágrimas al dicho confesor, el cual salió de allí sumamente consolado. Mas he aquí que mientras caminaba de retorno a su casa, le dijo el compañero que consigo había llevado:

—Padre, mientras vos confesabais a la joven, vi que una mano negra le apretaba la garganta.

Al oír esto, el Padre Ramírez tornó a la casa de la enferma; pero al llegar ya la joven había muerto. Se retiró el Padre a su convento, y, estando en oración, se apareció la difunta en forma horrible, rodeada de llamas y arrastrando cadenas, la cual le dijo que estaba condenada por acciones deshonestas con un hombre; que nunca había descubierto al confesor esos pecados; que en la hora de la muerte quiso confesarlos, pero que el demonio, como de costumbre, puso en su ánimo grande empacho, induciéndola a callarlos. Y desapareció, dando espantosos alaridos en medio de un fuerte estruendo de cadenas.

Según anota el ilustre historiador P. Antonio Astrain en su Historia de la Compañía de Jesús, sucedió en Valencia el año 1562, residiendo allí el P. Juan Ramírez, célebre predicador de la Compañía de Jesús en España.

—Hija mía, si ya has cometido algún pecado, ¿por qué no lo confiesas en seguida?

—Es que me da vergüenza.

—¡Desventurada de ti —exclama San Agustín—, únicamente piensas en que tienes vergüenza, y no piensas en que, si no te confiesas, estás condenada!
¡Qué te da vergüenza!

"Pero ¡cómo! —insiste el mismo santo—, ¿no la tienes para hacerte la herida y la tienes para ponerte la venda que te la puede curar?". "El médico —dice el Concilio de Trento—, si no conoce la enfermedad, no la puede curar".

¡Oh qué estrago hace dentro de sí el alma que, al confesarse, calla por vergüenza algún pecado mortal! "Lo que para el pecado era remedio —dice San Antonio—, se convierte en victorioso trofeo de Satanás".

Cuando en la guerra se gana una batalla, pasean los soldados con orgullo las armas tomadas al enemigo. ¡Oh, qué aires de triunfo se da el demonio con las confesiones sacrílegas, gloriándose de haber arrebatado al cristiano aquellas mismas armas con que podía él haberlo vencido!

¡Pobres almas, que así convierten la medicina en veneno! Aquella infeliz mujer sólo tenía un pecado en su conciencia; callándolo en la confesión, cometió un sacrilegio, que es pecado mucho mayor. Ese es el triunfo del demonio.

Dime, hermana, si por no confesar tu pecado tuvieras que verte abrasada viva en una caldera de pez hirviendo, y supieras que luego iba a ser conocido tu pecado por todos tus parientes y vecinos, dime: ¿lo callarías? Seguramente que no, sabiendo, por otra parte, que con sólo confesarlo quedaría oculto tu pecado y tú libre de la ardiente caldera.

Pues bien, es cosa certísima que, si callas tus pecados, irás a arder en el infierno por toda la eternidad y tus pecados quedarán al

descubierto el día del juicio, no sólo delante de tus parientes y paisanos, sino a la faz del mundo entero. Todos nosotros hemos de aparecer de manifiesto delante de Cristo, segunda carta a los Corintios, capítulo 5, versículo 10. Yo te desnudaré alzando hasta la cara tus vestidos, descubriré a los pueblos tu desnudez, mostraré a los reinos tus vergüenzas, Nahún, capítulo 3, versículo 5.

¿Has cometido el pecado? Pues si no lo confiesas, te condenas. Luego, si quieres salvarte, alguna vez tendrá que ser la confesión de tus culpas. Y si algún día habrá de ser, ¿por qué no ahora? Si aliquando —dice San Agustín—, cur non modo? ¿A qué esperas? ¿a que te sorprenda la muerte, después de la cual ya nunca podrás hacer confesión? Convéncete de que cuanto más tardes en confesar tu pecado y cuanto más multipliques los sacrilegios, más crecerá tu vergüenza y la obstinación en no confesarte. "De la retención del pecado —escribe San Pedro Blesense— nace la obstinación". ¡Cuántas almas desventuradas se acostumbraron a callar sus pecados diciendo: "Cuando llegue la muerte los confesaré"!. Pero llegó aquel momento y...¡tampoco los confesaron!

Ten presente, además, que si no confiesas tu pecado, ya no tendrás paz en toda tu vida. ¡Dios mío, y qué infierno tiene que experimentar dentro de sí el pecador que se retira del confesionario sin haber declarado su culpa! Lleva siempre metida en el seno una víbora, que sin cesar le está picando en el corazón. ¡Infeliz, un infierno aquí en la tierra y otro después en la eternidad!

Ea, pues, hermanos, si por desgracia alguno de vosotros se halla en el triste caso de haber callado pecados por vergüenza, tenga buen ánimo y confiéselos cuanto antes.

Dígale al confesor: "Padre, me da vergüenza decir un pecado que tengo", o más sencillamente: "Tengo ciertos escrúpulos acerca de la vida pasada".

Esto sólo bastará para que el confesor tome por su cuenta el sacarte del corazón la espina que lo mata y dejar totalmente tranquila tu conciencia. ¡Qué alegría tendrás después de haber arrojado del corazón aquella víbora!

Pero, además, ¿es que por ventura tienes que manifestar tu pecado a muchas personas? No; con que se lo digas a una sola, al confesor, y se lo digas una sola vez, está todo remediado.

Y para que el demonio no te engañe, has de saber que únicamente es obligado declarar los pecados mortales. Por consiguiente, si no fue mortal tu pecado, o si al cometerlo no lo tenías por tal, no estás obligado a confesarlo. Por ejemplo: una persona hizo en los días de su niñez cosas deshonestas; no lo tenía entonces por pecado ni le pasaba por el pensamiento que pudiera serlo; no está obligada a confesarlo. Pero si, por el contrario, cuando hizo esas cosas, sentía en la conciencia el remordimiento de pecado mortal, no le queda entonces más remedio que confesarlo o condenarse."

4. RESUMIENDO PARA HACER UNA BUENA CONFESIÓN

Así pues, tomemos buena nota de estas importantes enseñanzas del gran doctor de la Iglesia, **san Alfonso María de Ligorio**, y pidamos siempre la gracia de hacer buenas y santas confesiones. Sin callar ningún pecado grave.

Recordemos resumidamente los puntos fundamentales:

1. Para hacer una buena confesión se requiere examen de conciencia, dolor de corazón, confesión de boca, satisfacción de obra, y propósito firme de enmienda. Ha de ser una confesión íntegra, humilde y sincera.

2. El pecador que confiesa bien sus culpas recibe la blancura hermosa de la gracia de Dios, causa alegría al santo ángel de la guarda, y llena de rabia y desesperación al demonio.

3. El pecador que calla pecados, o no se arrepiente de ellos en la confesión, da gusto al demonio, llena su alma de iniquidad, y causa tristeza y amargura al santo ángel de la guarda.

Es muy recomendable encomendarse de corazón a la intercesión y ayuda de la Santísima Madre de Dios y Madre nuestra, María, para que nos alcance la gracia de hacer confesiones santas y

gratas a Dios. Que nos sanen y liberen de todo mal y nos pongan en el camino de la santidad, devolviendo la verdadera paz a nuestras vidas.

Recordemos las palabras de un gran sacerdote y exorcista, **el P. Gabrielle Amorth:**

"¡La confesión es más eficaz que el exorcismo! *Al espíritu maligno más le pone nervioso una confesión en el confesionario, es decir, sacarle de las almas, que exorcizar, significando sacarle de los cuerpos".*

Importante es que lo sepamos, y que demos el valor que tiene la confesión. Pero siempre sin olvidar que hemos de procurar hacerla muy bien, diciendo todos los pecados graves, sin olvidarlos por vergüenza, y con dolor de haberlos cometido. Dios nos lo conceda siempre por intercesión de María.

Una buena confesión devuelve a la vida de gracia al alma que estaba en pecado mortal, a la gracia santificante; a que el alma vuelva a ser inhabitada de nuevo por la Santísima Trinidad. Por eso, lo principal es cuidar la vida de gracia, alimentarla y crecer en ella.

El **P. Amorth** al respecto nos dice que:

"la vida de gracia es una coraza que nos defiende de Satanás. *No hay que tener miedo del demonio. Lo que hay que hacer es vivir en gracia, así no tendrá ningún poder sobre nosotros".*

Y si nunca has recibido el gran regalo del perdón de tus pecados mediante el ministerio sacerdotal, y el Sacramento de la reconciliación, escucha esto que nos comparte **Daniel LB**:

¿Acaso puede haber una Oración más importante, necesaria y vital para el pecador (o sea TODOS, comenzando por mí) que ésta que nos es realizada para nuestra sanación de labios del sacerdote al que hemos dicho nuestros pecados en el Sacramento de la penitencia?:

«Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo

para la remisión de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo».

(Contestamos nosotros: Amén).

Pues no, no hay Oración ni nada hay más importante ni urgente que el Pecador necesite, y es que se rece sobre él esta maravillosa Oración como colofón a la entrega de tus pecados.

Es la que al final de la Confesión sella el perdón de los pecados y nos devuelve al estado de gracia de sin la cual nada podemos. Sin gracia no hay conversión.

Ungidos del Señor, Sacerdotes para siempre, por favor, recen la fórmula de la absolución completa, en su totalidad, sin recortes.

Demos infinitas y constantes gracias al Señor por darnos el Sacramento de la Reconciliación=Confesión=Conversión.

Además, el sacerdote puede despedir al penitente con esta hermosa oración:

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, el bien que hagas y el mal que puedas sufrir, te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de gracia y premio de vida eterna.

Respondemos: amén.

Vete en paz.

¿No es hermoso? La gracia de Dios nos conceda vivirlo y aprovecharlo para nuestro bien mientras estamos a tiempo.

5. LA EFICACIA Y AYUDA DE LOS SACRAMENTALES

La medalla de San Benito

¿Has oído hablar de San Benito de Nursia, patrón de Europa y patriarca del monaquismo occidental?

Siempre recordado por su regla de la cual surgirían muchos monasterios. Importante por ser un gran exorcista y patrón de los exorcistas. Inolvidable por su eterno lema Ora et labora.

Conocido por tener una hermana gemela que también llegó a santa: Escolástica.

Muy conocido porque después de haber recibido en Roma una adecuada formación, estudiando la retórica y la filosofía, sintió en su interior claramente que si seguía viviendo en Roma, ciudad muy empecatada y de vida libertina, tenía mucho riesgo de condenarse, por lo que se retiró de la ciudad a Enfide (la actual Affile), para dedicarse al estudio y practicar una vida de rigurosa disciplina ascética. No satisfecho de esa relativa soledad, a los 20 años se fue al monte Subiaco bajo la guía de un ermitaño para vivir en una cueva.

Famoso por los milagros que realizó en vida (como el día en que le intentaron envenenar y ante su bendición el recipiente se hizo añicos y evitó que se pudiera envenenar).

Recordado porque su historia fue escrita en 594 por el Papa Gregorio el Grande, **La vida de Benito**, medio siglo más o menos después de la muerte de Benito.

Benito enseñó a sus discípulos a cantar las alabanzas a Dios en la Liturgia de las Horas. A tomar como guía el Evangelio, a trabajar cuidando todo lo que hay en la creación como “vasos sagrados del altar”. A vivir en amor y servicio mutuo y a responder a las necesidades del pueblo de Dios a su alrededor.

Pero San Benito se ha hecho también muy popular por su medalla: **la medalla de San Benito**. Una medalla muy eficaz y de gran protección contra las insidias de nuestros enemigos espirituales.

Las medallas forman parte de los sacramentales. **¿Qué es un sacramental?**

CIC 1667: “son signos sagrados con los que, imitando de alguna manera a los sacramentos, se expresan efectos, sobre todo espirituales, obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida”.

CIC 1668: “Los sacramentales comprenden siempre una oración, con frecuencia acompañada de un signo determinado, como la imposición de la mano, la señal de la cruz, la aspersión con agua bendita (que recuerda el Bautismo).”

CIC 1670: “Los sacramentales no confieren la gracia del Espíritu Santo a la manera de los sacramentos, pero por la oración de la Iglesia preparan a recibirla y disponen a cooperar con ella. "La liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los acontecimientos de la vida [...] sean santificados por la gracia divina que emana del misterio Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, de quien reciben su poder todos los sacramentos y sacramentales, y que todo uso honesto de las cosas materiales pueda estar ordenado a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios".

Sacramentales pueden ser: el agua bendita, la sal exorcizada, el aceite exorcizado, las medallas bendecidas que nos colgamos de los santos o de María (Reina de todos los santos), los crucifijos, etc. Pues bien, la medalla de san Benito, al igual que la medalla milagrosa de la Virgen de Rue de Bac, aparición en Francia en 1830 a Santa Catalina Labouré, es muy conocida y los creyentes la usan para pedir la protección del santo. Analicemos cómo es la medalla:

El anverso lleva la leyenda: **Eius in obito nostro praesentia muniamur** [Su presencia nos proteja en nuestra muerte].

El reverso lleva, en el brazo vertical, las iniciales de **Crux Sacra Sit Mihi Lux** [La Santa Cruz sea mi luz]; en el horizontal, las de **Non Draco sit mihi Dux** [El Dragón no sea mi guía]; en la corona, **Sunt mala quae libas, ipse venena bibas** [Los brebajes que ofreces son males, bébete tú mismo esos venenos]; y luego **Vade retro, Satana,**

nunquam suadeas mihi vana [Apártate de mí, Satanás, no me aconsejes nunca tus vanidades].

Todo lo que nos proteja y ayude en el combate espiritual es importante, bienvenido sea. Por supuesto que hay que empezar por la oración y los sacramentos. En el uso de las medallas no se trata de utilizarlas como amuletos, es decir, como una especie de suerte mágica, tal y como usan los amuletos los que no viven la fe y son supersticiosos o algo peor. No, eso no es. El creyente que vive y lucha por vivir la fe, trata de ser coherente con una vida de fidelidad a Dios y a la gracia, configuración con los mandamientos y la Palabra de Dios. Y los sacramentales son signos de su pertenencia a Dios, y de que quiere luchar el combate de la fe como soldado de Cristo y María.

En el caso de la medalla de san Benito expresa claramente ese aspecto tan fundamental como es la lucha contra Satanás y sus legiones del infierno, pues nuestra lucha no es contra la carne y la sangre:

*"**Revestíos con toda la armadura de Dios** para que podáis estar firmes contra las insidias del diablo. Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad de las regiones celestiales. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiéndolo hecho todo, estar firmes." Efesios 6, 11-13.*

El agua bendita

En tu lucha espiritual, insisto, te recomiendo el uso de sacramentales. Los que más te gusten. Toda ayuda es bienvenida. Santa Teresa de Ávila, por ejemplo, recomendaba a sus monjas salir siempre del convento con un frasquito de agua bendita. Veamos cómo cuenta algunas experiencias suyas con el uso del agua bendita en su libro sobre su vida:

"Estaba una vez en un oratorio, y se me apareció hacia el lado izquierdo, una abominable figura; le miré especialmente la boca, porque me habló, y la tenía espantosa. Parecía que le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara, sin sombra. Me dijo espantosamente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas", reveló Santa Teresa al inicio del Capítulo 31 de La vida.

Luego, asustada, trató de espantarlo con el signo de la Cruz. El demonio la abandonó, pero pronto regresó. Esto sucedió varias veces, hasta que notó que tenía agua bendita cerca: *"Dos veces me sucedió esto. Yo no sabía qué hacer. Tenía allí agua bendita y lo eché a aquella parte, y nunca más retornó".*

En otro momento, Santa Teresa escribió que el demonio estuvo cinco horas atormentándola *"con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no sabía si podía soportar más. Las que estaban conmigo estaban espantadas y no sabían qué hacer ni yo cómo valerme".*

La santa admitió que solo encontró alivio después de pedir agua bendita y arrojarla al lugar donde vio a un demonio cerca. Es en la explicación de este hecho que se da a conocer su cita más famosa:

"Tras muchas ocasiones, **tengo la experiencia de que no hay nada como el agua bendita para hacer huir a los demonios y evitar que regresen**. De la cruz también huyen, mas vuelven. Debe ser grande la virtud del agua bendita", señaló.

Más tarde, aseguró que conoció la consolación del alma luego de tomar el agua, que le generó ***"como un deleite interior"*** que la confortaba:

"Esto no es un antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muchas, y he mirado con gran advertencia. Digamos, es como si uno tuviese mucho calor y sed, y luego bebiese un jarro de agua fría, y sintiera un gran alivio.

Considero que es una gran cosa todo lo que está ordenado por la Iglesia, y me conforta mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así se pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia con lo que no es bendito".

Santa Teresa de Ávila nos compartió muchas otras historias sobre el poder del agua bendita. Pero déjame que te comparta un par de historias actuales, de este siglo, donde intervino la oración y el agua bendita con moribundos, y a ver qué te parece.

Se trata de que un domingo acudí a visitar a una señora mayor, Mercedes, que estaba en estado terminal por el cáncer. La estaba cuidando Eva, una amiga mía, y por eso las visité. En la habitación del sanatorio había otra cama donde reposaba otra señora mayor, también en estado terminal. Pregunté a su hija si ya le había atendido un sacerdote. Me dijo que no. Yo, que no soy sacerdote, le ofrecí lo único que podía ofrecerle, la oración.

—*Señora, ¿le importa que recemos por su madre?* Le dije.

No, con mucho gusto, respondió. Y allá que nos pusimos todos a rezar la coronilla de la divina misericordia (la que enseñó Jesús a la mística polaca Santa Faustina). Mi amiga, su enferma, otro amigo presente, la hija de la señora en cuestión, y un grupo de familiares más que justo llegaron cuando íbamos a empezar la oración, nos pusimos manos a la obra con la coronilla.

Una vez finalizada le dije al oído una oración muy sencilla que es un acto de contrición. El acto de contrición es una oración en la cual pedimos perdón a Dios de corazón por haberle ofendido. Esta breve oración se compone de una sola frase, muy breve y que se repite por tres veces, para ser utilizada por una persona agonizante y que no puede ser atendida en el último momento por un sacerdote. Si el agonizante no puede hacerla, basta que la haga otra persona y el agonizante la acoja en su interior. Yo la aprendí del **P. Jorge Loring**,

jesuita. Cuando el agonizante no la puede decir, tú se la dices al oído. Y dice así:

"Dios mío perdóname. Dios mío perdóname. Dios mío perdóname".

Insiste el P. Loring en que si esa persona en esa situación límite asume en su interior más profundo esta oración, aunque tú no sepas que la ha asumido (Dios sí lo sabe), le vale como una confesión para que se le perdonen sus pecados.

Pues bien, me acerqué como digo a esa señora, le susurré al oído esas tres frasecitas de oración de contrición, añadiendo por tres veces amén, amén, amén, y luego le persigné la señal de la cruz en su frente con agua bendita que llevaba en mi mochila.

La hija y sus familiares se quedaron muy contentos. Y pásmate, la señora se murió apenas seis horas después de aquel acontecimiento. Como si lo hubiera estado esperando.

Es muy reconfortante saber que podemos ayudar a una persona moribunda a tener una muerte santa, a que incluso recupere la gracia de Dios, llevándole un sacerdote o animándole para que confiese y entregue sus pecados, y si no puede ser así, al menos rezando con ella ese acto de contrición tan sencillo y eficaz si se hace o asume de corazón.

Y algo más sorprendente todavía. Una semana más tarde volví a visitar a Mercedes. Rezamos también la coronilla de la divina misericordia (muy recomendada por santa Faustina para los agonizantes o moribundos, enfermos terminales, etc. Personas próximas a morir), le hice también la señal de la cruz en la frente con agua bendita, y unas horas después, falleció.

¡Cuánta necesidad tenemos los seres humanos de signos que nos den calma, paz, tranquilidad, seguridad! Somos de carne y hueso, aunque tengamos espíritu. Y es por eso que el Señor instituyó los sacramentos como signos de Salvación. A veces, y a falta de sacerdotes, o incluso "a más a más", no sobran los sacramentales, signos que nos confirmen y alienten en la fe.

Todo lo que nos manifiesta que Dios está con nosotros siempre es bienvenido. Por eso también es bastante importante no vivir solos la fe, aisladamente, sino siempre arropados por una comunidad, un grupo de amigos, una iglesia doméstica, un signo del Amor de Dios…

6. ENSEÑANZAS Y ADVERTENCIAS DE DON BOSCO

Decía San Juan Bosco:

"Muchos, antes de que pasen largos años, estarán en el sepulcro, y todos nosotros, unos antes y otros después, y ciertamente dentro de pocos años, tendremos que presentarnos ante el Tribunal de Dios.

A mí me preguntará el Señor si os dije todo lo que debía deciros. Y a vosotros os pedirá cuentas de si me escuchasteis…"

Y terminaba así el Santo: "*Si alguno no me escucha se perderá, y la culpa será solamente suya".*

Don Bosco practicó el principio de Derecho Natural de dar a cada uno lo suyo: deber de justicia es dar al pecador la esperanza del perdón. Es de justicia tener celo por la salvación de las almas. Esta es la bomba de amor que tendría que explotar, dado que el Evangelio es una bomba de amor que tiene que explotar.

Jaime Solá (Celo por la Salvación de las almas, Ed. Noticias Cristianas, Págs. 64 y 65).

Don Bosco nos recordó con insistencia que las dos columnas sobre las que se asentaría nuestra fe católica especialmente para los tiempos más difíciles que estaban por llegar habrían de ser: la devoción a María Santísima, y la Santa Misa con la devoción eucarística debida: adoración y comunión frecuente (a ser posible diaria). Recordemos que quien comulga cada día se obliga a estar en gracia de Dios, porque **quien comulga estando en pecado estaría comiendo y bebiendo su propia condenación**. Más información detallada sobre este punto clave y tan fundamental, pero que lamentablemente ya no se recuerda a los fieles, ver aquí: http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/jmx.htm

CIC 1324: La Eucaristía es "fuente y culmen de toda la vida cristiana" (LG 11). "Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua" (PO 5).

Sabiendo que la Santa Misa y la Santísima Virgen son las dos columnas de la Iglesia, nadie se extrañe que sus enemigos tengan especial interés en atacarlas e ir a por ellas.

Procurarán hacer pensar a la gente que María fue una mujer más (no la Inmaculada), y querrán justificar la abolición de la transustanciación (que ya no haya más consagración en la misa y que Cristo no se haga presente sacramentalmente) y prohibirán la santa misa tradicional.

Al final del libro, en el apéndice, dedicamos un buen espacio para referirnos a la Santa Eucaristía.

7. LA MEJOR DE TODAS LAS HOMILÍAS

(Del libro **"Cartas a un hermano Sacerdote" del P. Martín Lucía**).

Memoria de San Juan María Vianney, 4 de agosto de 1993.

Querido padre Tomás:

¿Te acuerdas de Jorge, ese joven amigo mío que encontramos en la Iglesia de Binondo? Me comentó que le gustaría ingresar al seminario y ordenarse sacerdote, pero que el único problema que tenía era que no se creía capaz de memorizar una homilía ni poder predicar mucho.

Después de pensarlo, le contesté que no consideraba que eso fuera un problema.

El sacerdote más grande que jamás haya vivido decía la misma homilía todos los días, una y otra vez, eran sólo dos líneas. San Juan María Vianney predicaba lo mismo cada domingo*:*

"Si sólo supieras cuanto Jesús te ama en el Santísimo Sacramento, te morirías de felicidad". Después señalando hacia el Sagrario, agregaba "JESUS ESTA REALMENTE AHI". La gente venía de todas partes de Francia para oírlo hablar y todos los domingos repetía lo mismo. Al tomar conciencia del amor y la presencia de Jesús en el **Santísimo Sacramento**, se conmovía tan intensamente, hasta lo más profundo de su alma, que al señalar al Sagrario para mostrarle a la gente que Jesús estaba realmente ahí, lloraba de alegría.

Pasaba largas horas día y noche rezando ante el Santísimo Sacramento, como también muchas horas en el confesionario. San Juan María Vianney, el santo cura de Ars, fue proclamado por la Iglesia modelo y patrono de todos los sacerdotes.

Otro Sacerdote famoso que vivió en la misma época, fue el padre Lacordaire. Este sacerdote fue el predicador más elocuente de su tiempo. Cuando predicaba en la Iglesia de Notre Dame de Paris, el rey y la reina iban a oírlo y la Catedral se llenaba.

Un día alguien le preguntó si sentía gran satisfacción por ser un predicador tan popular pero contestó que no, porque cuando él hablaba la gente decía cuán hábil e inteligente era. Pero, cuando Juan María Vianney hablaba, todos decían “qué bueno es Jesús”

¡Qué complicada es la naturaleza humana, querido Tomás! Tratamos de impresionar a todos con nuestra inteligencia, teologizando todo. Tanto, que a la gente le resulta difícil entender lo que tratamos de decir.

Lo que realmente debemos hacer es decir cuán bondadoso es Jesús en el **Santísimo Sacramento**. Le aconsejo a Jorge que todo lo que tiene que hacer como sacerdote es repetir las dos líneas de San Juan María Vianney y así también será canonizado.

Fraternalmente tuyo en Su Amor Eucarístico, Mons. Pepe

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA
Numerales 1021 y 1022:

"*La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo*"

"*Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en* ***un juicio particular*** *que refiere su vida a Cristo, bien a través de* ***una purificación*** *(Purgatorio), bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del* ***Cielo****, bien para condenarse inmediatamente para siempre en el* ***Infierno***"

EL GRAN ERROR DE LOS TIEMPOS ACTUALES
Papa León XIII, Encíclica Humanum Genus, 1884:

"La propagación del gran error de los tiempos actuales: el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos. Conducta muy acertada para arruinar todas las religiones, singularmente la católica, que, como única verdadera, no puede ser igualada a las demás sin suma injusticia."

Capítulo V:

Los novísimos o postrimerías del hombre: muerte, juicio, infierno, gloria.

1. ENSEÑANZAS DEL CATECISMO DE SAN PIO X

969. ¿Qué se entiende por Novísimos? – Novísimos se llaman en los Libros Santos las cosas postreras que acaecerán al hombre.

970. ¿Cuántos son los Novísimos o Postrimerías del hombre? – Los Novísimos o Postrimerías del hombre son cuatro Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.

971. ¿Por qué los Novísimos se llaman Postrimerías del hombre? – Los Novísimos se llaman Postrimerías del hombre, porque la muerte es la cosa postrera que sucede al hombre en este mundo; el Juicio de Dios es el último de los juicios que hemos de sufrir; el Infierno es el mal extremo que tendrán los malos, y la Gloria, -el sumo bien que poseerán los buenos.

972. ¿Cuándo hemos de pensar en nuestras Postrimerías? – Conviene pensar todos los días en nuestras Postrimerías, y sobre todo en la oración de la mañana al despertarnos, a la noche antes de acostarnos, y siempre que nos sintiéremos tentados, porque este pensamiento es eficacísimo para hacernos huir del pecado.

DEL 7° ARTÍCULO:
De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos

126.- ¿Qué nos enseña el séptimo artículo: DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS? – El séptimo artículo del Credo nos enseña que al fin del mundo Jesucristo, lleno de gloria y majestad, vendrá del cielo para juzgar a todos los

hombres, buenos y malos, y dar a cada uno el premio o el castigo que hubiere merecido.

127.- Si todos, inmediatamente después de la muerte, hemos de ser juzgados por Jesucristo en el juicio particular, ¿por qué todos hemos de ser juzgados en el juicio universal?
Hemos de ser juzgados todos en el juicio universal por varias razones:
1ª. Para gloria de Dios; 2ª. Para gloria de Jesucristo; 3ª. Para gloria de los Santos; 4ª. Para confusión de los malos; 5ª. Finalmente, para que el cuerpo tenga con el alma su sentencia de premio o de castigo.

128.- ¿Cómo se manifestará la gloria de Dios en el juicio universal? – En el juicio universal se manifestará la gloria de Dios, porque todos conocerán con cuanta justicia gobierna Dios el mundo, aunque ahora se ven muchas veces afligidos los buenos y en prosperidad los malos.

129.- ¿Cómo se manifestará en el juicio universal la gloria de Jesucristo? – En el juicio universal se manifestará la gloria de Jesucristo porque habiendo sido injustamente condenado por los hombres, aparecerá entonces a la faz de todo el mundo como juez supremo de todos.

130.- ¿Cómo se manifestará la gloria de los Santos en el juicio universal? – En el juicio universal se manifestará la gloria de los Santos porque muchos de ellos, que murieron despreciados de los malos, serán glorificados a la vista de todo el mundo.

131.- ¿Cuál será en el juicio universal la confusión de los malos? – En el juicio universal será grandísima la confusión de los malos, mayormente la de aquellos que oprimieron a los justos o procuraron en vida ser estimados como hombres buenos y virtuosos, al ver descubiertos a todo el mundo los pecados que cometieron, aun los más secretos.

DEL 11° ARTÍCULO:
La resurrección de la carne

240.- ¿Qué nos enseña el undécimo artículo: LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS? – El undécimo artículo del Credo nos enseña que todos los hombres resucitarán, volviendo a tomar cada alma el cuerpo que tuvo en esta vida.

241.- ¿Cómo sucederá la resurrección de los muertos? – La resurrección de los muertos sucederá por la virtud de Dios omnipotente, a quien nada es imposible.

242.- ¿Cuándo acaecerá la resurrección de los muertos? – La resurrección de los muertos acaecerá al fin del mundo, y entonces seguirá el juicio universal.

243.- ¿Por qué ha dispuesto Dios la resurrección de los cuerpos? – Dios ha dispuesto la resurrección de los cuerpos para que, habiendo el alma obrado el bien o el mal junto con el cuerpo, sea también junto con el cuerpo premiada o castigada.

244.- ¿Resucitarán todos los hombres de la misma manera? – No, señor; sino que habrá grandísima diferencia entre los cuerpos de los escogidos y los cuerpos de los condenados, porque sólo los cuerpos de los escogidos tendrán, a semejanza de Jesucristo resucitado, las dotes de los cuerpos gloriosos.

245.- ¿Cuáles son las dotes que adornarán los cuerpos de los escogidos? – Las dotes que adornarán los cuerpos gloriosos de los escogidos son: 1ª., la impasibilidad, por la que no podrán ya estar sujetos a males y dolores de ningún género, ni a la necesidad de comer, descansar o de otra cosa; 2ª., la claridad, con la que brillarán como el sol y como otras tantas estrellas; 3ª., la agilidad, con que podrán trasladarse en un momento y sin fatiga de un lugar a otro, y de la tierra al cielo; 4ª., la sutileza, con que sin obstáculo alguno podrán penetrar cualquier cuerpo, como lo hizo Jesucristo resucitado.

246.- ¿Cómo serán los cuerpos de los condenados? – Los cuerpos de los condenados estarán privados de las dotes de los cuerpos gloriosos y llevarán la horrible marca de su eterna condenación.

DEL 12 ° ARTÍCULO:

La vida perdurable

247.- ¿Qué nos enseña el último artículo: y la vida eterna? – El último artículo del Credo nos enseña que, después de la vida presente, hay otra, o eternamente bienaventurada para los escogidos en el cielo o eternamente infeliz para los condenados al infierno.

248.- ¿Podemos comprender la bienaventuranza del cielo? – No, señor; no podemos comprender la bienaventuranza de la gloria, porque sobrepuja nuestro limitado entendimiento y porque los bienes del cielo no pueden compararse con los bienes de este mundo.

249.- ¿En qué consiste la bienaventuranza de los escogidos? – La bienaventuranza de los escogidos consiste en ver, amar y poseer por siempre a Dios, fuente de todo bien.

250.- ¿En qué consiste la infelicidad de los condenados? – La infelicidad de los condenados consiste en ser privados por siempre de la vista de Dios y castigados con eternos tormentos en el infierno.

251.- ¿Son únicamente para las almas los bienes del cielo y los males del infierno? – Los bienes del cielo y los males del infierno son ahora únicamente para las almas, porque solamente las almas está ahora en el cielo o en el infierno; pero después de la resurrección, los hombres serán o felices o atormentados para siempre en alma y cuerpo.

252.- ¿Serán iguales para los bienaventurados los bienes del cielo y para los condenados los males del infierno? – Los bienes del cielo para los bienaventurados y los males de infierno para los condenados serán iguales en la sustancia y en la duración eterna; más en la medida o en los grados serán mayores o menores, según los méritos o deméritos de cada cual.

2. LA GLORIA DEL CIELO O VIDA ETERNA

"Regresaron los 72 alegres, diciendo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.» El les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño; pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.»" Lc.10,17-20.

El Señor es claro: la verdadera y realmente la única alegría no son los éxitos que podamos tener en esta vida efímera, incluso por buenos y santos que sean, aunque son importantes porque determinan nuestra suerte eterna. **Lo que importa es ¡que terminemos inscribiendo nuestros nombres en el Cielo!**

Si el Cielo o vida eterna, es decir, si Dios es nuestro fin último, entonces parecería lógico que quisiéramos morir. Pero, ¿por qué se aferra tanto el hombre a este mundo, a esta vida efímera? ¿Qué nos retiene tanto? Diría que la falta de fe, la falta de confianza en Dios, la falta de una conciencia limpia… Bien es cierto que los santos son los primeros en que son conscientes de su poquedad, de que lo bueno que son es por la gracia de Dios, lo han recibido de Dios y si acaso lo han hecho producir dando frutos buenos y santos con la colaboración de su sí, con su entrega. Pero **los santos sí quieren morir**, si quieren encontrarse con el Amado por el que tanto han suspirado, aunque su amor también por el prójimo al que pueden servir les dificulta los sentimientos. Y los que queremos ser santos, también deberíamos querer morir, siempre que sea lo que Dios quiera y cuando Dios quiera, obviamente. Nada sin amoldarnos a la voluntad de Dios.

Miremos el caso de San Pablo, y además es Palabra de Dios:

Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, ***deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor****; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros. Y, persuadido de esto, sé que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para progreso y gozo de vuestra fe.* (Flp.1, 23-25).

El apóstol tiene la misión de llevarnos a Dios, a una vida en santidad y gracia, a que alcancemos la gloria celestial. Y para ello ha de ayudarnos a cultivar las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad. A que nos hagamos fuertes en primer lugar en la santa fe, pues ella es nuestro escudo y la que nos hace vencer, y desde ella viene todo lo demás por añadidura.

Por otro lado, otra santa, y además doctora de la Iglesia de la que ya hemos hablado (y poco será lo que digamos de ella), Santa Teresa de Ávila, en un poema inmortal y conocidísimo (**Vivo sin vivir en mí**), nos expresa su anhelo (el anhelo de todo verdadero creyente) por descansar definitivamente en la gloria del cielo. Algo que requiere de muchos pasos previos con su purificación del pecado, y entre ellos, obviamente, el paso de la muerte:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le di
puso en él este letrero,
que muero porque no muero.

Esta divina prisión,
del amor en que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga:
quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta,
mira que sólo me resta,
para ganarte perderte.
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,

no se goza estando viva:
muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios que vive en mí,
si no es el perderte a ti,
para merecer ganarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

Qué grande nuestra Santa Teresa, qué lucidez y experiencia de Dios. **Venga ya la dulce muerte, el morir venga ligero, que muero porque no muero.**

Pero para poder esperar a la muerte así y saberla dulce, antes hay que pasar en esta vida muchas amarguras abrazados a la cruz de Cristo, y nunca viviendo como enemigos de la cruz, sea esta como fuere y viniere lo que viniere. Porque los verdaderos amadores, como nos enseñó la santa doctora, lo son en la santa perseverancia por amor al Amado, en la santa fidelidad, y para configurarnos con Él que dio su vida por nosotros: ***«Si en medio de las adversidades persevera el corazón con serenidad, con gozo y con paz, esto es amor.»***

Por eso es fundamental entender el sentido de la vida, orientarla bien para poder estar enfocados en el Camino que nos lleva a la vida eterna. Y entonces acudimos al gran maestro de los ejercicios espirituales, **San Ignacio de Loyola**, y aprendemos de su **Principio y Fundamento**:

"El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para

su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados."

Hemos sido creados por Dios para el Cielo, para que podamos participar de Su Vida Divina. Porque eso es el Cielo: ver a Dios cara a cara y poder gozar eternamente de la gloria de Dios, de la eterna Bienaventuranza junto a todos sus ángeles y santos.

"Esto es muy cierto y todos lo pueden creer: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" I Tim.1,15. Así es, Dios Padre envía a su único Hijo, el Verbo encarnado, Jesucristo, para liberarnos del pecado y llamarnos a la conversión. Siente predilección por los pecadores a los que saca de su postración, y les dice:

1. Tu fe te ha curado.
2. He venido para salvar lo que estaba perdido.
3. Nadie te ha condenado, yo tampoco, en adelante no peques más si no quieres que te pase algo peor.

Dios nos ha creado libremente, sin tener necesidad, porque así lo ha querido, y lo ha hecho para darnos la oportunidad de que le amemos.

En el Cielo entran los que han decidido, libre y voluntariamente, AMAR A DIOS. Quien en esta vida y con su muerte, haya sellado una elección contraria a ese Amor de Dios y a Dios, habrá elegido el infierno para siempre.

Pero ¿qué es el Cielo? Es la suma de todo bien, sin presencia de ningún mal, y es para siempre, siempre, siempre. Pero mientras andamos en esta vida terrenal, estamos con el peligro de perdernos. El Catecismo enseña así:

1023 Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven "tal cual es" (*1 Jn* 3, 2), cara a cara (cf. *1 Co* 13, 12; *Ap* 22, 4): «Definimos con la autoridad apostólica: que, según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos [...] y de todos los demás fieles muertos después de recibir el Bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron [...]; o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificadas después de la muerte [...] aun antes de la reasunción de sus cuerpos y del juicio final, después de la Ascensión al cielo del Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el Reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles. Y después de la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo vieron y ven la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara, sin mediación de ninguna criatura» (Benedicto XII: Const. *Benedictus Deus*: DS 1000; cf. LG 49).

¿Podemos imaginarnos pues lo que pueda ser la gloria celestial?

Muy pálidamente porque el gozo es tan grande, nos supera tanto, que no lo podemos ni imaginar siquiera como expresa *I Cor. 2, 7-10:"hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria -. Más bien, como dice la Escritura,* ***anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman.*** *Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios."*

¿De qué te sirve ganar el mundo entero si arruinas y pierdes tu alma? Mt.16,26. De nada, o sí, de mucho, pero nada bueno. Por eso hemos de vivir luchando para alcanzar la gloria eterna. Todo lo que hagamos sea para dar gloria a Dios, para servirle, amarle, y después gozarle. Nada antepongamos al amor a Dios. A los niños se les enseñaba en el Catecismo que ***"esta vida es para***

conocer a Dios, amarlo, servirlo y con ello alcanzar la gloria celestial para gozarlo luego eternamente".

Hoy, semejante verdad tan sencilla ya apenas se enseña, porque en "el mejor de los casos" (y digo mejor, aunque es una barbaridad que hace muchísimo daño cuando se piensa así o se enseña eso) se da por hecho que todos vamos a ir al Cielo hagamos lo que hagamos. Pero eso es una gran estafa, así no nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo y los santos que nos han precedido en dos mil años de Historia. ¿Para qué se vive hoy, cómo se educa a los niños, con qué mentalidad? ¿De qué nos vale alcanzar glorias y honores y éxitos mundanos en este mundo, si perdemos el alma?

Dios nos invita a su misma Vida Divina: solo en Dios está la Felicidad a la que aspira el alma del ser humano, creada por el mismo Dios. Al margen de Dios es imposible ser feliz.

Pero, ¿**qué nos echa para atrás en la santidad, llave de entrada al Cielo**? El miedo a sufrir, el no querer configurarnos con Jesucristo crucificado. Y eso ocurre, a diferencia de los santos, por falta de amor. Escuchemos a san Pablo: *"Y si somos hijos somos también herederos. Nuestra será la herencia de Dios y la compartiremos con Cristo; pues si ahora sufrimos con Él, con Él recibiremos la gloria. En verdad me parece que lo que sufrimos en la vida presente no se puede comparar con la gloria que se manifestará después en nosotros" Rom.8, 17-18.*

María Arratibel lo explica así en su blog de Infocatólica*:*
¿De dónde nos ha venido esta pavorosa crisis de fe? Permítanme aventurar una de las posibles razones, que es necesario traer precisamente a este blog: el ***horror al martirio.*** *Hemos ido disfrazando la Verdad para congraciarnos con el mundo, hasta el punto que, en algunos casos,* ***en lugar de evangelizar al mundo, ha sido el mundo quien nos ha mundanizado****. Quizás no hemos sabido identificar al enemigo. Quizás el Enemigo, en el acomodado occidente, ha abonado el terreno del apego al éxito económico, material, social…y* ***ya no queremos sufrir por Cristo.***

3. ALGUNOS SANTOS NOS DAN PINCELADAS SOBRE EL CIELO

El Cielo es nuestra meta, sí. Pero hemos de llegar a él por medio de la cruz y la purificación de nuestros pecados y de nuestro inmaduro amor a Dios, al prójimo, y a todo lo creado.

Algunos santos y amigos de Dios nos han contado sus visiones o experiencias sobre el Cielo:

Santa Faustina Kowalsa, mística polaca y secretaria de la divina misericordia:

"Hoy fui al Cielo, en el espíritu, y vi sus inconcebibles bellezas y la felicidad que nos espera después de la muerte. Vi cómo las criaturas dan sin cesar alabanza y gloria a Dios. Vi cuán grande es la felicidad en Dios, que se difunde a todas sus criaturas, haciéndolas felices; y así toda la gloria y la alabanza que brota de su felicidad vuelven a su fuente; y entran en las profundidades de Dios, contemplando la vida interior de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a quien nunca podrán comprender o abarcar. Esta fuente de la felicidad es inmutable en su esencia, pero siempre es nueva, brotando felicidad para todas las criaturas".

A **San Alfonso María de Ligorio**, doctor de la Iglesia se le apareció un superior jesuita tras su muerte, que le testimonió sobre el Cielo, advirtiéndole que las recompensas del Cielo varían según las vidas de cada cual, aunque obviamente todos los que llegan allí son muy felices:

"Ahora estoy en el cielo, Felipe II rey de España está en el cielo también. Los dos disfrutamos de la recompensa eterna del paraíso, pero es diferente para cada uno de nosotros. Mi felicidad es mucho mayor que la suya, pues no es como cuando estábamos aún en la tierra, donde él era de la realeza y yo era una persona corriente. Estábamos tan lejos como la tierra del cielo, pero ahora es al revés: lo humilde que yo era comparado con el rey en la tierra, así le sobrepaso en gloria en el cielo. Con todo, ambos somos felices, y nuestros corazones están completamente satisfechos".

Papa san Gregorio Magno:

"Además de todo esto, una gracia más maravillosa se otorga a los santos en el cielo, porque conocen no sólo a aquellos con los que estaban familiarizados en este mundo, sino también a los que antes nunca vieron, y conversan con ellos de una forma tan familiar como si en tiempos pasados se hubieran visto y conocido: y por lo tanto, cuando ven a los antepasados en ese lugar de felicidad perpetua, luego los conocerán de vista, aquellos de cuya vida oyeron hablar. Pues ver lo que hacen en ese lugar con un brillo indescriptible, igual a todos, contemplando a Dios, ¿qué es lo que no saben, si conocen al que lo sabe todo?"

San Agustín:

"Allí, la buena voluntad estará tan dispuesta en nosotros que no tendremos otro deseo que el de quedarnos allí eternamente".

San Felipe Neri:

"Si tan sólo llegáramos al Cielo, qué cosa más dulce y sencilla que estar allí para siempre diciendo con los ángeles y los santos, Sanctus, sanctus, sanctus*".*

San Anselmo de Canterbury:

"Nadie tendrá ningún otro deseo en el Cielo que lo que Dios quiere; y el deseo de uno será el deseo de todos; y el deseo de todos y de cada uno de ellos será también el deseo de Dios".

San Juan María Vianney:

"Oh mis queridos feligreses, ¡tratemos de llegar al Cielo! Allí veremos a Dios. ¡Qué felices nos sentiremos! Si la parroquia se convierte vamos a ir allí en procesión con el párroco a la cabeza… ¡Tenemos que llegar al Cielo!"

Santa Bernadette Soubirous:

"Mi corona en el Cielo brillará con inocencia, y sus flores serán radiantes como el sol. Los sacrificios son las flores que Jesús y María eligieron".

Santo Tomás Moro:

"La tierra no tiene ninguna tristeza que el Cielo no pueda curar".

Santa Teresa de Lisieux:

"Nuestro Señor no desciende del cielo todos los días para estar en un copón de oro. Se trata de encontrar otro cielo que es infinitamente más querido para Él, el cielo de nuestras almas, creado a su imagen, los templos vivos de la adorable Trinidad".

Santa Catalina de Siena, mística copatrona de Italia y Europa, y doctora de la Iglesia:

»-¿Qué vio usted, madre, durante ese tiempo y por qué retornó su alma al cuerpo? -le pregunté de nuevo-.

Le pido encarecidamente que no me oculte nada. »-Sepa, Padre -me contestó-, que ***mi alma penetró en un mundo desconocido y vio el premio de los justos y el castigo de los pecadores****. Pero aquí me falla la memoria y la pobreza del lenguaje me impide hacer una descripción adecuada de esas cosas. Sin embargo le diré lo que pueda.* ***Tenga la seguridad de que vi la esencia divina, y por eso sufro tanto al verme de nuevo encadenada al cuerpo****. Si no me lo impidiese el amor a Dios y al prójimo, moriría de dolor.* ***Mi gran consuelo está en sufrir porque tengo la seguridad de que mis sufrimientos me permitirán una visión más perfecta de Dios.*** *De aquí el que las tribulaciones, en lugar de resultarme penosas, constituyen para mí una delicia.*

Vi los tormentos del infierno y los del purgatorio; no existen palabras con que describirlos. Si los pobres mortales tuvieran la más ligera idea de ellos, sufrirían mil muertes antes que exponerse a experimentar uno de esos tormentos por espacio de un solo día.

Vi en particular los tormentos que sufren aquellos que pecan en el estado del matrimonio no observando las normas que él impone y buscando en él únicamente los placeres sensuales».

Y como yo le preguntase por qué este pecado, que no es en sí peor que los demás, recibe tan duro castigo, me dijo:

«—Porque se le presta poca atención y por consiguiente produce menos contrición y se comete con mayor facilidad. ***Nada hay tan peligroso como una falta, por pequeña que sea, cuando quien la comete no la purifica cuidadosamente con las aguas de la penitencia****».*

Catalina prosiguió después con lo que había comenzado.

«Mientras mi alma contemplaba estas cosas, mi esposo celestial me dijo:

'—Ves la gloria que pierden y los tormentos que sufren quienes me ofenden. Vuelve por consiguiente a la vida y muéstrales lo extraviados que están y el terrible peligro que los amenaza'.

Y como mi alma se mostrase horrorizada ante el pensamiento de retornar al mundo, el Señor agregó:

'—Lo exige así la salvación de muchas almas; en lo sucesivo ya no vivirás como antes. Abandonarás tu celda y continuamente irás de un lado a otro a través de la ciudad a fin de salvar muchas almas. Yo cuidaré de ti; te traeré y te llevaré; te confiaré el honor de mi SANTO NOMBRE y tu enseñarás mi doctrina a altos y a bajos, a legos, a sacerdotes y monjes; te daré un don de palabra y de sabiduría al que nadie podrá resistir. Te pondré en presencia de los Pontífices y de los gobernantes, tanto de la Iglesia como del pueblo para confundir así la arrogancia de los poderosos'.

Mientras Dios se dirigía de esta manera a mi alma, me encontré de pronto, sin poder explicarme cómo, unida al cuerpo. Entonces me acometió una gran pena y vertí copiosas lágrimas durante tres días y tres noches; siempre que recuerdo esto no puedo reprimir los deseos de llorar, y, Padre, no se admire de esto: ¿puedo acaso evitar que mi corazón se sienta destrozado al recordar la gloria que llegué a poseer y de que ahora me siento privada? La salvación de mi prójimo es la causa de esto; si yo amo tan ardientemente a las almas cuya conversión ha puesto el Señor en mis manos, es porque me han costado muy caro.

Me han separado de Dios; me han privado del goce de su gloria por un tiempo que todavía me es desconocido».

Para que podamos animarnos en esta vida a vivir de manera que podamos alcanzar la gloria del Cielo, Dios ha escogido a muchos testigos de Su Amor, hombres y mujeres, como hemos visto. Veamos ahora también el ejemplo de **Sor Josefa Menéndez:**

Un día preguntaba Sor Josefa a su Maestro:

«Señor: No entiendo cuál es esta Obra que me decís siempre.»

«¿No sabes cuál es mi Obra? Pues, ¡es de amor!... Quiero servirme de ti para dar a conocer más todavía la misericordia y el amor de mi Corazón. Las palabras y deseos que doy a conocer por tu medio excitarán el celo de muchas almas e impedirán la pérdida de un gran número y comprenderán cada vez más que la misericordia y el amor de mi Corazón son inagotables.

De cuando en cuando —decía en otra ocasión— necesito hacer una llamada de amor. Sí, es verdad que no necesito de ti, pero déjame, Esposa de mi Corazón, que por ti me manifieste una vez más a las almas.»

Este gran designio de Amor, fue, en efecto, confiado a Josefa a través de las comunicaciones celestiales que se sucedieron en los dos últimos años de su vida. Las recibía generalmente en la celdita a donde el Señor la llamaba. Allí, de rodillas, junto a la Imagen de María Inmaculada, después de renovar sus Votos (acto de obediencia que la preservó a menudo de los lazos del espíritu de tinieblas), Josefa escribía, mientras El hablaba, los secretos de su Maestro.

Y le contaba cosas como esto:

“Quiero que el mundo conozca mi Corazón. Quiero que conozcan mi amor. ¿Saben los hombres lo que he hecho por ellos?... Quiero decirles que en vano buscan su felicidad fuera de Mí: no la encontrarán...

Dirigiré mis llamadas a todos: religiosos y seglares, justos y pecadores, sabios e ignorantes, gobernantes y súbditos. A todos vengo a decirles: si buscáis felicidad, Yo lo soy. Si queréis riqueza, Yo soy riqueza infinita. Si deseáis paz, Yo soy la Paz, Yo soy la misericordia y el amor. Quiero que mi amor sea el sol que ilumine y el calor que caliente a todas las almas. Quiero que el mundo entero me conozca como Dios de amor, de perdón y de misericordia. Quiero que el mundo lea que deseo perdonar y salvar. ¡Que los más miserables

no teman!... ¡Que los pecadores no huyan de Mí... Que vengan todos, porque estoy siempre esperándolos como un Padre, con los brazos abiertos para darles vida y felicidad.

Porque el hombre no ha sido creado para permanecer en la tierra; está hecho para el Cielo. Siendo inmortal, debe vivir no para lo que muere, sino para lo que durará siempre. Juventud, riqueza, sabiduría, gloria humana, todo esto pasa, se acaba... Sólo Dios subsiste eternamente..., y las buenas obras hechas por El es lo único que perdura y que te seguirá a la otra vida.

El mundo y la sociedad, están llenos de odio y viven en continuas luchas, un pueblo contra otro pueblo, unas naciones contra otras, y los individuos entre sí, porque el fundamento sólido de la fe ha desaparecido de la tierra casi por completo.

Si la fe se reanima el mundo recobrará la paz y reinará la caridad. La fe no perjudica ni se opone a la civilización ni al progreso, antes al contrario, cuando más arraigada está en los hombres y en los pueblos, más se acrecienta en ellos la ciencia y el saber, porque Dios es la sabiduría infinita. Mas donde no existe la fe desaparece la paz, y con ella la civilización y el verdadero progreso, introduciéndose en su lugar la confusión de ideas, la división de partidos, la lucha de clases, y en los individuos, la rebeldía de las pasiones contra el deber, perdiendo así el hombre la dignidad, que constituye su verdadera nobleza.

Dejaos convencer por la fe y seréis grandes; dejaos dominar por la fe y seréis libres. Vivid según la fe y no moriréis eternamente.

Que todos los hombres sepan cómo mi amor los busca, los desea, los espera para colmarlos de felicidad.

Yo voy tras los pecadores, como la Justicia tras los criminales; pero la Justicia los busca para castigarlos, y Yo para perdonarlos. Quiero perdonar. Quiero reinar."

La pregunta que nos podemos hacer ahora sería:

Y yo, ¿estoy dispuesto a dejarme Amar por Dios, a dejarme transformar por la Misericordia de Dios mientras estoy a tiempo, a querer vivir como verdadero hijo de Dios, o voy a dejar pasar la oportunidad que Dios me brinda con riesgo de perderme para

siempre? El Cielo me espera y es para empezar a aprender a vivirlo ya, aquí y ahora. Porque cuando estamos en gracia y la gracia santificante opera y crece en nosotros, la mismísima Trinidad Santísima de Dios habita en el alma. Eso es el Cielo en la tierra, empezar a pregustarlo.

Un día un hijo preguntó a su padre:
¿Papá qué es ser santo? Y su padre se limitó a decirle: que Jesús viva siempre en tu alma, o mejor dicho, reine.

Santa Teresa de Jesús nos indica cuál es el camino para llegar al Cielo en su poema "**En la cruz está la vida**":

En la cruz está la vida
y el consuelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

En la cruz está "el Señor
de cielo y tierra",
y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra.
Todos los males destierra
en este suelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

De la cruz dice la Esposa
a su Querido
que es una "palma preciosa"
donde ha subido,
y su fruto le ha sabido
a Dios del cielo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

Es una "oliva preciosa"
la santa cruz

que con su aceite nos unta
y nos da luz.
Alma mía, toma la cruz
con gran consuelo,
que ella sola es el camino
para el cielo.

Es la cruz el "árbol verde
y deseado"
de la Esposa, que a su sombra
se ha sentado
para gozar de su Amado,
el Rey del cielo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es "árbol de vida"
y de consuelo,
y un camino deleitoso
para el cielo.

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está "la gloria
y el honor",
y en el padecer dolor
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo.

4. ALGUNOS TESTIMONIOS DE MUJERES QUE VIERON EL INFIERNO

La visión de **Santa Teresa de Ávila**, doctora de la Iglesia

La gran mística española y doctora de la Iglesia, reformadora del Carmelo, santa Teresa de Cepeda y Ahumada, también tuvo la enorme gracia de ver el infierno. Ella reconoce que le ayudó mucho en su camino de entrega a Dios. Leamos algunos fragmentos donde nos cuenta su tremenda visión: "La entrada me parecía un callejón largo y estrecho, como un horno muy bajo, oscuro y angosto; el suelo, un lodo de suciedad y de un olor a alcantarilla en la que había una gran cantidad de reptiles repugnantes. En la pared del fondo había una cavidad como de un armario pequeño encastrado en el muro, donde me sentí encerrar en un espacio muy estrecho. Pero todo esto era un espectáculo agradable en comparación con lo que tuve que sufrir" […].

"Lo que estoy a punto de decir, sin embargo, me parece que no se pueda ni siquiera describirlo ni entenderlo: sentía en el alma un fuego de tal violencia que no sé cómo poderlo referir; el cuerpo estaba atormentado por intolerables dolores que, incluso habiendo sufrido en esta vida algunos graves […] todo es incomparable con lo que sufrí allí entonces, sobre todo al pensar que estos tormentos no terminarían nunca y no darían tregua". […].

"Estaba en un lugar pestilente, sin esperanza alguna de consuelo, sin la posibilidad de sentarme y extender los miembros, encerrada como estaba en esa especie de hueco en el muro. Las mismas paredes, horribles a la vista, se me venían encima como sofocándome. No había luz, sino unas tinieblas densísimas" […].

"Pero a continuación tuve una visión de cosas espantosas, entre ellas el castigo de algunos vicios. Al verlos, me parecían mucho más terribles […]. Oír hablar del infierno no es nada, como tampoco el hecho de que haya meditado algunas veces sobre los distintos tormentos que procura (aunque pocas veces, pues la vía del temor no está hecha para mi alma) y con las que los demonios torturan a los condenados y sobre otros que he leído en los libros; no es nada, repito, frente a esta pena, es una cosa bien distinta. Es la misma

diferencia que hay entre un retrato y la realidad; quemarse en nuestro fuego es bien poca cosa frente al tormento del fuego infernal. Me quedé espantada y lo sigo estando ahora mientras escribo, a pesar de que hayan pasado casi seis años, hasta el punto de sentirme helar de terror aquí mismo, donde estoy" […].

"Esta visión me procuró también una grandísima pena ante el pensamiento de las muchas almas que se condenan (especialmente las de los luteranos que por el bautismo eran ya miembros de la Iglesia) y un vivo impulso de serles útil, estando, creo, fuera de dudas de que, por liberar a una sola de aquellos tremendos tormentos, estaría dispuesta a afrontar mil muertes de buen grado" […].

Sor Lucía, vidente de la Virgen de Fátima vio "un gran mar de fuego"

Lucia todavía no ha sido canonizada, pero es protagonista junto a Jacinta y Francisco de una de las revelaciones privadas más importantes del siglo XX, sucedida en Fátima (Portugal). En 1917 era uno de los tres niños que afirmaba haber experimentado numerosas visiones de la Santísima Virgen María.

En sus Memorias escribe así:

"[María] Ella abrió de nuevo sus Manos, como había hecho los dos meses anteriores. Los rayos [de luz] parecía que penetrasen la tierra y nosotros vimos como un vasto mar de fuego y vimos a los demonios y las almas (de los condenados) inmersos en él".

"Estaban como tizones ardientes transparentes, todos ennegrecidos y quemados, con forma humana. Ellos se movían en esta gran conflagración, a veces lanzados al aire por la llamas y absorbidos de nuevo, junto a grandes nubes de humo. Otras veces caían por todas partes como chispas en fuegos enormes, sin peso o equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación, que nos aterrorizaban y nos hacían temblar de miedo (debe ser esta visión la que me hizo llorar, como dice la gente que me oyó)".

"Los demonios se distinguían (de las almas de los condenados) por su aspecto aterrador y repelente parecidos a animales horrendos y desconocidos, negros y transparentes como tizones ardientes. Esta

visión duró solo un segundo, gracias a nuestra buena Madre Celeste, que en su primera aparición había prometido llevarnos al Paraíso. Sin esta promesa, creo que habríamos muerto de terror y de espanto".

La visión del infierno de Sor Josefa Menéndez

En un instante me encontré en el infierno, pero sin ser arrastrada, como las otras veces, y justo como deben caer los condenados. El alma se precipita de sí misma, se arroja, como si quisiera desaparecer de la vista de Dios, para poderlo odiar y maldecir.

El alma me dejó caer en un abismo del cual no se puede ver el fondo, porque es inmenso... He visto el infierno como siempre: cavernas y fuego. Aun cuando no se vean formas corporales, los tormentos desgarran las almas condenadas (que entre ellos se conocen), como si sus cuerpos estuvieran presentes.

Pasé por un pasillo que no tenía fin, y luego, dándome un empujón, me hizo como doblarme y encogerme; me metieron en uno de aquellos nichos donde parecía que me apretaban con planchas encendidas y como que me pasaban agujas muy gordas en el cuerpo, que me abrasaban.

Los ojos me parecían que se salieran de la órbita, creo que a causa del fuego que los quemaba horrendamente.

El cuerpo estaba como doblado, no podía mover ni un dedo, ni cambiar de posición; el cuerpo estaba comprimido. Los ruidos de confusión y blasfemias no cesan ni por un sólo instante.

Un nauseabundo olor asfixia y corrompe todo; es como el quemarse de la carne putrefacta, mezclado con alquitrán y azufre... una mezcla a la que nada en la Tierra puede ser comparable.

Todo esto lo había probado como en otras ocasiones y, si bien estos tormentos eran terribles, serían nada si el alma no sufriera; pero ella sufre en modo indecible por la privación de Dios.

Veía y sentía algunas de estas almas condenadas rugir por el eterno suplicio que debían soportar, especialmente en las manos. Pienso que durante la vida han robado, porque gritaban:

"Malditas manos, ¿dónde está ahora lo que han tomado?"

Otras almas, gritando, acusaban a la propia lengua, a los ojos... cada una lo que había sido causa de su pecado:

"¡Ahora pagas atrozmente las delicias que te concedías, oh mi cuerpo!... ¡Y eres tú, oh cuerpo, que lo has querido!... Por un instante de placer, ¡una eternidad de dolor!"

Me parece que en el infierno las almas se acusan especialmente de pecados de impureza.

Mientras estaba en aquel abismo, vi precipitarse personas impuras y no se pueden describir ni comprender los horrendos rugidos que salían de sus bocas: "¡Maldición eterna!... ¡Me engañé!... ¡Me he perdido!... ¡Estaré aquí para siempre!... ¡Para siempre!... ¡Por siempre!... y no habrá más remedio... ¡Maldita de mí!!!

Entre ellas estaba una niña de 15 años, gritaba desesperadamente, maldiciendo a sus padres por no haberle hablado del temor de Dios y por no haberle avisado que existía un lugar como el infierno. Su vida fue muy corta, decía ella, pero llena de pecado, porque ella dio hasta el límite todo lo que su cuerpo y sus pasiones le pedían en el camino de su autosatisfacción, especialmente había leído malos libros. Estaba condenada desde hace tres meses (22 de marzo 1923). Todo aquello que he escrito -concluye la mística- es tan solo una pálida sombra en comparación a lo que se sufre verdaderamente en el infierno.

La Secretaria de la divina misericordia fue mandada por Dios al infierno para poder dar testimonio a los pecadores y urgirles a la conversión

Tajante y segura, con total convicción se expresa la santa mística polaca **Faustina Kowalska**, secretaria de la divina misericordia (apodo con el que le llamaba el Señor Jesús). Religiosa que sufrió muchas incomprensiones, tuvo muchas visiones y revelaciones privadas que consignó en su Diario, libro escrito por obediencia a su superiora, donde recogerá sus últimos años de vida y sus profundas experiencias místicas.

En el Diario va a escribir en octubre de 1936 su visión del infierno:

"Hoy, guiada por un ángel, he estado en los abismos del Infierno. Es un lugar de grandes tormentos en toda su extensión espantosamente grande. Estas son las varias penas que he visto: la primera pena, la que constituye el infierno, es la pérdida de Dios; la segunda, los continuos remordimientos de conciencia; la tercera, la conciencia de que esa suerte no cambiará nunca; la cuarta pena es el fuego que penetra el alma, pero que no la aniquila; es una pena terrible: es un fuego puramente espiritual, encendido por la ira de Dios; la quinta pena es la oscuridad continua, un hedor horrible y sofocante, y aunque está oscuro, los demonios y las almas condenadas se ven entre sí y ven todo el mal propio y de los demás; la sexta pena es la compañía continua de Satanás; la séptima pena es la tremenda desesperación, el odio a Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias".

"Estas son penas que todos los condenados sufren juntos, pero esto no es el final de los tormentos. Hay tormentos particulares para varias almas que son los tormentos de los sentidos. Cada alma, con lo que ha pecado, es atormentada de forma tremenda e indescriptible. Hay cavernas horribles, vorágines de tormentos, donde cada suplicio es distinto del otro. Haría muerto a la vista de esas horribles torturas si no me hubiese sostenido la omnipotencia de Dios. Que el pecador sepa que con el sentido con el que haya pecado será torturado por toda la eternidad.

Escribo esto por orden de Dios, para que ningún alma se justifique diciendo que el infierno no existe, o que nadie ha estado nunca y que nadie sabe cómo es".

"Yo, Sor Faustina, por orden de Dios, he estado en los abismos del infierno, con el fin de contarlo a las almas y atestiguar que el infierno existe. Ahora no puedo hablar de esto. Tengo la orden de Dios de dejarlo por escrito. Los demonios han demostrado un gran odio contra mí, pero por orden de Dios han tenido que obedecerme. Lo que he escrito es una débil sombra de las cosas que he visto. Una cosa he notado, y es que la mayor parte de las almas que hay allí son almas que no creían que existía el infierno.

Cuando volví en mí, no conseguía recuperarme del espanto, pensando que las almas allí sufren tan tremendamente, por esto rezo con mayor fervor por la conversión de los pecadores, e invoco

incesantemente la misericordia de Dios para ellos. Jesús mío, preferiría agonizar hasta el fin del mundo, entre los peores sufrimientos, antes que ofenderte con el mínimo pecado"

(Diario de Santa Faustina, 741).

5. LA GENTE NO QUIERE CREER QUE EXISTE EL INFIERNO

Más de una vez hablando con la gente he escuchado esta reflexión: *"¿El infierno? El infierno no existe. El infierno ya lo tenemos en esta vida con tantísimos sufrimientos. El infierno está aquí. Luego, cuando mueres, ya está, se acaba el sufrimiento. Descansas en paz."*

Oiga, y se quedan tan panchos. Así solucionan el misterio más grande y decisivo de la vida, de la eternidad. Los que piensan así, si creen en Dios, piensan que Dios los recogerá y les dará el descanso eterno y la felicidad "merecida" o simplemente porque sí, porque se imaginan que "todos van para allá". Y los que han rechazado la fe, y han elegido no creer, no luchar por la vida de fe y no creen, simplemente piensan que descansarán de alguna manera, o vaya usted a saber qué piensan, que todo acaba, lo cual también les parece un descanso. Pero ni se les pasa por la cabeza pensar que haya un infierno eterno que es castigo para los que mueran de manera impía.

La vida es buena, maravillosa, porque ha sido creada por Dios, y Dios TODO LO HA CREADO BIEN Y BUENO. Pero hemos de respetar las reglas de juego. Y las reglas de juego las pone quien es el Dueño de la Casa, ¡faltaría más!

El Amor no es lo que yo quiero, o me imagino. AMAR ES LO QUE ES, no lo que me apetece que sea fruto de mi egoísmo o de mi imaginación y fantasías. El verdadero amor es lo opuesto al egoísmo. Por eso, todos hemos de reflexionar sobre el gran misterio de la vida y la muerte, especialmente enfrentemos una seria reflexión sobre la muerte, sobre mi muerte, porque yo que escribo esto y tú que lo lees, te vas a morir... y no nos cansamos de repetirlo, ¡en cualquier momento! Y tampoco nos cansemos de repetirlo: una vez que

pasemos la frontera será demasiado tarde para rectificar el camino equivocado que hayamos tomado o elegido, salvo gracia especialísima de Dios que te conceda a tu alma volver a tu cuerpo y que todo quedara en una ECM. Pero eso muy raramente ocurre, aunque en este libro traemos algunos ejemplos edificantes al respecto. En definitiva, es uno, y solamente uno con su decisión, quien se va a salvar o condenar eternamente.

Miremos y aprendamos lo que le pasó a un personaje de una parábola contada por Jesús: el rico epulón. Él nunca se ocupó de pensar en vivir rectamente, ni prepararse para la muerte, ni en atender a su prójimo. No, sólo se ocupó de sí mismo y de sus caprichos. De vivir a cuerpo de rey porque el resto poco o nada le importaba.

Según nos enseña el evangelio, este individuo vivió espléndidamente, banqueteaba frecuentemente, vestía con mucho lujo, derrochaba egoístamente sus muchos bienes. Pero le llegó la muerte y se encontró metido de lleno en el infierno. Acostumbrado a tener el control de todas las situaciones, trató muy seguro de sí mismo de apelar insistentemente a Abrahan, el padre de los creyentes, para que intercediera ante Dios y le sacara de ese lugar de tormento. Pero todo fue absolutamente en vano.

No podía aliviarse de los tormentos eternos porque, una vez allí metido, no había nada más que hablar. Había sido su elección definitiva por la forma en que vivió y murió.

Te recomiendo que leas la parábola de principio a fin para que la medites, y así veas exactamente cómo fueron las cosas, y cómo pueden ser para cada uno de nosotros. La Palabra de Dios siempre es luz para nuestras vidas.

Ah, el rico epulón hasta pidió con cierta educación la gracia de ir a advertir a los miembros de su familia para que no les ocurriera como a él y terminaran también ellos en dicho lugar de tormento. Pero no, todo fue en vano. Se le contestó por medio de Abrahan con estas contundentes y claras palabras:

“Si no quieren hacer caso a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque algún muerto resucite.”» Lc.16,31.

Quien no se conmueva ante esta parábola y le haga pensar…lo tiene crudo. La gente lamentablemente, y muchos incluso son bautizados… ¡eligen no creer!, ¡prefieren despreciar la fe que podría salvarles! No quieren hacer caso ni a Moisés ni a los profetas, y mucho menos a quien es la Palabra de Dios encarnada, a Jesucristo, y a la Iglesia por Él fundada en Pedro y Sus apóstoles. Entonces los que eligieron no creer, sacan a relucir su coartada o excusa para vivir como les dé la gana, como dioses de sí mismos. El tópico tan manido por muchos y a la vez tan burda excusa para decir que no creen:

¿Acaso alguien volvió de la muerte para contarnos lo que hay después?

Al margen de Jesucristo, primogénito de los resucitados, Dios Hombre y en quien hemos de poner nuestra atención, fe y escucha, claro que hay hasta casos de hombres y mujeres que nos han dado testimonios a los que podemos prestar atención. En este libro veremos casos muy claros de experiencias cercanas a la muerte donde nos dan testimonios contundentes sobre lo que hay detrás de la muerte, después. Muchos las han tenido. Y han revivido. No sólo el caso de Lázaro, amigo de Jesús, que llevaba cuatro días muerto, su carne descomponiéndose y oliendo ya a cadáver, como atestigua el Evangelio, y que tras sacarlo el Señor de la muerte, los judíos determinaron matarlo porque muchos se iban con él tras este gran milagro.

Y sin necesidad de eso, hay muchos casos de experiencias místicas, visiones y testimonios de la visión del infierno que ya hemos compartido. Pero nosotros creemos en su existencia porque es dogma de fe. Enseñanza firme.

6. ENSEÑANZAS DEL CATECISMO SOBRE EL INFIERNO

Leamos las enseñanzas del Catecismo al respecto:

CIC 1033 Salvo que elijamos libremente amarle no podemos estar unidos con Dios. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos: "Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él" (*1 Jn*3, 14-15). Nuestro Señor nos advierte que estaremos separados de Él si no omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres y de los pequeños que son sus hermanos (cf. *Mt* 25, 31-46). Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra "infierno".

CIC 1034 Jesús habla con frecuencia de la "gehenna" y del "fuego que nunca se apaga" (cf. *Mt*5,22.29; 13,42.50; *Mc* 9,43-48) reservado a los que, hasta el fin de su vida rehúsan creer y convertirse , y donde se puede perder a la vez el alma y el cuerpo (cf. *Mt* 10, 28). Jesús anuncia en términos graves que "enviará a sus ángeles [...] que recogerán a todos los autores de iniquidad, y los arrojarán al horno ardiendo" (*Mt* 13, 41-42), y que pronunciará la condenación:" ¡Alejaos de mí malditos al fuego eterno!" (*Mt* 25, 41).

CIC 1035 La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, "el fuego eterno" (cf. DS 76; 409; 411; 801; 858; 1002; 1351; 1575; *Credo del Pueblo de Dios*, 12). La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira.

CIC 1036 Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un *llamamiento a la responsabilidad* con la que el hombre debe usar de su libertad en

relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un *llamamiento apremiante a la conversión:* "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran" (*Mt* 7, 13-14):

«Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Para que así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra mereceremos entrar con Él en la boda y ser contados entre los santos y no nos manden ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde "habrá llanto y rechinar de dientes"» (LG48).

CIC 1037 Dios no predestina a nadie a ir al infierno (cf DS 397; 1567); para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final. En la liturgia eucarística y en las plegarias diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, que "quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión" (*2 P* 3, 9): «Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos (P*legaria eucarística I o Canon Romano, 88: Misal Romano*).

¡Qué importante es morir en gracia de Dios, y no separados de Dios! Hacer que muramos separados de Cristo, no reconciliados con Dios, es el gran objetivo de nuestro enemigo el diablo, príncipe de este mundo, que como bien sabemos y es dogma de fe: *"anda como león rugiente, buscando a quien devorar: resistidle firmes en la fe" I Ped.5,8.*

A la gente que se niega a creer en el infierno, el P. Loring le contesta algo que ya otros como Monseñor Fulton Sheen habían comentado**:**
"no te preocupes que cuando te mueras por ti mismo vas a ver que existe".

Por su parte, la **Beata Ana Catalina Emmerich** en sus profecías (realizadas en la primera mitad del siglo XIX) que todo hombre de buena voluntad debiera leer porque calcan la situación

actual de la Iglesia, como si se tratara casi de una crónica periodística, leemos*: "Cuando los ángeles echaron las puertas abajo, fue como un mar de imprecaciones, de injurias, de aullidos y de lamentos. Todos tuvieron que conocer y adorar a Jesús. Y éste fue el mayor de sus suplicios. En el medio del infierno había un abismo de tinieblas. Lucifer fue precipitado en él y encadenado, y negros vapores se extendían sobre él. Es sabido que debe ser desencadenado por algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del año 2000 de Cristo. Otros muchos números que no me acuerdo fueron marcados. Algunos demonios deben ser sueltos antes ya para castigar y tentar al mundo (pág 187)".*

7. HABLAR DEL INFIERNO ES UN ACTO DE CARIDAD Y UN IMPERATIVO MORAL QUE NO SE PUEDE OCULTAR

En junio de 2013 el Obispo de Ciudad del Este (Paraguay), **Mons. Rogelio Livieres,** escribió en su blog "Firmes en la fe" que: ***"Hablar del infierno es un acto de caridad"****, de amor hacia los hombres, ya que en el mundo de hoy la existencia del infierno es algo que se silencia sistemáticamente. Existe un tema que debe interpelarnos fuertemente, tanto a los consagrados como a los laicos, y es el silenciamiento sistemático de una verdad fundamental de nuestra fe: la existencia del infierno".*

*"**No podemos justificar nuestro silencio** sobre este tema tan importante diciendo que es una verdad por todos aceptada o recurriendo a lo absurdo: 'el infierno espanta a la gente, por eso, es mejor no hablar de él'.*

***No podemos separar la misericordia de Dios de su inexorable justicia,** porque sería engañarle al pueblo que nos fuera confiado por Nuestro Señor, y al mismo tiempo, estaríamos negando en la práctica esta verdad de fe por medio del constante y sistemático silenciamiento".*

El Prelado asegura luego que ***"es un imperativo moral hablar sobre este tema****, no para asustar y obligar a las personas a tener temor de Dios, sino porque **su omisión consiste en cierto modo en una falta de caridad** hacia los hombres.*

No decir la verdad, en este punto, es no amar a los hombres. En positivo, ***hablar del infierno es un acto de amor hacia los hombres****".*

Explica que hacer esto obedece a dos razones:

La primera es recordar que sí existe la posibilidad de la condenación eterna, como señala el Catecismo de la Iglesia y el mismo Jesús; y el segundo es que la predicación alimenta la fe del pueblo.

Mons. Livieres recuerda además que el sacerdote es el encargado de esta predicación y que debe creer en aquello que predica, *"de lo contrario terminará creando un pueblo ignorante con un desenlace final nefasto en el peor de los casos, y esta consecuencia será compartida en primer grado por el sacerdote que estuvo encargado de alimentar la fe de ese determinado pueblo".* Lo dicho, tremenda la responsabilidad del Sacerdote, y no te digo nada del Obispo…

8. ¿CÓMO ES POSIBLE NO PENSAR EN EL INFIERNO?

Enseña el gran doctor de la Iglesia **San Juan Crisóstomo**:

"Extraña ceguedad es no pensar en el infierno; el pensar en él y no temerlo es un furor monstruoso; el pensar en él, temerle y no hacer todo lo imaginable para evitarlo es deplorable locura.

Pensemos pues en el infierno para temerlo, y temámosle para no caer en él**,** dice; *porque es casi imposible que un alma que piensa seriamente en el fuego eterno, se resuelva a pecar, al menos con tanta facilidad.*

Ese pensamiento es una barrera que la contiene; un freno que la sujeta y un obstáculo que le opone la gracia para impedir que vaya adonde la llevan el demonio y sus pasiones.

Ese pensamiento la hace más humilde, más circunspecta y más vigilante, y me atrevo a decir, prosigue S. Juan Crisóstomo, que ***ninguno de los que tienen a la vista el infierno caerá en él, así***

como ninguno de los que le ignoran sin prestarle atención, se escapará de él:

Nemo eorum qui gehennam ob oculos habent, in gehennam incidet. Nemo gehennam contemnentium, gehennam effugiet.

*El temor saludable de Dios que, según David, es el principio de la sabiduria: **Initium saptentiae timor Domini**; este temor, digo, es un camino para llegar a su amor: después de haberle temido como Juez se le ama como a Padre, se confía en su infinita misericordia, se le exponen las fragilidades y miserias, se le pide humildemente perdón de los pecados, se implora su gracia, se busca su amistad, y se forma la resolución de no ofenderle más, aunque importara todo el mundo."*

Fuente: "Tesoro de Oratoria Sagrada: Diccionario Apostólico" [Tomo 2], 1858

Recordemos también **el Catecismo***:*

***CIC 1035**: "Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno"*

*Y la Palabra de Dios, **Eclesiástico 28,3 - 4,6**:*

"Hombre que a hombre guarda ira, ¿cómo del Señor espera curación? De un hombre como él piedad no tiene, ¡y pide perdón por sus propios pecados! Acuérdate de las postrimerías, y deja ya de odiar, recuerda la corrupción y la muerte, y sé fiel a los mandamientos".

9. EL AMIGO DEL PADRE PÍO QUE ESTUVO EN EL PURGATORIO

Traigamos a la memoria que empezábamos el libro con este numeral del Catecismo:

CIC 1022: “Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación (Purgatorio), bien para

entrar inmediatamente en la bienaventuranza del Cielo, bien para condenarse inmediatamente para siempre en el Infierno".

¿Qué es entonces el purgatorio?:

CIC 1030 Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo.

CIC 1031 La Iglesia llama ***purgatorio*** a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados. La Iglesia ha formulado la doctrina de la fe relativa al purgatorio sobre todo en los Concilios de Florencia (cf. DS 1304) y de Trento (cf. DS 1820; 1580). La tradición de la Iglesia, haciendo referencia a ciertos textos de la Escritura (por ejemplo *1 Co* 3, 15; *1 P* 1, 7) habla de un fuego purificador:

«Respecto a ciertas faltas ligeras, es necesario creer que, antes del juicio, existe un fuego purificador, según lo que afirma Aquel que es la Verdad, al decir que si alguno ha pronunciado una blasfemia contra el Espíritu Santo, esto no le será perdonado ni en este siglo, ni en el futuro (*Mt* 12, 31). En esta frase podemos entender que algunas faltas pueden ser perdonadas en este siglo, pero otras en el siglo futuro (San Gregorio Magno, *Dialogi* 4, 41, 3).

Traemos ahora otra ECM, la experiencia cercana a la muerte que tuvo un sacerdote que estuvo en el purgatorio. Interesantísimo escuchar a este amigo del gran santo de los estigmas, el P. Pío.

Fray Daniele Natale, fue un sacerdote capuchino italiano que se dedicó a misionar en medio de tierras hostiles durante la Segunda Guerra Mundial. Socorría con prisa a los heridos, enterraba a los muertos y ponía a salvo los objetos litúrgicos. En este escenario transcurría su misión cuando en 1952, en la clínica "Regina Elena", le diagnosticaron un cáncer de Bazo.

Con esta triste noticia se fue a ver al Padre Pío, su amigo y guía espiritual, quien le insistió en que se tratara su enfermedad. Fray Daniele viajó a Roma y encontró al especialista que le habían recomendado, el doctor Riccardo Moretti. Este médico, al principio, no quería realizar la operación, porque estaba seguro de que el paciente

no iba a sobrevivir. Al final, sin embargo, influenciado por un impulso interior, decidió internarlo.

La intervención se llevó a cabo al día siguiente por la mañana. Fray Daniele, a pesar de que le habían administrado la anestesia, siguió consciente. Sentía un gran dolor, pero no lo manifestaba; al contrario, estaba satisfecho de poder ofrecer su sufrimiento a Jesús. Al mismo tiempo, tenía la impresión de que el dolor que estaba sufriendo, estaba purificando cada vez más su alma de pecados. Al cabo de un momento sintió que se dormía. Los médicos, sin embargo, afirmaron que después de la intervención, el paciente había entrado en coma y permaneció en este estado durante tres días, tiempo en que después falleció. Se expidió el certificado médico de su defunción y acudieron los familiares para rezar por el difunto. Sin embargo, pasadas unas horas, para asombro de los allí reunidos, de repente, el muerto volvió a la vida.

Tres horas de purgatorio

¿Qué le había pasado a Fray Daniel durante aquellas escasas horas? ¿Dónde había estado su alma? Prontamente el religioso capuchino contaría su propia experiencia en el purgatorio en el libro Fra Daniele raconta. De este escrito, podemos leer los siguientes fragmentos: *"Yo estaba de pie delante del trono de Dios. Lo vi, pero no como un juez severo, sino como un padre afectuoso y lleno de amor. Entonces me di cuenta de que el Señor lo había hecho todo por amor mío, que había cuidado de mí desde el primer hasta el último instante de mi vida, amándome como si fuera la única criatura existente sobre esta tierra. Me di cuenta también, sin embargo, de que yo no sólo no había correspondido a este inmenso amor divino, sino que lo había descuidado del todo.*

Fui condenado a dos-tres horas de purgatorio. «Pero, ¿Cómo? - me pregunté- ¿Sólo dos-tres horas? ¿Y después voy a permanecer para siempre junto a Dios, eterno Amor?». Di un salto de alegría y me sentí como un hijo predilecto. (…) eran unos dolores terribles, que no se sabe de dónde venían, pero se sentían intensamente. Los sentidos que más habían ofendido a Dios en este mundo: los ojos, la lengua… sentían mayor dolor y era una cosa increíble, porque ahí en el

Purgatorio uno se siente como si tuviera el cuerpo y conoce, reconoce a los otros como ocurre en el mundo".

Mientras tanto —explica— *no habían pasado más que unos pocos momentos de esas penas "y ya me parecía que fuese una eternidad. Entonces pensé en ir a un hermano de mi convento para pedirle que rezara por mí, que yo estaba en el Purgatorio. Ese hermano se quedó maravillado, porque sentía mi voz, pero no veía mi persona, y él preguntaba «Dónde estás?, ¿Por qué no te veo?» (…). Sólo entonces me di cuenta de estar sin cuerpo. Me contentaba con insistirle en que rezara mucho por mí y me fui de allí. «Pero, ¿Cómo? –me decía a mí mismo- ¿No deben ser sólo dos- tres horas de purgatorio…? ¡y ya han pasado trescientos años!» al menos así me lo parecía. De repente se me aparece la Bienaventurada Virgen María y le supliqué, le imploré diciéndole «¡Oh, Santísima Virgen María, madre de Dios, obtén para mí del Señor la gracia de retornar a la tierra para vivir y actuar sólo por amor de Dios!».*

Me di cuenta también de la presencia del Padre Pío y le supliqué también a él: «Por tus atroces dolores, por tus benditas llagas, Padre Pío mío, reza tú por mí a Dios para que me libere de estas llamas y me conceda continuar el Purgatorio sobre la tierra». Después no vi nada más, pero me di cuenta de que el Padre Pío le hablaba a la Virgen.

Después de unos instantes se me apareció de nuevo la Bienaventurada Virgen María (…) ella inclinó su cabeza y me sonrió. En aquel preciso momento recuperé la posesión de mi cuerpo (…) con un movimiento brusco, me liberé de la sábana que me cubría. (…) los que me estaban velando y rezando, asustadísimos se precipitaron fuera de la sala para ir en busca de los enfermeros y de los doctores. En pocos minutos en la clínica se armó un jaleo. Todos creían que yo era un fantasma".

Al día siguiente, por la mañana, Fray Daniele se levantó por sí mismo de la cama y se sentó en un sillón. Eran las siete. Los médicos pasaban normalmente alrededor de las nueve. Pero ese día, el doctor Riccardo Moretti, el mismo que había redactado el certificado médico de defunción de Fray Daniele, había llegado más temprano al hospital. Se paró en frente de él y con lágrimas en los ojos le dijo: «Sí, ahora creo en Dios y en la Iglesia, creo en el padre Pío…».

Fray Daniele, tuvo ocasión para compartir más de cuarenta años con el rostro de Cristo sufriente hasta el 6 de julio de 1994, fecha en que falleció a los 75 años en la enfermería del convento de los Hermanos Capuchinos de san Giovanni Rotondo. Durante 2012 se abrió una causa de beatificación y es hoy considerado Siervo de Dios.

¡Qué importante es rezar, ofrecer misas, indulgencias y sacrificios por las benditas almas del purgatorio! Pero cuánto, cuánto daño les hacemos al pensar que ya están en el Cielo…y las abandonamos a su suerte. Nuestras oraciones les dan alivio, todo lo bueno que podamos ofrecer por ellas pueden adelantar mediante la comunión de los santos, su ingreso definitivo en el Paraíso. Entonces sí descansarán por fin. Pero no. Nosotros decimos a los muertos: que descanse en paz. Y con eso nos damos por satisfechos, ¡triste y penosa realidad! Sí, cuánto daño hacen los sermones de los sacerdotes en los funerales cuando canonizan al difunto al decir que ya está en el Cielo. Pero ¿y tú qué sabes, cómo lo puedes afirmar? ¿Acaso el que murió lo hizo en olor de santidad, fue un santo indubitable? La gente no reza lo suficiente por los difuntos, los entregamos a su suerte malamente.

Hay un magnífico libro, muy recomendable, titulado **“Léeme o laméntalo”,** donde se narran muchas otras historias sobre ánimas benditas, historias impresionantes y un llamado muy claro: ayudarles a salir pronto del purgatorio.

10. EL LIBRITO QUE TODOS DEBERÍAMOS LEER

¿Será posible que nos enteremos de una vez que hemos de aspirar a ir derechos al Cielo, evitando los cruelísimos sufrimientos del purgatorio? Dios así lo quiere, no es soberbia. Simplemente ir al purgatorio es amor inmaduro de nuestra parte, carencia de amor para con Dios y el prójimo, amor manchado y no limpio al gusto de Dios, necesidad de ser purificados.

Para que te animes a buscar ese librito que puedes encontrar en internet gratis, y que es magnífico, te voy a compartir parte del mismo. Recuérdalo: **“Léeme o laméntalo”:**

El purgatorio es una prisión de fuego en la cual casi todas las almas salvadas son sumergidas después de la muerte y en la cual sufren las más intensas penas.

Aquí está lo que los más grandes doctores de la iglesia nos dicen acerca del Purgatorio. Tan lastimoso es el sufrimiento de ellas, que un minuto de ese horrible fuego parece ser un siglo. **Santo Tomás Aquino**, el príncipe de los teólogos, dice que el fuego del Purgatorio es igual en intensidad al fuego del infierno, ¡y que el mínimo contacto con él es más aterrador que todos los sufrimientos posibles de esta tierra!

San Agustín, el más grande de todos los santos doctores, enseña que para ser purificadas de sus faltas previamente a ser aceptadas en el Cielo, las almas después de muertas son sujetas a un fuego más penetrante y más terrible del que nadie pueda ver, sentir o concebir en esta vida. Aunque este fuego está destinado a limpiar y purificar al alma, dice el Santo Doctor, aún es más agudo que cualquier cosa que podamos resistir en la Tierra.

San Cirilo de Alejandría no duda en decir que "sería preferible sufrir todos los posibles tormentos en la Tierra hasta el día final que pasar un solo día en el Purgatorio".

Otro gran Santo dice: “Nuestro fuego, en comparación con el fuego del Purgatorio, es una brisa fresca".

1. El fuego que vemos en la Tierra fue hecho por la bondad de Dios para nuestra comodidad y nuestro bienestar. A veces es usado como tormento, y es lo más terrible que podemos imaginar.

2. El fuego del Purgatorio, por el contrario, está hecho por la Justicia de Dios para penar y purificarnos y es, por consiguiente, incomparablemente más severo.

3. Nuestro fuego, como máximo, arde hasta consumir nuestro cuerpo; hecho de materia, por el contrario el fuego del Purgatorio actúa sobre el alma espiritual, la cual es inexplicablemente más sensible a la pena.

4. Cuanto más intenso es el fuego, más rápidamente destruye a su víctima; la cual por consiguiente cesa de sufrir; por cuanto el fuego del Purgatorio inflige el más agudo y la más violenta pena, pero nunca mata al alma ni le quita sensibilidad.

5. Tan severo como es el fuego del Purgatorio, es la pena de la separación de Dios, la cual el alma también sufre en el Purgatorio, y esta es la pena más severa. El alma separada del cuerpo anhela con toda la intensidad de su naturaleza espiritual estar con Dios. Es consumida de intenso deseo de volar hacia Él. Aun es retenida, y no hay palabras para describir la angustia de esa aspiración insatisfecha.

Qué locura, entonces, es para un ser inteligente como el ser humano negar cualquier precaución para evitar tal espantoso hecho.

Es infantil decir que no puede ser así, que no lo podemos entender, que es mejor no pensar o no hablar de ello. El hecho es que, ya sea lo creamos o no, ***todas las penas del Purgatorio están más allá de lo que podamos imaginar o concebir****. Estas son las palabras de San Agustín.*

Hubo un príncipe polaco, que por una razón política, fue exiliado de su país natal, y llegado a Francia, compró un hermoso castillo allí. Desafortunadamente, perdió la Fe de su infancia y estaba, a la sazón, ocupado en escribir un libro contra Dios y la existencia de la vida eterna. Dando un paseo una noche en su jardín, se encontró con una mujer que lloraba amargamente.

Le preguntó el porqué de su desconsuelo. ¡Oh, príncipe, replicó ella, soy la esposa de John Marie, su mayordomo, el cual falleció hace dos días. El fue un buen marido y un devoto sirviente de Su Alteza. Su enfermedad fue larga y gasté todos los ahorros en médicos, y ahora no tengo dinero para ir a ofrecer Misas por su alma".

El príncipe, tocado por el desconsuelo de esta mujer, le dijo algunas palabras, y aunque ya no creía n la vida eterna, le dio algunas monedas de oro para ofrecer una Misa por su difunto esposo.

Un tiempo después, también de noche, el Príncipe estaba en su estudio trabajando febrilmente en su libro. Escuchó un ruidoso tocar a la puerta, y sin levantar la vista de sus escritos, invitó a quien fuese a entrar. La puerta se abrió y un hombre entró y se paró frente a su escritorio. Al levantar la vista, cuál no sería la sorpresa del Príncipe al ver a Jean Marie, su mayordomo muerto, que lo miraba con una dulce sonrisa.

Príncipe, le dijo, "vengo a agradecerle por las Misas que, con su ayuda, mi mujer pudo encargar por mi alma. Gracias a la Salvadora Sangre de Cristo, ofrecida por mí, voy ahora al Cielo, pero Dios me ha permitido venir aquí y agradecerle por su generosa limosna".

Luego, agregó solemnemente "Príncipe, hay un Dios, una vida futura, un Cielo y un Infierno". Dicho esto, desapareció. El Príncipe cayó de rodillas y recitó un ferviente Credo ("Creo en Dios Padre Todopoderoso...").

(Hasta aquí el extracto del libro sobre el Purgatorio)

Por eso, nunca nos cansaremos de repetir el daño que hacen estas prédicas: *"Nuestro querido hermano difundo ya goza de la Presencia de Dios en el Cielo, ya llegó a la Casa del Padre. Ofrecemos esta misa funeral por su familia para que sobrelleve esta pérdida, y para dar gracias de que fulanito ya disfruta del gozo eterno"*. Y el fulanito, el pobre, sufriendo en el Purgatorio dolores insoportables, encima tiene que escuchar tamaños dislates, y le dan ganas de gritar si pudiera en toda la Iglesia:

—"Oh pobres insensatos, ¡estoy aquí, en el Purgatorio, rabiando de sufrimientos merecidos por mis pecados y mi inmadurez, y falta de santidad! ¡No estaba listo todavía para entrar en el Cielo, no era suficientemente santo! ¡¡Oren por mí, no me canonicen antes de tiempo!! ¡¡¡Sáquenme de aquí con oraciones, misas y sufragios por este pobre pecador que tuvo la misericordia de alcanzar al menos el Purgatorio para que pueda cumplirse la justicia en mí!!!"

Aunque peor todavía podría ser si el fallecido se fue directamente al infierno por la vida que llevó y la muerte que tuvo, y al dar esa idea falsa de que ya está en el cielo por solo haber sido un

bautizado, los asistentes a la misa funeral y que nunca pisan una iglesia, no van a despertar del sueño del pecado. Seguirán aferrados a ideas falsas, muy perniciosas…sin plantearse en absoluto la necesidad de la conversión. El sacerdote, no nos cansaremos de insistir, habrá perdido otra ocasión de oro de despertar las conciencias adormecidas, o resucitarlas si estaban muertas.

11. CUANDO LA MISERICORDIA PUEDE CONVERTIRSE EN TENTACIÓN QUE LLEVA AL INFIERNO

Es fundamental despertar a la gente del sueño del pecado y de la falsa misericordia que no promueve la conversión por encima de todo**,** sino el adormecimiento en el pecado, algo hoy muy de moda, pero que ya nos advierten los santos: LA TENTACIÓN DE LA FALSA MISERICORDIA. Lamentablemente hoy observamos como muchos pecadores son confirmados en su pecado bajo el pretexto de ser atendidos “muy misericordiosamente”. No son sacudidos con firme dulzura para animarles a salir decididamente del pecado y cambiar de vida, y así, corren riesgo cierto de anquilosarse en una vida empecatada y muy mal encaminada, con consecuencias desastrosas.

San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, en sus "Sermones abreviados para todas la Dominicas del Año", nos advierte: *"El demonio lleva los pecadores al infierno, no con los ojos abiertos, sino cerrados: primeramente los ciega, y después los lleva a penar enteramente en su compañía (...)*

«Haz este pecado que después te confesarás». Este es el engaño con que el demonio ha llevado al infierno millares de cristianos. Porque es difícil hallar un cristiano que haga propósito de condenarse. Todos cuantos pecan, pecan con la esperanza de confesarse; y por eso se han condenado después tantos.

«Pero Dios es misericordioso». Aquí tenéis otro engaño con que el demonio alienta a los hombres al pecado y a perseverar en él. Dice un autor, que **más almas conduce al Infierno la falsa esperanza en la misericordia de Dios, que la justicia divina**. Y así

sucede, efectivamente, porque confiando ciegamente muchos en la misericordia de Dios, siguen en la senda del pecado, y se condenan miserablemente.

«Dios, dicen, es misericordioso». Lo es en verdad: nadie lo niega. Sin embargo, ¿cuántos envía al Infierno cada día? Es misericordioso con los pecadores, pero solamente con aquellos que se arrepienten de haberle ofendido, y temen volverle a ofender. Más con aquellos que abusan de su misericordia para más ofenderle, es justo."

12. ES DOGMA DE FE CREER QUE CRISTO VOLVERÁ EN GLORIA A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS

Muchos católicos desconocen algo**: la fe exige creer como dogma que Cristo vendrá en gloria a juzgar a vivos y muertos**. Y lo desconocen o ignoran a pesar de que lo recitamos en el Credo. Y no están en actitud de espera activa, velando y orando, aprovechando el momento presente adecuadamente, para atesorar tesoros en el cielo mientras queda tiempo. Sin embargo, Cristo vendrá a restaurar definitivamente el mundo y a poner a sus enemigos bajo el estrado de sus pies. Pero antes ha de ser la manifestación plena del anticristo.

La Historia ha de ser recapitulada en Cristo, vencedor del poder de las tinieblas, del pecado y de la muerte. Ahora es tiempo de prueba, donde los que formamos el Cuerpo de Cristo, Su Iglesia, podemos merecer y hacer que den frutos los dones con los que Dios nos colmó en esta vida: con frutos de vida eterna, o con corrupción, pues lo que uno siembre eso cosechará.

Fíjate cómo nos enseña el Catecismo al respecto:

***Cristo vuelve**. Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos "toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad" (Hch 1, 7; cf. Mc 13, 32). Este acontecimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44: 1 Ts 5, 2. La*

venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia (cf. Rm 11, 31), se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" (Rm 11, 20) respecto a Jesús.

Y los creyentes hemos de estar atentos y anhelar su regreso definitivo. Pero antes, es importante insistir, antes hemos de pasar una dura prueba explicitada en el numeral 675 del Catecismo:

Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes *(cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20)* ***desvelará el "misterio de iniquidad"*** *bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Ts 2, 4-12; 1Ts 5, 2-3;2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).*

Una vez leí un comentario anónimo en un artículo de un sacerdote que refiriéndose al tema de la parusía o apocalipsis, decía:

"Noto entre los bautizados, en general, **una absoluta ignorancia del dogma de la Parusía** y, por tanto, **de todo lo que implica y conlleva**. Vengo de la misa (ya la del domingo) y el sacerdote (muy bueno y querido) ha evitado hablar de ello a toda costa: reinterpretando las lecturas del Adviento y las que ya llevamos en los últimos días como que nos perdemos la Venida de Cristo si no vamos a un retiro, o si faltamos a misa, o si no damos limosna al pobre, porque en el retiro, en la misa y en el pobre está Cristo.... Y es cierto, vale, pero **nunca hablan de la Parusía de manera directa y explícita,** haciendo malabares para forzar la interpretación literal de las lecturas...

Hay un miedo cerril entre los sacerdotes a hacerlo, padre: unos, por ignorancia, otros, porque siempre acaban diciendo que la Parusía será la muerte de cada uno y su juicio personal, otros,

desgraciadamente, me temo, que porque no la esperan o la esperan para dentro de miles de años, como si su Venida fuera inoportuna porque les chafaría esa teoría suya de que la Iglesia acabará triunfando por sí misma en el mundo, trayendo el Reino sin parusía (como decía el padre Castellani). Visto así, Cristo es un aguafiestas, que acaba con esta entente cordial entre la Iglesia y el mundo. **Y no predicar sobre la Parusía, padre, es muy grave**, porque implica no predicar sobre los signos previos a la misma:

- la gran apostasía de la Iglesia,
- el Anticristo, el falso profeta,
- guerras y rumores de guerra, terremotos,
- señales, enfermedades, etc.

Y sin estar advertidos de todo esto, muchos bautizados no harán nada para volver a la fe (si están en la herejía o en la apostasía) **y no reconocerán los signos de los tiempos que ya estamos viendo de manera patente**. Y pueden acabar seducidos por la gran impostura del Anticristo y del falso profeta.

En fin, padre, aplaudo su artículo y le agradezco la claridad, porque es como Ud. dice. Sí, sabemos que Cristo ya ha triunfado, que el demonio está derrotado, y que María Santísima guiará al resto fiel (la Iglesia de las promesas) hasta el final, pero **sin avisarles, por no hablarles de las cosas finales, de la esjatología** (el conjunto de creencias religiosas sobre las realidades últimas), **muchos bautizados sufrirán horrores a causa de la ignorancia."**

Quien quiera profundizar sobre la parusía según enseña el **Catecismo** que acuda a los numerales **673 y 674, 1001 y 1038**. Estamos pues en estos tiempos apocalípticos de espera final y de gran apostasía, de lucha por ser fieles al Dios que vence por la cruz y sin la cual, no hay Salvación. Una Salvación que los enemigos de la fe siempre nos pretenderán ofrecer al margen de la cruz. Y en este mundo estamos pasando la prueba del combate de la fe donde te ofrecen una misericordia al margen de la conversión, sin pedirte realmente la conversión de vida. Y una misericordia así es falsa.

Hay que estar muy atentos. EL ANTICRISTO y su precursor es un gran seductor, y ha decidido seducirnos con la falsa misericordia (para que la gente sigamos sin convertirnos, en el sueño del pecado).

Vladimir Soloviev, en su obra **Relato sobre el Anticristo**, (1900) escribió así:

«Al principio [el Anticristo] no odiaba a Jesús. Reconocía el mesianismo y la dignidad de Cristo, pero creía sinceramente que no era más que su gran predecesor. La acción moral de Cristo y su absoluta originalidad se escapaban a su inteligencia, oscurecida por el amor propio. "Cristo", pensaba, "vino antes que yo. Yo vengo después, pero lo que sigue en el tiempo es anterior en el plano del ser. Yo soy el último, al final de la historia, precisamente porque soy el salvador definitivo y perfecto. Cristo fue mi heraldo. Su misión fue preparar mi aparición".

[…] También justificaba de otra forma el hecho de anteponerse a Cristo: "Cristo", se decía, "al enseñar y cumplir en su vida el bien moral, fue el redentor de la humanidad, pero yo debo ser el bienhechor de esa humanidad, en parte redimida y en parte no redimida. Yo daré a los hombres todo aquello que necesitan. Como moralista, Cristo dividió a los hombres mediante los conceptos del bien y del mal, pero yo los uniré por medio de beneficios tan necesarios para los buenos como para los malos. Seré el verdadero representante de Dios, que hace brillar el sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. Cristo trajo una espada, yo traeré la paz. El amenazó a la tierra con el juicio final, pero yo seré el juez y mi juicio no será el juicio de la justicia, sino el de la misericordia"».

Estamos pues atravesando, lo queramos o no, esta dura prueba. Y lo podemos hacer con actitudes de lucha fiel a favor de la fe, pero también como meros y desgraciados apóstatas que asumen un más alto riesgo de condenación eterna. Todos estamos en este envite, lo queramos o no. Hasta los mismísimos sacerdotes tienen grave riesgo de condenación eterna si desprecian la misión confiada por Dios, pues más recibieron y más se le exigirá: *"A todo el que se le haya dado mucho, mucho se demandará de él; y al que mucho le han confiado, más le exigirán". Lc.12,48.*

Las consecuencias del pecado siempre son terribles en sí mismas

El pecado venial *no mata al hombre, pero le debilita y enferma; le aleja un tanto de Dios*, aunque no llega a separarle de él. Las funestas consecuencias de los pecados veniales podrían resumirse en estas cuatro:

1.–*Refuerzan la inclinación al mal*, dificultando así el ejercicio de aquellas virtudes que, con los actos buenos e intensos, debieran haberse acrecentado.

2.–*Predisponen al pecado mortal*, como la enfermedad a la muerte, pues «el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho» (Lc 16,10).

3.–*Nos privan de muchas gracias actuales* que hubiéramos recibido en conexión con aquellas gracias actuales que por el pecado venial rechazamos. Uno, por ejemplo, rechazando por pereza la gracia de asistir a un retiro espiritual, se ve privado quizá de unas luces o de un encuentro personal que hubieran sido decisivos para su vida. Los pecados veniales no hacen perder la gracia de Dios, pero desbaratan muchas gracias actuales de gran valor.

4.–*Impiden así que las virtudes se vean perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo*. Es decir, nos frenan decisivamente en nuestro caminar hacia la perfección evangélica, hacia la santidad. Sobre todo, claro está, cuando son plenamente deliberados y más si son habituales o frecuentes. Insistiré en esto:
Los pecados, aunque sean chicos, sobre todo si son habituales, frenan el crecimiento espiritual, y no dejan alcanzar la santidad.

Dios nos ha manifestado muy claramente que quiere que seamos plenamente santos; que crezcamos día a día en la vida de su gracia. Lo dice Yahvé en el AT: *«sed santos para mí, porque yo, el Señor, soy santo»* (Lev 20,26). Lo dice en el NT nuestro Señor y Salvador: *«sed perfectos, como vuestro Padres celestial es perfecto»* (Mt 5,48). Lo dice igualmente el Apóstol: *«ésta es la voluntad de Dios, que seáis santos»* (1Tes 4,3). ¿Por qué, entonces, son numerosos los cristianos que dejaron de ser *malos*, y son no pocos los que perseveran habitualmente en la vida de la gracia y son *buenos*, pero son tan pocos los que van más adelante hasta ser *perfectos y santos*? La causa próxima es evidente:

Falta la buena doctrina y faltan guías espirituales idóneos, *que de verdad ayuden al cristiano para que, conociendo el*

pésimo efecto de los pecados, combata hasta los más chicos, comprendiendo que si no lo hace, nunca llegará a la santidad, por más que multiplique sus Misas, rosarios, oraciones, reuniones, apostolados, retiros y ejercicios espirituales, obras benéficas, etc. Cuántos cristianos hay que no conocen los caminos de la perfección evangélica, que les falta doctrina verdadera para adelantar por esos caminos, y que incluso son frenados por sus mediocres guías. *Los grupos cristianos mediocres y los directores espirituales ineptos pueden ayudar a ser buenos, pero suelen frenar para ser santos*. Recordemos, por ejemplo, el caso de Santa Teresa (*Vida* 23,6-18; 30,1-7).

Ella cuenta que durante diecisiete años (¡17 años!, ya en el convento), *«gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados… Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno; lo que era gravísimo mortal, que era venial»* (5,3). *«Los confesores me ayudaban poco»* (6,4). Parecerá que, al menos las verdades más fundamentales, cualquier confesor o director las sabrá; *«y es engaño. A mí me acaeció tratar con uno cosas de conciencia, que había oído todo el curso de teología, y me hizo harto daño en cosas que me decía no eran nada. Y sé que no pretendía engañarme, sino que no supo más; y con otros dos o tres, sin éste, me acaeció»* (*Camino Perf.* 5,3).

Mucho le duelen a ella aquellos años de andar extraviada: *«Si hubiera quien me sacara a volar…; mas hay –por nuestros pecados– tan pocos [directores idóneos], que creo es harta causa para que los que comienzan no vayan más presto a gran perfección»* (*Vida*13,6; lo mismo dice San Juan de la Cruz, *Subida* prólogo 3; *2 Subida* 18,5; *Llama* 3,29-31).

(Fuente: http://www.infocatolica.com/blog/reforma.php/1509131253-title)

RECOMENDACIONES DEL CONCILIO DE TRENTO

Ya desde las primeras sesiones del Concilio de Trento en 1545, se insistía a los obispos y sacerdotes en que cuidasen de instruir a los fieles que les están encomendados, según su capacidad, y la de sus ovejas; **enseñándoles lo que es necesario que todos sepan para conseguir la salvación eterna**; anunciándoles con brevedad y claridad los vicios que deben huir, y las virtudes que deben practicar, para que logren evitar las penas del infierno y conseguir la eterna felicidad.

Capítulo VI:

La muerte sella definitivamente nuestro destino eterno

1. ¿QUÉ ES LA MUERTE?

Estamos hablando mucho sobre la importancia de una buena muerte, pero ¿qué es?, ¿lo sabemos realmente? En la magnífica web formativa apologéticacatólica.org nos dan unas pautas que agradecemos y traemos aquí:

En la literatura bíblica se habla de "vida" de tres modos diversos: **la vida física del hombre**, ser compuesto de alma y cuerpo; **la vida espiritual del alma** santificada con la presencia de Dios; y **la vida eterna**, que es la visión de Dios cara a cara en los cielos. Por ello, en contraposición, se dan también tres tipos de muerte, a saber:

1. **La muerte física**, es decir, la separación del compuesto alma-cuerpo;
2. **La muerte moral del alma**, como consecuencia del pecado original, o del pecado mortal (en este sentido podemos decir que el pecado es la "muerte del alma");
3. **La "muerte eterna" de la condenación,** que el apóstol San Juan llama, en contraposición a los dos primeros tipos de muerte, "muerte segunda" (lat. mors secunda, gr. déuteros zánathos). Cfr. Ap 2,11; 20,6.14; 21,8). Esta "muerte segunda" es idéntica a lo que San Pablo llama "destrucción eterna" (2 Tes 1,9), "corrupción" (Gal 6,8), "perdición" (Fil 3,19).

La distinción entre estas tres "muertes" no nos impide, por otro lado, reconocer el nexo profundo entre todas ellas: **todo género de**

muerte es consecuencia del pecado. De todos modos, tanto la muerte del alma (con el pecado mortal, o bien "pecado que lleva a la muerte", según I Jn 5,16) como la muerte eterna (el infierno) se llaman "muerte" no en sentido literal, sino en sentido figurado.

En sentido estricto se usa la palabra "muerte" para indicar la muerte física, que no es otra cosa que **"la separación del alma y del cuerpo".** Las indicaciones bíblicas de la muerte física son tan numerosas como elocuentes:

Con respecto a la manifestación de la corrupción física de los agonizantes o los ya difuntos, se habla a veces de "disolución" (Fil 1,23; 2 Tim 4,6), a veces de "final" (Mt 10,22), a veces de "salida" (Heb 13,7), a veces de "regreso al polvo" (Gen 3,19).

Cuando se quiere asociar la muerte al pecado como a su causa, se la llama "obra del diablo" (Jn 8,44), el "enemigo de Cristo" (1 Cor 15,26), algo que "Dios no hizo" (Sab 1,13), el salario del pecado es la muerte (Rom. 6,23), etc.

Teniendo en cuenta la idea de inmortalidad, se habla de la muerte como de un "dormir" (Dt 31,16; Job 3,13; Salmo 12, 4; Mt 9,24; etc), un "derrumbarse de la tienda terrena" (2 Cor 5,1; 2 Pe 1,14), un "reunirse con sus antepasados" (Gen 15,15), "descanso" (Ap 14,13), "retorno a Dios" (Prov 12,7), etc.

El modo de hablar del tercer punto es el más importante, ya que establece la idea de **la inmortalidad del alma**: mientras que el cuerpo se corrompe hasta llegar a ser cenizas, **el alma es incorruptible e imperecedera**.

El libro del Apocalipsis nos enseña que la separación alma-cuerpo que implica la muerte física **es una situación pasajera**, ya que en la resurrección de los muertos, el alma se volverá a unir a su propio cuerpo (ver Ap 20; para la resurrección del propio cuerpo, se puede ver por ejemplo 1 Cor 15,53; 2 Mac 7,11). La situación de las almas separadas de sus cuerpos no debe pensarse como una existencia "inconsciente" o "semiconsciente" como piensan algunos, sino como una supervivencia espiritual con plena conciencia.

Doctrina de la Escritura sobre la muerte

La Revelación de Dios nos enseña, con respecto a la muerte, tres cosas fundamentales:

a) la muerte es ley para todos los hombres; **b)** la muerte es, en el actual plan de salvación, castigo y consecuencia del pecado; **c)** con la muerte termina el tiempo de merecer o de desmerecer ante Dios.

La Escritura nos enseña que **la muerte es castigo-consecuencia del pecado**. Esta es una doctrina claramente enseñada por la Iglesia ya en los primeros siglos: nuestros primeros padres, en la situación paradisíaca, estaban dotados de inmortalidad física; la muerte les fue dada como castigo por el pecado cometido. (Se puede ver Denzinger-Shönmetzer 222 y 372; también 1512 y 1521).

Así aparece claramente en las Escrituras. Dios advirtió a nuestros primeros padres que, de transgredir ellos el mandato que les había dado, morirían (ver Gen 2,17 y 3,19). "Dios no creó la muerte" (Sab 1,13), sino que esta entró en el mundo "por la envidia del diablo" (Sab 2,24). Dado que el pecado de nuestros primeros padres implicó a todo el género humano, por ello pudo decir San Pablo que "por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte" (Rom 5,12). Por ello "el salario del pecado es la muerte" (Rom 6,23). En otras palabras, "en Adán todos murieron" (1 Cor 15,22).

Los Padres de la Iglesia son unánimes en predicar la relación causa-efecto que existe entre el pecado y la muerte.

¿Qué decir de la Salvación que nos trajo Cristo?

Por cierto que la obra salvadora de Cristo produce, para el que cree, la cancelación de la muerte ética del alma, es decir, del pecado, y en consecuencia conlleva también la cancelación de la "muerte segunda", es decir, de la condenación eterna. Pero Cristo no devolvió al género humano el don preternatural (del que gozaban nuestros primeros padres antes de la caída) de la inmortalidad física (ver Rom 5,17ss). Por el Bautismo, sin embargo, la muerte pierde su valor de castigo, ya que en los justificados no queda nada que merezca la condenación. El Concilio de Trento lo enseña de este modo:

"Dios por cierto nada aborrece en los que han renacido; pues cesa absolutamente la condenación respecto de aquellos, que sepultados en realidad por el bautismo con Jesucristo en la muerte (Rom 6,4), no viven según la carne (Rom 8,1), sino que despojados del hombre viejo, y vestidos del nuevo, que está creado según Dios (Ef 4,22ss; Col 3,9s), pasan a ser inocentes, sin mancha, puros, sin culpa, y amigos de Dios, sus herederos y partícipes con Jesucristo de la herencia de Dios (Rom 8,17)." (Denzinger-Shönmetzer 1515)

Pablo proclama: **"No hay condenación alguna para los que están en Cristo Jesús" (Rom 8,1).**

¡Pero los justificados en Cristo Jesús también mueren! Sí, pero la muerte en ellos no es el castigo de sus pecados, sino que adquiere el carácter de **"consecuencia" de la situación actual de pecado**: Dios no los libra de la muerte física por un sabio designio de su voluntad para prueba y purificación de sus elegidos. Solo en Cristo y María la muerte no tuvo ni el carácter de castigo por el pecado ni tampoco fue una consecuencia del mismo.

La Escritura nos enseña que **con la muerte termina definitivamente para el ser humano el tiempo de merecer o de desmerecer.** La situación de los que mueren es ya definitiva: ellos han llegado al fin de sus carreras. Y esto es así por la naturaleza misma del ser humano: **mientras vivimos en el cuerpo, podemos elegir arrepentirnos, volver atrás. No así cuando el espíritu se separa del cuerpo**, y es que "la muerte es eso, la separación del alma del cuerpo", ya que entonces el espíritu se decide de modo irreversible a favor o en contra de Dios.

El espíritu humano continúa usando de su libertad, pero la nueva condición le permite que sus decisiones son irrevocablemente perdurables, de modo similar como sucede con los ángeles: ellos "decidieron" por Dios o contra Dios (estos últimos se convirtieron en demonios) y esta decisión, tanto para unos como para otros, es irreversible, aunque mantengan ambos su libre voluntad (unos para siempre en el bien, y otros para siempre en el mal).

La Iglesia condenó la enseñanza de la apocatástasis o salvación universal ya en el sínodo de Constantinopla del 543

(Denzinger-Schönmetzer 411). En muchas otras ocasiones la Iglesia confirmó en su enseñanza oficial la eternidad, sea del premio ("cielo") sea del castigo ("infierno").

La Sagrada Escritura, **usando de serias y repetidas advertencias, exhorta a usar el tiempo presente para hacer lo que es bueno y recto**. Así en el Antiguo Testamento como en el Nuevo (ver particularmente Mt 24,42-46; 25,13ss; Mc 13,35ss; Lc 12,40; comparar estos textos con Ap 16,15). En la parábola de Lázaro y el rico (Lc 16,19) se proclama que, luego de la vida en esta tierra, la distancia entre los que están "en el seno de Abraham" y los que están en el "los tormentos" es una distancia "infranqueable", es decir, no hay posibilidad de "conversión" (Abraham le recuerda al rico en tormentos: "hay un gran abismo puesto entre nosotros y vosotros, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan, y tampoco nadie pueda cruzar de allá a nosotros"). Pablo enseña a los Corintios (2 Cor 5,10) que cada uno recibirá del Señor la recompensa… de acuerdo con lo que hizo, sea bueno o sea malo".

Hasta aquí las magníficas explicaciones ofrecidas sobre la muerte por la web antes mencionada (apologeticacatolica.org).

Queda claro, por tanto, que **"mientras estamos en el cuerpo" merecemos o desmerecemos.** ¿Existe alguna posibilidad de re-encarnarnos en otros seres antes de llegar a nuestro destino definitivo? No, "pues está decretado que los hombres mueran una sola vez y después el juicio" (Heb 9,27).

El Catecismo de la Iglesia Católica en los numerales 1005-1014 trae los textos donde nos enseña sobre la muerte y que son convenientes conocer y repasar de cuando en cuando. Te animo pues a que cojas el Catecismo y los repases para aprender y conocer lo que enseña el Magisterio de la Iglesia. Mientras tanto te dejo al menos con el numeral 1014:

CIC 1014 La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte ("De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor": Letanías de los santos), a pedir a la Madre de Dios que

interceda por nosotros "en la hora de nuestra muerte" (Avemaría), y a confiarnos a san José, patrono de la buena muerte: «Habrías de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana?» (*De imitatione Christi* 1, 23, 1).

«Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!»
(San Francisco de Asís, Canticum Fratris Solis)

2. EL QUE NO SABE MORIR

El que no sabe morir mientras vive,
es vano loco:
morir cada hora su poco
es el modo de vivir.

Vivir es apercibir el alma,
para tener la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte,
que, cuando llegue la muerte
le quede poco que hacer.

Igual que el sol hay que ser
que, con su llama encendida,
va, acabando y renaciendo
de tantas muertes, tejiendo
la corona de su vida.

Por eso busco el sufrir,
para, como el sol decir

que de la muerte recibo
nueva vida y que si vivo,
vivo de tanto morir.

Muy interesante y revelador, lleno de sabiduría, este poema de **José María Pemán:**

El que no sabe morir mientras vive,
es vano loco:
morir cada hora su poco
es el modo de vivir.

Hay una ley natural que dice: ***"Mors tua, vita mea".*** Es decir, "tu muerte, es mi vida". Vida y muerte van de la mano. Y cuando olvidamos una, dejamos coja a la otra. Una verdadera vida no puede ser sin contar con la muerte. Sólo el grano de trigo que cae en tierra y muere, da fruto. Sólo matando al pecado, podemos vivir libres. Sólo muriendo uno a sí mismo, puede dar vida y dejar nacer a Cristo en sí mismo, y ya entonces decir con San Pablo: ***"estoy crucificado con Cristo, y ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí"*** Gálatas 2,19-20.

Vivir sin morir o sin saber morir previamente no es posible. Como es imposible llegar al Cielo, al más allá, sin pasar antes por la muerte, la muerte de tu ego por amor a Dios y a sus designios de salvación: "***Dos amores fundaron dos ciudades****: **la terrena por el amor de sí mismo, hasta el desprecio de Dios; y la Celestial**, **por el amor a Dios**, **hasta llegar al desprecio del sí propio**" (San Agustín).*

Pretender amar sin morir a uno mismo y a tu pecado, para que Dios reine, es una quimera. Y de ahí que sea tan difícil amar, amar plenamente, de verdad. Con pureza de corazón, sin egoísmos. Sin Dios es imposible, nada bueno podremos realmente.

Sin embargo en este mundo, todos quieren escuchar la mentira mundana ya muy consolidada de que: *"amar es darse placeres, gustos, caprichos, goces, ir a lo tuyo... ser feliz a toda costa"…* esa cantinela de *"lo que importa es que seas feliz",* pero no crucificar tu

egoísmo para poder dar vida a los demás. Y sin embargo, amar es ***morir para dar vida***. O como acababa el poeta:

Por eso busco el sufrir,
para, como el sol decir
que de la muerte recibo
nueva vida y que si vivo,
vivo de tanto morir.

Sí, la clave es si sabemos sufrir o no, porque el pánico al sufrimiento es el que nos guía habitualmente, la tentación que nos grita cuando nos crucifica la vida. Como le pasó a Jesucristo cuando pendía de la cruz por nuestra Salvación: ***¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!*** Mt.27,40. Y es sólo muriendo a uno mismo y viviendo para Dios y los demás por amor a Dios, que podemos vencer estas tentaciones.

Fijémonos cómo lo explica **el P. Federico Highton**, un sacerdote misionero español actualmente en tierras del Tibet (con quien puedes comunicarte si lo deseas a través de su correo electrónico: maradentrose@gmail.com), en un artículo que publicó el 2 de diciembre de 2017 en Infocatólica, aludiendo al ejemplo del gran misionero San Francisco Javier, patrón de los misioneros:

¿Por qué desde hace cuatro siglos no hubo otro tan grande como San Francisco Javier?

El fracaso aparente de Javier y su abandono final apenas tienen precedente en la Historia de la Iglesia. Conquistas espirituales nunca vistas, planes, ambiciones, sueños divinos. Poco a poco Dios se lo fue quitando todo; le despojó como despojaron a Jesucristo al subir al Calvario; le dejó solo con un chino en una isla pequeña perdida en el mar infinito. Cuando le tiene acorralado y sin salida, le quita la salud. Cae enfermo, y como no tiene casa propia donde reclinar su cabeza, le dan de limosna una choza de paja batida por el viento frigidísimo de diciembre que se acercaba. No hay cama ni médico ni sacerdote. Nadie en el mundo sabe que el P. Francisco está enfermo. Lo que

pasó entre Javier y Dios lo vieron las ángeles que le circundaban admirados.

Javier murió solo, sin Sacramentos, lejos de Navarra y del P. Ignacio a quien escribía de rodillas. Luego de expirar en aquella soledad, le metieron en una caja con cuatro sacos de cal viva. Cavaron una hoya muy honda y Antonio le enterró con la ayuda de un portugués, un chino y dos esclavos. Total cinco personas. Escribe Antonio que no asistieron más al entierro porque hacía mucho frío. No llegaron a media docena los que asistieron al entierro.

Pudo parecer que todo había terminado allí. Los que han sido testigos de las procesiones y fiestas solemnísimas que ha suscitado en el mundo el paso triunfal del brazo de San Francisco Javier, podrán entender mejor cómo aquel funeral de Sanchón medio a escondidas fue luego seguido por manifestaciones de primera magnitud en los tiempos modernos. Dios, si vale la frase, disfruta en guasearse del mundo mostrando con una ironía manifiesta lo que le agrada y lo que le desagrada. Le desagradan el egoísmo, la soberbia y el apego a lo terreno en cualquier forma que sea. Le agradan la caridad, la humildad y el desasimiento de todo lo terreno por amor a Él.

***El P. Francisco mató y enterró el «yo» maldito que todos llevamos en las carnes y vigiló cauteloso para que no resucitara**. Se entregó a Dios no negándole nada que le pidiese; y mientras más le pedía Dios, más le daba a Dios Javier. Entonces Dios, para no dejarse vencer en generosidad, le dio primero un trono de gloria en el cielo al lado de los Apóstoles, y en la tierra triunfos apoteósicos en que no soñaba ciertamente Javier cuando salió calenturiento de la nave para la choza de paja llevando de limosna debajo del brazo unas almendras y unos calzones de paño.*

Somos muchos los que venimos a misiones como Javier; pero en 400 años no hemos visto quien le iguale; o por lo menos Dios no nos ha querido manifestar a ninguno. Tal vez no hemos sabido matar y enterrar hasta que se pudra este «yo» traidor que se quiere apropiar la gloria que es debida a solo Dios."

Duro y en carne viva la pluma desgarradora y directa del P. Federico en su manera de contarnos la realidad: Francisco Javier mató y enterró el "yo", al que el articulista califica de "maldito". Y lo hace porque ese yo que nos impide entregarnos y darnos al Amor, y nos puede hacer malditos si nos domina y lo preferimos, ¡¡en lugar de al mismísimo Dios!!

Ya lo advirtió San Agustín cuando nos dijo que la ciudad terrena es la que se construye prefiriendo el amor a sí mismo, frente al amor a Dios, en oposición a la ciudad del Cielo que se construye por amor a Dios, hasta el desprecio incluso de uno mismo si es preciso.

No hay amor más grande que el de quien se decide a seguir a Jesús y hace como Jesús, el Cristo, el Señor. Porque el Verbo eterno salió del seno de la Trinidad, se abajó, pasó por uno de tantos, se humilló hasta el extremo, no hizo alarde de Su categoría de Dios, y se dio en la Humildad de la Encarnación, tomando condición de esclavo. Viviendo como verdadero Hombre, siendo también verdadero Dios. Murió por amor y voluntariamente a sus privilegios divinos, y como Hombre, unió perfectísimamente Su voluntad humana a la divina, y se alimentó de agradar al Padre. Murió hasta el extremo en Getsemaní, para hacerlo a la vista de todos en el Calvario, mientras lo rechazaban también con saña demoníaca.

Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. La Vida pasó por la muerte, y transformó la muerte tiñéndola de Vida para todo aquél que sepa morir en la gracia de Cristo, con Cristo. Porque "es doctrina segura, si morimos con Cristo, viviremos con Cristo; si sufrimos con Cristo, reinaremos con Cristo; si le negamos, también Él nos negará" II Tim.2,11-13.

Y es que seamos claros: el ser humano tiene una tendencia natural, por su naturaleza caída fruto del pecado original, a rechazar la cruz. Pero la cruz bien entendida es EXPRESIÓN DE VERDADERO AMOR, entregado del todo a Dios y a sus santos designios. Cuántas veces ocurre que uno pretende liberarse de la cruz:

—¡Me he divorciado, por fin! (exclama el infeliz).

Y lo dice sin saber que la nueva mujer será otra cruz, diferente, pero otra cruz. ES IMPOSIBLE HUIR DE LA CRUZ. Tantas veces no

nos damos cuenta de que lo único que hacemos es cambiar una cruz por otra. ¿Y si no es la que nos correspondía llevar? Pues entonces no será más llevadera, será peor, te podrá aplastar.

Todo en la vida está en abrazarnos a la cruz que nos toque llevar, que Dios nos pida llevar, no que nosotros nos busquemos a nuestro gusto.

¿Y eso cómo se hace? Con la gracia y la determinación de ser humildes esclavos de la divina voluntad. Porque si Jesús sabía que siempre era escuchado por el Padre es porque su alimento era hacer siempre la voluntad del Padre.

Y así, tú y yo, hemos recibido el ejemplo y la Palabra, y la enseñanza hecha Vida hasta la muerte y con muchas muertes previas, por el camino, hasta el culmen del Calvario.

Si el Verbo eterno de Dios hubiera preferido la comodidad del seno de la Santísima Trinidad, nunca se hubiera encarnado. Tú, y yo, estaríamos abocados a no poder entrar nunca en el Cielo. La Redención se habría abortado.

De la mano de María, la que dio su fiat, su sí incondicional a Dios, confiamos ser dignos y capaces de alcanzar también el Calvario, la cumbre del AMOR, donde anhelan estar los verdaderos amadores, y con una muerte santa soñamos tener una resurrección con Cristo y todos los santos. Amén.

3. LA IMPRESIONANTE MUERTE DEL GENIAL PIANISTA

El sacerdote P. Jelowick, en carta dirigida a la señora Saveria Grocholska, en París y fechada en 21 de octubre de 1849, relata así la muerte del eminente músico **Frederic Chopin:**

"Estimadísima señora:

Estoy todavía bajo la impresión de la muerte de Chopin, ocurrida el 17 de octubre de este año. Ya desde hace mucho tiempo la vida de Chopin estaba suspendida de un hilo. Su organismo, siempre delicado y débil, se consumía día a día como la llama de su genio.

Todos se maravillaban que en un cuerpo tan extenuado pudiera sobrevivir el alma que tenía, desde lo agudo de su intelecto al ardor de su corazón. Su rostro, semejante al alabastro, era frío, blanco y trasparente; y de sus ojos, con frecuencia velados por una nube, fulgía aún el resplandor de una viva mirada. Habitualmente dulce, afable, exuberante de espíritu y de otras atrayentes cualidades, parecía desprenderse de la tierra.

Pero, ¡ay!, no pensaba en el Cielo. Buenos amigos tenía pocos y de poca fe, no en su arte, del que eran adoradores, sino en más altas creencias. La piedad, que Chopin había bebido en los pechos de su madre polaca, era para él un lejano recuerdo materno. La irreligiosidad de sus compañeros se había infiltrado en su ánimo y extendido por su alma como una plúmbea nube de desesperación. Sólo su exquisita educación le impedía hacer befa o escarnio de la Religión.

En tan deplorable estado moral le acometió la grave dolencia del pecho. Llegaron días en que le faltaba la respiración y ya advertía próximo su fin al abandonarle la presencia de ánimo. Todos fueron presa del mismo temor y calladamente entraron en la alcoba en espera del último momento. A ese punto Chopin, cuya alma había reaccionado por aquellos días, por efecto de las exhortaciones que como viejo amigo le había hecho este servidor que le escribe, abrió los ojos y dijo:

"¿Qué es lo que hacen aquí todos? ¿Por qué no rezan?"

Día y noche, continuamente, tenía sus manos entre las mías, para decirme: "Tú no me abandonarás en el instante decisivo", y apoyaba su cabeza sobre mi hombro, como un niño se refugia en su madre cuando advierte el peligro.

De cuando en cuando, con éxtasis de fe, de esperanza, de gran amor, besaba un crucifijo. En otros momentos hablaba con ternura diciendo:

"Amo a Dios y amo a los hombres… Me está bien morir así… Hermana mía preferida, no llores…; no lloréis, amigos míos…; yo soy feliz… Rogad por mi alma…"

Otras veces, al dirigirse a los médicos que luchaban para salvarle la vida, exclamaba:

"Dejadme que muera, Dios me ha perdonado y me llama a su seno", y después:

"¡Bella ciencia que prolonga los sufrimientos!…"

Al acercarse la muerte, Chopin volvió a invocar el nombre de Dios, besó una vez más el crucifijo y pronunció estas palabras:

"Ya me encuentro en la fuente de la felicidad", y expiró confortada su alma por la más dulce serenidad.

Así murió Chopin. Rogad por él, señora".

—Chopin, Federico Francisco (1810-1849): Renombrado músico polaco.
"Lecturas Apologéticas" (año 1941)

En esa muerte vemos cómo **el poder de la divina gracia se abrió paso en el corazón del genial músico**, para terminar triunfando en él y logrando una muerte santa, con toda seguridad favorecida por las constantes oraciones de su amigo sacerdote y de otras personas suyas queridas. Demos gracias a Dios.

Cuán vivos estaríamos y cuán bien preparados para la muerte, si siguiéramos las enseñanzas de Santa Teresa: *"¡No estáis huecas por dentro, no estáis huecas por dentro!"* Eso repetía Santa Teresa de Jesús a sus hijas espirituales del monasterio. Hoy, salvo contadísimas excepciones, ni se predica la gracia santificante y la diferencia entre estar en gracia y pecado, ni se predica la realidad de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma que está en gracia, y que hace que un alma así nunca se sienta sola, sino siempre habitada y acompañada por la mejor compañía, el mismísimo Dios. Por eso, las almas en pecado se sienten tan solas.

Por eso es que se cae tanto en la idolatría respecto de las parejas. Se sienten morir si no tienen a esa persona a su lado, y de ahí viene todo trastornado, desorientación vital y existencial, *"porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, quien es bendito por los siglos. Amén."* Rom.1,25.

4. REFLEXIONES SOBRE EL BIEN VIVIR PARA EL BUEN MORIR

Por el **P. Jorge Loring S.J.**

En la puerta de entrada al cementerio de El Puerto de Santa María se lee: **«Hodie mihi, cras tibi»** que significa: **«Hoy me ha tocado a mí, mañana te tocará a ti».** Esto es evidente. Aunque no sabemos cómo, ni cuándo, ni dónde; pero **quien se equivoca en este trance no podrá rectificar en toda la eternidad**. Por eso tiene tanta importancia el morir en gracia de Dios. Y como la vida, así será la muerte: vida mala, muerte mala; vida buena, muerte buena. Aunque a veces se dan conversiones a última hora, éstas son pocas; y no siempre ofrecen garantías. Lo normal es que cada cual muera conforme ha vivido.

Es impresionante la muerte de Voltaire (Francisco M Arouet). Murió la noche del 30 al 31 de mayo de 1778, a los ochenta y cuatro años de edad. Fue un hombre impío y blasfemo. En la hora de la muerte pidió un sacerdote, pero sus amigos se lo impidieron. Murió con horribles manifestaciones de desesperación, bebiéndose sus propios excrementos, como cuenta la marquesa de Villate, en cuya casa murió.

Con la muerte termina para el hombre el estado de viajero, y se llega al término que permanecerá inmutable por toda la eternidad. Más allá de la muerte no hay posibilidad de cambiar el destino que el hombre mereció al morir. Después de la muerte nadie puede merecer o desmerecer. Ha terminado para el alma el estado de vía y ha entrado para siempre en el estado de término.

Hay personas que se acomodan en esta vida como si ésta fuera para siempre y definitiva. Esto es una equivocación. Debemos vivir en esta vida orientados a la otra, a la eterna, que es realmente la definitiva. Por lo tanto debemos aprovechar esta vida lo más posible para hacer el bien.

En la muerte se separa el alma del cuerpo. El cuerpo va a la sepultura y allí se convierte en polvo. El alma, en cambio, constitutivo esencial de la persona, sigue viviendo.

En el mismo instante de la muerte Dios nos juzga. Esto es dogma de fe. Inmediatamente después de la muerte los que mueren en pecado mortal actual se van al infierno; y al cielo -después de

sufrir la purificación, los que la necesiten- las almas de todos los santos.

Dice San Pablo: *«Cada cual dará a Dios cuenta de sí» «Dios dará a cada uno según sus obras».*

Si hemos muerto en paz con Dios, sin pecado mortal, el alma es destinada a ser eternamente feliz en el Cielo; pero si hemos muerto en pecado mortal, es destinada a ser eternamente desgraciada en el infierno.

Dice San Juan: *«Los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida; y los que hayan hecho el mal, para la condenación».*

El hombre materialista es vencido por la muerte. Sólo Dios nos da la vida eterna. La fe y la fidelidad a Dios es el supremo modo de vivir en esta vida, y de esperar con ilusión la eternidad.

El infierno es el tormento eterno de los que mueren sin arrepentirse de sus pecados mortales

El infierno es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno. La existencia del infierno eterno es dogma de fe. Está definido en el Concilio IV de Letrán. Siguiendo las enseñanzas de Cristo, la Iglesia advierte a los fieles de la triste y lamentable realidad de la muerte eterna, llamada también infierno.

«Dios quiere que todos los hombres se salven». Pero el hombre puede decir no al plan salvador de Dios, y elegir el infierno viviendo de espaldas a Él. El pecado es obra del hombre, y el infierno es fruto del pecado. **El infierno es la consecuencia de que un pecador ha muerto sin pedir perdón de sus pecados**. Lo mismo que el suspenso de una asignatura es la consecuencia de que el estudiante no sabe.

Jesucristo habla en el Evangelio quince veces del infierno, y catorce veces dice que en el infierno hay fuego. Y en el Nuevo Testamento se dice veintitrés veces que hay fuego. Aunque este fuego es de características distintas del de la Tierra, pues atormenta los espíritus, Jesucristo no ha encontrado otra palabra que exprese mejor ese tormento del infierno, y por eso la repite. La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe dijo, el 17 de mayo de 1979, que «aunque la palabra "fuego" es sólo una "imagen", debe ser tratada con todo respeto».

En el infierno hay otro tormento que es el más terrible de todas las penas del infierno. Los teólogos lo llaman **pena de daño.** Según San Juan Crisóstomo, es mil veces peor que el fuego. San Agustín dice que no conocemos un tormento que se le pueda comparar. Es una angustia terrible, una especie de desesperación suprema que tortura al condenado, al ver que por su culpa perdió el Cielo, no gozará de Dios y se ha condenado para siempre. La Biblia pone en boca del condenado un grito terrible: **«Me he equivocado».**

Ahora, como no entendemos bien ni el Cielo ni el infierno, no comprendemos esta pena, pero entonces veremos todo su horror. No hay que confundir «el infierno» con «los infiernos» a los que fue Cristo después de morir. Rezamos en el credo de los Apóstoles: «Descendió a los infiernos». Aquí «los infiernos» se refiere al «lugar de los muertos», como se dice en el Canon IV de la Misa. Era el «Sheol» para los judíos. Allí fue Cristo a anunciarles la Redención.

El infierno es la negación del amor y el fracaso de nuestra libertad. El infierno es la condenación eterna.

Es el fracaso definitivo del hombre. Aquel que, con plena conciencia de lo que hace, rechaza la palabra de Cristo y la salvación que le ofrece; o quien, luego de aceptarla, se comporta obstinadamente en contra de su ley; o aquel que vive en oposición con su conciencia: éstos tales no llegarán a su destino de bienaventuranza y quedarán, por desgracia suya, alejados de Dios para siempre.

Puede ser interesante mi vídeo «El infierno: fracaso definitivo». A algunos, que no han estudiado a fondo la Religión, les parece que siendo Dios misericordioso no va a mandarnos a un castigo eterno. Sin embargo, que el infierno es eterno es dogma de fe. Pero hemos de tener en cuenta que Dios no nos manda al infierno; somos nosotros los que libremente lo elegimos. Él ve con pena que nosotros le rechazamos a Él por el pecado; pero nos ha hecho libres y no quiere privarnos de la libertad que es consecuencia de la inteligencia que nos ha dado.

Jesucristo nos enseñó clarísimamente la gran misericordia de Dios. Pero también nos dice que el infierno es eterno. Cristo afirmó la

existencia de una pena eterna, entre otras veces, cuando habló del juicio final: *«Dirá a los de la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo». Y después añade que los malos «irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna».*

Es dogma de fe que existe un infierno eterno para los pecadores que mueran sin arrepentirse.

Aunque Dios es misericordioso, también es justo. Dice la Sagrada Escritura: *«Tan grande como ha sido mi misericordia, será también mi justicia».*

Y su misericordia no puede oponerse a su justicia. Como es misericordioso, perdona siempre al que se arrepiente de su pecado; pero como es justo, no puede perdonar al que no se arrepiente.

La justicia exige reparación del orden violado. Por lo tanto, el que libre y voluntariamente pecó y muere sin arrepentirse de su pecado, merece un castigo. Y este castigo ha de durar mientras no se repare la falta por el arrepentimiento; pues las faltas morales no se pueden reparar sin arrepentimiento. Sería una monstruosidad perdonar al que no quiere arrepentirse.

5. ¿MIEDO A LA MUERTE, O MIEDO A LA VIDA ETERNA?

P. Ernesto Juliá, sacerdote

Leemos muchas noticias de muertes violentas, asesinatos, abortos —que son muerte de criaturas vivas—, y quizá nos lamentamos en el momento de ver las imágenes de víctimas de un atentado terrorista; pero después, enterramos esas imágenes en el fondo de la memoria ante la avalancha de nuevas informaciones que nos asaltan.

Es ese olvido de la muerte que con tanta frecuencia se vive en los mismos tanatorios. Gente que va a saludar a los parientes del difunto, de la difunta, que después ni se acercan a la caja que guarda los restos mortales, y que, ya en los pasillos comienzan a hablar de cualquier cosa, o se entretienen con sus móviles, tabletas, etc.

El pensar en la muerte, en la realidad de que nuestro pasar por la tierra es tiempo, no eternidad -aunque existan algunos que comentan que entre sus planes no está la muerte: ya la encontrará-, y que un día también nosotros moriremos y otros vivirán nuestra

muerte, parece que pesa en el alma, y queremos olvidarlo del modo más radical posible. No obstante nuestros esfuerzos, la realidad de la muerte sigue ahí, presente cada día.

¿Por qué el hombre quiere borrar de su mente el pensamiento de su desaparición de la tierra, de su muerte? ¿Quizá porque anhela arrancar de lo más recóndito de su ser la conciencia de la realidad del pecado, de la ofensa a Dios y del mal que se hace a sí mismo?

Uno de los grandes vacíos que asolan hoy la mente, la inteligencia el corazón del hombre, es el vacío de la Muerte. Muchas de las campañas para quitar crucifijo no son más que una manifestación del temor a la muerte, del anhelo de quitarse del entendimiento el hecho del morir.

Y el hecho del morir vuelve siempre, y con él, la pregunta, siempre latente también en el hombre, sobre la vida eterna, que se convierte en una pregunta ¿cielo o infierno? ¿Vivir en la Luz de Dios para siempre: el Cielo; o vivir para siempre en la oscura soledad de uno mismo: el Infierno?

Si se puede hoy hablar de una «cultura del descarte», me parece que la mejor aplicación del término es precisamente a la cultura que quiere descartar todo pensamiento, todo diálogo sobre la «vida eterna», y ese «descarte» lleva consigo el «descarte del pensamiento sobre la muerte». En definitiva un descarte de pensar en Dios, que nos creó por Amor, y anhela recibirnos con Amor en el momento de la muerte.

Tantos sacerdotes podemos dar gracias a Dios de haber acompañado a víctimas de accidentes, asesinatos, etc., que han abierto los ojos emocionados al encontrarse con un cura en medio del fragor de ambulancias, sirenas. Al verlo, han elevado su mirada y han musitado «deme una absolución», «rece por mí» y, cuando ya veían agostar sus fuerzas, han muerto con una sonrisa en los labios. Y el sacerdote, al verlos expirar se ha acordado de las palabras del Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos, los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas, porque sus obras les acompañan».

Has leído el extracto del artículo publicado por su autor en Religiónconfidencial. Si quieres comunicarte con este sacerdote: ernesto.julia@gmail.com

"Viendo el centurión que estaba frente a Él la manera en que expiró, dijo: En verdad este hombre era Hijo de Dios"
Mc.15, 39.

6. COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE, JORGE MANRIQUE

(Texto adaptado al castellano actual)

Esta obra inmortal de **Jorge Manrique** (1440-1479) fue compuesta a la muerte de su querido padre (Don Rodrigo Manrique), siendo una de las elegías más impresionantes de la lírica cortesana castellana. Su autor no sólo alaba las virtudes de su padre, sino que deja ver claramente los peligros de una vida dominada por la superficialidad y las vanidades. Merece ser leída de cuando en cuando. Por eso te invito ahora a que la disfrutes:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,

pensando que ha de durar
lo que espera,
más que duró lo que vio
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

Invocación:

Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores;
A aquél sólo me encomiendo,
aquél sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo
el mundo no conoció su deidad.

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino

para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos

Este mundo bueno fue
si bien usáramos de él
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquél
que atendemos.
Aun aquel Hijo de Dios,
para subirnos al cielo
descendió
a nacer acá entre nos,
y a vivir en este suelo
do murió.

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que en este mundo traidor,
aun primero que muramos
las perdamos:
de ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen,
de ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
el color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

Pues la sangre de los godos,
y el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías y modos
se pierde su gran alteza
en esta vida!
Unos, por poco valer,
¡por cuán bajos y abatidos
que los tienen!
otros que, por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

Los estados y riqueza
que nos dejan a deshora,
¿quién lo duda?
no les pidamos firmeza,
pues son de una señora
que se muda.
Que bienes son de Fortuna
que revuelven con su rueda
presurosa,

la cual no puede ser una
ni estar estable ni queda
en una cosa.

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa
con su dueño:
por eso nos engañen,
pues se va la vida apriesa
como sueño;
y los deleites de acá
son, en que nos deleitamos,
temporales,
los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
no son sino corredores,
y la muerte, la celada
en que caemos.
No mirando nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
hacer la cara hermosa
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa

angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos toda hora,
y tan presta,
en componer la cativa,
dejándonos la señora
descompuesta!

Esos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
por casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas;
así que no hay cosa fuerte,
que a papas y emperadores
y prelados,
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

Dejemos a los troyanos,
que sus males no los vimos
ni sus glorias;
dejemos a los romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias.
No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fue de ello;
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?

Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como trajeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

Pues el otro, su heredero,
don Enrique, ¡qué poderes
alcanzaba!
¡Cuán blando, cuán halaguero
el mundo con sus placeres
se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se le mostró;
habiéndole sido amigo,

¡cuán poco duró con él
lo que le dio!

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
llenos de oro,
las vajillas tan febridas,
los enriques y reales
del tesoro;
los jaeces, los caballos
de sus gentes y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos a buscallos?
¿qué fueron sino rocíos de los prados?

Pues su hermano el inocente,
que en su vida sucesor
se llamó,
¡qué corte tan excelente
tuvo y cuánto gran señor
le siguió!
Mas, como fuese mortal,
metióle la muerte luego
en su fragua.
¡Oh, juicio divinal,
cuando más ardía el fuego, echaste agua!

Pues aquel gran Condestable,
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que de él se hable,
sino sólo que lo vimos
degollado.
Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,

su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿Qué fueron sino pesares
al dejar?

Y los otros dos hermanos,
maestres tan prosperados
como reyes,
que a los grandes y medianos
trajeron tan sojuzgados
a sus leyes;
aquella prosperidad que tan alta fue subida
y ensalzada,
¿qué fue sino claridad
que cuando más encendida
fue amatada?

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y varones
como vimos tan potentes,
di, muerte, ¿dó los escondes
y traspones?
Y las sus claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruda, te ensañas,
con tu fuerza las atierras
y deshaces.

Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
y banderas,
los castillos impugnables,
los muros y baluartes

y barreras,
la cava honda, chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
que si tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Aquél de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente;
sus hechos grandes y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros
pues que el mundo todo sabe
cuáles fueron.

Amigo de sus amigos,
¡qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Cuán benigno a los sujetos!
¡A los bravos y dañosos,
qué león!

En ventura Octaviano;

Julio César en vencer
y batallar;
en la virtud, Africano;
Aníbal en el saber
y trabajar;
en la bondad, un Trajano;
Tito en liberalidad
con alegría;
en su brazo, Aureliano;
Marco Tulio en la verdad
que prometía.

Antonio Pío en clemencia;
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en elocuencia;
Teodosio en humanidad
y buen talante;
Aurelio Alejandro fue
en disciplina y rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe,
Camilo en el gran amor
de su tierra.

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas;
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció,
muchos moros y caballos
se perdieron;
y en este oficio ganó

las rentas y los vasallos
que le dieron.

Pues por su honra y estado,
en otros tiempos pasados,
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.
Después que hechos famosos
hizo en esta misma guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos
que le dieron aún más tierra
que tenía.

Estas sus viejas historias
que con su brazo pintó
en juventud,
con otras nuevas victorias
ahora las renovó
en senectud.
Por su grande habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcanzó la dignidad
de la gran Caballería
de la Espada.

Y sus villas y sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló;
mas por cercos y por guerras
y por fuerza de sus manos
las cobró.

Pues nuestro rey natural,
si de las obras que obró
fue servido,
dígalo el de Portugal
y en Castilla quien siguió
su partido.

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero:
después de tanta hazaña
a que no puede bastar cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta,

diciendo: «Buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corazón de acero,
muestre su esfuerzo famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,

pues otra vida más larga
de la fama gloriosa
acá dejáis,
(aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera);
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos y aflicciones
contra moros.

Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramasteis
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganasteis
por las manos;
y con esta confianza
y con la fe tan entera que tenéis,
partid con buena esperanza,
que esta otra vida tercera
ganaréis.»

Responde El Gran Maestro

«No tengamos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura.

Oración:

Tú, que por nuestra maldad,
tomaste forma servil
y bajo nombre;
tú, que a tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como es el hombre;
tú, que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia
me perdona.»

Fin:

Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer
y de sus hijos y hermanos
y criados,

dio el alma a quien se la dio
(en cual la dio en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió
dejónos harto consuelo
su memoria.

Oración a San José, patrón de la buena muerte:

Bendita sea tu humildad,
¡Oh José del alma mía!
Pues todo un Dios se gloría,
De ella y de tu castidad.
¡Oh pasmo de santidad!
A ti clamo, en ti confío.
Sedme favorable y pío.
En mi vida y en mi muerte
Y en trance tan duro y fuerte:
No me dejes, Padre mío.

Enseñanzas de grandes santos para que lleguemos al Cielo:

"¿Queréis entrar al cielo? La Confesión es la cerradura, la llave es la confianza en el confesor. Este es el medio para abrir las puertas del Paraíso."
San Juan Bosco

"Cuida tu cuerpo como si fueras a vivir por siempre, cuida tu alma como si fueras a morir mañana"
San Agustín.

"Si deseas ser salvado como pocos, vive como pocos."
San Juan Clímaco

7. EN UNA NOCHE DE CARNAVAL

Extracto del libro "El Padre Rubio", Carlos María Staehlin S.J., 1953, editorial Sapientia.

La misma caridad del Padre Rubio, dilatada hasta la mayor misericordia, que le llevaba a los tugurios y zahúrdas de los suburbios madrileños, y que recibía en ocasiones la bendición de Dios hecha realidad en actuaciones extraordinarias, como la verificada en la curación de la niña María de Lourdes, sirvió también de cebo para que algunos pobres degenerados tendiesen lazos de infamia y escándalo al sencillo jesuita.

Tal fue el caso de cierto joven, hijo de una familia distinguida de Valladolid, que intentó difamar al Padre Rubio, sirviéndose de cómplices dos amigos y algunas mujeres públicas.

Sucedió el hecho el 4 de marzo, martes de Carnaval, de 1924. A la mañana siguiente se impondría la ceniza, pero aquella noche seguía la orgía callejera del Carnaval, que invadió los teatros bajo Carlos III, se desbordó en podredumbre por las calles.

En la iglesia de los jesuitas –en la calle de la Flor, próxima a los vecindarios equívocos- ha terminado ya la solmene función religiosa en desagravio por los pecados de la mascarada y se ha empezado la novena de la gracia a san Francisco Xavier pidiéndole su especial protección. Es la hora en que las fuerzas del mal tienden un lazo al Padre Rubio.

—Por última vez: ¿Vienes o no?

Hay en la mirada del estudiante un reflejo, es despecho y desafío. E insiste:

—¿No contestas? ¿Vienes, o no?

—He dicho que no.

La respuesta de ella es rotunda:

—He dicho que no.

—Pasa un grupo turbio. En él va un pierrot con melena y tacón alto. La desvergüenza protegida por el antifaz.

—Y… ¿Se puede saber por qué no?

Los labios de ella han temblado un momento:

—Me lo ha prohibido el confesor…

—¡Ah!

Hay un intento de carcajada, pero la risa le quema la garganta.

—¡Ya!... ¡El Padre Rubio!... ¿Y quién le manda a ese hombre atravesarse en mi camino?

—Ella le mira a los ojos, severa y sorprendida:

—Parece mentira que hables así de él habiendo sido varios años tu confesor…

—Cuando le dejé, por algo sería…

—Tienes razón: por algo sería…

Dentro, en la iglesia de los jesuitas, una voz firme reza el acto de desagravio por los pecados del Carnaval. En la Custodia, la blancura de Cristo. Y haciéndole guardia, los cirios, con las llamas rígidas como espadas.

—Por los escándalos en los teatros, por la licencia en los salones, por la obscenidad en los cantares, por el desenfreno en las diversiones…

—Misericordia, Señor, misericordia.

Por la calle de la Flor —es ya muy tarde— pasan grupos de cochambre, peirrots y destrozonas, que se arrojan puñados de confeti pisoteado y cantan por las esquinas un cuplé ebrio, de París de la Francia.

—¿El Padre Rubio? Es urgente, para confesar a un moribundo.

El Hermano portero mira por la rendija de la puerta entornada. El que llama es un joven bien vestido.

Desde la calle entran a la casa religiosa los gritos aguardentosos de la mascarada, que sube hacia la calle San Bernardo.

—Bien: entre y espere.

No parece prudente que el Padre marche solo con el desconocido en esa noche de juerga y pecado. Además, el Padre Rubio se encuentra esa noche algo enfermo. Y el superior duda en dejarlo salir.

—Aquí está ya don Carlos.

En efecto, el señor Villameriel llega bien enfundado en su abrigo:

—Buenas noches. Me ha llamado el Padre Rubio… ¿Dónde vive ese enfermo?

—Cerca… aquí cerca.

El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice.

—¿En esa calle? —don Carlos frunce el ceño, se vuelve al Padre Rubio, que baja ya envuelto en su mateo, y le dice: Padre, esa casa… ¡es una casa mala!

Y quiere oponerse a la salida del Padre; pero éste dice resueltamente:

—A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. ¡Acompáñame!

Y salen.

—Por aquí: es ahí arriba, llegamos en seguida.

En la misma esquina, el cartelón: “Gran baile de máscaras en la Zarzuela”.

Mientras tanto, en aquel cuartucho de la casa pública ya está todo preparado. ¡Qué campanada sonará mañana en Madrid cuando se divulgue la fotografía del "santo Padre Rubio", sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución! De los tres muchachos que han preparado el asunto, uno se tiene que acostar y fingirse enfermo. Echan a suerte y le toca al desairado por su novia. El desgraciado, que es hijo de una excelente y religiosa familia, cree llegada la hora de su venganza…En un ángulo del cuartucho, tras un biombo, está oculta la cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno. Y en aquel otro cuarto están escondidas las otras cuatro degeneradas, que surgirán inesperadamente junto al Padre en el momento de la fotografía.

El otro muchacho encargado de recibir al Padre Rubio, que llega con el tercer compañero, avisa que entran ya en la casa:

—¡Ya están aquí!

Conteniendo la risa que podría delatarlos, corren la cortina que separa la salita de la alcoba en que está el falso enfermo.

—Buenas noches –es el Padre Rubio, que entra con don Carlos y el muchacho- ¿Dónde está el enfermo?

Una vieja y el otro muchacho se acercan fingiendo preocupación.

—Aquí, Padre: está muy malo, ¿sabe usted? Y el pobre se quiere confesar…

El Padre Rubio se dirige a la alcoba y extiende la mano para descorrer la cortina. Alguien disimula la luz del fósforo encendido ya para inflamar el magnesio. Pero el Padre Rubio deja caer el brazo sin tocar la cortina corrida y, encarándose con los que le han llamado, dice con un gesto de asombrosa naturalidad:

—¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya.

Al otro lado de la cortina, las mujeres contienen difícilmente la risa.

—No, Padre: está muy grave, pero aún vive…

El muchacho descorre la cortina y toca al falso enfermo.

—Oye, tú, ¿Verdad que te quieres confe…?

Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza.

Sí. Está muerto. Con los ojos –dilatados por el terror- clavados en el cielo.

Hay un momento de silencio horrible. La risa se ha helado en los pintados labios de las meretrices.

El Padre Rubio se cubre y, envolviéndose en el manteo, baja las escaleras seguido de don Carlos.

Pero la tensión estalla. Y pasada la primera ráfaga del terror que paraliza, uno de los muchachos huye y no se vuelve a saber de él. El otro huye también; huye de aquella casa maldita, pero huye para entregarse a Dios.

Ha pasado el ángel exterminador, y las golfas, acorraladas en su rincón, miran las pupilas secas de aquel hombre muerto en pecado. Allí está la máquina, ciega y en el suelo, la mancha blanca del magnesio que se derramó.

A la mañana siguiente, don Carlos Villameriel no guarda el secreto. De sus labios lo oyen don Julio Montañés y sus hermanas, doña Pilar, y doña Ángeles. La noticia corre pronto por Madrid. Habían querido que se hablase del Padre Rubio, y se habla. En la Castellana, en la Puerta del Sol, y en la calle Alcalá:

—¿Has oído lo del Padre Rubio?... Pues que anoche lo llamaron…

—De unos a otros la historia se transforma en leyenda, mientras el cadáver del desgraciado muchacho es llevado a Valladolid para su entierro.

—¿Dices que en la calle de Ceres? A mí el que me lo ha contado me ha dicho directamente que fue en la calle de Jardines…

La leyenda se adorna con nuevos pormenores y se ponen nombres propios —nombres conocidos— a los personajes anónimos:

—¿No sabes? Ahora dicen que el que le fue a buscar era Fulano…

Los jesuitas de la casa profesa se enteran también del hecho. El Padre Rubio ha guardado su acostumbrado silencio, pero la noticia llega de rebote, desfigurada por la gente de la calle.

El P. Alfonso Torres recibe esa versión y va a buscar al P. Rubio.

—¿Es verdad lo que dicen de usted?

—¿El qué?

El P. Torres repite el relato novelado hasta lo inverosímil.

Y entonces el Padre Rubio sonríe y pregunta:

—¿A usted le ha pasado eso?

—¡A mí, no!

—Pues a mí tampoco.

Y a partir de ese momento se niega el hecho. Hasta que dieciocho años después de morir el Padre Rubio, don Julio Montañés y sus dos hermanas declararon bajo juramento. Hasta que llega la definitiva confirmación de la historicidad de este episodio por uno de los dos muchachos supervivientes, el que huyó “para entregarse a Dios”.

Enseñanza que solía repetir el **P. San José María Rubio S.J**. :

Haz lo que Dios quiere, quiere lo que Dios hace.
Esa es la clave para una vida en paz y serena alegría.

8. EL QUE VIVE EN PECADO, NORMALMENTE MUERE EN PECADO

Caso reciente ocurrido el año 1943, contado por el médico de cabecera a un hermano marista. Viven hoy en día casi todos los testigos presenciales del suceso, y algunos familiares de la joven. Tanto se divulgó, que hasta en las Cortes se habló del mismo.

Erase una joven de Madrid. Por los primeros días de marzo de 1943, había asistido a una fiesta, viniendo a casa sobre las dos de la mañana. Amaneció muerta, sin Sacramentos ni otros auxilios.

Como es costumbre en muchos sitios, se congregaron parientes y amigos para rezar el rosario, estando el cadáver en casa.

En una habitación está la gente, y tabique por medio, en otro cuarto, la difunta.

Apenas se inició el rezo del Santo Rosario, siéntense unos golpes en el tabique: venían del cuarto de la difunta. Pasmo y sorpresa en los circunstantes, que se miraron unos a otros con extrañeza. Se reponen luego, y reanudan el rezo del rosario. Se repiten los golpes en el tabique, más secos e insistentes…Varias personas pasan al cuarto de la difunta, y oyen que esta les dice:

—*"No recéis por mí, estoy en el infierno".*

Fuente: " El más allá", autor anónimo, con censura eclesiástica, 1970.

Aviso de *San Juan Bosco:*

"Uno de los más graves errores de la pedagogía moderna es no querer hablar de las máximas eternas, sobre todo de la muerte y del infierno."

ALOCUCIÓN PAPAL DE S.S. PÍO XII

(12 Octubre 1952)

"No preguntéis quién es el enemigo; ni qué vestidos lleva. Éste se encuentra en todas partes y en medio de todos.
Sabe ser violento y taimado.
En estos últimos siglos ha intentado llevar a cabo la disgregación intelectual, moral, social, de la unidad del organismo misterioso de Cristo.
Ha querido la naturaleza sin la gracia; la razón sin la fe; la libertad sin la autoridad; a veces, la autoridad sin la libertad.
Es un enemigo que cada vez se ha hecho más concreto con una despreocupación que deja todavía atónitos: Cristo, sí; la Iglesia, no. Después: Dios sí, Cristo no. Finalmente el grito impío: Dios ha muerto; más aún, Dios no ha existido jamás.

Y he aquí la tentativa de edificar la estructura del mundo sobre fundamentos que Nos no dudamos en señalar como a principales responsables de la amenaza que gravita sobre la humanidad: una economía sin Dios, un derecho sin Dios; una política sin Dios.
El enemigo se ha preparado y se prepara para que Cristo sea un extraño en la universidad, en la escuela, en la familia, en la administración de la justicia, en la actividad legislativa,
en la inteligencia entre los pueblos,
allí donde se determina la paz o la guerra.

Este enemigo está corrompiendo el mundo con una prensa y con espectáculos que matan el pudor en los jóvenes y en las doncellas, y destruye el amor entre los esposos."

Palabras del Venerable Siervo de Dios, Obispo Monseñor Fulton Sheen, en 1948:

[Satanás] establecerá una Contra- Iglesia, que será la mona de la Iglesia [Católica]. Tendrá todas las notas y características de la Iglesia, pero a la inversa y vaciada de su contenido divino. Estamos viviendo en los días del Apocalipsis, los últimos días de nuestra era. Las dos grandes fuerzas – el Cuerpo Místico de Cristo y el Cuerpo místico del Anticristo – están empezando a trazar sus líneas de batalla para una lucha colosal.

El falso profeta tendrá una religión sin Cruz. Una religión que no piense en el mundo futuro. Una religión que intentará destruir la religión. Habrá una iglesia falsa. La Iglesia de Cristo, la Iglesia Católica será una cosa, y el Falso Profeta creará otra distinta.

La Iglesia falsa será mundana, ecuménica y mundial. Será una federación de iglesias y religiones, formando algún tipo de asociación global, un parlamento mundial de Iglesias. Rechazará cualquier contenido divino; será el cuerpo místico del Anticristo.

El Cuerpo Místico de Cristo en la tierra tendrá su Judas Iscariote, que será el Falso Profeta. Satanás lo va a reclutar de entre nuestros obispos. El Anticristo no se llamará a si mismo así; de otra manera no tendría seguidores. (…)

Él establecerá una contra-iglesia que será la mona de la Iglesia, como él, el diablo, es el mono de Dios. Ella tendrá todas las notas y características de la Iglesia, pero a la inversa y vaciada de su contenido divino. Será el cuerpo místico del Anticristo, que en lo externo se parecerá al cuerpo místico de Cristo.

Cardenal Biffi, predicando en el retiro de Cuaresma de 2007 ante S.S. el Papa Benedicto XVI:

"El anticristo se presentará como pacifista, ecologista y ecumenista".

Capítulo VII:

Experiencias frente a la muerte y testimonios de la obra santa de Dios

1. P. STEVEN SHIRE: EL SACERDOTE AL QUE LE IBA A CONDENAR SU EGOÍSMO Y SER "UN PERRO MUDO"

Veamos el caso de un sacerdote que se hizo muy famoso en EE.UU.:

Steven Shire experimentó algo que nunca olvidará y que contó en la televisión: **fue condenado al infierno y rescatado por la Santísima Virgen.**

En 1985 el sacerdote católico **Steven Shire** chocó contra una camioneta y **tuvo una ECM** (experiencia cercana a la muerte, pues los médicos lo dieron por muerto por un lapso de tiempo. Advertir y aclarar que pululan muchos libros sobre las ECM, y que lamentablemente considero que en la balanza hacen más mal que bien. Su parte buena es que la gente tiene claro que la muerte no es el final, bien, sin embargo, no lo cuentan todo: primero te encuentras con la Luz de Dios y Su AMOR, pero inmediatamente tienes el juicio particular que define tu suerte eterna. Y eso no lo suelen contar. Eso hace que la gente piense que hagas lo que hagas, terminarás para siempre con Dios tras la muerte. Así la gente se relaja demasiado al entender que tras la muerte sí o sí vas a tener un final feliz, pero no siempre es así. Que sigues existiendo, sí, pero tu destino puede ser con Dios o sin Dios). Este sacerdote cuenta que **se encontró ante el juicio particular de Dios, donde fue condenado al infierno.** Así explica este sacerdote, resumidamente, su experiencia cercana a la muerte:

"Yo no podía soportar la presión del grupo. Quería ser como uno de los muchachos. Ahora en estos tiempos, el sacerdote también

quiere ser como uno de los muchachos, como un laico. Y esa era mi meta en las relaciones que tenía con los laicos, pasar desapercibido. Ser uno más. Porque los sacerdotes cuando tomamos la palabra hablamos del amor, el gozo, y la paz. Pero no hablamos acerca de la moralidad, los dogmas, y lo que es la Iglesia, porque todo eso no te hace popular, y si lo haces entonces el dinero no entra en el cepillo. Así que para que entrara el dinero tenía que decir lo que la gente quería escuchar. Y estando ante el juicio de Dios, no me atrevía a mirar al Señor. Se dijo mucho acerca de mi vida, y yo lo único que hice cuando escuché cosas personales de mi vida fue asentir interiormente diciendo:

"Sí, así es. Eso es verdad".

No repliqué, y al terminar de hablar, el Señor dijo:

"La sentencia que tendrás toda la eternidad es el infierno".

Y pensé interiormente. "sí, es lo que merezco". Entonces escuché en ese momento la voz de una mujer que dijo:

"Hijo, ¿podrías por favor perdonar su vida?"

El Señor dijo:

"Madre, él ha sido sacerdote para sí mismo durante doce años, pero no para mí. Déjalo tener lo que él merece".

Y entonces escuché a ella decir como respuesta:

"Pero Hijo, si le otorgamos gracias especiales y nuevas fortalezas, y venimos a él en formas que no conoce, ya veremos si da frutos. Si él no los da, entonces hágase Tu voluntad".

Hubo entonces una breve pausa, y el Señor dijo:

"Madre, es tuyo".

Y este sacerdote concluye el resumen de su testimonio diciendo: *"Jesús dio a María toda la raza humana al pie de la cruz, cuando dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". En ese momento todos fuimos sus hijos. Tenemos una abogada en el Cielo. Una abogada a*

la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, su esposo, no puede decirle que no. Es imposible que le digan que no a María. ¿Acaso no es ella ese tipo de persona que quisiéramos tener en todo momento a nuestro lado?".

Hasta aquí este testimonio. Esto último teológicamente es discutible y exigiría acudir a debate con santos doctores de la Iglesia, pues san Juan evangelista representa antes que nada al verdadero creyente, y no tanto a cada ser humano. En todo caso, es obvio que María quiere llevar a cada ser humano a su Hijo, porque sólo en Cristo encuentra el hombre la Salvación. María vive para Cristo, para Dios, como corredentora del Salvador.

Por otro lado, es evidente que Dios no puede decirle que no a María, por la razón de que la Santísima Virgen siempre quiere solamente lo que es la voluntad de Dios. Nunca haría o diría nada en contra de dicha voluntad santísima. Es un misterio toda esa relación, pero es así. Es nuestra abogada, intercesora, y medianera de todas las gracias. Vamos a Jesús (único Mediador entre Dios y los hombres, por medio de María).

Puedes ver ese testimonio resumen de ese sacerdote aquí:
https://www.youtube.com/watch?v=xeNmFj1pGYY

También se puede ver el testimonio más extenso y completo en el programa de Madre Angélica, de EWTN, donde ella entrevistó al P. Steven Shire.

2. EL CONDENADO A MUERTE Y RESCATADO POR LA MEDALLA MILAGROSA

La historia de Claude Newman y su conversión en el corredor de la muerte (Por: Pablo J. Ginés | Fuente: Fundación Cari Filii / Religión en Libertad).

Una de las historias más asombrosas ligadas a la intercesión de la Virgen María a través de la llamada Medalla Milagrosa es la de Claude Newman, un condenado a muerte que habría asegurado haber visto a la Virgen mientras esperaba su ejecución en el corredor de la muerte y, sin tener ninguna cultura religiosa, se vio

transformado profundamente por el encuentro. Sucedió en 1944 en Estados Unidos y difundió la historia quien sería el confesor del detenido, el padre Robert O´Leary (1911-1984).

Claude Newman, de raza negra y familia pobre, nació en 1923 en Arkansas. Su padre se fue con el niño y su hermano mayor cuando tenía 4 años, alejándolos de la madre. Los crió la abuela, Ellen Newman.

Cuando Claude tenía 16 años, la abuela se casó con un hombre llamado Sid Cook, que pronto se reveló como una persona violenta que maltrataba a la mujer. Pronto se separaron. Pero en 1942 el joven Claude esperó al maltratador Sid en su casa y le disparó. Después le robó y huyó a casa de su madre en Arkansas. Claude cometió el crimen con 19 años.

En enero de 1943, Claude fue detenido por las autoridades y devuelto a Vicksburg, Mississippi, donde confesó su crimen y fue condenado a morir electrocutado. La primera fecha prevista, el 14 de

mayo de 1943, fue aplazada y la ejecución se pospuso para el 20 enero de 1944.

Compartía celda con otros cuatro prisioneros. Claude notó que uno de ellos llevaba una medallita al cuello y le preguntó qué medalla era esa.

El otro preso era católico, pero según parece desconocía la historia de la medalla o estaba de mal humor y no quería hablar de ella. Molesto por la pregunta se quitó la medalla y la tiró a los pies de Claude. "¡Tómala!", le dijo. Claude la observó durante un rato y se la puso al cuello, aunque no tenía ni idea de qué representaba.

Se trataba de la medalla popularmente conocida como Medalla Milagrosa, también llamada a veces Medalla de la Inmaculada Concepción, originada en las apariciones de la Virgen a Santa Catalina Labouré en el siglo XIX.

Esa noche, mientras dormía, Claude notó que le tocaban la muñeca y despertó. Vio entonces, según había dicho al padre O'Leary "la mujer más guapa que ha creado Dios". Al principio sintió miedo. No entendía qué estaba viendo. Entonces la hermosa mujer le dijo: "Si quieres que yo sea tu Madre, y tú quieres ser mi hijo, haz llamar a un sacerdote de la Iglesia católica". Y con estas palabras, la imagen desapareció. Claude, alterado, empezó a gritar "¡un fantasma, un fantasma!" y pidió insistentemente que se llamase a un sacerdote.

Así las autoridades llamaron a O´Leary en la mañana tras la visión. Claude pidió recibir formación en la fe católica, y también los otros presos, asombrados por el testimonio de su compañero.

El padre O´Leary enseguida vio que el nivel del joven Claude era mínimo. No sabía leer y sólo distinguía un libro del derecho o del revés si tenía fotografías. Nunca había ido a la escuela. Sabía que había un Dios, pero casi nada más. No sabía, por ejemplo, que Jesús era Dios hecho hombre.

Poco después, dos religiosas que visitaban la prisión para impartir el catecismo a mujeres presas se acercaron a conocer a Claude y escuchar su historia. Después de muchas semanas, llegó el

día en que el padre O'Leary se preparó para hablar a sus catecúmenos de la confesión. Allí estaban también las dos religiosas.

Bien, muchachos, hoy voy a enseñaros acerca del sacramento de la confesión.

Claude interrumpió diciendo:

Eh, yo eso me lo sé. Nuestra Señora me dijo que cuando nos confesamos no nos arrodillamos ante un sacerdote, sino que nos arrodillamos ante la Cruz de su Hijo. Y que si de verdad nos duele haber pecado y confesamos nuestros pecados, la sangre que su Hijo vertió desciende sobre nosotros y nos lava, librándonos de todos los pecados.

El padre O´Leary y las religiosas se quedaron sin saber qué decir. ¿Cómo podía saber todo eso Claude, y explicarlo así?

Ey, no se enfaden, no se enfaden, no era mi intención molestar – dijo Claude pensando que los había ofendido de alguna manera.

No estamos enfadados, Claude. Estamos sorprendidos. ¿Has vuelto a verla? – planteó el sacerdote.

Venga un momento aparte, lejos de los otros –propuso Claude.

Y a solas le dijo al sacerdote:

Ella me dijo que si usted dudaba de mi palabra o se mostraba dubitativo, yo debía recordarle que usted, cuando estaba en Holanda en 1940, le hizo un voto que todavía no ha cumplido.

Y el Padre O´Leary explicaría después que "Claude entonces me detalló exactamente cuál era ese voto". Más adelante se supo que la promesa que el sacerdote había hecho en Holanda consistía en levantar una iglesia en honor a Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. O'Leary no lo consiguió hasta 1947, y esa iglesia sigue en pie hoy en Clarksdale, Mississippi.

Otra escena similar se dio una semana después, con O'Leary y las religiosas presentes. Claude pidió permiso para explicar lo que la Señora le había revelado sobre la comunión, y habló así:

Nuestra Señora me dijo que en la comunión yo sólo veré lo que parece ser un trozo de pan. Pero me contó que en realidad eso es verdadera y realmente su Hijo, y que Él estaría conmigo como estuvo con ella antes de nacer en Belén. Me dijo que debía dedicar mi tiempo, como ella hizo durante su vida, a estar con Él, amándole y adorándole, dándole gracias, alabándole y pidiéndole bendiciones.

Claude fue bautizado y recibido, con sus compañeros, en la Iglesia católica el 16 de enero de 1944. Lo bautizó el mismo padre O'Leary y la hermana Bena Henken fue su madrina. Se registró en una parroquia católica cercana a la prisión que, como era costumbre entonces, era de feligresía exclusivamente negra.

Su ejecución estaba prevista para cuatro días después: a las 00:05 del 20 de enero de 1944.

Cuando el sheriff Williamson explicó a Claude que tenía derecho a expresar una última petición en esos últimos días de vida, respondió:

Mis amigos, y los carceleros, estáis conmovidos. Pero no lo entendéis. No voy a morir, sólo este cuerpo morirá. Voy a estar con Nuestra Señora. De modo que me gustaría hacer una fiesta. ¿Daría usted permiso al Padre O´Leary para traer pasteles y helado y autorizaría que los prisioneros de la segunda planta vinieran a la sala principal para que todos podamos estar juntos y celebrarlo?"

La fiesta se celebró, todos se divirtieron y después, por petición de Claude, se realizó una hora de oración por el alma del condenado a muerte y sus compañeros. Juntos recitaron las Estaciones del Viacrucis.

Sin embargo, en el momento establecido no se produjo aún la ejecución: llegó un aplazamiento del gobernador, de dos semanas. Cuando se enteró Claude, empezó a llorar, pero no de alegría como cabría esperar. *"¡No lo entendéis! ¡Si hubierais visto el rostro de Nuestra Señora y mirado a sus ojos, no querríais quedar en este mundo otro día más. ¿Qué he hecho yo de malo en estas últimas semanas para que Dios me niegue dejar este mundo?"*

Cuando se calmó, O'Leary le dio la comunión y una idea se iluminó en su interior. ¿Podía ser que Dios quisiera que Claude ofreciese su sufrimiento por alguien, por el preso James Hughes? Se trataba de un preso blanco que odiaba a Claude por su conversión y su fe. Hughes había matado a un policía y también él estaba condenado a muerte. Además, su vida era un reguero de inmoralidades, incluyendo incesto con sus hijas. Aunque Hughes fue educado como católico de niño, ahora rechazaba a Dios y todo lo cristiano.

"Quizá Nuestra Señora quiere que tú ofrezcas este sacrificio de tener que esperar dos semanas a estar con ella por la conversión de Hughes. ¿Por qué no le ofreces a Dios cada momento en que permanecerás separado de tu Madre del Cielo por la conversión de este prisionero, para que no esté separado de Dios por toda la eternidad?", planteó el sacerdote a Claude. El preso accedió a hacerlo así, y el sacerdote le enseñó unas palabras para verbalizar su ofrecimiento. Lo mantuvieron en secreto entre ellos dos, un regalo íntimo para la Virgen.

Pasaron las dos semanas, 14 días de oración y sacrificio por Hughs. Y el 4 de febrero de 1944 finalmente Claude fue ejecutado en ese cruel instrumento que es la silla eléctrica.

"Nunca había visto a nadie ir a la muerte con tanta alegría y felicidad. Incluso los testigos y los periodistas que cubrían la ejecución estaban asombrados. Dijeron que no podían entender cómo alguien podía sentarse en la silla eléctrica y al mismo tiempo irradiar felicidad", explicó luego O'Leary.

La noticia de la ejecución de Claude fue publicada en el periódico Vicksburg Evening News el 4 de febrero de 1944. Las últimas palabras dirigidas al Padre O´Leary fueron: "Padre, le recordaré. Y siempre que tenga una petición, pídamelo y yo se lo pediré a la Virgen.

Tres meses después, el 19 de mayo de 1944, tocaba ejecutar a Hughes. "Era la persona más vil, la más inmoral con la que me he cruzado jamás. Su odio hacia Dios y hacia todo lo espiritual era

inefable", había declarado O'Leary sobre él. No dejó que ningún sacerdote le visitase en la celda. Cuando el médico le propuso que al menos se arrodillase y rezase un padrenuestro antes de que llegase el sheriff, Hughes le escupió en la cara.

Lo ataron en la silla eléctrica. Si has de decir algo, hazlo ahora - avisó el sheriff.

Hughes empezó a blasfemar con grosería. Pero, súbitamente, dejó de hablar, sus ojos se quedaron fijos en una esquina de la sala y su rostro adoptó un gesto de terror. Con un grito horrible bramó:

Sheriff, ¡tráigame un sacerdote!

O´Leary estaba allí, porque la ley de Mississippi ordenaba que un agente de pastoral estuviera presente, pero se ocultaba entre los periodistas porque Hughes había asegurado que blasfemaría más si veía algún cura. O'Leary se acercó al condenado, hizo salir a todos y lo escuchó en confesión. Explicó que había abandonado la fe católica a los 18 años, detalló sus numerosos y graves pecados, expresó fervor y arrepentimiento. Y O'Leary le dio la absolución y se retiró. Entonces se acercó el sheriff y preguntó a Hughes:

Hijo, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

¿Recuerda a ese hombre llamado Claude, al que yo tanto odiaba? -respondió Hughes al sheriff-. Bien, estaba ahí de pie [y señaló el lugar], en la esquina. Y detrás de él con una mano sobre cada hombro estaba la Santísima Virgen María. Y Claude me dijo: ´He ofrecido mi muerte en unión con Cristo en la cruz por tu salvación. La Virgen ha obtenido para ti la gracia de poder ver el lugar que ocuparás en el infierno si no te arrepientes´. He visto mi lugar en el infierno, y por eso he gritado.

Después de esta explicación, James Hughes fue ejecutado como estaba estipulado.

Esta es la historia tal como ha circulado más ampliamente, que se basa en lo que el padre O'Leary grabó en un programa de radio en los años 60, ya jubilado, y que el autor John Vennari transcribió y publicó por escrito en el número de marzo de 2001 del "The Catholic Family News".

3. LAS APARICIONES MARIANAS HAN INSISTIDO SIEMPRE: ¡CONVIÉRTANSE!, ¡CONVIÉRTANSE!, ¡CONVIÉRTANSE!

Quede claro una vez más que no, que **Dios no es un aguafiestas, todo lo contrario.** Insistamos en que por algo convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, y ese fue Su primer milagro. Pero lo hizo justo después de que los sirvientes Le obedecieran a instancias de María. Y lo hizo porque Dios bendice el matrimonio como expresión de amor entre el hombre y la mujer, para formar una familia (el único posible según enseña la Iglesia, entre hombre y mujer), signo del Amor de Dios, y lo que es bueno y santo se celebra.

Nuestra Madre del Cielo es Reina de los profetas, y como Madre del Hijo de Dios nada nuevo nos aporta, pero sí nos recuerda las enseñanzas perennes como Madre preocupada por la salud eterna de sus hijos. Ya la Palabra de Dios es rotunda cuando nos llama san Pablo a la conversión con estas palabras:

"Dios prefiere olvidar esos tiempos de la ignorancia y ***ordena a todos los hombres, por todo el mundo, que se conviertan, porque tiene fijado un día en que va a juzgar a toda la tierra según su justicia****, por medio de un hombre que Él designó para eso. Ya para darle a ese hombre una garantía delante de todos lo resucitó de entre los muertos"* Hechos 17, 30-31.

Pues bien, **para recordarnos esta orden de Dios**, y esta realidad de que en cualquier momento seremos juzgados todos y cada uno de nosotros en cuanto a la respuesta que demos a la conversión que Dios nos pide, **nuestra Madre, la Santísima Virgen María, se ha aparecido mucho por todo el mundo** en los doscientos últimos años. Incluso en países dominados por el Islam. Muchas apariciones aprobadas por la Iglesia, y otras supuestas que están en estudio, y otras descartadas por falsas. Y en todas ellas lo que más se repite es la necesidad que los hombres tenemos de orar, hacer penitencia y convertirnos a Dios. Porque si no lo hacemos, inevitablemente pereceremos. Así de dramática y así de sencilla es la verdad. Es como el niño al que su madre le dice que no meta los

dedos en el enchufe. ¿Que no le hace caso y los mete?, cierto es que se va a electrocutar.

¿Te imaginas un enfermo acudiendo a un médico, recibiendo un chequeo completo, y luego no siguiendo el tratamiento que recibe para su curación? ¿Cómo calificaríamos a ese paciente, sino más bien como necio o irresponsable? Pues eso es lo que nos pasa a nosotros.

María es conocida entre otras cosas como auxilio de los cristianos y Reina de los profetas. ¿Sabes de algún profeta que haya permanecido impasible y callado ante el mal del mundo y el desprecio de Dios? No, ciertamente que no, a no ser que sean falsos profetas o que excepcionalmente por algún misterioso designio se les pida callar en ese momento. Pues de igual manera **es imposible y absurdo pensar que una Madre pueda callar viendo cómo sus hijos se pierden eternamente por despreciar a Dios y separarse de Él con tanta insolencia y demencia**. Es imposible y absurdo pensar que la Reina de los profetas calle y mire para otro lado sin hacer nada ni levantar la voz para que sus hijos reaccionen mientras están a tiempo. Yo no me imagino a una madre inoperante y pasiva mientras está viendo que su hijo pequeño va a cruzar la carretera solito y lo van a atropellar, ¡y que no pegue un grito para que no cometa tal error! No, imposible. Pero más absurdo me parece que muchos sacerdotes no quieran saber nada de las supuestas apariciones marianas, ¡y ni siquiera de las ya aprobadas! Me parece un desprecio a la Madre de Dios absolutamente fuera de lugar, y por tanto, al mismísimo Dios que la envía.

Pero déjame que te cuente lo que le pasó a una persona muy cercana a mí y digna de toda confianza. Resulta que estaba pasando ocho días de retiro espiritual ignaciano (ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, maestro en esas cuestiones). Era el momento de la cena de uno de los días finales. De repente, empezó a sentir en lo más profundo de su interior un coloquio espiritual muy profundo, una locución espiritual interior. Una voz clara y nítida, indescriptible y tremendamente dulce y amorosa, le decía una y otra vez:

> *“El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva...*

El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva…
El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva…"

Así, una y otra vez, una y otra vez. Cerró los ojos, se mantuvo en silencio al margen del resto de comensales. Hasta que uno de ellos le preguntó si estaba bien, si le pasaba algo. En ese momento no pudo evitar derramar lágrimas. Se sabía y sentía tan amado por Dios que le repetía sin cesar por medio de esa amorosa y dulce voz: *El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

Interiormente conversó con esa voz y le dijo que ya bastaba, que parara. Pero no paraba, y seguía repitiendo con insistencia: ***El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. (Ezequiel 18,23).***

Esa persona recibió una gracia muy especial que le hizo comprender toda la revelación divina en esa sencilla frase del profeta Ezequiel, Palabra de Dios: **Dios no quiere nuestra muerte. Pero no puede evitarla si no nos convertimos**. Es como una persona que va caminando derecha al precipicio. Su Padre lo ve. Sufre viendo hacia donde se dirige. No quiere que se despeñe. Espera que su hijo reconozca su voz, reaccione, y cambie el sentido de su caminar que es mortífero. Pero no puede obligarle a que lo haga, sólo confiar en que rectifique y ayudarle a que lo haga.

Así somos nosotros. Nuestra vida depende de que nos convirtamos respondiendo a los auxilios de la gracia de Dios. Si no lo hacemos permanecemos en la muerte. Podremos ser "muertos en vida", "desalmados", desgraciados porque despreciamos la gracia de Dios. Un alma donde no habita un Dios Amoroso, es un alma desgraciada. Que precisa rectificar mientras está a tiempo, convertirse.

Como dice el P. Angel Peña: *¿Qué es lo que nos la seguridad de que en el momento de la muerte habremos de tomar la decisión verdadera?... No hay otra medida que nuestra sincera conversión.* ***Lo que quisiéramos ser en la eternidad, debemos comenzar a serlo ya ahora mismo.*** *Nuestra conversión definitiva debe sembrarse de*

conversiones parciales ya desde ahora… Debemos convertirnos ahora mismo, si sinceramente anhelamos la conversión en el momento de la muerte. ***Toda postergación de esta conversión previa es una mentira existencial.***

Y añado yo: y un riesgo muy, muy grande del que debemos huir como de la peste. **La conversión es ahora.** Mañana no existe con seguridad. Nunca fue más cierto ese refrán popular que dice *"no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy".*

Convertirte es volver a Dios, como el hijo pródigo. Y dejándote sanar y abrazar por Dios, celebrar una fiesta de reconciliación. Y empezar a tener los gustos y sentimientos de Dios, Su forma de mirar la vida, de comprenderla, de amarla. Dejar de vivir "a tu manera", para empezar en serio a vivir a "la manera de Dios" que con total seguridad es mejor que la tuya.

4. LA IMPRESIONANTE CONVERSIÓN QUE SE LOGRÓ A TRAVÉS DE UNA NIÑA

Pocos sabrán que el líder republicano Manuel Azaña, político, escritor y periodista español, presidente del Consejo de Ministros y presidente de la Segunda República**,** murió arrepentido de sus pecados en el seno de la Iglesia católica, recibiendo la extremaunción de manos de un Obispo. Pero quizás les sorprenderá más saber que esa gracia tan grande de morir reconciliado con Dios y su Iglesia la recibió más que probablemente por la heroica entrega de una anónima niña.

María del Carmen González-Valerio y Sáenz de Heredia ofreció su vida y sufrimientos por la salvación eterna de Manuel Azaña. Así, como lo oyes. Muchos desconocen este hecho tan impactante y sobre todo, cómo se produjo.

En 1961 se abrió en Madrid el proceso de beatificación de Mari Carmen González Valerio. Acabado este proceso, el 16 de abril de 1983 el cardenal Tarancón dedicó estas palabras:

«Esta niña de nueve años fue dotada por Dios de excelentes cualidades morales, manifestando una entrega generosa al Señor, que culminó en su penosa enfermedad. Era capaz de entender y vivir el Evangelio con una profundidad asombrosa, que a nosotros los mayores nos conmueve».

El proceso de beatificación se envió a Roma el 10 de mayo, y fue aprobado por la Congregación para la Causa de los Santos, el 19 de abril de 1985.

En 1995 el Congreso de Cardenales y de Obispos aprobó las virtudes heroicas de la niña, y el 12 de enero de 1996 el Santo Padre San Juan Pablo II la declaró públicamente Venerable. Ordenó que se publicara el decreto de sus virtudes heroicas.

Esta causa de beatificación es la de la persona más joven que haya sido considerada por la Sagrada Congregación.

Desde los primeros años después de su muerte fueron miles las cartas recibidas agradeciendo los favores alcanzados de Dios por intercesión de María del Carmen. Más de mil de estas cartas son de niños.

El cardenal González Martín, escribía así a propósito de María del Carmen González-Valerio: *«Los niños, por su propia índole y naturaleza, son siempre mensajeros de bondad y belleza. Son lo más hermoso que crece entre los seres humanos. Merecen que se les llame ángeles en la tierra que viven en la presencia de Dios».*

Un día, en el colegio, después de confesar a todas las niñas, el padre que las confesó dijo: *"Esta niña está llena de Espíritu Santo".*

Veamos lo que, contado por **Gabriel María Verd S.J.** sucedió con la niña María del Carmen:

Su historia

Segunda en una familia de cinco hijos, Mari Carmen nació en Madrid el 14 de marzo de 1930. Sus padres, muy piadosos, pertenecían a la nobleza española. Profesaban una devoción especial a la Virgen María y ayunaban todos los sábados en su honor. Desde el primer mes de su concepción, la madre consagró su hija a la

Santísima Virgen, durante la novena de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Doña Carmen pidió que fuera conservada la pureza de su vástago y prometió vestirlo de celeste y blanco —los colores de la Inmaculada— hasta la edad de tres años. Desde su nacimiento, pareció que Dios tenía prisa de tomar posesión del alma de la niña: gravemente enferma, fue bautizada el 18 de marzo en la parroquia Santa María, de Madrid, con el nombre de Mari Carmen del Sagrado Corazón; Mari Carmen era el diminutivo de María del Carmelo. Gracias a una iniciativa de Monseñor Tedeschini, Nuncio en España y amigo de la familia, Mari Carmen recibió la confirmación a los dos años, como solía suceder en aquella época con algunos niños muy pequeños.

El Espíritu Santo parecía presuroso por enriquecer a Mari Carmen con sus dones y dotarla de la fuerza que más tarde le sería tan necesaria.

El llamado a la santidad

Desde su más tierna infancia, Mari Carmen se mostró particularmente generosa. Si abre la puerta a un necesitado que llama, le entrega sus economías y luego le dice:

"Ahora llame otra vez para que mamá le dé algo". Como sabe que su madre da su ropa usada a los pobres, dice que su abrigo o sus zapatos apenas estrenados están usados, para que se los den a ellos.

Por una gracia particular, pasa mucho tiempo mirando imágenes piadosas, que ordena en una caja, o a darles un "curso de espiritualidad" a sus muñecas para enseñarles a rezar sus oraciones y a hacer la señal de la Cruz.

Desde los cuatro o cinco años dirige el rosario en familia y recita de memoria las letanías de la Virgen en latín, hecho frecuente en numerosos hogares cristianos de la época.

En una ocasión, mientras jugaba con su hermano Julio, su abuela le pregunta a éste si quiere ser santo. Julio responde que sí y Mari Carmen exclama enfáticamente:

"¿Pero sabes lo que es? ¡Para ser santo hay que sacrificarse!"

La pequeña hace su primera comunión a los 6 años, el 27 de junio de 1936, el día en que la Iglesia celebra la fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a quien su padre profesaba una devoción muy especial. Mari Carmen está perfectamente preparada, gracias a su inteligencia y a un correcto conocimiento del catecismo.

Su madre explica:
"Yo estaba convencida de que España, y nuestra familia en particular, iban a atravesar un período muy difícil; se notaba que se estaba preparando una persecución religiosa y quería que ella hiciera su primera comunión".

Y agrega:

"Ella comenzó realmente a santificarse después de su primera comunión".

A partir de ese día, Mari Carmen comienza a asistir a misa y a comulgar diariamente.

Torrentes de odio

En efecto, algunos días más tarde explota la guerra. La persecución contra la Iglesia, que había comenzado algunos años antes, se hace demás violenta y se traduce por una voluntad terrible de aniquilar todo lo que es católico.

"No creemos —dicen los obispos españoles— *que haya habido jamás, en la historia del cristianismo, un estallido semejante de odio contra Jesús y contra la religión, manifestado en todos los aspectos del pensamiento, de la voluntad y de la pasión, y ello en sólo algunas semanas… Los mártires se cuentan por miles".*

A fin de agosto es arrestado el padre y conducido a la "checa", una prisión donde los detenidos eran sometidos a juicio sumario. Don Julio González Valerio es asesinado algunos días después. Justo antes de ser arrestado, había confiado a su esposa:

"Los niños son demasiado pequeños, no comprenden, pero cuando sean grandes diles que su padre ha luchado y dado su vida por Dios y por España, para que se los pueda educar en una España católica donde el crucifijo presida todas las escuelas".

Oremos por papá y por quienes lo mataron

Tras la muerte de su marido, doña Carmen se halla en gran peligro debido a sus lazos familiares con personalidades políticas del país. Se refugia en la embajada de Bélgica, confiando sus hijos al cuidado de su tía Sofía. Cuando ve partir a su madre, Julio, el hijo mayor, se siente persuadido de que va a sufrir la misma suerte que su padre. Mari Carmen consuela a Julio y a la tía Sofía, quien también está muy angustiada:

"Recemos el Rosario y las oraciones a las llagas de Jesús".

"Durante su estadía en mi casa -testimonia su tía- ***la niña recitaba todos los días el rosario de las llagas del Señor para la conversión de los asesinos de su padre****".* En su espíritu infantil, los asesinos se encarnaban en el presidente de la República, Azaña.

Más tarde, en ocasión de preguntar:

"Mamá, ¿Azaña irá al cielo?", su madre le explicó que si ella se sacrificaba y rezaba por él, sería salvado.

El 11 de febrero de 1937, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, los niños se unen a su madre en la embajada, escapando así al peligro de ser deportados a la URSS para ser educados allí en el marxismo. Mari Carmen ayuda a su madre, y sin embargo es aún una niña muy pequeña. Un día, su madre debe retarla al verla jugar con una muñeca que había quedado en la casa, y por la cual había pedido al embajador que la fuera a buscar. Finalmente, el 31 de marzo, la familia puede ser evacuada y logra pasar a la España nacional para instalarse en San Sebastián. Mari Carmen finaliza el año escolar en el colegio del Sagrado Corazón, y en octubre de 1938 ingresa como interna al colegio de las religiosas irlandesas de Zalla. En una carta a su abuela le dice: *"Me gustaría mucho que me mandaras lana para hacer abrigos para los pobres".* Durante las

vacaciones regresa a su casa. Al ver a su madre agobiada por sus preocupaciones domésticas, le dice:

"Mamá, te ocupas demasiado de las cosas de la tierra; deberías orar más". Y ante la respuesta de su madre: "*Hijita, es necesario que me ocupe de la casa"*, insiste: *"Mamá, el Cielo es tu casa…"*

Me he entregado

En el transcurso de las vacaciones de Semana Santa, el 6 de abril de 1938, Jueves Santo, Mari Carmen asiste a misa con su abuela, quien comprende mejor que nadie la profundidad espiritual de su nieta. Al entrar a la Iglesia, la niña pregunta: *"¿Abuela, me entrego?"* La abuela asiente, sin comprender bien lo que quiere decir su nieta; y luego cuenta:

"La seguí después de la comunión; se hubiera dicho que la transportaban los ángeles. Se cubrió el rostro con sus pequeñas manos, luego se quedó un momento arrodillada en acción de gracias.

A la salida de la Iglesia, me preguntó el sentido exacto de entregarse, y le respondí: es darse por entero a Dios y pertenecerle completamente. Ya en la calle, insistió para ir a la confitería e invitar a todos".

No se trataba de un capricho para satisfacer su glotonería: sus padres tenían la costumbre de celebrar las fiestas del Señor comprando tortas a la salida de misa; su deseo de adquirirlas indicaba la importancia que Mari Carmen atribuía a ese momento. Nunca más habló de ese don; fue su secreto.

Poseía un cuaderno en cuya tapa había anotado "personal". Ese cuadernito, así como agenda, estaban dentro de un sobre cerrado con varios trozos de papel de pegar en los que también se leía: "Completamente personal, completamente personal, completamente personal".

Después de su muerte, se leyó en su agenda: *"Me entregué a Dios en la parroquia del Buen Pastor, el 6 de abril de 1939".*

No se puede precisar con certeza cuál fue el motivo de su ofrenda, pero es seguro que más tarde, cuando cae enferma, esas palabras tomaran su sentido: se ha ofrecido por su padre y por quienes lo mataron.

"Que se haga su Voluntad"

El 8 de abril, al regresar del colegio, Mari Carmen debe guardar cama: se le ha declarado una escarlatina. Lo que al principio parecía insignificante, se agrava. Primeramente aparece una otitis, luego una mastoiditis que degenera en septicemia cardíaca y renal. Una de sus compañeras de entonces ha escrito:

"Desde que fue llevada a la enfermería, comenzó a hablar de su muerte con términos cuyo sentido exacto ya no recuerdo, pero nos hacían comprender que moriría pronto, lo cual nos conmovió hondamente porque en ese momento nada lo presagiaba".

La niña no tardó en anunciar aun el mismo día de su muerte. Mari Carmen se da a un abandono que se manifiesta en los menores detalles.

En una ocasión cuando una religiosa corre las cortinas de su habitación diciéndole que esa luz debe molestarle, responde: *"Gracias, Madre, que el Buen Dios se lo devuelva".* Pero entra otra religiosa y descorre las cortinas para alegrar el ambiente. Mari Carmen le agradece de igual manera *"Gracias, Madre, así está bien".*

Cuando su madre le propone pedirle al Niño Jesús que la sane: la niñita exclama: *"No, mamá, no pido eso, pido que se haga Su Voluntad".*

El 27 de mayo se la transporta a Madrid y allí es operada. Pero ya se sabe que la lucha será en vano; a pesar de ello, los médicos no renuncian a probar toda la medicación posible, por dolorosa que sea, causándole con ello un martirio inútil. Su enfermera testimonia: *"Cuando le colocábamos el suero en las venas de las manos, porque las otras estaban dañadas, nos pedía que rezáramos. Entonces*

orábamos un Credo y un Padrenuestro, todas juntas con ella. Rezaba muy lentamente, y cuando la inyectábamos rezaba mucho más rápido". De esta manera, soportaba más de veinte inyecciones de toda clase y en cualquier dosis: tonificantes cardíacos, sulfamidas, suero, inyecciones endovenosas… todas muy dolorosas; cada vez era más difícil hallar una vena en sus manos.

La diarrea era "una de las cosas que más la hacía sufrir" debido a su amor a la higiene. La septicemia impide la cicatrización de una de sus orejas, atacada por el mal. Para facilitar la curación de su oreja, es menester cortarle algunos mechones de su cabello. La niña comenta: *"Desde esos cabellos que acaban de cortarme, hasta la uña del meñique del pie, me duele todo el cuerpo".* Está repitiendo sin saberlo las palabras de Isaías: *Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay nada sano en él (Is. 1, 6).*

Viene a sumarse una doble flebitis, en las piernas se forman llagas gangrenosas. El simple contacto de las sábanas se vuelve un suplicio y se desmaya cuando las cambian. A nadie le viene en mente aliviar su fiebre, ni sus sufrimientos, ni sus largas noches de insomnio administrándole analgésicos o calmantes… Solamente el nombre de Jesús la ayuda a soportar el sufrimiento.

En su lecho de dolor, Mari Carmen sigue pensando en los niños pobres. El doctor Blanco Soler explica: *"La capacidad de amor de esta niña era tan extraordinaria que desbordaba de su cuerpecito, y en todas sus miradas, sus gestos, su conducta, se veía ese profundo amor místico que la pequeña guardaba en su corazón"*.

A veces, alguien le trae libros para que se distraiga; pero ella no mira más que el conocido cuaderno parroquial "Jesús mío", y siempre en la misma página: una donde se ve un ángel que lleva un niño apretado contra él, sobrevolando, entre sus estrellas, la cruz y los cipreses de un cementerio. Se trata del alma y en el texto se lee:

"Cuando se oyen trinos en un matorral, no es el matorral que canta sino una avecilla en él escondida. En cuanto a nosotros, pensamos, deseamos y conservamos el recuerdo de las cosas: es el

alma quien piensa y recuerda. El alma no morirá nunca, y cuando el cuerpo sea enterrado, el alma será juzgada por Dios".

A través de sus sufrimientos Mari Carmen ve la manifestación de la bondad de Dios. Frecuentemente le pide a su mamá: *"Cántame ¡Qué bueno eres, Jesús! ¡Qué bueno eres!"*, y siempre se emociona.

"Me voy al Cielo"

Mari Carmen había dicho que la Virgen María vendría a buscarla el día de su cumpleaños, el 16 de julio. Cuando se enteró de que su tía Sofía se casaría ese día, anunció que moriría al día siguiente. La víspera del casamiento, la tía va a verla y le dice que le traerá flores. La niña responde: "Envíame solamente flores de lis, ésas las necesitaré".

El 17 en la mañana, Mari Carmen se sienta en su cama, cosa que no podía hacer desde hacía ya largo tiempo. Y dice: *"Hoy me voy a morir, me voy al cielo!".* Doña Carmen congrega a toda la familia alrededor de la niñita. Esta pide perdón por no haber sabido amar a Maripé, su enfermera, y por haber omitido alguna vez sus oraciones. Después, le pide a su mamá que cante: "*Qué bueno eres, Jesús!…"* Y muy simplemente le dice: *"Pronto voy a ver a papá, ¿quieres que le diga algo de tu parte?"*

A las trece horas, Mari Carmen se recoge totalmente, "en un recogimiento sobrenatural", dirá su abuela. Y aconseja: "*Ámense unos a otros*".

Muero víctima

Su mamá narra:

"Mari Carmen se sentó en su cama, tendió sus bracitos abiertos al cielo y pareció querer librarse de algo que la molestaba, diciendo: ¡Déjenme, quiero irme! Cuando se le preguntó adónde quería ir, respondió: ¡Al cielo! Voy a él sin pasar por el Purgatorio, porque los médicos me han martirizado. Mi padre murió mártir, yo muero víctima".

Al médico que quiere aún retenerla en la tierra, le dice: *“Déjenme partir, ahora, ¿no ve que la Santísima Virgen viene a buscarme con los ángeles?”* Y ante la estupefacción de todos, dice: *“Jesús, María, José, asistidme en mi última agonía! Haced que muera en vuestra compañía!”* Son sus últimas palabras; cae sobre la almohada y exhala el último suspiro sin agonía, sin ninguna contracción del rostro. Son las tres de la tarde.

En el momento de su muerte, Mari Carmen estaba destrozada y deformada físicamente por la enfermedad, pero uno de sus tíos, que se hallaba junto a su cama, exclama*: “¡miren qué bella se vuelve!”*

Cuando murió, cambió completamente, un dulce perfume emanó de ella, totalmente diferente del de las flores que la rodeaban. La rigidez había desaparecido. Se transfiguró de tal manera, que el médico legista al principio se negó a certificar el deceso; afirma que la niña está ciertamente muerta pero que ese cuerpo no es un cadáver.

Mari Carmen fue vestida con el vestido de su primera comunión y depositada entre las flores de lis del casamiento de su tía.

5. LA CONVERSIÓN DE MANUEL AZAÑA

(Contada por el periodista Javier Lozano en LD)

Un año más tarde de la muerte de Mari Carmen, el 3 de noviembre de 1940, el presidente **Manuel Azaña** muere en Montauban. Según relata el obispo Monseñor Théas, obispo de la diócesis, que en ese momento le prestaba su asistencia espiritual que trató con él durante los últimos días de su vida, el político autor de la ya funesta frase de *"ni todos los conventos de Madrid valen la vida de un republicano"* pudo convertirse antes de su muerte y murió reconciliado con la Iglesia, a la que no dudó en desamparar y perseguir durante su actividad pública: *“recibió con toda lucidez el sacramento de la penitencia, expirando en el amor de Dios y la esperanza de verlo”.*

El 18 de octubre de 1940 se produjo el primer encuentro entre el prelado y un ya muy enfermo Azaña, reunión que se produjo a petición del español, quien se despidió tras esa primera cita con estas palabras:*"Vuelva a visitarme todos los días", le dijo el republicano español tras esta primera cita. El obispo le visitó a diario y le preguntó por algunos asuntos muy oscuros de su biografía.*

Así lo relata monseñor Théas: "hablamos de la revolución, de los asesinatos, de los incendios de iglesias y conventos. Él me hablaba de la impotencia de un gobernante para contener a las multitudes desenfrenadas".

En estos escritos del obispo, rescatados por el sacerdote Gabriel M. Verd, Théas añade que *"deseando conocer los sentimientos íntimos del enfermo, le presenté un día el Crucifijo. Sus grandes ojos abiertos, enseguida humedecidos por las lágrimas, se fijaron largo rato en Cristo crucificado"*.

Tras esto, Manuel Azaña *"lo cogió de mis manos, lo acercó a sus labios, besándolo amorosamente por tres veces y exclamando cada vez:*
"¡Jesús, piedad y misericordia!
¡Jesús, piedad y misericordia!
¡Jesús, piedad y misericordia!".

Siguiendo con el relato de los hechos, el obispo francés dio un paso más y le preguntó:
"¿desea usted el perdón de los pecados?", a lo que el que fuera presidente durante la República dijo que sí. "Recibió con plena lucidez el sacramento de la Penitencia*, que yo mismo le administré"*, dijo ya en 1952 monseñor Théas.

Sin embargo, no todo llegó a poder hacerse con Azaña. "Cuando hablé a los que le rodeaban de la administración de la Comunión, en forma de Viático (comunión que se da a los enfermos ya moribundos), me fue denegado con estas palabras: '¡Eso le impresionaría!'. Mi insistencia no tuvo resultado". Pero Azaña sí recibió la extremaunción y murió el 3 de noviembre de 1940 en presencia de este obispo francés.

Este repentino acercamiento al catolicismo también fue explicado por su viuda, que habló de la importancia de una monja que actuó como eslabón para que pudiera conocer al obispo.

Además, contaba la esposa, tal y como aparece en La Conversión de Azaña, de G.M. Verd, que el día de la muerte del político *"ya por la noche viéndole morir, por encargo mío salieron en búsqueda de la monja, y ésta, cumpliendo mis deseos igualmente, vino acompañada del obispo. Minutos después, nuestro enfermo expiraba".*

Exponente del anticlericalismo

Manuel Azaña fue un referente de la Segunda República, periodo en el que se produjo una brutal persecución a la Iglesia Católica y que comenzó con la quema masiva de conventos, iglesias e instituciones religiosas. Pero cuando esto ocurrió en 1931, el entonces ministro de la Guerra no movió un dedo para impedirlo y realizó una histórica declaración que dio al inicio a lo que después se convirtió en una matanza:

"ni todos los conventos de Madrid valen la vida de un republicano".

También desde las Cortes su papel se movió en un agresivo laicismo y fue en otro discurso donde pronunció otra frase que marcaría este anticlericalismo: "España ha dejado de ser católica".

Y no sólo se atacó a los católicos en la calle sino que la misma Constitución de 1931 ya evidenciaba este espíritu muy en la línea de Azaña. Aprobada ya con él como jefe de Gobierno el texto regulaba de manera restrictiva el estatuto jurídico de las confesiones religiosas así como la libertad de conciencia.

Incluso su desarrollo legislativo tuvo otra serie de consecuencias como la disolución de la Compañía de Jesús en 1932 o la ley de Confesiones y Asociaciones Religiosas de 1933.

Pero es que Manuel Azaña no fue el único enemigo declarado de la Iglesia y de la fe que murió reconciliado con Dios. Veamos otro caso.

6. LA PASIONARIA MURIÓ CATÓLICA

Dolores Ibárruri, La Pasionaria, la mujer nacida en 1895, la periodista que adoptó el apodo de Pasionaria por publicar sus primeros artículos en la Semana Santa de 1919, la líder obrera que en el Madrid de la Guerra Civil exclamaba el "¡No pasarán!" y que como presidente del PCE (Partido Comunista de España) -fiel a los dictados de la temida Unión Soviética de Stalin, donde vivió buena parte de su vida- se creó una fama temible durante la Guerra Civil por su crueldad con los sacerdotes y religiosos y que en sus discursos durante la II República y la Guerra Civil enardecía a las masas para luchar violentamente en pro de la instauración de la dictadura del proletariado y confesaba su ateísmo y su odio a la Iglesia, ¡murió católica!

Esta sorprendente noticia se revela en la biografía sobre el Padre Llanos escrita por Pedro Miguel Lamet S.J. que se titula "Azul y rojo: biografía del jesuita que militó en las dos Españas y eligió el suburbio".

El libro relata que el Padre José María de Llanos nunca reveló nada sobre la conversión de la Pasionaria, quien en su juventud había sido católica, y después de casada con un ateo en medio de la escasez, se hizo comunista y atea.

Pero *he encontrado cartas* -indica el P. Lamet- *que atestiguan que esta mujer al final de su vida volvió a la fe, aunque resultaba muy fuerte hacer público que el símbolo por antonomasia del comunismo de la Guerra Civil hubiera muerto católica, por lo que ese episodio debía quedar en el fuero interno del sacerdote amigo.*

Hay una carta —señala el P. Lamet— descubierta en los archivos del Padre Llanos, fechada el día de Reyes de 1989, donde Dolores, después de decirle que sabe que pide por ella "al partir del Pan (la misa)", añade: "*A ver si los viejitos que somos convertimos lo que nos resta de vida en un canto de alabanza y acción de gracias al Dios-Amor, como ensayo de nuestro eterno quehacer".*

El libro publica además el testimonio de una amiga que corrobora que Llanos la confesó y le dio la comunión antes de su fallecimiento, el 12 de noviembre de 1989.

Pero no seamos ingenuos por favor. No, no todos los personajes famosos que vivieron de espaldas a Dios tuvieron la misma gracia de tener una muerte buena, santa, en paz y gracia de Dios, reconciliada con Dios. Veamos un ejemplo de una muerte de un personaje mundialmente conocido, y que, para su eterna desgracia, murió supuestamente alejado y separado de Dios

7. LA ESPELUZNANTE MUERTE DEL FILÓSOFO VOLTAIRE

François-Marie Arouet nació el 21 de noviembre de 1694. Más conocido como Voltaire, fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés que perteneció a la masonería, y figura como uno de los principales representantes de la Ilustración (periodo histórico caracterizado por el culto a “la diosa razón”).

Así llegó el día de su muerte: en su agonía, comenzó a desesperarse frente a la posibilidad de la eterna condenación. De seguro intuyó que ese Dios a quien tanto atacó, le esperaba inmediatamente después de expirar para pedirle cuentas de su vida. Intuía que ante la omnipotencia, la inmensidad de la majestad de Dios, no le serviría la "razón pura" para justificar su mala vida y los escritos ateos y ofensivos con que lo había atacado y tratado de apartar a las gentes de la fe.

Se desesperó, comenzó a gruñir, a tirarse del pelo, a pedir un sacerdote para confesarse: *"¡¡Confesión... confesión!!"* Pero sus seguidores, obedeciendo sus instrucciones previas, se pusieron de guardia en la puerta de su casa, para impedir que alguien le llevara un sacerdote que lo confesara y absolviera. Voltaire ya gritaba, se revolcaba en la cama, se rasguñaba la cara desesperado, tenía los ojos desorbitados y botaba espuma por la boca.

Ya no gritaba, sino aullaba, desesperado, al entender que se condenaría eternamente. Los demonios le echaban a la cara sus escritos, su burla a la religión, y ya le anticipaban la "suerte" que le esperaba apenas expirara: les pertenecía a ellos y habían venido a por él.

Su muerte fue horrible, su rostro producía espanto a quienes lo miraban. La enfermera que le atendió se hizo el propósito de nunca jamás volver a asistir a un moribundo ateo, tan horrorizada había quedado ante el macabro espectáculo de tan mala muerte.

Otros dicen: *"Lanzaba gritos desaforados, se revolvía, se le crispaban las manos, se laceraba con las uñas".*

"Al acercarse el fatal momento, una redoblada desesperación se apoderó del moribundo. Pocos minutos antes de expirar gritaba, y le dijo al abate Gaultier que sentía una mano invisible arrastrarle ante el tribunal de Dios; invocaba con aullidos espantosos a aquél Cristo que él había combatido durante toda su vida; maldecía una vez tras otra.

Finalmente, para calmar la ardiente sed que le devoraba, se llevó a la boca su vaso de noche; lanzó un último grito, y expiró entre la inmundicia y la sangre que le salían de la boca y de las narices".

8. ¿Y SI YO NO HUBIERA NACIDO EN UNA CULTURA CATÓLICA?

Pues mira, de entrada tendrías menos responsabilidad. Serías juzgado por Dios con menos severidad que lo seremos todos los que hemos sido educados en la Verdad que salva, el Cristianismo en la Iglesia fundada por Jesucristo.

Entre las supuestas soluciones que te ofrece el mundo al misterio de la muerte, está la reencarnación. Ya antes hemos explicado por qué esa supuesta solución no es válida. Hoy están tan de moda las filosofías orientales, que la gente otrora cristiana, se lanza desaforadamente, indiscriminadamente a los brazos de las supuestas soluciones o respuestas orientales. Como una especie de solución light, a gusto del consumidor que abandonó la fe que salva y libera de toda mentira y esclavitud, la gente opta por creer las cosas más inverosímiles con tal de hacerse "un traje a medida".

Una vez que se ha perdido o abandonado la fe que recibiste de tus padres o abuelos y con la que fuiste bautizado, cualquier cosa se puede creer. Por eso es más grave quien fue bautizado y nació en un

país que le permitía vivir la fe católica, que uno que no conoció o le costó más conocer la doctrina que salva, sana y libera de todo mal. Los católicos, al menos los bautizados y herederos de una tradición, seremos más severamente juzgados por el desprecio al don inefable que recibimos.

El ser humano acepta hoy en día cualquier tipo de superstición o creencia, descartada o despreciada la búsqueda, respeto y cuidado de la semilla recibida en su bautismo, donde recibió la Verdad de Cristo transmitida como tesoro por la Iglesia.

La excusa más habitual del que rechaza la fe es pensar que…"como he nacido en un país de mayoría católica, mi religión es mera coincidencia. Si hubiera nacido en un país musulmán, sería musulmán. Si hubiera nacido en la India, pues sería hindú, si hubiera nacido de una familia judía, pues mi religión sería el judaísmo. Por tanto, paso de todo".

Esa influencia social es innegable que es verdad y está ahí, pero sólo es parte de la verdad, no es toda la verdad. Sí te condiciona mucho el lugar y las influencias exteriores y cercanas a ti, pero eso no implica necesaria e inevitablemente que tengas que ser nada, ni una cosa, ni otra.

Nos guste o no, tenemos el libre albedrío. Y Dios no obliga a nadie a nada. Simplemente da las gracias necesarias a todo hombre para que pueda alcanzar su salvación eterna, para que si quiere, pueda buscar y encontrar honestamente la Verdad, y vivirla. Porque si hay algo que valora y le gusta a Dios es que busquemos honestamente la Verdad. ¡Esa actitud siempre la bendice abundantemente!

¿Quieres una prueba de que es así lo que te estoy diciendo? Pues escucha el interesantísimo mensaje de este hombre que era musulmán, y su testimonio de conversión lo encontramos en la entrevista que le concedió a Cristina Casado.

9. MARIO JOSEPH SE CONVIRTIÓ A CRISTO DESDE EL CORÁN

Mario nació musulmán, en una cultura y familia musulmana. Pero él buscó incansablemente la Verdad. Se hacía preguntas y buscaba respuestas en el Corán. Y lo estudió profundamente. Y en su búsqueda acudió a maestros del Corán para saciar sus ansias de Verdad. Y terminó encontrando a Jesucristo, a la plenitud de la Verdad, y se convirtió en católico, a pesar de sufrir fuerte persecución, y lo que suele ser habitual en estos casos: las amenazas de muerte recibidas hasta de parte de su propia familia.

Mario, ¿Cuándo comenzaste a desviarte del Islam? O mejor, ¿qué te impulsó a interesarte por el Cristianismo?

Cuando yo estaba trabajando en una mezquita musulmana como imán, como "párroco", una vez prediqué en mi parroquia que Jesucristo no era Dios. Para mí Dios era solamente Alá. Y creía que Alá nunca se casó. Entonces Alá nunca tuvo un hijo. Así que prediqué allí que Jesús no era Dios. Entonces, alguien del público, supongo que musulmán, me preguntó: ¿y quién es Jesús? Yo estaba predicando que no era Dios. Pero la cuestión entonces era de quién se trataba. Quién era él. Para saber quién era Jesús, leí de nuevo por completo el Corán que tiene 114 capítulos y 6.666 palabras.

Cuando así hice, me di cuenta de que el nombre Mahoma se encontraba en cuatro sitios, pero el nombre de Jesús lo encontré en veinticinco sitios diferentes. Eso me hizo sentirme un tanto confundido. ¿Por qué el Corán le da mayor preferencia a Jesús? Y la segunda cosa que me llamó la atención fue que no veía el nombre de ninguna mujer en el Corán, ni siquiera el nombre de la madre del profeta Mahoma, ni el nombre de su esposa, ni de los hijos, no. En el Corán sólo encontré el nombre de una mujer: María, la madre de Jesús. No hay ningún otro nombre de mujer. Y en el santo Corán, en el capítulo 3, el nombre del Capítulo es "familia de María". Y el santo Corán el capítulo 19 lleva por título "María". O sea que un título es solo María. Así que estaba muy interesado en saber por qué el Corán dice todas estas cosas.

Sobre María el cap.3, 34 y en adelante, dice que María nació sin pecado original, y que no cometió nunca ningún pecado en su vida, que siempre fue virgen. El cap. 50,23 dice que María fue al Cielo con su cuerpo físico. Incluso la asunción está recogida en el santo Corán. Y después, sobre Jesús, cuando leí el cap. 3,45 al 55, narra diez puntos sobre Jesús: lo primero es que lo reconoce como Palabra de Dios, y lo segundo como Espíritu de Dios. Y lo tercero dice qué significa Jesucristo.

Por tanto, el Corán para nombrar a Jesús lo hace como: Palabra de Dios, Espíritu de Dios, y Jesucristo. Y después el Corán dice que Jesús habló cuando era muy pequeño, como dos días después de su nacimiento. También dice que creó un pájaro vivo con barro. Tomó un poco de barró, formó el pájaro con sus manos, y luego sopló sobre él y le dio vida.

Entonces yo creo que puede dar vida. Dio vida al barro, a la arcilla. Y después el Corán dice que Jesús dio vista a un ciego, curó a un hombre con lepra, etc. Curiosamente el Corán dice que Jesús dio vida a los muertos, Jesús fue al Cielo, sigue vivo, y volverá de nuevo.

Cuando vi todas estas cosas en el Corán, mi razonamiento era: qué dice el Corán sobre Mahoma. Sabes, según el Corán Mahoma no es la Palabra de Dios, ni el Espíritu de Dios, nunca habló a los dos días de nacer, nunca creó un pájaro con barro, nunca curó a ningún enfermo, nunca resucitó a un muerto, él mismo murió, y según el Islam no está vivo y no vendrá de nuevo.

Así que hay mucha diferencia entre estos dos profetas. Yo no llamaba Dios a Jesús, ¿comprendes? Porque mi idea era que solo era un profeta, pero un profeta mayor que Mahoma. Entonces un día fui a mi maestro, el que me enseñó durante diez años en una universidad árabe, y le pregunté:

—maestro, ¿cómo creó Dios el universo?

Él Contestó: “Dios creó el universo a través de la palabra”.

Y entonces mi pregunta fue:

¿La palabra es Creador o Creación?

Debo aclararlo, saber si la palabra es Creador o Creación. El Corán dice que Jesús es la palabra de Dios. Si mi maestro dice que la palabra de Dios es Creador, significa que Jesús es el Creador, entonces los musulmanes deben ser cristianos. Pero supongamos que dice que la palabra es creación, entonces caerá en una trampa. ¿Sabes por qué? Dijo que todo es creado a través de la palabra. Así pues, supongamos que dice que la palabra es creación, entonces ¿cómo creó Dios la palabra? Entonces no puede decir que la palabra es Creador, y no puede decir que la palabra es creación. Entonces estaba bastante enfadado, me empujó fuera de su despacho, y me dijo:

"palabra no es el Creador, ni la creación. Sal de aquí", dijo.

Si tú ves las cosas tan claramente, entonces ¿por qué todos los musulmanes no se convierten al catolicismo? ¿Por qué no aceptan esto?

"Dicen que la palabra no es el Creador ni la creación, pero no Dios. No Dios. Yo cuando escuché esto dije a mi maestro: la palabra no es la creación ni el Creador, es por eso que los cristianos dicen que la palabra es el Hijo de Dios. Y el maestro me dijo que si es así que le muestre cuál es la esposa de Dios. Sin esposa no hay posibilidad de tener hijo. Y entonces le mostré una parte del Corán que dice que Dios puede ver sin tener ojos, que Dios puede hablar sin tener lengua, que Dios puede escuchar sin tener oídos. Eso está escrito en el Corán. Por tanto, siendo así, también puede tener un hijo sin tener una esposa. Eso provocó una gran discusión entre nosotros, y al final ¿sabes qué hice? Tomé mi Corán, lo coloqué sobre mi pecho, y dije: Alá, dime qué debo hacer. Porque tu Corán dice que Jesús todavía vive, y Mahoma se acabó. Tú, dime a quién debo aceptar. Después de mi oración, abrí mi Corán. No le pregunté a nadie, solo le pregunté a mi Alá. Cuando abrí el Corán me encontré el cap. 10,94 que dice:

"Si tienes alguna duda en este Corán que yo te doy, ve y lee la Biblia. O pregúntale a esas personas que leen la Biblia. La verdad ya está revelando eso."

Entonces, si me preguntas quién me hizo cristiano, no es ninguno de los sacerdotes, ni religiosas, ningún obispo o cardenal, ni siquiera el Papa. Fue el santo Corán quien me convirtió al Cristianismo".

Fuente: https://www.youtube.com/watch?v=sil5l4jnTDs

Como vemos, al escuchar a este hombre nos damos cuenta de que cuando un hombre busca con sincero corazón la Verdad, la termina encontrando. Ya lo advirtió Jesús, la Palabra de Dios, cuando nos dijo y nos dice hoy en día:

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". Mt.7,7- 8.

10. HACERSE CATÓLICO ES LO MÁS JUDÍO QUE PUEDE HACER UN JUDÍO

Y ahora, déjame, llegados a este punto que te comparta otro impactante testimonio, bellísimo. Es de una mujer argentina, **Luciana Rogowicz**. Así describe su impresionante historia que la cuenta en su blog **Judía & Católica** y que titularemos así: **Hacerse católico es lo más judío que puede hacer un judío**

En el principio

Nací en una familia judía, abuelos, bisabuelos, todos judíos. Mi abuela paterna era polaca, y vino antes de la guerra a Argentina por las malas condiciones que había allí en varios sentidos. Tuve una vida y una infancia siempre feliz. Llena de amor. Nunca me faltó nada ni material ni emocional.

Fui criada con valores tradicionales, familiares y en cuanto a la religión era más que nada una cuestión de pertenencia y tradición. Fui a una escuela judía, primaria y secundaria. Todo mi entorno era judío, en el club, en la escuela, amistades. Creo que casi no conocía personas que no fueran judías.

Seguí siempre las tradiciones, festividades de año nuevo judío, Pesaj (Pascua Judía), Día del Perdón, cantaba las canciones judías, y también hice mi Bat Mitzvá (que es lo que las mujeres judías festejan a los 12 años, y la primera vez que leen la Toráh. Esto pasa en el judaísmo no ortodoxo, ya que en los más religiosos sólo los hombres pueden estudiar la Toráh).

Recién cuando comencé a salir de más grande empecé a conocer gente, chicos de otras religiones o sin religión en general. Siempre me interesaron mucho estos contactos, conversando de otros temas; chicos universitarios que hablaban de cosas nuevas para mí que me encantaban: filosofía, psicología, religiones, etc.

Sentando algunas bases

A los 19 años, conocí a quien hoy es mi marido. Él, de familia católica totalmente. Sus padres iban a Misa todos los domingos y él también. Si faltaba era por una cuestión de "pereza de adolescente", pero era parte de su vida y sus costumbres.

Yo fui criada por mis padres siempre bajo la premisa tácita de que "mejor me casara con un chico judío". Pero ellos nunca fueron cerrados, y sabían que antes de eso lo principal era el amor y que quien fuera a ser mi esposo sea una buena persona.

Yo mantuve siempre mi mente abierta en ese sentido, pero cuando pensaba que podía llegar a estar con un chico que no sea judío, nunca me imaginé estar con alguien católico, o sea, con una religión latente y tan presente.

La primera vez que fui a su casa me sorprendieron las imágenes que había. Siempre pienso que estaba tan enamorada que pude superar todos los "shocks culturales" que se me presentaban: cruces colgadas, una foto del Papa, imágenes de la Virgen… Era todo tan diferente a los lugares y hogares a los que siempre yo había estado.

A través de su familia conocí un excelente ejemplo de la religión Católica. No en sus formas y costumbres, sino en su práctica cotidiana. La mamá de mi marido es una mujer simple, buena, que vive la religión en su sentido real, un excelente ejemplo de un buen cristiano.

Más allá de esto, nunca me interesó la religión. Yo estaba de novia con este chico “a pesar” de su religión.

Siempre charlábamos de diferentes temas, de Dios, de su Verdad, etc. Pero yo no quería entrar en el tema de Jesús. Eso era algo que un judío ni debía mencionar. Lo “otro”, lo “fuera de límites”. No me lo enseñaron explícitamente en mi educación judía, pero es algo que se transmite y no sé cómo. (En realidad hoy sí entiendo que es una cuestión Divina, Dios no lo permite, Dios puso un velo sobre el pueblo judío, y sólo va permitiendo de a poco que a algunas personas se les “caiga” este velo y puedan ver la Verdad. Puedan leer las escrituras con un corazón abierto, sincero, y encontrar allí las respuestas que siempre buscaron).

Después de años juntos, nos casamos y al tiempo tuvimos nuestra primera hija. Como ya habíamos hablado de novios, a nuestros hijos íbamos a criarlos en ambas religiones o tradiciones; íbamos a hacerles el bautismo y la circuncisión en el caso que sean varones.

Extraños caminos

Llegó la hora del bautismo de mi primera hija, y así lo hicimos. Fue un momento difícil para mí. Todo lo que siempre vi en otras personas, en la televisión, como parte de otra cultura, lo estaba viviendo con mi propia familia. Mis padres estuvieron presentes en todo momento, una situación también difícil para ellos (aunque ellos pidieron ir al bautismo de mi hija porque ese momento iba a ser parte de la vida de su nieta y no querían perderse ninguna parte de su vida, aunque no tenga que ver con sus propios valores).

La alegría de la familia de mi esposo y la de él, hizo que el día fuera un poco mejor, ya que me alegré por ellos que tanto los quiero.

Al día siguiente teníamos con mi esposo un largo viaje en auto y me insistió para escuchar un audio de un “judío católico”; (que si bien en un principio me pareció algo medio extraño e incompatible, y no me generaba ningún tipo de interés escucharlo, no quise parecer tan cerrada como para negarme, así que accedí a escucharlo).

En este audio esta persona contaba sobre una experiencia “sobrenatural” que había tenido, una comunicación con Dios, y al

cabo de un tiempo con la Virgen María. Es una historia muy interesante, pero bastante larga para detallar aquí (esta persona tiene hoy en día libros y muchos audios donde cuenta su historia: su nombre es Roy Schoeman).

Este audio que escuché ese día era sólo su testimonio, no hablaba en ningún momento de argumentos sobre cuál es la verdad, sino sólo contaba la experiencia sobrenatural que él había tenido.

¿Qué tiene que ver esto conmigo? Que en ese mismo instante, sólo por escuchar su testimonio (donde no daba ningún tipo de argumento ni nada, sino que contaba lo que a él le pasó y cómo hoy vivía su vida como judío completo, judío que reconoce a Jesús como el Mesías y a la Iglesia como transmisora de sus ideas y doctrina), el velo "invisible" cayó de mis ojos, de mi corazón, y creí en todo en un solo instante.

No entiendo bien cómo funcionó, pero es como si hubieran trasplantado en mi cerebro una parte nueva, llena de conocimiento y entendimiento. No sólo creí que Jesús era el Mesías, sino que la Iglesia era la verdadera transmisora de la Verdad, la virginidad de María, la infalibilidad del Papa y todo lo que la doctrina enseña. En ese momento creí para siempre, y también tomé conciencia del rol de mi existencia.

Siempre supe que tenía una misión, como todo el mundo la tiene, pero no sabía aún en qué consistía. Y en ese instante también comprendí que mi misión como judía, era "abrazar" esta fe y transmitirla a mi entorno y a otros.

Esto fue en el 2008. Y ¿qué ocurrió desde ese momento? Si bien esa "transformación" fue instantánea en cuanto a mi vida interior, no fue tan rápido en cuanto a mi vida exterior. Con mi esposo conversamos mucho sobre el tema y comencé a investigar. Me puse en contacto con esta persona del testimonio que escuché, **Roy Schoeman**, y también comencé a investigar y leer argumentos racionales sobre el tema.

Dilemas, identidades y coherencia

Mientras tanto estaba mi dilema interior: "si creo en esto debo ser coherente con eso – y Jesús no sólo dijo increíbles y sabias

enseñanzas sino que también dijo las cosas que uno debe hacer: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”…” El bautismo, la comunión… era demasiado para mí en ese momento. La cuestión familiar era muy difícil, ¿qué dirá mi familia? ¿Cómo le podrá doler esto a mis padres? ¿A toda mi familia? ¿A mis amigas? Y no podía llevar a cabo todo este proceso en secreto. Si mi misión es transmitirles esto, ¿cómo iba a hacerlo en secreto? Si algún día les iba a tener que contar, mejor hacerlo antes que después.

Esto es sólo un resumen de lo que fue pasando por mi mente en los 5 años y medio después de ese momento único. Por supuesto que también seguí con mi rutina, mi trabajo, mi hija, luego otra hija más a quien también bautizamos.

Este proceso mío fue interno, conocí historias de otros judíos católicos, y leí sobre las profecías. Pero ahí quedó. No avancé sobre el tema, el temor me paralizaba. Y al mismo tiempo se comenzaba a enfriar todo esto dentro de mí.

Se me hizo “Visible lo Invisible”

Cinco años después de este hecho, en el 2013, pasó algo increíble que transformó realmente mi vida y mi alma. Un domingo “cualquiera” acompañé a mi esposo a Misa. No tenía muchas ganas de ir, pero ese día realmente no tenía ninguna excusa para no acompañarlo y realmente era más práctico ir con él ya que luego teníamos que ir a otro lado, y de allí llegábamos directo.

Así que me senté junto a él, aguardando que termine, un poco distraída. Pero algo ocurrió. En el momento de la consagración y sobre todo cuando las personas se acercaban a tomar la Comunión, sentí en mí un amor profundo y una unión con todas las personas que estaban tomando la comunión. Una transformación interior que no podía comprender qué era. En ese momento fue como si el imán más potente del mundo se hubiera instalado en mi alma, un imán que se siente atraído siempre, cada día, por la Eucaristía. Yo creo, y lo sé, que Dios se hace presente allí, está allí.

Desde ese día, no pasó ni un solo día, que no tenga ganas y necesidad de ir a Misa. Desde ese día mi corazón se tornó hacia

Dios. Mi vida interior dio un giro inexplicable, un amor profundo diferente a todo lo que jamás sentí (y estuve y estoy rodeada de amor toda mi vida).

Desde ese domingo tan especial, al otro día le pedí a mi esposo que me acompañe a Misa. Él me miraba raro… "¿Vos querés ir a Misa? ¿Y un lunes?"… pero no le quedó otra opción que acompañar a su judía esposa a Misa. ¿Cómo decir no a semejante pedido?

El martes, lo mismo… "vamos a Misa" le dije. Y así todos los días de la semana. No podía pensar en otra cosa que no sea la hora que llegue de ir a Misa. De que el cura levante la hostia y diga esas palabras para la Consagración. Miraba las Misas en EWTN de la tele y sentía envidia de las personas que estaban allí presenciándola.

A la segunda semana mi esposo me dijo "te amo, pero si querés ir a Misa andá vos…"

Pero jamás habría pensado ir sola… ¿yo? ¿Judía? ¿En Misa sola? Una cosa era acompañar a mi esposo y otra muy diferente era ir por mi cuenta... sin ninguna "excusa" si alguien me encontraba. Pero era tan fuerte lo que sentía que por supuesto comencé a ir todas las mañanas. Después de dejar a mis hijas en la escuela, allí iba yo, cada día.

En esa etapa también tuve otras sensaciones y una conexión tan fuerte a Dios en cada momento. Era como si estuviera a mi lado, "caminando junto a mí". Por momentos sentía una energía tan fuerte que sólo podía llorar, llorar y llorar. No era de tristeza, ni tampoco de alegría; era como que mi alma se desbordaba de tal sensación de Dios... Sentir que todo lo que había escuchado alguna vez era verdad, que realmente Dios Existe, y no sólo eso, sino que se brindó por nosotros, en su totalidad. Y que está presente y nos conoce, me conoce y decidió no esperarme más y me sacudió, me llenó de su Amor y me transformó. Un amor tan grande y tan diferente a lo que conocía.

Todo esto, en ese momento de mi vida, fue el impulso que necesitaba para poder llevar a cabo lo que sabía que tenía que hacer por años. Hablar con mi familia y tomar los sacramentos.

Es una larga historia cómo cada cosa pasó, sus dificultades, nervios, pensamientos, tensiones. Pero en el transcurso de menos de 3 meses pude hacer todo eso que por 5 años no me animé: hablar con algunos integrantes de mi familia y luego tomar los sacramentos.

Desde ese momento y hasta hoy (algunos días más, otros menos), cada vez que voy a una Misa, al momento de la comunión, mi corazón late, aunque esté algún día más desconectada por las ocupaciones diarias de la vida. En ese momento mi corazón late como si actuara en forma independiente del resto de mi cuerpo, como si viera lo que mis ojos no ven, como si percibiera lo que mis sentidos no pueden percibir. Si no fuera por mis ocupaciones y responsabilidades, iría dos veces por día a Misa para sentir esta presencia tan profunda de Dios. Recibirlo es sentir un abrazo de Él que alimenta mi alma.

Cómo sigue este camino

Actualmente en mi blog personal (judíaycatólica.com) comparto parte de mi historia con pensamientos y escritos para personas que les interese este tema, y gente que quizás sienta dudas, miedos, y necesite compartirlo con alguien.

De ningún modo diría que esta es una historia de conversión. La llamo una historia de *"**completud**"* (palabra que no existe, pero expresa lo que quiero decir), ya que no me convertí a otra religión. Soy Judía y reconozco al verdadero Mesías del judaísmo que Dios envió, que es Jesús. Y Él, transmite sus ideas, sacramentos, doctrinas, a través de la Iglesia. Por eso es que sigo al Catolicismo. Esta Iglesia tiene la Eucaristía, a Dios presente, realmente presente en cada Misa.

Asimismo, no pierdo mis raíces judías, ni dejé de tener mis tradiciones. Mis hijas son judías y católicas. Van a una escuela hebrea, y también van a hacer los rituales y tomar los sacramentos Católicos. Estas dos "religiones" son la perfecta comunión, son una continuidad, no un corte, sino una "*completud*", una perfecta y compatible unión. Dos piezas de un rompecabezas que encajan perfectamente y ninguna, jamás, elimina a la otra.

Como dice Rosalind Moss, *"**hacerse católico es lo más judío que puede hacer un judío**".*

Y terminado este precioso testimonio, viendo cómo actuó la Gracia regalándole esa experiencia de fe y conversión que ella llama "completud", creo en todo caso que cada uno de nosotros podría sinceramente preguntarse:

Y yo, ¿busco realmente la Verdad, la quiero encontrar? ¿Estoy abierto de corazón a lo que Dios me quiera regalar y mostrar?

Me viene ahora a la mente lo que les pasa a muchos judíos que desconocen el capítulo 53 de Isaías (El capítulo prohibido en la Biblia hebrea) porque se lo tienen escondido, para que no descubran la identidad del Mesías en Jesús, el Siervo Sufriente. No es ninguna broma, es algo dramático. Vean este vídeo:

https://www.youtube.com/watch?v=6T2fHaNU-aw

Encontrar pues, el verdadero sentido de la vida, más allá de los falsos sentidos que nos ofrece el mundo y que nos debilitan la voluntad y las ganas de vivir, unas ganas de vivir que pretenden que las hagamos sostener en un bluff, en el vacío de la sociedad de consumo, de la vanidad o vanagloria. No, se trata de tener una vida que valga la pena ser vivida, y que por supuesto nos prepare adecuadamente para la muerte y el más allá. La vida para la que realmente hemos sido concebidos. Porque ante todo somos y hemos de vivir como ciudadanos del Cielo. Escuchemos a San Pablo:

"No es que ya lo haya conseguido todo, o que ya sea perfecto. Sin embargo, sigo adelante esperando alcanzar aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó a mí. Hermanos, no pienso que yo mismo lo haya logrado ya. Más bien, una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús. Así que, ¡escuchen los perfectos! Todos debemos tener este modo de pensar. Y, si en algo piensan de forma diferente, Dios les hará ver esto también. En todo caso, vivamos de acuerdo con lo que ya hemos alcanzado.

Hermanos, sigan todos mi ejemplo, y fíjense en los que se comportan conforme al modelo que les hemos dado. Como les he dicho a menudo, y ahora lo repito hasta con lágrimas, muchos se

comportan como enemigos de la cruz de Cristo. Su destino es la destrucción, adoran al dios de sus propios deseos y se enorgullecen de lo que es su vergüenza. Solo piensan en lo terrenal. En cambio, nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde anhelamos recibir al Salvador, el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso, mediante el poder con que somete a sí mismo todas las cosas". Filp.3, 12-21.

"Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión... Estamos, pues, llenos de buen ánimo y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor. Por eso, bien en nuestro cuerpo, bien fuera de él, nos afanamos por agradarle. Porque es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal." II Cor. 5, 6-10

11. EL PROVIDENCIAL RAYO QUE PARTIÓ EN DOS LA VIDA DE GLORIA POLO

Me alegro mucho que hayas llegado hasta aquí. Ahora ha llegado el momento de escuchar un testimonio estremecedor y que pienso te marcará con toda seguridad, sobre todo si vieras a la protagonista cómo lo cuenta. Es otra ECM (experiencia cercana a la muerte). Pero si traigo algunas de estas experiencias que ayudan a entender que al morir todos experimentan el túnel, la película de su vida, y la presencia ante una Luz indescriptible que es Dios y de la cual quisieran nunca despegarse por la paz y felicidad que brota de ella, lo hago porque son suficientemente completas. Y todas ellas te expresan lo fundamental de que *después de la muerte, el juicio ante Dios: "**cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular" (CIC 1022).***

Esto es fundamental tenerlo claro, clarísimo. Porque muchos se quedan sólo con lo bonito de esa Luz maravillosa y Amorosa, sin más, pero ante la cual todos hemos de comparecer en juicio para recibir una retribución en forma de premio o castigo, retribución que

cada cual la tendrá "***como consecuencia de sus obras y de su fe" (CIC 1021).***

Por eso que este testimonio de la odontóloga colombiana Gloria Polo es tan conveniente escucharlo. Está tomado de una de las entrevistas efectuadas a la doctora en Radio María (Colombia). Atentos al testimonio:

"¡Hermanos! De verdad es muy lindo para mí estar con ustedes compartiendo ese **hermosísimo regalo** que me hizo mi Señor el 5 de mayo de 1.995 en la Universidad Nacional en Bogotá**.**

Nos estábamos especializando con un sobrino, Eduardo, que también era odontólogo y mi esposo nos acompañaba. Teníamos que recoger unos libros en la Facultad de Odontología un viernes por la tarde. Estaba lloviendo muy fuerte. Mi sobrino y yo nos resguardamos bajo un paraguas muy pequeño, y mi esposo tenía su chaqueta impermeable y caminaba junto a la pared de la Biblioteca General. Mientras nosotros íbamos saltando para evitar coger charcos, nos acercamos a los árboles. Cuando fuimos a saltar para evitar coger un gran charco, nos cayó un rayo. Nos dejó carbonizados; mi sobrino fallece allí de manera fulminante. Yo también quedé sin vida.

Él era un muchacho, a pesar de su corta edad, muy entregado al Señor y era muy devoto al Niño Jesús y traía siempre la imagen de él en su pecho dentro de un vidrio de cuarzo. Según la fiscalía el rayo entra a través de la imagen. Y a él le entra el rayo en el corazón, le quema por dentro y le sale en el pie. Pero por fuera no se carbonizó. Ni se quemó. En cambio a mí el rayo me entra por el brazo. Me quema de forma espantosa todo mi cuerpo, por fuera y por dentro. Esto que ven aquí, este cuerpo reconstruido, es misericordia de nuestro Señor. Me carboniza, me deja sin senos, prácticamente me desaparece toda mi carne y mis costillas; el vientre, las piernas... sale el rayo por el pie derecho, se me carboniza el hígado, se me queman los riñones, los pulmones...

Yo planificaba la concepción de hijos con la T de cobre, de manera que el cobre, buen conductor eléctrico, me carbonizó, me pulverizó los ovarios, quedé en paro cardiaco. Allí, sin vida. Mi marido

me dijo que el rayo lanzó los cuerpos a siete metros de distancia de donde él se encontraba, y que los cuerpos estuvieron saltando por la electricidad que quedó en todo ese sitio hasta unos ochenta centímetros sobre el suelo.

Primera experiencia mística

Pero miren. Ésa es la parte física. Pero lo más hermoso, lo más bello, es que mientras mi carnes estaban allí carbonizadas, yo en ese instante me encontraba dentro de un hermosísimo túnel blanco, lleno de amor. Era un gozo, una paz, una felicidad, que no hay palabras humanas para describirles la grandeza de ese momento; era un éxtasis inmenso.

Yo iba feliz, gozosa, nada me pesaba dentro de ese túnel. Miré en el fondo de ese túnel como un sol, una luz hermosísima. Yo digo que es blanco para ponerle color porque ninguno de los colores es comparable terrenalmente con esa luz hermosísima. Yo sentía la fuente de todo ese amor. De esa paz...

Cuando yo voy subiendo digo: ¡miércoles! Me morí. Y en ese instante pienso en mis hijos y digo: - ¡Ay Dios mío, mis hijitos! ¿Qué van a decir esos hijos? Esa mamá tan ocupada, nunca tuvo tiempo para ellos. Ahí miro con verdad la vida mía y me da tristeza. Me salí de mi casa a transformar el mundo; y me quedaron grandes mis hijos y mi hogar.

Y en ese instante de vacío por mis hijos echo una mirada, y cuando miro hay algo bello: ya mis carnes no estaban ni en las medidas de tiempo ni de espacio de acá, y vi a todas las personas en un mismo instante, en un mismo momento, a todas las personas; a los vivos y a los muertos. Me abracé con mis bisabuelos, con mis padres que habían fallecido, con todos. Fue un momento pleno, hermoso. Ahí me di cuenta de que me habían metido un "Gol" con el tema de la reencarnación, porque yo sí, defendía la reencarnación.

Ahí estaban mi abuelo y mi bisabuelo, andaba viéndolos por todas partes. Me abrazaron, me encontré con ellos en un instante, nos abrazamos y abracé a todas las personas con las cuales tuve

que ver en mi vida, en todas partes, en un mismo instante. Sólo a mi hija cuando la abracé se asusto, tenía 9 años; ella sí sintió mi abrazo.

No había pasado nada de tiempo en ese momento tan hermoso, y que lindo, ya sin carnes. Ya no miraba corno miraba antes, que sólo miraba el que estaba gordo, flaco, negro, feo, con criterios. Así no. Ya, cuando estaba sin carnes veía el interior de las personas: ¡qué lindo ver el interior de las personas! Ver en las personas sus pensamientos, sus sentimientos. Los abracé en un instante y sin embargo, yo seguía subiendo y subiendo llena de gozo. De repente sentí que iba a disfrutar de una vista hermosa en el fondo un lago bellísimo. En ese instante oigo la voz de mi esposo, mi esposo que llora y con un grito profundo, con todo el sentimiento me grita, dice:

"Qué hubo ¡Gloria! por favor no se vaya! ¡Mire Gloria regrese! los niños Gloria. No sea cobarde".

En ese instante yo hago esa mirada así, como global y no lo miro sólo a él y lo vi llorando con tanto dolor. Y ahí el Señor me concede regresar, yo no me quería venir. Qué gozo, qué paz, qué alegría tenía, pero entonces empecé a bajar lento a buscar mi cuerpo, me encontré sin vida.

Mientras bajaba vi el ingreso triunfal de mi sobrino Eduardo en aquel jardín maravilloso: me miró, levantó los brazos victorioso y lleno de indescriptible felicidad atravesó el umbral.

Cuando me hicieron volver tenía muy claro que yo no habría entrado nunca en aquel jardín. Mi experiencia parcial del paraíso, pues, se debió al hecho de que todos los hombres, excepto los suicidas, reciben el abrazo de Dios Padre en el momento de la muerte. Debido a esto, los que vuelven, salvo excepciones, hablan de un túnel luminoso de amor vivo y de paz total en el que son atraídos hacia una salida todavía más luminosa. Este túnel de luz son los brazos de Dios Padre y la salida aún más luminosa es el Corazón de Cristo, puerta del Paraíso. Pero Dios Padre no obliga a nadie. En consecuencia, si en la tierra hemos decidido vivir sin Dios, Él no nos obligará a estar con Él en la eternidad. Entonces, tras habernos

abrazado con su Amor infinito, con infinito dolor nos consignará al padre que libremente hemos elegido. Para Dios Padre será como arrancarse un pedazo del corazón. Yo no causé este dolor a Dios Padre porque el tiempo de mi vida aún no había terminado.

Primer retorno a la conciencia

Cuando volvía encontré mi cuerpo, sin vida, en la camilla de la enfermería de la Universidad Nacional; veía cómo los médicos le hacían como choques eléctricos a mi corazón para sacarme del paro cardíaco. Duramos dos horas y media allí, tirados. Porque no nos podían recoger, porque "le pasábamos corriente" a todo el mundo. Hasta que dejamos de "pasar corriente" y nos pudieron asistir. Y me empezaron a reanimar.

Apenas había apoyado los pies de mi alma en la cabeza de mi cuerpo sin vida, sentí una violenta succión que me introdujo en mi cuerpo. Salté como caucho hermanos, y comencé a sentir el dolor impresionante de mi cuerpo carbonizado que emanaba humo. Pero más fuerte aún que este dolor físico era el de mi vanidad, privada de un bello cuerpo al que había sacrificado tanto tiempo y dinero. Una mujer con criterios de mundo, la mujer ejecutiva. La intelectual, la estudiante, y la esclavizada del cuerpo, de la belleza y de la moda. Esclavizada para tener un cuerpo hermoso. Masajes. Dietas... bueno. De todo lo que se quieran imaginar…¡esa era mi vida!

De allí me llevaron a un hospital público, tan lleno de pacientes, enfermos, heridos, que no encontraban ni una camilla donde colocarme. Los pobres médicos no podían hacer nada. Fueron horas de espera dolorosa y desesperante que Dios permitió. Pero ¿saben lo que sucedió mientras experimentaba ese abandono total? Vi a nuestro Señor Jesús agachado junto a mí. Con ternura infinita me cogió la cabeza y me consoló.

Pensé que era una alucinación, y cerré los ojos intentando acabar con ella. Pero cuando los abrí, allí seguía Jesús. Los cerré varias veces, pero allí permanecía siempre, junto a mí. Sólo cuando Jesús encontró en mí una actitud de suficiente atención, me dijo:

“Escúchame, pequeña mía, estás a punto de morir. Siéntete necesitada de Mi Misericordia”.

Cerré los ojos, y pensé: “Misericordia, misericordia, pero ¿qué he hecho yo de malo?”. Ni meditando las palabras de Jesús logré encontrar en mí nada que necesitara de misericordia. Me creía inocente. Había perdido la conciencia de pecado.

Lo que sí me había quedado muy claro era que en poco tiempo me moriría.

Me llevaron a quirófano para ser operada por el doctor Mario Daniels, y mientras estoy siendo anestesiada, sufrí un nuevo infarto, y me vuelvo a salir del cuerpo. Y estaba mirando lo qué estaban haciendo los médicos con mi cuerpo para reanimarme.

Fuera ya del cuerpo me preocupaba por mis piernas. Y es aquí cuando de repente comenzará mi segunda experiencia mística. Los médicos viendo mi situación se plantearon desconectarme al sentir que nada podían hacer por mí, y que lo mejor sería abreviar la agonía. Si me lo hubieran preguntada a mí que defendía la eutanasia y el derecho a morir dignamente, habría dado mi consentimiento. Pero gracias a Dios que mi hermana que es médico se opuso a los demás médicos, diciendo que ellos no eran Dios para tomar esa decisión. Permanecí en coma profundo durante tres días en la clínica San Pedro Claver de Bogotá, mantenida con vida artificialmente. De otro modo habría muerto, puesto que no podía respirar naturalmente.

Segunda experiencia mística

Cuando de pronto fue un momento tan terriblemente horroroso porque yo les cuento mis hermanos: mi relación con el Señor era una eucaristía los domingos. Veinticinco minutos donde el sacerdote hablara menos, porque qué desespero y qué angustia. Esa era mi relación con Dios. Y como esa era mi relación, sólo eso, pues todas las corrientes del mundo me arrastraban como una veleta; al punto de que cuando ya me estaba especializando y cuando yo estaba estudiando y oía a un mal sacerdote que" el infierno no existía y que los diablos tampoco" ¿Quién dijo miedo? a mi lo único triste, mire padre, y vergonzosamente les confieso y lo único que me mantenía

en la iglesia era el miedo al Diablo. Y cuando me dicen que no existe, yo dije: *"Bueno para el Cielo Vamos, no importa cómo somos"*

Entonces, eso terminó de alejarme totalmente del Señor. Empiezo a hablar mal, porque el pecado no se quedó en mí, sino que empiezo a dañar mi relación con el Señor. Peor, empiezo a decir a todo el mundo que los demonios no existen, que son invenciones de los curas, que son manipulaciones.

Y estudiando con muchos compañeros de La Nacional, empecé a andar con el cuento de que Dios no existía y de que éramos producto de una evolución. Y miren, cuando me veo en ese instante, ¡qué susto tan terrible! cuando veo a los demonios, y que me vienen a recoger, y que la paga soy ¡yo!... En ese instante, empiezo a ver como de la pared del quirófano empiezan a brotar muchísimas personas. Aparentemente común y corrientes, pero con una mirada de odio tan grande, una mirada espantosa y yo me doy cuenta en ese instante, que en mis carnes hay una sabiduría especial, y yo me doy cuenta de que a todos ellos les debo; que el pecado no fue gratis y que la principal infamia y mentira del demonio fue decir que no existía, y veo como me vienen y me empiezan a rodear y me vienen a recoger.

Ya ustedes tienen idea del susto, el terror, esta mente científica e intelectual no me servía de nada. Y rebotaba al piso, rebotaba dentro de mi carne, para que mi carne me recibiera y mi carne no me recibía. En ese susto tan terrible, yo salí corriendo y no sé en qué instante atravesé la pared del quirófano. Yo aspiraba esconderme entre los pasillos del hospital, y no, cuando pasé la pared del quirófano... "zas" un salto al vacío.

Y entro por una cantidad de túneles que van abajo. Al principio tenían luz y eran luces como panales de abeja. Donde había muchísima gente. Pero voy descendiendo y la luz se va perdiendo y empiezo a andar en unos túneles de tinieblas espantosas, y cuando llego a las tinieblas esas no tienen comparación. Vea, lo más oscuro de lo oscuro terrenal es luz del mediodía allá. No se puede comparar. Ellas mismas ocasionan dolor. Horror. Vergüenza y huelen mal. Y yo termino ese descenso por entre todos esos túneles y llego a una

parte plana desesperada. Esa voluntad de hierro que decía que tenía, porque es que a mi nada me quedaba grande, no me servía de nada. Porque yo quería subir e igual estaba ahí, y veo como en ese piso se abre una boca grandísima, y siento un vacío impresionante en mi cuerpo. Un abismo al fondo inenarrable, porque lo más espantoso de ese hueco era que no se sentía ni un poco del amor de Dios, ni una gota de esperanza; y ese hueco tiene como unas chupas y tiran de mí, y yo grito aterrorizada.

Y yo sabía que si entraba ahí, ya estaba muerta mi alma. Y en ese horror tan grande, cuando estoy entrando, me toman de los pies. Mi cuerpo entró en ese hueco pero mis pies estaban sostenidos de arriba. Fue un momento muy doloroso y terrorífico. ¡Vea! El ateísmo se me quedó en el camino y empecé a gritar:

¡"Almas del purgatorio por favor sáquenme de aquí"!

Cuando yo estaba gritando fue un momento de un dolor inmenso porque me doy cuenta de que ahí se encuentran millares y millares de personas en ese hueco sobre todo jóvenes, y con dolor me doy cuenta de que se empiezan a escuchar el rechinar de dientes con unos alaridos y lamentaciones que me estremecían.

Muchos años me habían costado para asimilar eso, porque yo me ponía a llorar cada vez que me acordaba del sufrimiento de esas personas, y me doy cuenta que allí estaban todas las personas que en un segundo de desesperación se habían suicidado, y estaban en esos tormentos con todas esas cosas que ahí se encontraban, pero los más terrible de esos tormentos es la ausencia de Dios. No se sentía al Señor.

Y en ese dolor empiezo a gritar ***"¡¡¿Quién se equivocó?!!".***

Miren, yo me creía tan santa. Jamás he robado, yo nunca he matado, yo le daba mercados a los pobres, yo sacaba muelas gratis a los que necesitaban. ¿Yo qué hago aquí? Yo iba a misa los domingos, a pesar de que me consideraba atea nunca falté. Si en mi vida falte cinco veces a misa fue mucho. Yo era alma que siempre iba a misa. ¿Y yo qué hago aquí? ¡Yo soy católica, por favor yo soy católica sáquenme de aquí! Cuando yo estoy gritando que soy

católica, veo una lucecita, y miren, una luz en esas tinieblas es el máximo regalo que puede recibir uno. Veo unas escaleras encima de ese hueco, veo a mi papa, que había fallecido cinco años atrás, casi a ras del hueco, un poquito de luz tenía y cuatro escalones más arriba veo a mi mama, con mucha más luz, y en esa posición como de oración.

Cuando yo los vi me dio una alegría tan grande, y empecé a gritar:

" ¡papito, mamita, por favor sáquenme de aquí se los suplico, sáquenme de aquí!".

Cuando ellos bajan la vista y mi papá me ve allí, si hubieran visto el dolor tan grande que sintieron ellos; uno siente los sentimientos en el sitio, uno mira esa parte y ve ese dolor tan grande, mi papá empezó a llorar y se ponía sus manitas en la cabeza y temblaba: "¡hija mía, hija mía!". Y mi mama oraba y me doy cuenta que ellos no me pueden sacar, pues el dolor que me daba era de ver que ellos estaban allí compartiendo ese dolor conmigo.

Y empiezo a gritar de nuevo:

" ¡Por favor, miren, sáquenme de aquí, que soy católica!," ¿pero quién se equivoco?" ¡Por favor, sáquenme de aquí! "

El encuentro con Jesús

Y cuando yo estoy gritando esta segunda vez, se escucha una voz, es una voz dulce, es una voz que cuando la escucho se estremece toda mi alma, y todo se inundo de amor y de paz, y todas esas criaturas salieron despavoridas, porque ellas no resisten el amor, ni la paz, y hay paz para mí cuando me dice esa voz tan preciosa:

"muy bien, y si tú eres católica dime los mandamientos de la ley de Dios".

Y qué rajada tan horrible, ¿oyeron?, yo sabía que eran diez, pero de ahí en adelante nada, ¡miércoles! qué voy hacer aquí. No, aquí sí hago. Mi mamá siempre me hablaba del primer mandamiento del amor. Al fin me sirvió. Al fin ~ sirvió para algo "la carreta" de mi

mamá. Aquí me toca "echar esta carreta" de mi mamá. Para ver cómo salgo de ésta que no se note las demás. Pensaba manejar las cosas como las manejaba en el mundo, pues siempre tenía la excusa perfecta, y siempre me justificaba y me defendía de tal manera que nadie se enterará de lo que no sabía. Y aquí me figuro, aquí empiezo a decir:

..El primero. Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo ",—¡" Muy bien!"

Y me dicen:-" ¿ Y tú los has amado"

—Y digo: “¡yo sí, yo sí, yo sí,! “

Y es cuando me dicen: "No”

Miren. Cuando me dijeron “¡No!", ahí sí sentí el corrientazo del rayo, porque yo no me di cuenta en que parte me cayó el rayo, no sentía nada, y me dicen:

"¡NO! ¡Tú no has amado a tu Señor sobre todas las cosas, y muchísimo menos a tu prójimo como a ti misma! ¡Tú hiciste un dios que acomodaste a tu vida sólo en momentos de extrema necesidad! Te postrabas ante él, cuando eras pobre, cuando tu familia era humilde, cuando querías ser profesional. ¡Ahí sí, todos los días orabas, y te postrabas tiempos enteros, horas enteras suplicando a tu Señor! ¡Orando y pidiéndole para que Él te sacara de esa pobreza y te permitiera ser profesional y ser alguien! Cuándo tenías necesidad, querías dinero, ahí mismo un rosario Señor, ¡pero mándame la plática! ¡Esa era la relación que tú tenías con el Señor!”

Yo veía a mi Señor, de verdad, tristemente. Les comento que mi relación con Dios era de "cajero automático”. Pisaba un rosario y tenía que bajar la plata, ésa era mi relación con Él. Y me muestran que tan pronto el Señor me permitió que tuviese profesión y que empezaba a tener un nombre, y empezaba a tener dinero, pues ya me quedó chiquitico el Señor. Y ya empecé a creerme muchísimo; ni siquiera la mínima expresión de amor con el Señor.

¿Ser agradecida? ¡Jamás! Ni siquiera al despertarte y cuando abría los ojos tenía un… Señor, gracias por este día que me has dado, gracias por mi salud, por la vida de mis hijos, porque tengo un techo y pobrecitos los que no tienen techos, ni comida Señor.... ¡Nada! ¡Desagradecidísima! y además pusiste tan debajo a tu Señor que creías más en Mercurio y Venus para la suerte, y andabas pegada a la astrología diciendo que los astros manejaron tu vida.

Empezaste a andar en todas las doctrinas que te ofrecía el mundo. Empezaste a creer que simplemente morías y volvías a empezar. ¡Y te olvidaste de la Gracia! Que tú habías costado un precio de sangre a tu Señor (así me lo hacían ver todo)

Me hacen un examen de los Diez Mandamientos. Me muestran que yo decía que adoraba, que amaba a Dios. Pero vi que con mis palabras a quien adoraba era a Satanás. Porque en mi consultorio llegaba una señora a hacer riegos (cosas de superstición y brujería), y yo decía:

"Yo no creo en eso ¡"pero échelos por sí las moscas"! Y empezaba a echar ella rieguitos para la buena suerte.

Había puesto allá en un rincón donde no supieran los pacientes una penca de sábila con una herradura, dicen que para alejar a las malas energías.

Miren todo eso, ¡vergonzoso!, Me hacen un análisis de toda mi vida sobre los diez mandamientos, me muestran con el prójimo quien fui yo, como le decía a Dios que lo amaba cuando todavía no me había alejado de Él; cuando no había empezado andar en el ateísmo yo decía:

—¡Dios mío te amo!

Pero con esa misma lengua que yo bendecía al Señor, con esa misma lengua le daba garrote a toda la humanidad; criticaba a todo el mundo, a todo el mundo andaba señalando con el dedo, siempre la santa Gloria Polo; y me mostraban que yo decía que amaba a Dios y sin embargo era envidiosa y nada agradecida: jamás le reconociste –me decían- todo el esfuerzo y amor y la entrega de ellos, para darte

una profesión, para levantarte, y todo eso tan pronto tuviste profesión; hasta ellos te quedaron pequeños. Al punto de llegar a avergonzarte de tu mamá, por la humildad y la pobreza de ella.

Y me muestran como esposa, ¿quién era? Todo el día renegando desde que me levantaba. Mi esposo me decía:

"!Buenos Días"! ¿Cuáles buenos días? ¡Mire, está lloviendo!, renegando todo el tiempo. Y con mis hijos me muestran que ni siquiera jamás tuve amor y compasión por el prójimo, por mis hermanos de fuera. Y me decía el Señor "nunca pensaste…! Pobrecitos, Señor los enfermos! Dame la gracia de ir allá a acompañarlos en su soledad. Los niños que no tienen mamá, los huerfanitos, cuántos niños sufriendo Señor."… mi corazón de piedra… ¡Total!

En el examen de los diez mandamientos no pase ni medio.

¡Terrible, espantoso! Vivía un verdadero caos. ¿Cómo que yo no había asesinado y había matado a tanta gente?

Por ejemplo, yo di muchos mercados a gente necesitada, pero daba no por amor, daba por mi imagen, porque como era muy bonito que todo el mundo me viera la gracia, y como era de bonito manipularle la necesidad a la gente.

Y entonces yo decía: "tome, le doy este mercado, pero me hace el favor va y me remplaza en las reuniones del colegio de mis hijos, porque yo no tengo tiempo de ir a las reuniones personales, de los colegios. Y así a todo el mundo le daba cosas, pero les manipulaba; además me encantaba que anduviera un montón de gente detrás de mí diciendo lo buena y lo santa que era. ¡Me creé una imagen!

Y me dicen a mí:

"¡Es que tú tenías un dios, y ese dios era el dinero!, ¡por el te condenaste!; Por el te hundiste en el abismo, y te alejaste de tu Señor."….nosotros sí habíamos tenido mucho dinero, pero estábamos quebrados, endeudadísimos, se nos había acabado el dinero… Entonces cuando me dicen dios dinero yo grite:

"¡Pero cuál dinero, si yo allá en la tierra deje muchas culebras!"… y hasta ahí hablé.

Y cuando me hablaban por ejemplo en el segundo mandamiento, veía que yo de pequeñita tristemente aprendí que para evitar los castigos de mi mamá, que eran bastante severos, las mentiras eran excelentes, y empecé a caminar con el padre de la mentira (Satanás). Y empecé a volverme mentirosa, y a medida que mis pecados iban creciendo, las mentiras iban haciéndose más grandes. Me daba cuenta de que mi mamá respetaba mucho al Señor, y para ella el nombre del Señor era santísimo. Entonces yo pensé y dije: aquí tengo el arma perfecta y comencé a jurar en vano, le decía: "mami por Cristo lindo te juro...", y así evitaba los castigos. Imagínense en mi mentira colocando el Santísimo nombre del Señor en las porquerías, en mi inmundicia, porque ya estaba llena de tanta mugre y de tanto pecado.

Y vean hermanos, aprendí que las palabras no se las lleva el viento: cuando mi mamá se me ponía muy terca le decía: "mama, sabe qué, ¡que me parta un rayo si te estoy diciendo mentiras!", y la palabra se cumplió en el tiempo, pero miren por misericordia de Dios estoy aquí, porque en realidad el rayo entró y me atravesó prácticamente en dos partes y me quemó.

Me mostraban cómo yo, que me decía católica, nunca tuve palabra, y siempre anteponía el Santo nombre del Señor.

Me impresionó cómo el Señor pasaba, y todas las criaturas, todas esas cosas espantosas, se votaban al piso en una adoración impresionante. Vi a la santísima Virgen postrada a los pies del Señor, orando por mí, en una extrema adoración, y yo pecadora desde mi inmundicia, de tú a Tú con el Señor. Yo tan buena que he sido, renegando y maldiciendo del Señor.

En Santificar las fiestas fue espantoso y sentí un inmenso dolor; la voz me decía que yo dedicaba cuatro y cinco horas a mi cuerpo y ni siquiera diez minutos diarios de profundo amor al Señor, de agradecimiento o de una oración; eso sí, empezaba el rosario a una

velocidad y yo decía: “en los comerciales de la novela alcanzo para hacer el rosario”.

Mostraban como nunca fui agradecida con el Señor, y también me mostraban lo que yo decía cuando me daba pereza ir a misa:

“pero mama, si Dios está en todas partes, ¿qué necesidad tengo de ir allá? Claro me era muy cómodo decir eso; y la voz me repetía que yo tenía al Señor veinticuatro horas en el día pendiente de mi, y yo no rezaba ni un poquito o un domingo a darle gracias al Señor para mostrarle cuán grande era mi agradecimiento y mi amor por Él. Y me quedaba grande, pero lo peor del caso, es que me dediqué a cuidar mi cuerpo, me volví su esclava, y se me olvidó un pequeño detalle: tenía un alma y jamás cuide de ella, nunca la alimente con la Palabra de Dios porque yo, muy cómodamente, decía que el que lee la Palabra de Dios se volvía loco.

Y en los sacramentos nada, yo solamente decía que cómo me iba a confesar con esos hombres que eran más malos que yo, porque era muy cómodo para mi entre mi porquería no irme a confesar. El maligno me sacó de la confesión, y así fue como me quito la sanación y limpieza de mi alma, porque cada vez que yo cometía pecado no era gratis. Al pecar Satanás ponía dentro de esa blancura de mi alma su marca, una marca de tinieblas; jamás, solo en mi primera comunión hice una buena confesión, de ahí en adelante nunca más, y por eso recibía a mi Señor indignamente.

Llegó a tal punto la blasfemia, la incoherencia de mi vida, que yo llegué a decir: “¿Cuál Santísimo? ¿Qué tal Dios vivo en un pan? Es que esos sacerdotes deberían echarle un poco de arequipe para que supiera a rico”. Hasta ese punto llego la degradación de mi relación con Dios.

Jamás alimenté mi alma, y para rematar no hacía sino criticar a los sacerdotes: si hubieran visto cómo me fue de mal con eso. En mi familia y desde muy pequeños criticábamos a los sacerdotes, empezando por mi papá. Decían que esos tipos son unos mujeriegos, que tienen más plata que nosotros, y nosotros lo repetíamos. Y nuestro Señor me decía:

"¿Quién te creías tu para hacerte Dios y juzgar a mis ungidos?", me decía: "son de carne y la santidad de un sacerdote la hace la comunidad, que ora, le ama y le apoya, y cuando un sacerdote cae en pecado no le pregunten tanto al sacerdote, sino a la comunidad".

Y el Señor me mostraba que cada vez que yo criticaba a los sacerdotes se me pegaban unos demonios. Fuera de eso, cuánto mal hice cuando califiqué a un sacerdote de homosexual y toda la comunidad se enteró, ¡no se imaginan cuánto daño hice!

Del cuarto mandamiento: honrar a Padre y Madre, el Señor me mostraba como ya les comenté, cómo fui de desagradecida con mis padres, cómo maldecía y renegaba de ellos y no me podían dar todo lo que mis amigas tenían, y cómo fui una hija que no valoraba lo que tenía. Llegué al punto de decir que esa no era mi mamá porque me parecía muy poquita cosa para mí.

Fue espantoso ver el resumen de una mujer sin Dios y cómo una mujer sin Dios destruye todo lo que se acerca. Y fuera de eso, lo más grande de todo es que yo sentía que era buena y santa.

También me mostró el Señor cómo yo creía que no me rajaba en este mandamiento por el simple hecho de haber pagado los médicos y las medicinas de mis padres cuando ellos se enfermaron, también como yo analizaba todo a través del dinero, y como los manipulé cuando yo tenía dinero. Hasta de ellos me aproveche, el dinero me endiosó y los pisoteé.

¿Saben qué me dolió?, ver a mí papa llorando con tristeza. A pesar de todo él había sido un buen padre que me había enseñado a ser trabajadora, emprendedora, y que debía ser honorable, porque solo el que trabaja puede salir adelante. Pero se le olvidó un pequeño detalle: que yo tenía alma, y que él era un evangelizador con su testimonio y cómo toda mi vida se empezó a hundir a través de todo esto.

Veía a mi papa con dolor cuando era mujeriego; él era feliz diciéndole a mi mamá y a toda la gente que él era muy macho porque tenía muchas mujeres, y que podía con todas; que además él tomaba y fumaba. Con esos vicios que lo hacían sentir orgulloso, pues él no pensaba que eran vicios, sino virtudes. Y empecé a ver cómo mi

mama se cubría las lágrimas cuando mi papá empezaba a hablar de otras mujeres.

Me empecé a llenar de rabia, de resentimiento, y empiezo a ver cómo el resentimiento me lleva a la muerte espiritual. Sentía una rabia espantosa de ver cómo mi papá humillaba a mi mamá delante de todo el mundo. Y empiezo con la rebeldía y le digo a mi mama; “yo nunca voy hacer como usted, por eso las mujeres no valemos nada por mujeres como usted, sin dignidad, sin orgullo que se dejan pisotear de los hombres“.

Y yo le decía a mi papa cuando ya fui más grande:

”Jamás papá, póngale cuidado, jamás voy a permitir que un hombre me humille como usted lo hace con mi mamá; si un hombre me llega a ser infiel yo me desquito papá”.

Mi papá me pegó, y me dijo:

”¿Cómo se le ocurre?”

Mi papá era muy machista y le dije: “así me pegue y me mate, si yo me llego a casar y mi esposo me es infiel, yo me desquito para que los hombres entiendan cómo sufre una mujer cuando un hombre la pisotea”.

Y me lleno de todo ese resentimiento y de esa rabia, y cuando ya tuve plata empecé a decirle a mi mamá:

”¿Sabe qué mamá?: ¡sepárese de mi papa!”, y eso que yo adoraba a mi papá. “Es imposible que usted aguante un tipo así, sea digna, hágase valer mamá”.

¡Imagínense! Quería divorciar a mis padres. Y mamá decía, “no hija, a mi no es que no me duela, a mí sí me duele, pero me sacrifico porque ustedes son siete hijos y yo no soy sino una. Me sacrifico porque finalmente su papá es un buen papá, y yo sería incapaz de irme y dejarlos sin papá. Además, si yo me separo, quién va a orar para que su papá se salve, yo soy la que puedo orar para que su papá encuentre la salvación, porque el dolor y el sufrimiento que él me ocasiona yo los uno a los dolores de la cruz, y todos los días le digo al Señor: este dolor no es nada, pero unido a tu cruz me permita que se salve mi esposo y mis hijos”.

Yo no entendía eso. Y saben qué, me dio tanta rabia, y eso hizo que mi vida cambiara y me volviera una rebelde, y empezara a promulgar en esos mismos deseos de defender a la mujer. Empecé a defender el aborto, la estancia, el divorcio y a defender la ley del "Talion", el que me la hace me la paga. Nunca fui infiel físicamente, pero dañé a mucha gente con mis consejos.

Cuando llegamos al quinto mandamiento el Señor me mostraba que yo era una asesina espantosa, y que cometí lo peor y lo más abominable ante los ojos del Señor, el aborto. Miren, es que el poder que me dio el dinero me sirvió para financiar varios abortos, porque yo decía: "la mujer tiene derecho a escoger cuando quiere quedar embaraza o no". Miré en el libro de la vida y me dolió tanto cuando vi a una niña de catorce años abortando, yo le había enseñado. Porque saben que cuando uno tiene veneno, nada bueno queda, y todo a lo que se acerca se daña.

Unas niñas, tres sobrinas mías y la novia de un sobrino abortaron, las dejaban ir a mi casa porque yo era la de plata, la que las invitaba, la que les hablaba de moda, de glamour, y de cómo exhibir su cuerpo. Y mi hermana me las mandaba allá. Miren cómo las prostituí; prostituí menores que fue otro pecado espantoso después del aborto, porque yo les decía a esas niñas:"no sean bobitas mijitas, es que si sus mamás les hablan de virginidad y de castidad es porque están pasadas de moda; ellas hablan de una Biblia de hace dos mil años, y los curas no se han querido modernizar. Ellas hablan de lo que decía el Papa, pero ese Papa está pasado de moda.

Imagínense mi veneno. Y les enseñé a las niñas que ellas tenían que disfrutar de su cuerpo, pero que tenían que planificar. Yo les enseñé los métodos de planificación "perfecta mujer", y esa niña de catorce años, la novia de mi sobrino, llega un día a mi consultorio (lo vi en el libro de la vida), llorando y me dice:

"¡Gloria, soy un bebe y estoy embarazada", y yo le dije:

"bruta, ¿no le enseñé a planificar?" y entonces me dice:

"Sí, pero no funcionó".

Entonces miré, y el Señor me ponía allí esa niña para que no se hundiera en el abismo, para que no fuera a abortar, porque es que el

aborto es una cadena que pesa tanto, que arrastra y pisotea, es un dolor que nunca se acaba, es el vació de haber sido un asesino. Es lo peor a un hijo. ¿Y saben qué fue lo peor de esa niña?, que en lugar de yo hablarle del Señor, le di plata para que fuera a abortar en un lugar muy bueno para que después no la fueran a perjudicar. Así como ese patrociné varios abortos.

Cada vez que la sangre de un bebé se derramaba era como un holocausto a Satanás, es un holocausto. Al Señor le duele y se estremece cada vez que se mata un bebé, porque en el libro de la vida vi cómo el alma de nosotros, tan pronto como se tocan el espermatozoide y el ovulo, se forma una chispa hermosa, una luz salida del sol de Papá Dios. El vientre de una madre tan pronto es fecundado se ilumina con el brillo de esa alma, y cuando se aborta esa alma grita y gime de dolor, así no tenga ojos ni carne, se escucha ese grito cuando lo están asesinando y el Cielo se estremece, y en el infierno se escucha otro igual pero de júbilo. De inmediato del infierno se abren unos sellos, y salen unas larvas para seguir asediando a la humanidad, y seguir haciéndola esclava de la carne, y de todas esas cosas que se ven, y se verán cada día peor.

Porque ¿cuántos bebés se matan a diario? Y eso es un triunfo para él. Cómo será, que ese precio de sangre inocente ocasiona un demonio más afuera en el mundo, y me tiñen en esa sangre, y mi alma blanca se empezó a poner absolutamente oscura.

Después de los abortos ya no tuve más convicción de pecado, para mí todo eso estaba bien. Y lo triste también era ver cómo en esos parajes en que me tenía el maligno allí me mostraba todos los bebés que yo había matado también, ¿porque saben qué? Yo planificaba con la t de cobre y fue doloroso ver cuántos bebitos habían sido fecundados y se habían estallado esos soles, y el grito de ese bebé desgarrándose de las manos de papá Dios. De razón que vivía amargada y mal geniana, haciendo mala cara, frustrada con todos y con mucha depresión y decía para mí: “Qué Mamera“. Claro, me había vuelto una máquina de matar bebes.

Y eso me hundió más en el abismo; ¿cómo que yo no había matado? Y qué decir de cada persona que me cayó gorda, que

odiaba, que detestaba. ¡Ahí ya era todavía asesina! Porque no solo con un disparo se mata a una persona, basta con odiarla, con hacerle el mal, con tenerle envidia, con eso ya se le mata, y en cuanto al sexto mandamiento de no fornicar yo dije:

"no, aquí si no me van a levantar ni un amante, porque yo toda la vida solamente he tenido un hombre y es mi esposo".

Cuando me muestran que yo, cada vez que yo estaba con mis senos descubiertos, y mi cuerpo con mis trusas, estaba incitando a otros hombres a que me miraran, y tuvieran malos pensamientos, y los hacía pecar. Y así fue cómo entré en adulterio.

Yo les aconsejaba a las mujeres que fueran infieles con sus esposos, y les decía: "no sean bobas, desquítense, no los perdonen y más bien, divórciense". Ya con eso estaba cometiendo un abominable adulterio.

Y me di cuenta de que los pecados de la carne son espantosos y son condenatorios, así el mundo les diga que son chéveres y que sigamos actuando como animales. Tristemente me solté de la mano del Señor, porque los pecados están en los pensamientos, en el alma y en la acción.

Fue tan doloroso ver cómo todo ese pecado, por ejemplo el pecado del adulterio de mi papá, dañó y desgarró a sus hijos, a mi me volvió una resentida con los hombres, y en mis hermanos tres fieles fotocopias de mi papá: felices por ser muy machos, mujeriegos y toma tragos… no se daban cuenta cómo dañaban a sus hijos. Por eso mi papá lloraba con tanto dolor viendo cómo su pecado había sido heredado en ellos, en su hija, dañándose así toda la obra de Dios.

En el séptimo mandamiento de no robar, yo me consideraba honesta; y el Señor me mostraba que mientras que en mi casa se desperdiciaba la comida, había tanta hambre que padecía todo el mundo, y me decía:

"yo tenía hambre, y mira tú lo que hacías con lo que yo te daba, desperdiciabas; yo tenía frío, y mira lo que hacías tú, esclavizada con

las modas y las apariencias, gastándote mucho dinero en una inyección para estar delgada, esclavizada en el cuerpo. En pocas palabras, hiciste un dios de tú cuerpo, y me mostraba que yo era culpable de la miseria de mi país, y que yo sí tenía que ver con eso. También me mostraba que cada vez que yo hablaba mal de alguien, le robaba la honra y difícil devolvérsela, que hubiera sido más fácil reparar al robarle un billete a una persona porque le había podido devolverle la plata, y no robarle el buen nombre a una persona.

Le robaba a mis hijos la gracia de una mamá en la casa, una mamá tierna que les amara y no la mamá en la calle, dejando a los niños solos con el papá televisor, la mamá computadora o con los juegos de video. Y para calmar mi conciencia les compraba ropa de marca. Más me horrorizó cuando vi a mi mamá que se cuestionaba y eso que mi mamá fue una mujer santa que nos corregía y nos amaba. Igualmente mi papá, y dije “qué será de mi que yo ni siquiera les he dado nada a mis hijos... Qué espanto, qué dolor tan grande “.

Me dio una vergüenza porque en el libro de la vida ve uno todo como en una película, y los niños decían:

“Ahí que se demore mi mamá, que haya un trancón (atasco), porque mi mamá es muy cansona, y no hace sino renegar”; qué tristeza un niño de tres años y una niña más grande diciendo eso, y les robé a su mamá, les robe la paz que iba a dar en mi casa, y no los dejé que conocieran de Dios a través de mi, y no les enseñé a amar al prójimo. Y es que si no amo a mi prójimo yo, no tengo que ver con el Señor; si no tengo misericordia, no tengo nada con el Señor.

Porque Dios es Amor... y bueno, les voy hablar un poquito de no levantar falsos testimonios. Ni mentir, en eso sí que fui experta ¿oyeron? porque Satanás se volvió mi papá, es que tú tienes tu papá Dios y a Satanás.

Si Dios es Amor y yo odio ¿quién es mi papá? No era tan difícil; y si Dios me habla del perdón y de amar a los que me hacen daño, y yo decía: el que me la hace, me la paga, y hasta allí llegó conmigo, pues ¿quién era mi papá? Y si El es la verdad y Satanás es la mentira ¿quién era mi papá?

Y no hay mentira ni rosada, ni amarillita, ni verdecita, todas las mentiras son mentiras, y Satanás es su padre. Tan terrible fueron los pecados de mi lengua que yo veía con mi lengua cuánto daño hacía.

Cuando yo chismoseaba, cuando yo me burlaba, le colocaba un apodo a alguien, veía cómo sentía esa persona. Cómo le dolía el apodo. Cómo le podía crear complejo de inferioridad a una persona gordita que le andaba diciendo gorda, como cuanto mal hacía, y cómo la palabra siempre terminaba en una acción.

Cuando me hacen el examen de los 10 mandamientos y de la codicia salieron todos mis males, de ese deseo loco. Yo pensaba que iba a ser feliz teniendo mucho dinero, y se me volvió una obsesión tener dinero. Lástima.

Cuando tuve mucho dinero, fue el peor momento que vivió mi alma, hasta el punto de querer suicidarme. Con tanto dinero y sola, vacía. Amargada. Frustrada. Esa codicia de desear tener dinero fue el camino que me llevó de la mano a extraviarme y soltarme de la mano del Señor.

Después de ese examen de los 10 Mandamientos, me muestran "El Libro de la Vida", hermoso, yo ya quisiera tener palabras para describirles "El Libro de la Vida". Empezó desde la concepción, tan pronto se unieron el par de células de mis padres de inmediato, hubo…¡Zas! una chispa. Una explosión hermosa, y se formó un alma, el alma mía cogida de la mano de Papá Dios. Me encontré un Papá Dios tan hermoso. Tan maravilloso 24 horas al día cuidándome, buscándome, y lo que yo veía que era castigo no era más que su Amor, porque Dios mira, no aquí en mi carne, sino que miraba mi alma, y miraba cómo me iba alejando de la Salvación.

Ese "Libro de la Vida", para terminar les voy a dar un ejemplo de cómo es de hermoso: yo era muy hipócrita, y si a la gente le decía: “iuy, oye cómo estás de linda, qué vestido tan precioso, cómo se te ve de lindo…!”, y por dentro decía "buf, qué pinta tan asquerosa, y todavía se cree la reina”.

En ese libro se ve igualito a como yo decía o pensaba. Y se veía el interior de mi alma. Todas mis mentiras quedaron al rojo vivo,

vivas. Todo el mundo se dio cuenta. A mi mamá cuantas veces me le volaba, porque mi mamá no me dejaba ir para ningún lado. Mami tengo un trabajo en grupo en la biblioteca y mi mamá creía el cuento. Y arrancaba a ver una película de pornografía, o a un bar a tomar cervezas con mis amigas, y mi mamá viendo mi vida, nada se escapó.

Vea, es tan lindo "El Libro de la Vida" que mis padres me daban bananos en la época mía cuando mis padres eran pobres, de manera que en mi lonchera era bananos, bocadillos y leche, y yo me comía el banano y botaba la cáscara de los bananos por todos lados. Nunca tuve la conciencia de pensar que si yo dejaba una cáscara de banano podía hacerle algo a alguien, ahí quedo la cáscara de banano, pero saben qué fue lo lindo, que el Señor me mostró algunas veces, no siempre, quién se cayó con esa cáscara de banano y que hubiera podido asesinar a esa persona, por mi falta de misericordia y cómo solo una vez, que hice una confesión con dolor y vergüenza bien hecha, que fue cuando una señora me dio 4.500 pesos de más en un supermercado en Bogotá.

Y mi papá nos había hablado de ser honorables y nunca tocar un centavo de nadie, y yo me doy cuenta en el carro. Cuando ya voy para mi consultorio, " ahí esa vieja bruta" este animal me dio 4.500 pesos de más y ahora me toca devolverme, y miro y hay un trancón y digo: "huy" no, que me voy a devolver, no pues quién la manda de ser tan bruta, pero me quedó el dolor de quedarme esa plata. Porque mi papá había fundamentado muy bien la honorabilidad y el domingo me confesé y le dije al sacerdote:

"Ay padre, acúseme: que me robé 4.500 pesos porque no se los devolví a una señora". Ni le puse atención a lo que me dijo el padre. Pero saben que el maligno no me pudo acusar de ladrona, pero sí saben que me dijo el Señor: esa falta de caridad tuya cuando no reparaste el pecado, 4.500 pesos para ti no era nada, pero para esa mujer con un sueldo mínimo, era la alimentación de tres días, y saben qué fue lo más triste que me mostró cómo sufrió y aguantó hambre un par de días.

Por mi culpa, con sus dos chiquitos, porque así muestra el Señor, muestra cuando yo hago algo quién sufrió, quién actúa, y como actúa.

Me pregunta el Señor: ¿qué tesoros espirituales traes? Tesoros espirituales, y mis manos iban vacías, no llevaba nada: mis manos iban absolutamente desocupadas, Ahí es cuando me dice: ¿de qué te sirve decir que tenías dos apartamentos, que tenías casas, que tenias consultorios. Que te considerabas una profesional con muchísimo éxito. ¿Te pudiste traer el polvo de un ladrillo aquí? Es cuando me dice:

¿Qué hiciste con los talentos que yo te di?

¿Talentos? Tenía una misión. La misión de defender el reino del amor. El reino de Dios. Se me había olvidado que tenía alma, muchísimo menos recordaba que tenía talentos. Que yo era las manos misericordiosas de Dios. Mucho menos que todo el bien que dejé de hacer le dolió al Señor. Porque, ¿saben qué era lo que siempre me preguntaba el Señor? La falta de amor y caridad en el prójimo. Siempre me preguntaba por el amor, y es cuando me dice:

—" Es que tu muerte espiritual...” Estaba viva, pero muerta. Si hubieran visto que es "muerte espiritual." Cómo es un alma que odia. Cómo es un alma espantosamente, terriblemente amargada y cómo de fastidiosa. Que le hace mal a todo el mundo. Cuando uno está lleno de pecados, y ver mi alma por fuera oliendo muy rico y con buena ropa, pero mi alma oliendo horrible, viviendo en los abismos. Con razón tanta depresión y tanta amargura.

Y me dice:

"Es que tu muerte espiritual comenzó cuando a ti te dejaron de doler todos tus hermanos".

Era una alerta cuando veías el sufrimiento de tus hermanos: en todas partes. O cuando veías en los medios de comunicación, mataron, secuestraron, desplazaron, y tú con la lengua por afuera dices:

—" ¡Ay! ¡Pobrecitos! Qué pecadito". Pero no te dolían tus hermanos. En el corazón no sentías nada, toda de piedra, el pecado te lo petrificó.

Cuando se cierra mi Libro, ustedes se imaginan la tristeza tan grande mía. Cuánto dolor fuera de eso por haberme portado así con mi Papá Dios, porque a pesar de todos mis pecados, a pesar de toda mi inmundicia y de toda mi indiferencia y de todos mis sentimientos horribles, el Señor siempre hasta el último instante me buscó, siempre me enviaba instrumentos, personas. Siempre me hablaba, me gritaba, me quitaba cosas para buscarme. Él me busco hasta el último instante. ¿Saben quién es Papá Dios? "pidiéndonos cacao" a cada uno de nosotros para convertirnos.

Yo le decía:

— "Óigame Señor usted me condenó". Claro que no, en mi libre albedrío, escogí quién era mi papá, y no fue mi papá Dios. Escogí a Satanás, ese fue mi papá, y cuando se cerró ese libro, yo veo que en mi mente, estoy de cabeza porque me voy, a un hueco y después de ese hueco se va abrir una puerta. Y allí ya voy, y empecé gritar a todos los santos, que me salvaran. Ustedes no tienen idea la cantidad de santos que llegué a saber yo, no tenía idea de que sabia tantos santos, era tan mala católica que pensaba que igual me salvaba San Isidro el labrador, que San Francisco de Asís. Y cuando se me acabaron todos los santos, el mismo silencio. Sentía un vacío, un dolor tan grande.

Y todo el mundo allá, en la tierra pensando que era "tan Santa" y esperando que yo me muera para pedirme un milagrito. Y ¡Miren! ¿Para dónde me voy? No, levanto los ojos y me encuentro con los ojos de mi mamá. Y con mucho dolor le grito:

— ¡Mami! ¡Qué vergüenza! Me condené madre, a donde yo voy no te voy a volver a ver jamás. Y en ese momento a ella le concedieron una gracia muy bella. Estaba inmóvil y le permiten mover sus dos deditos hacia arriba y ella señala allí y saltan de mis ojos dos costras espantosamente dolorosas, esa ceguera espiritual. Salta allí, y veo un momento hermoso. Cuando una paciente me había dicho:

— "Mire doctora. Usted es muy materialista y un día lo va a necesitar. Cuando usted esté en eminente peligro, cualquiera que sea, pídale a Jesucristo que la cubra con su Sangre preciosa, que Él nunca, nunca la va abandonar. Porque Él pagó un precio de su Sangre por usted". Y con esa vergüenza tan grande y ese dolor empecé yo a gritar:

— Jesucristo, ¡Señor ten compasión de mí! Perdóname Señor, ¡dame una segunda oportunidad! Y ese fue el momento más bello, yo no tengo palabras para describir ese momento. Él baja, y me saca de ese hueco. Cuando El me recoge, todas esas cosas se botaron al piso. Me levanta y me saca en esa parte planita, y me dice con todo ese amor:

— ***"Vas a volver, vas a tener tú segunda oportunidad (...), —*** *pero me dice****— y la tendrás no por la oración de tu familia, porque es normal que ellos "oren y clamen por ti", sino por toda la intercesión de todas las personas ajenas a tu carne y a tu sangre, que han llorado, han orado y han elevado su corazón con muchísimo amor por ti".***

Y empiezo a ver cómo se prenden un montón de lucecitas que son como llamitas blancas llenas de amor. Y veo a las personas que están orando por mí. Pero había una llama grande, tan grande que era la que más luz daba. La que más amor daba. Yo miraba quién era esa persona que me amaba tanto. Y me dice el Señor:

—"Esa persona que tú ves allí, es una persona que te ama tanto, tanto, que ni siquiera te conoce".

Y me mostraba que esa persona había visto el recorte en la prensa del día anterior porque bajó al pueblo; bien pobre, era un campesino que vivía al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. Bajó el hombre bien pobrecito. Compró una panela y se la envolvieron en una hoja del "Espectador" del día anterior. Estaba ahí mi fotografía, quemada. Cuando ese hombre ve esa noticia, que ni la leyó de corrido, se fue para el piso y empieza a llorar con un amor tan grande, y dice:

— *"Padre, Señor, ten compasión de mi hermanita. Señor sálvala, Señor mira, si Tú salvas a mi hermanita, yo te prometo que me voy al "Santuario de Buga" y te cumplo una promesa, ¡pero sálvala!".*

Imagínense un hombre pobrecito, no estaba renegando, ni maldiciendo porque estaba aguantando hambre, con una capacidad de amor ofrecerse a atravesar todo un país, por alguien que no conocía. Y me dice el Señor:

"Eso es Amor al Prójimo" (...)

Y entonces me dice esto:

"Vas a volver, pero tú no lo vas a repetir 1000 veces. Sino mil veces mil. Y ay de aquellos que oyéndote no cambien. Porque van a ser juzgados con más severidad. Como lo vas a ser tú, en tu segundo regreso".

Los ungidos, que son sus sacerdotes o cualquiera de ellos, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver. Y esto mis queridos hermanos no es una amenaza. El Señor no necesita amenazarnos, esta es la segunda oportunidad que ustedes tienen ¡y gracias a Dios que viví lo que yo viví! Porque cuando les abran "El Libro de la Vida" a cada uno cuando se mueran, todos vamos a ver este momento igualito, y vamos a vernos tal cual estamos ahora, con la diferencia de que vamos a ver nuestros pensamientos, y nuestros sentimientos en la presencia de Dios, y lo más hermoso es que cada quien va a ver al Señor en frente de cada uno de nosotros. Otra vez pidiéndonos cacao para que nos convirtamos, para que de verdad empecemos a ser nuevas criaturas con Él, porque sin Él no podemos.

Que el Señor los bendiga a todos grandemente. La gloria para Dios. La gloria para nuestro Señor Jesucristo.

12. RESUCITÓ EL NIÑO PARA QUE LO CONFESARA DON BOSCO

"Un muchacho, de unos quince años, llamado Carlos, que frecuentaba el Oratorio, cayó gravemente enfermo en 1849 y, en poco tiempo, se encontró a las puertas de la muerte. Vivía en una fonda, pues era hijo del fondista. Al verle el médico en peligro, aconsejó a sus padres que lo invitaran a confesarse y éstos, muy afligidos, preguntaron a su hijo qué sacerdote quería que se llamara. Él mostró gran deseo de que fueran a llamar a su confesor ordinario, que era Don Bosco. Fueron enseguida; pero, con gran pesar, respondiéronles que estaba fuera de Turín. El muchacho mostraba una gran pesadumbre, por lo que se llamó al vicepárroco, que acudió enseguida. Día y medio más tarde moría el muchacho, insistiendo en que quería hablar con Don Bosco.

Apenas estuvo de vuelta Don Bosco, le dijeron que habían ido varias veces en su busca, de parte del joven Carlos, muy conocido suyo, que se encontraba en peligro de muerte y había preguntado por él con insistencia. Se apresuró a visitarlo, por si aún llegaba a tiempo. Al llegar allí, encontróse primero con un camarero a quien pidió enseguida noticias del enfermo:

— Llega demasiado tarde. ¡Hace medio día que ha muerto! Entonces Don Bosco exclamó sonriendo: — ¡Duerme y creéis que ha muerto! En aquel instante, los demás de la casa, rompieron en llanto diciendo que, desgraciadamente, Carlos había muerto. Don Bosco dijo:

— ¿Debo creerlo?; permitidme que vaya yo a verlo. Y le acompañaron a la sala mortuoria, donde estaban la madre y una tía, rezando junto al difunto. El cadáver, ya amortajado, estaba, como entonces se usaba, envuelto y cosido en una sábana y cubierto con un velo. Junto a la cama ardía un cirio.

Se acercó Don Bosco. Y pensaba: ¡Quién sabe si habrá hecho bien su última confesión! ¡Quién sabe la suerte que habrá tocado a su alma! Dirigiéndose al que le había acompañado, le dijo:

—Retírense, déjenme solo. Hizo una breve y fervorosa oración. Bendijo y llamó dos veces al joven, con tono imperativo.

—Carlos, Carlos, levántate.

A aquella voz, el muerto empezó a moverse. Don Bosco escondió enseguida la luz, y de un tirón descosió con ambas manos la sábana, para que el muchacho pudiera moverse y le descubrió el rostro. Él, como si despertara de un profundo sueño, abre los ojos, mira en torno, se incorpora un poco y dice:

— ¡Oh!, ¿por qué me encuentro así? Después se vuelve, fija su mirada en Don Bosco y, apenas lo reconoce, exclama:

—¡Oh, Don Bosco! ¡Si usted supiera! ¡Cuánto le he esperado! le buscaba precisamente a usted..., lo necesito mucho. Es Dios quien lo ha mandado... ¡Qué bien ha hecho viniendo a despertarme!

Y Don Bosco le respondió:

— Dime todo lo que quieras; estoy aquí para ti.

Y el jovencito prosiguió:

—¡Ah, Don Bosco! Yo debería estar en el lugar de perdición. La última vez que me confesé no me atreví a manifestar un pecado cometido hace algunas semanas... Fue un mal compañero que con sus conversaciones... He tenido un sueño que me ha espantado mucho. Soñé que me encontraba al borde de un inmenso horno de cal y que huía de muchos demonios que me perseguían y querían prenderme: ya estaban para abalanzarse sobre mí y echarme en aquel fuego, cuando una Señora se interpuso entre mí y aquellas horribles fieras, diciendo: ¡Esperad; aún no está juzgado! Después de un momento de angustia, oí su voz que me llamaba y me he despertado; ahora deseo confesarme.

Entre tanto, la madre, espantada ante aquel espectáculo y fuera de sí, a una señal de Don Bosco, salió con la tía de la habitación y fue a llamar a la familia. El pobre muchacho, animado a no tener miedo de aquellos monstruos, comenzó enseguida su confesión con señales de verdadero arrepentimiento, y mientras Don Bosco le absolvía, volvía a entrar la madre con los demás de casa, que de este modo pudieron ser testigos del hecho. El hijo, volviéndose a su madre, le dijo:

— Don Bosco me salva del infierno

Don Bosco le dijo:

—Ahora estás en gracia de Dios: tienes el cielo abierto. ¿Quieres ir allá arriba o quedarte aquí con nosotros?

— Quiero ir al cielo, respondió el muchacho.

— Entonces, ¡hasta volver a vernos en el paraíso!

El muchacho dejó caer la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos, quedó inmóvil y se durmió en el Señor”

Fuente: Vivencias de Don Bosco P. Ángel Peña O.A.R.

13. TESTIMONIO SOBRE LA MISERICORDIA DIVINA

Pablo A. González Herrera

Se cuentan en la vida del Santo Cura de Ars hechos tan portentosos que es menester tomarlos como del todo excepcionales y milagrosos, para no llegar a conclusiones desorbitadas y fuera de lugar.

Es el caso de aquella mujer cuyo marido murió tras suicidarse, sin recibir los sacramentos, y que el Santo Cura aseguró haberse salvado por intercesión de la Virgen, a causa de aquellos ramos de flores que entregaba a su mujer para adornar la imagen de María, y de aquellas oraciones recitadas en su honor durante el mes de mayo. Bastaron esos "pequeños detalles" para obtener de María aquel acto de contrición hecho por el suicida entre el puente y el río.

Hechos como éste dan pie y fundamento para pensar piadosamente que gracias a la intercesión de la dulcísima Abogada y Refugio de pecadores, gran número de almas se habrían perdido sin la intervención misericordiosa de María.

Creo que ese ha sido el caso de mi suegro. Alejado de los sacramentos durante buena parte de su vida, era habitual que en verano nos acompañase a la Iglesia… para él quedarse fuera, fumando. No obstante, durante toda su vida tuvo una actitud de absoluta entrega y devoción hacia la Virgen de la Amargura, a la que sacaba en procesión con orgullo, y para cuyo trono, dada su profesión de obrero metalúrgico, hizo incontables trabajos de forma totalmente altruista.

Aunque llevaba enfermo largo tiempo, su muerte fue bastante brusca e inesperada, de un día para otro. Cuando nos comunicaron de madrugada el inminente fallecimiento, y antes de que mi mujer marchara, rezamos de rodillas ante su conocida imagen la Coronilla de la Divina Misericordia, recordando la gran promesa del Señor a Santa Faustina: *"Cuando recen esta Coronilla junto al moribundo, me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo, sino como el Salvador misericordioso"* (nº 1541 Diario de Santa Faustina).

Con el pensamiento nos pusimos junto a mi suegro en el hospital, rezamos la Coronilla y diversas oraciones a San José, patrono de la buena muerte, y a la Virgen del Carmen. Mi mujer

marchó y yo permanecí en casa cuidando el sueño de las niñas, quedándome al poco dormido.

Sonó el teléfono unas horas más tarde para comunicarme el fallecimiento de mi suegro. Me incorporé de la cama y en seguida caí en la cuenta que mi suegro se había despedido de mí en un extraordinario sueño.

En dicho sueño, un grupo de personas conocidas nos encontrábamos en una placita, esperando algo. Comentaban algo así como "ha salido bien, ha salido bien". Al fondo, una especie de garaje que en lugar de puerta metálica tenía una cortina. Tras el travesaño, se divisaba una gran oscuridad dentro.

En un momento dado, se descorre la cortina y aparece mi suegro, con barba de varios días y un batín de hospital manchado con lo que parecía como alquitrán. Se acerca al centro de la plazuela, me mira y pronuncia un inequívoco *"gracias".* Vuelve entonces sobre sus pasos y entra de nuevo en esa especie de garaje, cerrando tras él la cortina.

Vuelvo al principio de este testimonio. Estoy convencido que la intercesión de la Virgen salvó el alma de mi suegro, al movernos a rezar la Coronilla en aquellas circunstancias de ansiedad y turbación. Pero me interesa dejar diáfanamente claro, como señala un teólogo fiable como Royo María O.P., la excepcionalidad de tales casos. Constituiría una tremenda imprudencia confiar en tales excepciones para seguir llevando una vida descuidada. Que nadie pretenda burlarse de Dios ni robarle el cielo a última hora, haciendo, mientras tanto, méritos para el infierno. San Pablo afirma inequívocamente que "de Dios nadie se ríe, y que lo que el hombre sembrare, eso cosechará" (Gal. 6, 7-8).

Vivamos por tanto siempre preparados, porque sólo una frágil cortina nos separa de la muerte. Y hagámoslo con preparación remota (estando en gracia de Dios y confesándonos siempre que la perdamos), y con preparación próxima (recibiendo dignamente los sacramentos en la hora de la muerte). *"Estad siempre preparados, porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre".* Es Nuestro Señor Jesucristo quien nos lo dice, y no lo dice por decirlo. Y como colofón. Recemos mucho por las almas del Purgatorio, que precisan de nuestras Misas, oraciones y limosnas para purgar sus

"manchas de alquitrán" y entrar en la gloria del Cielo, donde "nada manchado puede entrar" (Apocalipsis, 21, 27).

YO PARA QUÉ NACÍ

¿Yo para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,
Triste cosa será, pero posible.
¿Posible? ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¿Posible? ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago?, ¿en qué me ocupo?, ¿en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Fray Pedro de los Reyes

Capítulo VIII:

Educar y pensar en la Verdad frente a la vanidad del mundo

1. RESPONSABILIDAD DE LOS PADRES ANTE DIOS POR EL DESTINO ETERNO DE SUS HIJOS

Todos lo sabemos bien: todo lo que vivimos en esta vida trata de una conquista. Conquistar amigos, títulos, trabajos, negocios, pareja, aceptación social, retos deportivos, retos de todo tipo. La vida es un reto que hemos de conquistar por etapas.

Hoy la primera conquista se da antes de nacer en este mundo cruel y egoístamente enceguecido. El que está en el vientre de su madre ha de lograr salir airoso sin ser abortado. Ése será su primer triunfo contra el mal, su primera gran conquista.

Antes dijimos que la vida es don y tarea. Si hay una tarea de la que no podemos dimitir es la de conquistar la vida eterna. De nada nos valdría conquistar tantas cosas si no conquistamos la vida eterna. Jesucristo fue muy claro cuando nos dijo y nos dice: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O cuánto podrá pagar el hombre por su vida? Mt.16,26.*

Esas palabras terminaron de convencer a San Francisco Javier para que dejara su vida mundana y se terminara de convertir en aquello a lo que Dios le llamaba.

Pero hoy, con la mentalidad modernista tenemos un gran problema, y es que muchas personas dan por hecho, por presupuesto, que vivir ya es más que suficiente. Que no hay que plantearse más. Que basta con vivir los amores que antes mencionamos, aunque no vivamos un amor de caridad, o sea, una vida divina en nosotros por medio de la gracia.

Hoy, se piensa que vivir así es más que suficiente, y que si acaso "hubiera algo" con ser una buena persona basta y sobra, y eso garantizará la vida eterna. Una vida eterna que si acaso se imaginan feliz, y punto. Cuántas veces he escuchado a padres decir:

> *¿Que mi hijo sea santo? ¡No!, me conformo con que sea bueno. Basta y sobra que sea buena persona.*

Y entonces, ya no piensan en más, no se plantean nada más.

Cuántas veces no hemos visto alguien que muere, y aunque llevara una vida bien empecatada la multitud le despide con el consabido "descansa en paz". ¿Se puede descansar en paz habiendo muerto en pecado mortal? No. ¿Habrá muerto esa persona en pecado mortal? Sólo Dios lo sabe, aunque los hechos objetivos nos digan que sí, que seguramente sí, sólo Dios lo sabe.

Hoy, lo fácil realmente es sucumbir a la presión del ambiente. Nadie duda o puede negar que sea fuerte, grande, constante. Se considera que la principal conquista es tener para comer, y para divertirte. Eso basta y sobra. Un techo donde dormir, y un poco o un mucho de dinero en el bolsillo. Lo suficiente para algunos caprichos a ser posible. Y el resto, poco importa. Pero no, Dios nos llama a que conquistemos la vida eterna. Y nos llama a cada uno de nosotros. Nos recuerda que esta vida es pasajera y no lo es todo. Que esta vida es prueba para el otro mundo. Que nuestra eternidad comienza desde que somos concebidos. Que no basta con delegar responsabilidades. De hecho a Dios no le importa que suframos en esta vida lo que sea con tal de que logremos alcanzar con éxito la Salvación eterna. Dios no tiene miopía como tenemos nosotros. No mira a plazo corto. Dios no es cortoplacista. Quiere nuestra máxima ganancia, y para eso ha de ayudarnos a que reaccionemos mientras estamos a tiempo.

En el caso de los padres, si por algo van a ser preguntados por Dios el día de su juicio particular, será esto: *Y tú, ¿qué educación diste a tus hijos, que son míos, creación mía, que debían haber sido educados para Mí, para que me amaran sobre todas las cosas, buscando mi voluntad, y así dieran muchos frutos y alcanzaran un día la vida eterna*?

Digámoslo claramente: los padres hoy en día no educan a sus hijos para que su destino final sea el Cielo. No, triste y desgraciadamente eso poco les importa. Ni se les pasa por la cabeza. Hoy, en el mejor de los casos, quien asume su responsabilidad les educa para otra cosa.

Y no lo hacen porque han dimitido de su responsabilidad principal. Y es lógico. Si tú no vives la fe ni eres consecuente con ella, ¿cómo se la vas a transmitir a tus hijos? Imposible. Impensable.

Los padres se obsesionan con dar todo lo material a los hijos, pero no les educan en lo principal: que existe un Dios, una vida eterna que han de alcanzar, y que sobre todo, pueden perder dramáticamente para siempre. Y para lo cual han de conocer unos mandamientos de la Ley de Dios, que son como la brújula, la guía que te encamina al final feliz. Y que hay una muerte que nos va a marcar nuestro destino eterno, según cómo hayamos vivido y según cómo hayamos muerto.

Esto me recuerda lo que le pasó a un par de hermanos. Educados por una madre muy pudiente, recibieron todos los lujos habidos y por haber. Fueron a los mejores colegios, aprendieron varios idiomas, vestían los mejores trajes, gozaban de muchos pasatiempos, vacaciones, viajes, profesores particulares, las mejores universidades…pero de repente estalló la guerra y fueron llamados a filas. Y allí de repente se encontraron dentro de las trincheras, silbando las balas por encima de sus cabezas, cayendo bombas y viendo morir compañeros a cada rato.

En ese terror que solo las guerras provocan, y temblando de miedo, miraban con envidia a sus compañeros escuchándoles rezar. Ellos lo habían tenido todo, pero no habían recibido lo más importante y fundamental de la vida: la fe, la práctica de la fe y del trato de amistad con Dios.

No sabían elevar sus almas a Dios. El vacío de sus vidas se manifestó con toda su crudeza y desolación.

2. EL PECADO ES UN ABUSO DE LA LIBERTAD

"**El hombre ha sido creado por Dios para la inmortalidad**: la muerte que aparece como un trágico salto en el vacío, constituye la consecuencia del pecado, casi por una lógica suya inmanente, pero sobre todo por castigo de Dios. Esta es la enseñanza de la Revelación y esta es la fe de la Iglesia: sin el pecado, el final de la prueba terrena no habría sido tan dramático".

Papa San Juan Pablo II (Audiencia General, 8 Oct. 1986)

Aclaremos unos puntos importantes que siempre conviene recordar, con unos párrafos del **Catecismo de la Iglesia Católica**:

CIC 387: "Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente."

CIC 391: "Detrás de la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (cf. Gn 3,1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cf. Sb2,24). La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o diablo (cf. Jn 8,44; Ap 12,9). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. Diabolus enim et alii daemones a Deo quidem natura creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali ("El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos") (Concilio de Letrán IV, año 1215: DS, 800)".

CIC 392: "La Escritura habla de un pecado de estos ángeles (2 P 2,4). Esta "caída" consiste en la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "Seréis como dioses" (Gn 3,5). El diablo es "pecador desde el principio" (1 Jn 3,8), "padre de la mentira" (Jn 8,44)".

CIC 398: "En este pecado, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. El hombre, constituido en un estado de

santidad, estaba destinado a ser plenamente "divinizado" por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso "ser como Dios" (cf. Gn 3,5), pero "sin Dios, antes que Dios y no según Dios" (San Máximo el Confesor, Ambiguorum liber: PG 91, 1156C)".

Los siguientes puntos del Catecismo (algunos resumidos) nos explican las consecuencias dramáticas del primer pecado, del pecado original. Ese pecado que los enemigos de la fe han tratado de socavar y ridiculizar al poner en circulación el bulo del evolucionismo darwinista, cada día más en evidencia su ausencia de soporte científico. No, no procedemos del mono, el hombre fue creado por Dios a Su imagen y semejanza, sacado de la nada:

CIC 399: Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original (cf. Rm 3,23). Tienen miedo del Dios (cf. Gn 3,9-10) de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas (cf. Gn 3,5).

CIC 400: La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra (cf. Gn 3,7); la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones (cf. Gn 3,11-13); sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio (cf. Gn 3,16). La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil (cf. Gn3,17.19). A causa del hombre, la creación es sometida "a la servidumbre de la corrupción" (Rm 8,21). Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia (cf. Gn 2,17), se realizará: el hombre "volverá al polvo del que fue formado" (Gn 3,19). La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad (cf. Rm 5,12).

CIC 401: «Lo que la Revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia. Pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno. Negándose con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompió además el orden debido con respecto a su fin último y, al mismo tiempo, toda su

ordenación en relación consigo mismo, con todos los otros hombres y con todas las cosas creadas» (GS 13,1).

CIC 402: **“**Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán”

CIC 403: “la Iglesia ha enseñado siempre que la inmensa miseria que oprime a los hombres y su inclinación al mal y a la muerte no son comprensibles sin su conexión con el pecado de Adán y con el hecho de que nos ha transmitido un pecado con que todos nacemos afectados y que es "muerte del alma" (Concilio de Trento: DS 1512). Por esta certeza de fe, la Iglesia concede el Bautismo para la remisión de los pecados incluso a los niños que no han cometido pecado personal (cf. ibíd., DS 1514)”.

CIC 404: “El pecado original es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales”.

CIC 405: “Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "concupiscencia"). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual”.

CIC 406: “Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña "la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo" (Concilio de Trento: DS 1511, cf. Hb 2,14). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social (cf. CA 25) y de las costumbres”.

CIC 407: “Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su

conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de san Juan: "el pecado del mundo" (Jn 1,29)".

CIC 408: "Esta situación dramática del mundo que "todo entero yace en poder del maligno" (1 Jn 5,19; cf. 1 P 5,8), hace de la vida del hombre un combate".

CIC 409: «A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo (GS 37,2).

CIC 410: "Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. Gn3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. Gn 3,15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado "Protoevangelio", por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta".

CIC 411: "La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del "nuevo Adán" (cf. 1 Co 15,21-22.45) que, por su "obediencia hasta la muerte en la Cruz" (Flp 2,8) repara con sobreabundancia la desobediencia de Adán (cf. Rm 5,19-20). Por otra parte, numerosos Padres y doctores de la Iglesia ven en la mujer anunciada en el "protoevangelio" la madre de Cristo, María, como "nueva Eva". Ella ha sido la que, la primera y de una manera única, se benefició de la victoria sobre el pecado alcanzada por Cristo: fue preservada de toda mancha de pecado original (cf. Pío IX: Bula Ineffabilis Deus: DS 2803) y, durante toda su vida terrena, por una gracia especial de Dios, no cometió ninguna clase de pecado (cf. Concilio de Trento: DS 1573)".

CIC 412: "Pero, ¿por qué Dios no impidió que el primer hombre pecara? San León Magno responde: "La gracia inefable de Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó la envidia del demonio" (Sermones, 73,4: PL 54, 396). Y santo Tomás de Aquino: «Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a *un fin más alto después de pecado. Dios, en efecto, permite que los males se*

hagan para sacar de ellos un mayor bien. De ahí las palabras de san Pablo: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5,20). Y en la bendición del Cirio Pascual: "¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!"» (S.Th., 3, q.1, a.3, ad 3: en el Pregón Pascual «Exultet» se recogen textos de santo Tomas de esta cita)".

3. PSICOLOGÍA PARA LA VIDA ETERNA

Alberto Guzmán, Psicólogo Clínico Católico.
psicologoalberto@me.com

Más riquezas, más poder, más felicidad, más amigos, más tiempo, más placer, más certezas, más tranquilidad, más emoción, más belleza, más control, más seguridad, y así podríamos seguir señalando numerosos anhelos de los humanos que, en mayor o menor medida, están presentes de forma natural en cada individuo de nuestra especie.

Esta condición que podemos resumir como el deseo siempre insatisfecho por tener más, proviene de nuestra capacidad para reflexionar sobre nosotros mismos y sobre nuestro futuro. El resto de especies con un sistema nervioso complejo, aquellas en las que el aprendizaje juega un papel importante, ni remotamente llegarían a la autodestrucción por poseer más, al menos no en la forma en que nosotros podemos llegar a hacerlo.

Ese afán "siempre insatisfecho" se encuentra detrás del control social, el marketing comercial, el pensamiento único y todas las fuerzas que pretenden ejercer una manipulación eficaz sobre las personas y sus bienes.

Curiosamente las mayores tasas de suicidio y conductas autodestructivas ocurren en las sociedades más desarrolladas y cuyos logros económicos y sociales parecen haber llegado al mayor nivel posible. La respuesta a esto es compleja pero evidencia una influencia directa la condición de "insatisfacción". Recuerda, alcances los logros que alcances, siempre te sentirás insatisfecho en algún aspecto.

Podemos deducir que buscando el equilibrio y poniendo bajo control la insatisfacción, habremos resuelto el problema, pero esto seguiría estando sesgado porque hay un problema irresoluble, un fracaso absoluto desde el punto de vista psicológico y personal: la muerte, la extinción biológica y con ella la de todas nuestras necesidades, anhelos e insatisfacciones. Este hecho único, puntual e ineludible, tiene por sí mismo la capacidad de condicionarnos la vida.

Es cierto que la mayoría de los seres humanos evita afrontar el hecho de su propia muerte por la inseguridad y el miedo que produce, pero sabemos que en general, aquellos que lo hacen adaptativamente, no solo enfrentan de otra forma ese momento, sino que disfrutan de una vida más equilibrada y digna, les resulta más asequible encontrar el sentido de la vida, y esto se convierte en piedra angular de su felicidad.

La Psicología Científica (no confundir con el psicoanálisis freudiano y similares), desde los primeros estudios al respecto ha tenido claro que las personas creyentes tienen más herramientas para afrontar los problemas vitales, muy especialmente la muerte, y sin duda para encontrar equilibrio durante la vida. Tanto es así que en la última década se han gestado algunas terapias eficaces basadas en los valores cristianos, eso sí, cambiando la terminología.

De ahí mi estupor como psicólogo cuando el Señor me trae de vuelta a la Iglesia y descubro que ni en las catequesis, y mucho menos en los púlpitos se trata sobre la muerte o las Postrimerías (muerte, juicio, infierno y gloria). Es absurdo eliminar el mensaje bíblico y evangélico “todo para la Vida Eterna”, incluso desde una óptica meramente utilitarista o psicológica. ¿De qué nos servirá ganar este mundo si perdemos el alma? Es lo que me transmitió mi madre y les aseguro que lo dice Jesús según san Mateo 16,26, y justo después de decir que el que pierda su vida por Él, la hallará.

Indagando en esta activa marginación del mensaje central de las Sagradas Escrituras, me entero de que la ambigüedad postvaticanista y sus ideólogos tomaron esa decisión a fin de no “asustar” a los creyentes, y para evitar que salieran corriendo. Al

menos esa parece ser la excusa. Este sinsentido, junto a la sustitución de la Liturgia Católica por la Anglicana, sin duda conforman los pilares del abandono masivo de los fieles. ¿Qué consuelo podemos encontrar en la palabrería pauperista y hueca de las homilías? ¿Qué clase de adoración chabacana se está dando a Dios en los templos? ¿Cómo vamos a experimentar la trascendencia de la Pasión de Cristo en tantas Eucaristías incalificables? ¿Cómo podremos encontrar orientación moral y arrepentimiento sincero lejos de la Confesión?

Ahora la cuestión no es que todo se centre en ayudar a los pobres. Ya hacia el 1.500 andaba por mi tierra San Juan de Dios atendiendo a los más pobres y enfermos, como siempre se había hecho por los que buscaban la santidad cristiana. Pero no es ahí donde realmente se centra el discurso políticamente correcto, sino en la exaltación de los pobres supeditando todo a esto, en una suerte de pauperismo moderno que produce esperpentos como el de Japón. Japón, sociedad exenta de pobres y donde los clérigos católicos todavía no se han dado cuenta de que hay muchos pobres espirituales que desconocen a Cristo y su tasa de suicidio es altísima. Como han renunciado a evangelizar, ni siquiera ellos mismos tienen claro cuál es su papel en la sociedad nipona.

Desconocemos qué tienen pensado las lumbreras que iluminan Roma para cuando dejen de existir pobres en el mundo por mor de la revolución tecnológica. De momento han optado por esconder el sentido de la vida a la humanidad al esconder el mensaje de Jesús, que por más que leo y releo el Nuevo Testamento, sigue basándose todo en negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguirlo hasta la muerte para ganar la Vida Eterna o de lo contrario, buscarse a sí mismo, huir de la cruz y perecer en el infierno.

Al renunciar al clásico mensaje, directo, claro y resolutivo del Evangelio por otro ambiguo y focalizado en la pobreza, la ecología y la aceptación por el Mundo, la Iglesia ha dejado de ofrecer al hombre respuestas, y este las busca en otras fuentes como el hedonismo, el materialismo, el marxismo, gurús de todo tipo, la sabiduría oriental que ni siquiera se puede calificar de filosofía, o en la Psicología.

Respecto de esta última tengo que decir y desde el ámbito que me incumbe, la clínica, que he experimentado cómo se potencia la eficacia de muchas terapias cuando se anima a la persona creyente a profundizar en su fe y a valorar sus problemas e inquietudes desde la perspectiva de esta. A veces esto implica un radical cambio de vida y otras sólo un giro que les permita generar entornos más adaptados y equilibrados, pero desde luego, siempre es diferente cuando el principio de vida pasa a ser "todo para la Vida Eterna".

4. HIJOS EDUCADOS POR PADRES QUE VIVAN LA FE

Por eso, qué diferente sería todo si tuviéramos familias donde los padres educaran a sus hijos en la vida de fe vivida por ellos, la vida de gracia, que es la vida divina en nosotros. Cuánto cambia la perspectiva. Mira este ejemplo:

— Papá, ahora nos separamos. Otra vez tienes que irte varios meses por tus condiciones de trabajo. Te voy a echar mucho de menos.

Pero el papá le dijo a su hija:

—No te preocupes hija mía. Recuerda lo que siempre te he enseñado. Si Jesús vive en ti, y si vive en mi, si los dos estamos en gracia de Dios luchando por ser santos en la voluntad del Señor, nada nos separará. Estaremos tan unidos como siempre. Porque es el amor en Cristo el que nos une, y es más fuerte que la separación física, que cualquier impedimento. Tú sabes lo que siempre te digo: hay personas, o familias, que sí, viven siempre juntas, pero no tienen a Jesús en sus corazones. Lo rechazan. Viven en pecado, y entonces esa unión es mucho más débil que la que podamos tener tú y yo, aunque estemos a miles de kilómetros de distancia. La unión de las personas en gracia supera todo. La unión de las personas en pecado es superficial, está manchada, está falsificada, enferma, no tiene el fuego del Espíritu Santo. No da calor, sino que aletea en ella el frío de la falta de Cristo.

— Sí, papá, yo sé que es así. Por eso hemos de cuidar el fuego de Cristo en nosotros, avivarlo y tratar de llevarlo a los que están en oscuridad y frío. Ayudarles a que lo descubran.

— Exacto hija mía, exacto. La Virgen nos ayudará, ella nos guarda y guardará como siempre en su Inmaculado Corazón. Allí siempre nos encontraremos, nos hablaremos, nos esperaremos y cuidaremos. Y si Dios quiere, pronto, porque el tiempo pasa rápido, nos volveremos a ver con los ojos de la carne.

— Sí papá. Gracias por enseñarme a amar a Dios sobre todas las cosas, porque sé que mi Esperanza no es mía, sino que Él me la regala.

— Sí hija mía, Dios te regala todo y tú le haces feliz porque te dejas amar y agasajar por su Amor que sólo quiere darse, pero no encuentra demasiados corazones humildes dispuestos a recibirlo.

"El mundo te ofrece comodidad. Pero no has sido hecho para el confort, sino para la grandeza". SS. Benedicto XVI

5. DE LA VANIDAD DEL MUNDO

Por **Fray Diego de Estella**

"Amas esta hermosura que es breve, y fealdad grandísima en comparación de la hermosura advenidera, y no amas la hermosura perpetua que excede a todo lo que en esta vida se puede imaginar hermoso. Breve es esta hermosura, y aquella durará para siempre. Momentánea es esta fealdad, pero la advenidera será perpetua. No dexes lo eterno por lo transitorio, ni las cosas que son sin fin, por vanidades que no han venido, quando son pasadas.

¿Qué cosa más breve, ni vana, que esta corporal hermosura? Ayer eras mozo hermoso y hoy estás lleno de canas, la cara arrugada y la boca sin dientes.

¿Qué se hizo aquella fresca juventud? Pasó como flor que la llevó el viento, y ya la muerte anda en alcance, y te trae cercado de enfermedades y miserias.

Vana es la hermosura corporal, engaño es manifiesto, no conocido de los locos, y despreciado de los sabios varones. Si tuvieres la hermosura del alma, que es la verdadera, tendrás hermosura para el alma y para el cuerpo. La hermosura del alma a todos hizo provecho, y la hermosura del cuerpo a muchos hizo grande daño.

La hermosura del árbol vedado hizo caer a nuestra madre Eva. La hermosura de las hijas de Caín destruyó al mundo con las aguas del diluvio; y la hermosura de Betsabé hizo grandes daños al Rey David; así como dio la muerte a su hijo Amón la hermosura de Tamar, de la cual muerte sucedieron muchos males y guerras. ¿Quién degolló al príncipe Holofermes, y destruyó el poderoso ejército de los Asirios, sino la hermosura de Judit? De ella dice la divina Escritura: su hermosura cautivó a Holofermes. Perdiéronse aquellos viejos en la hermosura de Susana, y la hermosura de Dina fue causa de la destrucción de Sichen, y de muchas muertes y males. Por amor de esto, dice la Escritura: **muchos se perdieron por la hermosura**.

Así se precian muchas personas de esta vanidad tan breve, falsa y transitoria, que afean sus almas con vicios, por amor de la hermosura del cuerpo.

Ama la verdadera hermosura del alma, y alcanzarás hermosura perpetua para el cuerpo, y para el alma en el Cielo”

6. EN EL JUICIO FINAL TODO SALDRÁ A LA LUZ

Fuente: "Tesoro de Oratoria Sagrada: Diccionario Apostólico" [Tomo 2], 1858

"En el mundo todos se disfrazan y ocultan muy fácilmente y el vicio toma con frecuencia la apariencia de la virtud; pero en el día de las venganzas todo se descubrirá y se pondrá de manifiesto: el pecador no podrá engañar a su Juez que discierne y califica los pensamientos y las intenciones más ocultas del corazón: *Discretor cogitationum et intentionum cordis* (Heb. 4, 12).

En aquel día, en aquel gran día habremos todos de comparecer ante el tribunal de Cristo: *Omnes enim non manifestari oportet ante*

tribunal Christi (II Cor. 5, 10). Ministros del Dios vivo, poderosos del mundo, políticos del siglo que sabéis adornaros con la falsa exterioridad de rectitud; hijos de los hombres, que nada teméis tanto como el que sea profundizado el horrendo abismo de vuestras conciencias criminales, tendréis que comparecer, sí, precisamente, y no os servirá ningún pretexto, ni subterfugio, ni os quedará el recurso de apelar: *Oportet* (II Cor. 5, 10).

Entonces el Juez sacará a plena luz lo que está en los escondrijos de las tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones: *Illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium* (I Cor. 4, 5).

Leerá y mandará leer todas las circunstancias de una vida licenciosa, todo el desorden de una pasión ilegitima, todos los subterfugios de una maldad sagazmente concertada, todas las particularidades de una intriga secreta: *Scrutabor Jerusalem in lucernis* (Sophon. 1, 12).

Dará a conocer a aquel impío la delincuente insensibilidad con que procuró olvidar su salvación vendiéndola por algunos bienes caducos, cuya vanidad y falsedad verá entonces de una manera patente: *Scrutabor* (Sophon. 1, 12). Convencerá a ese mancebo licencioso de haber abusado de las gracias que se le habían concedido para vencer las tentaciones a que se rindió tan vergonzosamente.

No, ciertamente, pecadores, no os lisonjeéis con vanas esperanzas; por más que hubiereis tratado de ocultar y oscurecer los pecados más vergonzosos, Dios se hará luz para que los veáis claramente como unos monstruos que horrorizarán a toda la naturaleza. Y ¿Cual será vuestra confusión y desesperación cuando el universo entero leerá, digámoslo así, en vuestra frente todos vuestros pasados desórdenes? Juzgad por la situación en que os encontraríais, si de improviso os declarara yo que informado de toda vuestra vida por boca del mismo Dios, tenía orden suya para manifestar en este púlpito todos vuestros misterios de iniquidad. ¡Ah! hermanos míos, si la realidad correspondiese a la amenaza y llamara yo ahora por su nombre a aquel magistrado venal, a aquel eclesiástico simoniaco, a aquel hereje simulado, a aquella mujer infiel,

a aquel negociante agiotista, a aquel hipócrita; si haciendo a cada cual su retrato al natural os dijera lo que sois y lo que tenéis tanto interés en ocultar, por más que me anunciase como inspirado de Dios, me oiríais con indignación.

¿Y qué es todo este auditorio, por numeroso que sea, en comparación de la inmensa muchedumbre de testigos ante quienes se descubrirán todas las miradas impuras, todos los pensamientos pecaminosos, esas mordaces murmuraciones, esas limosnas hechas por vanidad, esas comuniones sacrílegas, esos contratos usurarios, esas injusticias paliadas, todas esas intrigas sordamente tramadas, todos esos hurtos especiosamente disimulados, esa ambición tan piadosamente autorizada? *Revelabo pudenda tua in facie tua* (Nahum 3, 15).

Sí, dice el Señor, todo esto está reservado y como sellado en los tesoros de mi justicia: *Signata in thesauris meis* (Deuter. 32, 34): y estos tesoros son los que yo produciré a la vista de todo el universo; por más ocultos que los tengáis con el velo de la hipocresía y de la más densa oscuridad, vosotros sufriréis toda la humillación y sonrojo."

POEMA de D. M. MAÑARA V. de L. + 9 de Mayo 1679:

Vive el rico en cuidados anegados,
Vive el pobre en miserias sumergido.
El monarca en lisonjas embebido,
Y a tristes penas el pastor atado.
El soldado en los triunfos congojado.
Vive el letrado a lo civil unido,
El sabio en providencias oprimido.
Vive el necio sin uso a lo criado.
El religioso vive con prisiones,
En el trabajo boga oficial fuerte.
Y de todos la muerte es acogida.
¿Y qué es morir? Dejarnos las pasiones.
Luego el "vivir es una larga muerte":
Luego el morir es una dulce vida.

Oh Señor, danos la gracia de una sincera y profunda conversión a Tu gusto, ahora y siempre. Amén.

Capítulo IX

La vida es una carrera de fondo, y precisamos no separarnos de Cristo para alcanzar la meta final

1. APUNTES DE GRANDES TEÓLOGOS Y MORALISTAS

Antonio Royo Marín O.P., gran teólogo y moralista, nos explica que la manera de encontrar sentido y Salvación para nuestras vidas perdidas por el mal uso del libre albedrío que conduce al pecado y separación de Dios, se logra por la práctica de dos medios: unos negativos, y otros positivos.

Los medios negativos *consisten en la lucha contra el pecado (mortal y venial) y los enemigos de nuestra alma (mundo, demonio y carne).*

Los medios positivos *consisten en procurar cultivar y fortalecer la vida de gracia en nosotros, en nuestra vida. Fortalecer nuestra alma, nuestra fidelidad a la gracia y voluntad de Dios. Que tengamos una vida donde reine la gracia santificante, y vivamos en fidelidad los mandamientos, respetando por tanto la voluntad de Dios significada, y la voluntad de Dios de beneplácito.*

Ciertamente tener una vida donde reina la gracia de Dios es algo que puede hacer todo ser humano, sea cual sea su situación particular, ¿o no? Y prosigue así:

¿Cuál es el enemigo número uno de nuestra felicidad?

El pecado.

¿Cuál es la gran tragedia hoy en día?

La pérdida del sentido de pecado. La inmensa mayoría de personas, influenciadas por el ambiente y la pérdida de la fe y su cultivo, ya no saben lo que es pecado. Confunden el mal con el bien,

y el bien con el mal. Y viven enredados en el pecado, lo cual hace imposible una vida de verdadera paz y felicidad. El concepto de amor por tanto, también se ha falsificado, porque no respeta la Verdad. En el pecado es imposible encontrar la felicidad, ni la libertad. Se enreda uno en todo lo contrario: vacío y esclavitud de los sentidos.

Royo Marín afirma claramente y con insistencia:

*"**El pecado es el enemigo número uno de nuestra Salvación**, y en realidad es el único enemigo. Si el mundo, el demonio y la carne son tan peligrosos y terribles, es únicamente porque vienen del pecado y conducen a él. Nunca nos pondremos suficientemente en guardia contra este enemigo mortal de nuestra alma. Examinemos un poco, por separado las dos modalidades que presenta: el pecado mortal, y el pecado venial."*

Así es, efectivamente, para eso vino Jesucristo, como dijo Juan el Bautista mientras bautizaba en el río Jordán y unos le preguntaron sobre quién era Jesucristo, y dijo: *"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" Jn.1,29.*

La misión de Jesucristo es quitar el pecado del mundo.

Pero tú me dirás. Ah, pero sigue el pecado en el mundo. Claro que sigue, pero con una diferencia: Jesucristo nos ha alcanzado la gracia de que lo podamos vencer. Todo el que se deja llevar por el pecado no tiene excusa, sino que puede vencerlo con la ayuda de Dios merecida por los méritos de Jesucristo en la cruz, si esa persona quiere. Podemos vivir superando el pecado, la fealdad del pecado que nos convierte en esclavos de él. *"Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" Rom.6,23.*

¿Qué queremos, muerte o vida, infelicidad o felicidad? Según escojamos pecado o gracia, así estaremos: muertos en vida, o vivos en la Vida, que es Cristo (Camino, Verdad y Vida).

Tenemos que aprender lo que es el pecado mortal y el pecado venial. Tenemos que aprender cuáles son las ayudas que Dios nos da para vencer y llevar una vida de gracia que nos haga vivir unidos a Dios y vencer a nuestros enemigos del alma.

Por otro lado, vemos como en "El arte de bien morir"**, san Roberto Bellarmino** divide su obra en dos partes. La primera se refiere a cuando estamos sanos y cómo hemos de comportarnos; la segunda a cuando estemos enfermos y sobre todo si próximos a la muerte. De estos últimos momentos pende sobre todo nuestra felicidad, pero los primeros sirven sobre todo para que estos últimos se cumplan con más mérito, y aun los suplan en muchos casos.

El precepto más seguro y universal para morir bien es vivir bien. Porque siempre suele corresponder el fin a los principios, como el árbol a la raíz. Y al fin y al cabo la muerte no suele ser sino el fin y remate de la vida que se consume. El ejemplo del buen ladrón nos sirve para no desesperar nunca, pero no para estar esperando milagros de última hora de parte del Señor y descuidarnos por el camino.

El segundo punto importante es morir al amor al mundo, antes de que él se nos muera y nos abandone necesariamente, porque si no huimos de sus pompas, vanidades, pisoteando cuanto él ama y adora, ni haciéndole la guerra a sus desordenados apetitos, no olvidemos que quien se hace amigo del mundo se hace enemigo de Dios. Porque Dios es Espíritu y el mundo es carne. Porque entre ambos la conciliación es imposible, y no se puede servir a dos señores.

Morir al mundo no basta si no vivimos para Dios, lo cual logramos viviendo las virtudes teologales: fe no fingida, sino verdadera y con obras; esperanza sólida y bien fundada que nace de la conciencia buena, bien formada y contraria a la del impío; y la caridad de Dios que se aplica por el Espíritu Santo, al corazón puro, y que prende en él como el fuego en leña seca.

La práctica de estas tres virtudes teologales es la suma del bien vivir, que además precisará que sigamos los consejos del Maestro en los santos evangelios: siempre ceñidos y con luces encendidas en las manos, semejantes a los buenos criados que esperan a su señor que llegue en cualquier momento para abrirle con presteza; en el cíngulo se prefigura la mortificación y penitencia, y la preparación del ánimo necesaria para recibir con alegría a Nuestro

Señor en cualquier hora que tocare nuestra puerta, procurando el cumplimiento exacto de la ley divina; siendo solícitos y perseverantes como el siervo bueno y fiel en la vigilia, sin descuidarse, sabiendo que la muerte sobrevendrá en cualquier momento, así como su inmediato juicio.

Y una advertencia para los ricos y poderosos que se engañan a sí mismos en estos temas de tan decisiva importancia: pensar que los bienes de que gozan son tan absolutamente suyos que pueden disponer de ellos a su albedrío, sin que nadie, ni siquiera Dios, pueda considerar en qué uso se les pudiera dar. Pero **Bellarmino** recuerda que si bien pudieran ser dueños legales de esos bienes, con buen título respecto de otros hombres, aunque mucho habría que examinar al respecto, sin embargo nunca hemos de olvidar que respecto de Dios no es el hombre nunca sino un mero administrador y mayordomo de los mismos, y que por tanto, mucha cuenta, estrechísima cuenta habrán de dar de los mismos por haberlos malgastado o mal usado a quien es el soberano y supremo Señor de todo lo creado.

Por eso, el santo nos recuerda las consignas del apóstol que nos insta a vivir de manera sobria, justa y piadosamente en este mundo. Gobernándonos por la recta razón, y procurando siempre ante todo la gloria de Nuestro Señor y el bien propio espiritual y el de nuestros hermanos.

Veamos ahora algunos extractos del librito del santo doctor **Alfonso María de Ligorio**, **“El gran medio de la oración”:**

Si Pedro se hubiera humillado y con humildad hubiera pedido a su divino Maestro la gracia de la fortaleza, seguramente no le hubiera negado tan villanamente. **Convenzámonos de que estamos todos suspendidos sobre el profundo abismo de nuestros pecados... por el hilo de la gracia de Dios**. Si ese hilo se corta, caeremos ciertamente en ese abismo y cometeremos los más horrendos pecados.

Es verdad de fe que sin la ayuda de la gracia de Dios no puede el hombre hacer obra alguna buena, ni siquiera tener un santo

pensamiento. Así lo afirmaba también San Agustín: Sin la gracia de Dios no puede el hombre ni pensar ni hacer cosa buena. Y añadía el mismo Santo: así como el ojo no puede ver sin luz, así el hombre no puede obrar bien sin la gracia.

Y antes lo había escrito ya el Apóstol: No somos capaces por nosotros mismos de concebir un buen pensamiento, como propio, sino que nuestra suficiencia y capacidad vienen de Dios.

Lo mismo que siglos antes había confesado el rey David, cuando cantaba: Si el Señor no es el que edifica la casa" en vano se fatigan los que la edifican. **Vanamente trabaja el hombre en hacerse santo, si Dios no le ayuda con su poderosa mano. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda.**

Si Dios no defiende del pecado el alma, vano empeño sería quererlo hacer ella con sus solas fuerzas. Por eso decía- el mismo real profeta: No confiaré en mi arco. No confío en la fuerza de mis armas, solamente Dios me puede salvar.

El que sinceramente tenga que reconocer que hizo algún bien y que no cayó en más graves pecados, diga con el apóstol San Pablo: **Por la gracia de Dios soy lo que soy.** Y por esta misma razón debe vivir en santo temor, como quien sabe que a cada paso puede caer. Mire, pues, no caiga el que piense estar firme. Con estas palabras que son del mismo apóstol nos quiso decir que está en gran peligro de caer el que ningún miedo tiene a caer.

Y nos da la razón con estas palabras: **Porque si alguno piensa ser algo, se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo nada es**.

Sabiamente nos recordaba lo mismo el gran San Agustín, el cual escribió: Dejan muchos de ser firmes, porque presumen de su firmeza. **Nadie será más firme en Dios que aquel que de por sí se crea menos firme.** Por tanto, si alguno dijere que no tiene temor, señal será que confía en sus fuerzas y buenos propósitos; pero los que tal piensan, andan muy engañados con esta vana confianza de sí

mismos, y fiados en sus solas fuerzas no temerán y no temiendo dejarán a Dios, y por este camino su ruina es inevitable y segura.

Pongamos también mucho cuidado en no tener vanidad de nosotros mismos, cuando vemos los pecados en que por ventura vienen a caer los demás; por el contrario, tengámonos entonces por grandes pecadores y digamos así al Señor: **Señor mío, peor hubiera obrado yo, si Vos no me hubierais sostenido con vuestra gracia**.

Porque si no nos humillamos, bien pudiera ser que Dios, en castigo de nuestra soberbia, nos dejara caer en más graves y asquerosas culpas. Por esto el Apóstol nos manda que trabajemos en la obra de nuestra salvación. Pero ¿cómo? temiendo y temblando. Y es así, porque **aquel que teme caer desconfía de sí mismo y de sus fuerzas y pone toda su confianza en Dios** pues que en El confía, a El acude en todos los peligros, le ayuda el Señor y le sacará vencedor de todas las tentaciones.

Por Roma caminaba un día San Felipe Neri y por el camino iba diciendo: Estoy desesperado. Le corrigió un religioso y el Santo le contestó: Padre mío, desesperado estoy de mí mismo... pero confío en Dios... Eso mismo hemos de hacer nosotros, si de veras queremos salvarnos. Desconfiemos de nuestras humanas fuerzas. Imitemos a San Felipe, el cual apenas despertaba por la mañana decía al Señor: Señor, no dejéis hoy de la mano a Felipe, porque si no, este Felipe os va a hacer alguna trastada.

Concluyamos, pues, con San Agustín que **toda la ciencia del cristiano consiste en conocer que el hombre nada es y nada puede**. Con esta convicción no dejará de acudir continuamente a Dios con la oración para tener las fuerzas que no tiene y que necesita para vencer las tentaciones y practicar la virtud. Y así obrará bien, con la ayuda de Dios, el cual nunca niega su gracia a aquel que se la pide con humildad. La oración del humilde atraviesa las nubes... y no se retira hasta que la mire benigno el Altísimo. Y aunque el alma sea culpable de los más grandes pecados, no la rechaza el Señor, porque, como dice David: Dios no desprecia un corazón contrito y humillado. Por el contrario: Resiste Dios a los soberbios y a los humildes les da su gracia. Y así como el Señor es severo para los

orgullosos y rechaza sus peticiones, así en la misma medida es bondadoso y espléndido con los humildes. El mismo Señor dijo un día a Santa Catalina de Sena: Aprende, hija mía, que el alma que persevera en la oración humilde, alcanza todas las virtudes.

Interesantísimas como siempre las enseñanzas del gran doctor San Alfonso, al igual que la siempre advertencia del santo mariano **San Luis María Grignion de Monfort,** cuando nos dice repetidamente: "Oh!, ¡qué maravilla de la gracia del Santo Rosario! Poder escapar del mundo, del demonio, de la carne y Salvarte para el Cielo!".

Pero la realidad es la que es, y uno de los grandes males de la sociedad es el gran virus que se ha inoculado en casi todas las familias y que fruto del ambiente, las dificultades de la vida, y la pérdida de la fe y del santo temor de Dios, ha llevado a **no combatir el combate de la fe**.

Esa falta de combate y dejarse llevar por el espíritu del mundo se ha visto reflejado en muchos aspectos, pero principalmente en **la contracepción**: matrimonios que no aceptan el martirio del sacrificio hasta el extremo y acaban sucumbiendo al mundo y sus consignas, diciendo no a la santidad, no a la vida de gracia.

Como enseña **un farmacéutico católico** muy comprometido:

Si un matrimonio no vive en gracia, el enemigo de la naturaleza humana tiene las puertas abiertas. Vivir en gracia implica evitar pecados graves, y confesarse cuando sea preciso, con frecuencia. Una de las tentaciones que más daño hace al estado de gracia de los matrimonios católicos, porque les hace vivir en un estado permanente de pecado grave, es ***el uso de anticonceptivos****. De esto advirtió clara y amorosamente Pablo VI en Humanae Vitae, con corazón de pastor y gran preocupación por sus queridos hijos en el Señor.*

Existe una alternativa muy buena para quienes razonablemente deban evitar tener más hijos, o espaciarlos más, que son los métodos naturales, el Billings, el sintotérmico o el Creighton. Hay que ir a

aprenderlos, pero merece la pena para amar a Dios, vivir juntos en Él y conservar la gracia, su presencia viva en nuestras almas.

Cerremos la puerta de nuestros hogares al enemigo. No le permitamos entrar. Vivamos como familias en la gracia de Dios. Su Providencia, con los métodos naturales, nos lo facilita.

2. EL DEBATE TELEVISIVO ENTRE EL CREYENTE Y EL ATEO

Un día vi que estaba en un plató de televisión el sacerdote **Manuel Carreira**, jesuita, teólogo, filósofo y astrofísico (licenciado en Filosofía por la universidad de Comillas, y en Teología por la universidad Loyola de Chicago) con una formación científica que incluye el master en Física por la universidad John Carroll, Cleveland, y una tesis sobre rayos cósmicos en la universidad católica en Washington. Miembro del observatorio astronómico vaticano, ha sido profesor de astronomía en varias universidades y de filosofía de la naturaleza. Autor de obras como "Metafísica de la materia". Escuchemos lo que dijo el jesuita P. Carreira en el programa de Juan Manuel de Prada, Lágrimas en la lluvia, donde **se hablaba sobre la vejez**, y en consecuencia sobre la muerte y el más allá de esta vida:

> *"**La muerte sé que no es el final**. Sé que hay una realidad que ya no transcurre en el tiempo, que no necesita por tanto describirse en términos de actividad física, ni en el espacio, ni en el tiempo. Y en ese no tiempo, espero poder entender lo que no entiendo en mi vida temporal, en todos los aspectos. De modo que es una esperanza muy positiva, que no me da miedo ninguno. Simplemente estoy viviendo, sabiendo que mi muerte no es un cero final. Al revés, es como dice un poema muy bonito: es cruzar una puerta a la deriva, sin saber lo que espera. Y ampliar el panorama muy restringido que puedo alcanzar en mi vida, aunque esté basado en Teología y Filosofía.*
>
> ***Lo que yo no puedo decir nunca es que la realidad humana es una cuestión simplemente de procesos físico-***

***químicos**. Ningún proceso físico-químico puede explicar una poesía. Ningún proceso físico-químico puede explicar mi deseo de conocer, de encontrar verdad, belleza y bien. Ahí es donde está la grandeza humana.*

Y entonces, como ningún proceso físico-químico explica eso, no puede atribuirse a la materia, que sólo actúa por las cuatro fuerzas que estudiamos en la física. Y lo que no puede explicarse por esas cuatro fuerzas, no puede explicarse por la actividad de la materia.

*Entonces tengo una razón muy lógica, para decir que **en el ser humano hay una actividad que no puede atribuirse a la materia, que necesita una fuente distinta de la materia, y que por tanto no debe ser caduca ni perecedera, como es todo lo que hace la materia, según sus leyes.** Y ahí es donde está la razón básica, filosófica, que no necesita tampoco la teología cristiana para decir que:*

*La razón filosófica nos lleva a admitir en el ser humano **que hay que admitir una realidad no material. Y si hay una realidad no material, entonces tampoco puedo esperar que lo que no es materia desaparezca** simplemente porque la materia deja de funcionar correctamente con una enfermedad y con la muerte."*

En la tertulia de dicho programa había otros invitados también, entre ellos uno que se definía como ateo, un tal Antonio. Sin que nadie se ofenda, pero habremos de convenir según se desprende de la realidad objetiva por lo que se pudo ver en el intercambio de palabras que hubo entre él y el P. Carreira, que ese señor hizo un gran ridículo. No pudo argumentar nada razonable ni lógico como pretendía conversar el jesuita, nada sólido para defender su pensamiento de que no había nada tras la muerte.

Fijémonos la pregunta que le hizo el conductor del programa al ateo, y con la que empezaría luego el debate con el jesuita:

¿Pero tú reconoces que hay en el ser humano una actividad humana que no está marcada por las leyes de la materia?

Y Antonio, que se definía como ateo, contestó así:

"Creo que el cerebro, la neurología, todo es una derivación, una evolución de la materia. Yo creo, he dicho antes, en la teoría de la evolución. Y yo voy a morir, quiero morir y creo que voy a morir, con la misma tranquilidad que el P. Carreira. Él piensa que muere tranquilo, porque no es el final. Y yo pienso que moriré tranquilo porque sé que es el final (esta última frase la dice con mucho énfasis)".

A lo que entonces responde el P. Carreira:

"Usted no sabe que es el final. Usted tiene una manera de argüir que comienza presuponiendo que la única cosa que existe es la materia. ¡Defíname materia!

"La existencia del Universo, eso es materia"

"¡Eso no es definición! ¿Cómo se define una cosa en Ciencia"

"¿Materia? Energía.

"No. Se define por sus actividades".

"Energía" (ya en tono de no saber por dónde salir)

"¡Eso no es una definición!"
"Bueno… creación".

"¡Tampoco!"

"¿No? ¿Cómo define entonces usted la materia?"

"Materia es todo y sólo lo que actúa por una de las cuatro fuerzas que conocemos: gravitatoria, electromagnética, nuclear fuerte y nuclear débil"

"Todavía no hay una teoría que las unifique a las cuatro"

"Pero hay las cuatro"

"Hay las cuatro."

"Y eso me basta para definir materia"

"No, mientras no haya una que defina a las cuatro, no hay una definición unitaria del universo."

"Yo no estoy hablando de que haya una explicación única. Estoy hablando de lo que define a la materia que son esas cuatro fuerzas"

"No he dicho única, he dicho unitaria. "

"Pues me da lo mismo que se llame unitaria que única"

"A mí no, la diferencia entre los conceptos es muy grande".

"Yo estoy diciendo que existen esas cuatro fuerzas, que definen a la materia. "

"Bueno, usted es feliz creyendo eso. Y yo soy feliz no creyendo eso"

"No he metido nada de creyente o no creyente en lo que estoy diciendo. Estoy diciendo simplemente lo que define a la materia."

"Sí, las cuatro fuerzas. Estoy de acuerdo."

"Pues entonces, explíqueme: ¿cuál de esas cuatro fuerzas explica una poesía?"

"De la materia emerge una facultad espiritual, que se llama espiritual, para que entienda la gente"

"¡La armamos entonces!"

"¡Noooo, qué va! Es que el espíritu está en el hombre. Nosotros tenemos espíritu…

"¡Defíname espíritu!"

"¿Espíritu? Lo que no es materia, pero es producto de la materia."

"Magnífico. De modo que la materia hace algo que no es materia."

"Sí, es capaz".

"¡Pues no es capaz! Porque la definición de la materia se hace por esas cuatro fuerzas.

“Claro”.

“Y esas solo modifican la materia, es lo único que hacen”

“Yo defiendo la existencia del espíritu, pero muere con la materia”

“El espíritu no es materia, ni puede serlo”.

“Bueno, pues muy bien. Pues usted piénselo, no me va a convencer nunca. Ni porque eleve más la voz. A mí no me va a convencer, ni porque me ponga a que defina la materia. Yo no tengo por qué definir la materia.”

“No es una cuestión de convencerle. Pero hay que definir las cosas, porque si no lo hacemos, no sabemos de qué hablamos. “

“Yo sí sé de lo que hablo.”

“Pues si no sabe definirlo, no sabe de lo que habla”

Dirigiéndose al conductor, el ateo dice así:

“¿Por qué el animal muere, y no hay nada, y el hombre que procede del animal muere y sí hay? Si yo entiendo su fe (refiriéndose al P. Carreira), pero sin creer que Dios ha creado el hombre... ¿Por qué él no entiende mi falta de fe? ¿Por qué él no tiene la generosidad de admitirlo”.

"Porque usted (le contesta el P. Carreira) está considerando una realidad que no se explica por ninguna de las cuatro fuerzas que definen a la materia".

"Bueno, pero ¿por qué tiene que hablar con un tono dogmático y de superioridad con una persona que no cree en eso?

"Porque no es cuestión de creer".

"Yo lo respeto a usted, ¿por qué no me respeta usted a mí?

"Porque estamos hablando en lógica, señor mío."

"¿En lógica la fe?"

"En lógica de explicar que si el hombre tiene una actividad que no se puede explicar por ninguna de las cuatro fuerzas que definen a la materia, tiene que haber una realidad distinta de la materia como causa de esa actividad. Eso es lo que yo le he estado diciendo, al decir que en el ser humano no puede explicarse todo en términos de la materia. Y con eso, si en el ser humano hay algo que no es materia, entonces tengo derecho a preguntar acerca de ese algo, y de su supervivencia, o no supervivencia. Así de simple".

"En el fondo, su razonamiento es propio de Tertuliano, quien decía: credo ut intelligur (lo dice mal, es Credo ut intelligam), creo para entender. Y yo necesito entender para creer. Mientras que usted parte de una base, primero la fe. Y como creo, entiendo. Para mí está terminada la conversación."

"No he hecho eso para nada. He hecho exactamente lo contrario".

3. PECADO MORTAL, RECHAZO DE DIOS Y NIHILISMO

Por **David Glez. Alonso Gracián** (publicado en Infocatólica)

Todo pecado mortal —sobre todo si es sistematizado en vicio *o en estructura de pecado*—, contiene una pretensión nihilista.

Todo pecado mortal supone la pérdida del estado de gracia, y si atenta contra la fe, significa su abandono.

Todo *estado obstinado de pecado mortal*, en el fondo, implica una pretensión deicida.

Los nihilistas, con Friedrich Nietzsche (1844- 1900) a la cabeza, gustan de hablar de *la muerte de Dios*. Pero como Dios no puede morir, cuando se habla de la muerte de Dios no se habla de la muerte de Dios, sino, propiamente, del deseo que tiene el nihilista de "matar" (si pudiese) a Dios.

Lúcidamente explica Gustave Thibon:

«Me propongo evocar el problema de la muerte de Dios. Evidentemente, cuando se habla de la muerte de Dios no se habla de Dios mismo (…) Por consiguiente, de lo que yo quiero hablar es del eclipse de Dios en el espíritu de los hombres. Esto es infinitamente grave (Gustave THIBON, «¿Ha muerto Dios?» (Verbo, 189-190: Serie XIX, p.1159-1160)

Dado que nadie puede matar a Dios, habría que hablar, más bien, del deseo nihilista, moderno y revolucionario de matar a Dios. Del anhelo, *latente* en todo sistema de pecado, de que Dios no exista ni en la vida de las personas, ni en las leyes que la rigen, ni en la cultura que la anima.

El nihilista es deicida, sobre todo en su vida personal, y de varias maneras:

1) **rechazando obstinadamente, por el pecado mortal, el estado de gracia**, es decir: eliminando la cualidad sobrenatural por la cual su alma participa de la naturaleza de Dios.

Recordemos a este propósito la definición de gracia santificante: «Cualidad sobrenatural inherente a nuestra alma que nos

da una participación física y formal —aunque análoga y accidental— de la naturaleza misma de Dios bajo su propia razón de Deidad» (Antonio ROYO MARÍN O.P., Teología de la perfección cristiana, BAC, Madrid 1958, p. 84)

2) **impidiendo sistemáticamente la inhabitación de la Santísima Trinidad** en su alma.

Recordemos en qué consiste tal *presencia de Dios* en el alma del justo:

«La Santísima Trinidad, inhabitando en nuestras almas, nos hace participar de su vida íntima divina».

«Por la gracia de la inhabitación, el Espíritu Santo se une al alma como motor y regla de nuestros actos».

«Por la inhabitación en nuestras almas, la Santísima Trinidad se constituye en objeto fruitivo de experiencias inefables».

En definitiva, «Dios habita dentro del alma en gracia» (Ibid., p. 163-169).

Y 3) **abandonando la virtud por la cual se cree sobrenaturalmente en Dios y en su doctrina, mediante pecados que atenten contra ella**.

Recordemos qué cosa es la fe:

«Virtud teologal infundida por Dios en el entendimiento por la cual asentimos firmemente a las verdades divinamente reveladas por la autoridad o testimonio del mismo Dios que revela» (Ibid, p. 434)

Y recordemos también cuáles son los principales y terribles pecados contra la fe:

Infidelidad, «o paganismo, que cuando es voluntario es el mayor de los pecados después del odio a Dios», **herejía**, «que niega algún dogma revelado en particular o duda voluntariamente de él», **apostasía**, «que es el abandono total de la fe cristiana recibida en el bautismo», **blasfemia**, «sobre todo la que va contra el Espíritu Santo» y **la ceguera del corazón o embotamiento de los sentidos**, «que se oponen al don de entendimiento y proceden sobre todo de los pecados de la carne» (Ibid., p. 437).

El eclipse de Dios en personas y sociedades tiene mucho que ver con estas formas de deicidio personal. La difusión de pecados contra la fe mediante la anticultura, la antiteología y la antifilosofía, o por medio de leyes injustas y cristofóbicas, significa la masificación del deseo de dar muerte a Dios, y la propagación del nihilismo.

El eclipse de Dios en personas y sociedades no es más que la apertura de un inmenso Maelstrom devorador, en cuyas fauces es imposible dar fruto.

Como sigue explicando Thibon:

«Por consiguiente, de lo que yo quiero hablar es del eclipse de Dios en el espíritu de los hombres. Esto es infinitamente grave, pero Dios sigue siendo el que era. Como decía Víctor Hugo: "la sombra del eclipse no cae sobre el sol". El no lo decía hablando de Dios, sino hablando de sí mismo, durante el Segundo Imperio, cuando estaba exilado y había perdido una gran parte de su audiencia en Francia.

Si esto es verdad respecto a Víctor Hugo, lo es mucho más respecto a Dios. Pero si este eclipse se prolonga, amenaza con hundir a la humanidad en una noche terrible, en un frío mortal.

Y bien lo sintió Nietzsche, que fue el anunciador, el profeta de la muerte de Dios. "Dios ha muerto". E innumerables son los textos de Nietzsche que hablan de desesperación, de agonía, del apocalipsis que espera a la humanidad privada de ese rumbo eterno, de ese supremo punto de referencia.» (Ibid. p.1160)

Desesperación y agonía son los signos de las sociedades cuyos miembros quieren renunciar a la gracia, desligarse de la ley de Dios, y abandonar la fe.

Quien quiere matar a Dios en su vida y en la vida de las sociedades, aunque quiera matarlo democrática o consensualmente, fomenta una cultura de muerte, en la que los justos y los inocentes son las primeras víctimas.

Rescatamos tres comentarios que provocó el artículo en los lectores:

Pedro L. Llera

Muchas gracias. Has descrito a la perfección lo que estamos viviendo hoy en día: la desesperación y la crueldad inhumana de la sociedad nihilista y apóstata que nos ha tocado vivir.

Hay que predicar la conversión de manera incansable. Y si no lo hacen los que lo tendrían que hacer, lo tendremos que hacer nosotros.

Dios te bendiga, hermano.

A.G.:

Hay que predicar la conversión de manera incansable, muy cierto, Pedro. Conversión, penitencia, sacramentos.... es que no hay otra. Lo repetiremos hasta que se enteren las piedras.

Curro Estévez

Aprendiendo como siempre Alonso con tus artículos.

El problema es que ya nadie habla de pecado mortal, ni de gracia santificante, ni lo explica, no sé si por falta de fe o por falta de caridad, del mismo modo que no se habla de salvación o condenación, que es la disyuntiva de todo hombre.

Antes, todo lo que has dicho tan brillantemente, lo aprendía un niño en el catecismo (la doctrina, que se decía) de la escuela parroquial antes de recibir la comunión, no de una manera tan culta, pero sí la noción, y de forma indeleble. Un saludo en Xto. y María, y mi admiración. Dios te guarde.

A.G.:

Gracias Curro Estévez. Pecado mortal, salvación, condenación... es que son temas que apenas se predican, como bien dices.

Antes se insistía mucho en eso de estar siempre en *estado de gracia*, y en caso de perderla irse corriendo a confesar, para recuperarla. Ahora, qué poco se dice, por no decir nada. El abuso de personalismo puso de moda que la salvación era algo comunitario, y pareció que querer estar en estado de gracia, uno, era individualismo, y se dejó de hablar del estado individual de pecado y el estado individual de gracia.

Para el pensamiento clásico de la Iglesia, sin embargo, está muy claro que es uno el que se salva o se va al infierno, aunque para lo primero cuenta con la intercesión de los santos y el tesoro de los miembros vivos del cielo y de la tierra.

Para eso está Infocatólica, para que estas verdades descatalogadas, como diría el Padre Iraburu, vuelvan a ser gritadas, y que retiemble el mundo, si hace falta.

Luis Fernando

Dices: El eclipse de Dios en personas y sociedades tiene mucho que ver con estas formas de deicidio personal. Pues ahí tienes a multitud de obispos la mar de felices por el hecho de que los estados en los que había unidad católica ahora sean aconfesionales. Se parece mucho a la apostasía.

_____

A.G.

Pues sí que se parece, Luis Fernando, porque es que ha habido una especie de apostasía política por la cual se abandonan los deberes que toda sociedad tiene para con Dios.

4. ¿SE PUEDE MERECER LA PERSEVERANCIA FINAL?

Charles Journet en su obrita **Charlas acerca de la gracia**, nos dice que:

La perseverancia final es la conjunción del estado de gracia y del momento de la muerte. ¿La podremos merecer de antemano? ¡No! ¿Y por qué? Precisamente porque es la conjunción del momento de la muerte con el estado de gracia, es decir con la raíz que permite merecer y fructificar. Pero lo que la raíz fructifica no es nunca la raíz misma; lo que el estado de gracia fructifica no es nunca el estado de gracia mismo. Estando en estado de gracia puedo yo merecer un acrecentamiento de la gracia y también la vida eterna. Pero no la perseverancia en el estado de gracia, la perseverancia final. Puedo, debo, no obstante, esperar que la gracia me será conservada por

Dios para el momento de la muerte; y sé que no me será retirada si yo mismo no la he rechazado. Todos los días pedimos la gracia de la perseverancia final, cuando recitamos el Ave María: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Una petición parecida se encierra en todas las oraciones cristianas. Incluso en la última petición del Padrenuestro, donde suplicamos a Dios que nos libre del mal."

Entonces, nos podemos preguntar:

¿**Y cómo saber si estás en gracia de Dios, o no lo estás**?

Bueno, si eres católico has de guardar los mandamientos de la ley de Dios, y los de la Iglesia. Son como las señales de tráfico, carteles indicadores que te ayudan a llevar el camino correcto en tu viaje por la vida, en dirección a la meta que Dios nos ofrece: la vida eterna junto a Dios. No se trata tanto de cumplimientos, como de guías que ayudan para que podamos vivir en la Verdad y en el Amor verdadero, en relación verdaderamente amorosa con Dios. Ama a Dios el que guarda Su Palabra y Sus mandamientos. Así nos enseña la propia Palabra de Dios.

Porque bien sabemos que hoy en día a cualquier cosa le llaman amor, pero no es amor sino solo aquello que Dios nos dice que es amor. Nos venden conceptos de amor falsificados, conceptos de misericordia falsificados. Nos han hecho creer que podemos ser dioses de nosotros mismos, los que digamos lo que está bien y lo que está mal, los que pongamos las reglas del juego que más nos convengan. El amor que prescinde de la gracia de Dios, que no trata de ser dócil a ella, no es amor. Es otra cosa.

CIC 2001: *«Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez sanados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin él no podemos hacer nada» (San Agustín, De natura et gratia, 31, 35).*

¿De verdad que todavía queremos pretender seguir viviendo "a nuestro aire", por nosotros mismos? La Palabra de Dios es tajante: "*Por tanto, someteos a Dios. Resistid, pues, al diablo y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y El se acercará a vosotros. Limpiad vuestras manos, pecadores; y vosotros de doble ánimo, purificad vuestros corazones" Sant.4, 7-8.*

CIC 2002 *La libre iniciativa de Dios exige la respuesta libre del hombre, porque Dios creó al hombre a su imagen concediéndole, con la libertad, el poder de conocerle y amarle. El alma sólo libremente entra en la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Puso en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que sólo Él puede colmar. Las promesas de la "vida eterna" responden, por encima de toda esperanza, a esta aspiración:*

«Si tú descansaste el día séptimo, al término de todas tus obras muy buenas, fue para decirnos por la voz de tu libro que al término de nuestras obras, "que son muy buenas" por el hecho de que eres tú quien nos las ha dado, también nosotros en el sábado de la vida eterna descansaremos en ti» (San Agustín, Confessiones,13, 36, 51).

CIC 2003 *La gracia es, ante todo y principalmente, el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica. Pero la gracia comprende también los dones que el Espíritu Santo nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar en la salvación de los otros y en el crecimiento del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Estas son las gracias sacramentales, dones propios de los distintos sacramentos. Son además las gracias especiales, llamadas también carismas, según el término griego empleado por san Pablo, y que significa favor, don gratuito, beneficio (cf LG. 12). Cualquiera que sea su carácter, a veces extraordinario, como el don de milagros o de lenguas, los carismas están ordenados a la gracia santificante y tienen por fin el bien común de la Iglesia. Están al servicio de la caridad, que edifica la Iglesia (cf 1 Co 12).*

CIC 2004 *Entre las gracias especiales conviene mencionar las gracias de estado, que acompañan el ejercicio de las*

responsabilidades de la vida cristiana y de los ministerios en el seno de la Iglesia:

«Teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio, la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad» (Rom. 12, 6-8).

CIC 2005 *La gracia, siendo de orden sobrenatural, escapa a nuestra experiencia y sólo puede ser conocida por la fe. Por tanto, no podemos fundarnos en nuestros sentimientos o nuestras obras para deducir de ellos que estamos justificados y salvados (Concilio de Trento: DS 1533-34). Sin embargo, según las palabras del Señor: "Por sus frutos los conoceréis" (Mt 7, 20), la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor y a una actitud de pobreza llena de confianza:*

Una de las más bellas ilustraciones de esta actitud se encuentra en la respuesta de santa Juana de Arco a una pregunta capciosa de sus jueces eclesiásticos: «Interrogada si sabía que estaba en gracia de Dios, responde:

"Si no lo estoy, que Dios me quiera poner en ella; si estoy, que Dios me quiera conservar en ella"» (Santa Juana de Arco, Dictum: Procès de condannation).

Respondiendo a esta inquietud sobre si podemos saber si estamos o no en estado de gracia, también nos responde **Charles Journet** en ese librito tan recomendable de ojear:

"*En esto, como por otra parte en toda la línea, hay una gran diferencia entre la doctrina católica y la doctrina protestante que todo lo ha asolado con su concepción de la naturaleza corrompida y de la justicia imputativa. Según la doctrina luterana, si yo tengo la fe, es decir la absoluta persuasión de que, a pesar de mi corrupción indeleble, Dios me considera como justo a causa de Cristo, yo soy justo, yo estoy justificado. Para Calvino, si yo tengo esa fe, es decir la*

misma autopersuasión, yo estoy cierto, además, de estar predestinado. Así, según ellos, el cristiano tiene la certidumbre absoluta, está seguro por fe divina, de estar justificado y hasta predestinado. Tal es la doctrina protestante auténtica.

¿Y cuál es la doctrina católica?

Por de pronto la justificación es cosa diferente. Dios no puede amarme, mirarme como hijo suyo, sin intrínsecamente justificarme, sin verter en mí la gracia, sin hacer caer un resplandor de su santidad en este vaso frágil que yo soy. Pero, ¿estoy seguro de poseer esa gracia? La contestación dada por Santo Tomás y adoptada por el Concilio de Trento, expresa la doctrina tradicional de la Iglesia:
a menos de una revelación particular no puedo yo tener la certeza absoluta, infalible, de que esté en estado de gracia y de que esté predestinado. A algunos de sus servidores, Dios hace conocer que permanecen en su amor, que no lo perderán y que los recibirá en su paraíso. Es una certidumbre que les pone en un indecible estado de gozo interior. Cuando San Francisco de Asís conoció este privilegio, cogió dos ramitas de árbol, la una como violín, la otra como arco, y se puso a tocar una melodía inefable que él sólo, seguramente, podía percibir."

Por su parte, **San Luis María Grignion de Monfort** en sus libros insiste en que señal cierta de predestinación es ser devotos sinceros, de corazón, de la Santísima Virgen María (fijémonos que sólo es eso, señal, no certeza absoluta, pues esta sólo la tendremos una vez que hayamos muerto y encontrado el descanso final si nos acompañó una buena vida y una buena muerte en gracia).

Se trata de apoyarnos en María para poder vivir y sobre todo, morir en estado de gracia, y por tanto, camino de la vida eterna junto a Dios, Al fin y al cabo en el Avemaría, ya lo meditábamos antes, le pedimos siempre que acuda en ayuda nuestra en el ahora y en el momento de nuestra muerte.

Por eso otro santo y doctor, como **San Alfonso María de Ligorio**, en su gran obra "Las glorias de María" destaca el papel

fundamental de nuestra Madre de Misericordia para nuestra Salvación, pues nos dice una y otra vez: "*sólo se pierde quien no invoca a María*".

5. PECADOS CONTRA LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

Ante esta situación de batalla en la que está en juego nuestra Salvación eterna, de diversos modos y maneras podemos caer en los llamados **pecados contra la virtud de la Esperanza**, que con tanta precisión explica el **presbítero Doctor D. José Rigual**, en uno de sus tomos donde narra las principales partes de la Doctrina Christiana (Que enseña a un Christiano sabio en la ciencia de los santos y un fiel vasallo del Reyno de Jesu-Christo. Sacada de las Santas Escrituras, Concilios, Padres de la Iglesia y de los autores más excelentes, que tratan las verdades de nuestra Santa Religión. Madrid, en la Imprenta Real año 1.793).

Sigamos sus magníficas y completísimas enseñanzas:

1. Pecados de desesperación y de presunción.

2. Pecados contra la confianza en la Providencia, y contra la sumisión a la Providencia.

1) Pecados de desesperación o que se acercan a ella:

1. Desesperar formalmente de poder conseguir el perdón de los pecados, considerando sólo su gravedad y la pena que merecen, desatendiendo a la misericordia infinita de Dios y a la superabundancia de gracia que nos ha sido merecida por Cristo Jesús. Ese fue el pecado de Caín y de Judas, y es pecado de lo más horrible a los ojos de Dios.

2. Acobardarse por las dificultades de la conversión y de la vida cristiana, desanimarse y disgustarse por la violencia y dificultad de las tentaciones, abandonándose a ellas, dejándose llevar por ellas en el falso pensamiento de que…"total si al fin y al cabo no las voy a poder vencer…¡para qué luchar!" Eso sería como un hombre que se

dejara arrastrar por la corriente de un río tras unos primeros esfuerzos por resistir, o incluso peor sin haber hecho ninguno para resistir la fuerza del agua.

San Pablo habla de este tipo de personas, que son los que “no teniendo esperanza alguna, se abandonan a la disolución”. También tenemos ejemplo de este comportamiento en los israelitas y su pecado cuando renunciaron a la Tierra prometida por el miedo que cobraron al oír que sus habitantes eran muy fuertes y sus ciudades grandes y defendidas por murallas. Este es un pecado que se hace tanto a la Misericordia de Dios como al poder de Su Gracia.

Ya los apóstoles escucharon de labios del propio Jesucristo cuando veían las dificultades de alcanzar la Salvación perseverando en el camino estrecho que les proponía el Maestro: “esto es imposible a los hombres, mas todo es posible para Dios” Mt.19,26.

3. Admitir voluntariamente pensamientos de desconfianza tocantes a la Salvación, que arrojan al hombre en la melancolía, en la inquietud e inacción: estado funesto que conduce en fin a la desesperación, si no se vuelve luego sobre los sentimientos de confianza en la bondad de Dios que nos exciten al trabajo y a la oración.

4. Cansarse de las dilaciones y tardanzas de Dios, y perder el ánimo bajo el pretexto que después de tanto tiempo que se implora su socorro, el socorro no viene, y las oraciones no son oídas; que no se ha hecho, a lo que parece, algún progreso en la virtud; que se recae siempre en las mismas faltas…de donde proviene también la desesperación.

5. Dejarse abatir por los males de la vida y los accidentes desgraciados, hasta desear la muerte precisamente para librarse de ellos, lo cual puede venir de la impenitencia del corazón. Porque desear así la muerte es muy diferente del disgusto de la vida que sienten los justos a causa del deseo ardiente que tienen de los bienes celestiales.

2) Pecados de presunción:

Se peca de presunción de cuatro maneras:

1. **Esperar de sí mismo lo que depende del socorro gratuito de Dios.**

Tal es el pecado

a) Del que cree que su Salvación está únicamente en sus manos; que a la verdad Dios le ilumina y convida, pero que él es quien a consecuencia de esta Luz y convite, hace eficaz a uno, y a otro, quiero decir que proviene de él primeramente la buena voluntad y las buenas obras, contra la doctrina expresa de san Pablo que dice: “que es Dios quien obra en nosotros el querer y la acción” Flp.2,13.

b) De quien conforme a esta orgullosa doctrina, difiere su conversión como una cosa que está y estará siempre a disposición de su voluntad, sin atender a la terrible sentencia que Jesucristo dijo a los judíos: “Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado” Jn.8,21. Ni tampoco toma en consideración lo que la Sabiduría eterna dice en los Proverbios: “porque os he llamado y vosotros no habéis querido oírme: extendí mi mano, y no hubo uno que me mirase: despreciasteis todos mis consejos, y no habéis hecho caso de mis reprehensiones. Yo también me retiré en vuestra ruina y os insultaré cuando os sucediere lo que temíais; cuando la muerte viniere sobre vosotros como una tempestad… Entonces me invocarán y yo no los oiré: me buscarán desde la mañana, y no me hallarán.

2. **Lisonjearse graciosamente de haber recibido la gracia y ser justo, y descansar en este pensamiento.**

Muchos son los que cometen este pecado

a) Los que se fundan para esto en que han sido absueltos por el confesor, pero **sin mudar de vida, ni haber hecho obras de penitencia.**

b) **Los que juzgan así de su justicia porque ejercitan algunas prácticas exteriores de devoción**, y desprecian al mismo tiempo, o no hacen caso de la práctica de los mandamientos de Dios y de las máximas del Evangelio. “Ay de vosotros –dice Jesucristo- escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis de la yerba buena, del eneldo y del comino, esto es, de las cosas más menudas a que no os obliga la ley, y habéis despreciado los preceptos más graves de la ley: la justicia, la misericordia y la fe” Mt.23,23.

c) **Los que se aplauden de la observancia exterior de los mandamientos**, y se imaginan que porque son irreprensibles delante de los hombres, son también justos e inocentes también a los ojos de Dios, y por esta razón, se prefieren a otros, como el fariseo que decía: “gracias te doy Dios porque no soy como los demás hombres, estafadores, injustos, adúlteros; ni aun como este recaudador de impuestos.

d) **Los que viviendo en un estado criminal se tienen por justos**, porque se apoyan sobre opiniones relajadas, o sobre la falsa idea que tienen de la bondad de Dios, quien como ellos dicen, como una especie de blasfemia, no es escrupuloso, ni repara en menudencias.

3. Prometerse que Dios dará Su Gracia:

a) Sin cuidar de practicar ciertos medios exteriores, que preparan al alma para recibirla, como el alejarse de las ocasiones próximas de pecado, leer libros piadosos, etc.

b) Tentando a Dios con una confianza temeraria de que nos concederá los socorros necesarios para evitar el pecado, aun cuando nos expongamos voluntariamente a las ocasiones, o abrazamos sin vocación un estado que es difícil para la Salvación.

c) Lisonjeándonos que aplacaremos a Dios y redimiremos nuestros pecados con limosnas, u otras obras de piedad, sin que sea necesario mudar de vida, lo que es según los Santos Padres, querer corromper al Soberano Juez.

d) En fin, persuadiéndose de que Dios está siempre pronto a recibirnos en Su Gracia, y en esta Esperanza no se piensa mudar de vida, porque habiendo prometido el Señor que en cualquier tiempo que vuelva el pecador a Él, le perdonará sus pecados, concluye entonces fácilmente que diciendo entonces a la hora de la muerte un pequé de corazón, Dios no dejará de perdonarnos todos nuestros pecados.

Pero no se piensa que si bien de una parte es muy cierto que Dios está siempre pronto a perdonar al pecador que se convierte a Él, y le busca de todo corazón, y con toda la amargura de su alma, como dice la Escritura; es indubitable de la otra que son muy raras las conversiones de esta naturaleza a la hora de la muerte en todos aquellos que han vivido largamente apartados de Dios; que la conversión del corazón según el curso ordinario de la gracia, tiene sus principios y progresos; y que para conseguir la perfecta reconciliación con Dios son necesarios muchos gemidos, y penosos esfuerzos.

4. Confiar en las riquezas y no en Dios.

Es también pecado de presunción **el confiar en las riquezas,** en su crédito, en su nacimiento, en el favor de los grandes, **y no en Dios**; y fundar el buen éxito de sus empresas y designios en sus luces, su prudencia, su previsión, como aquél de quien dice el Profeta: “ved aquí el hombre que creía no necesitar el socorro de Dios.

Puso toda su confianza en la muchedumbre de sus riquezas, y pensó prevalecer con el vano apoyo que le daba su fortuna. Pero lo pensó en vano, porque Dios humilla a los que presumen de sí mismos. Y maldito el hombre que pone

su confianza en el hombre, que hace para su apoyo un brazo de carne, y cuyo corazón se aparta de Dios.

3) Pecados contra la justa confianza en la Divina Providencia:

Los pecados contra la justa confianza en la divina providencia son dos: la desconfianza, y la confianza presuntuosa.

1. La desconfianza, como el inquietarse mucho por lo que ha de venir; aplicar todos los cuidados a lo temporal, descuidando lo espiritual y lo más necesario; buscar apoyos, protecciones y establecimientos, y creerlo todo perdido cuando faltan los apoyos o socorros humanos: pecado que no es menor por ser común. Porque las Escrituras nos recomiendan en todas partes la confianza en Dios, y una confianza entera, sin división. Descargaos, dice el profeta, todos vuestros agobios y cuidados abandonándoos al Señor y Él os aliviará. Arrojad, dice san Pedro, todas vuestras inquietudes en su seno, porque Él mismo cuida de vosotros.

2. La confianza presuntuosa, como exponerse sin necesidad a algún peligro de manera temeraria, contando con la protección de Dios. Se ven algunas gentes que arrostran a los peligros con mucha serenidad, persuadidos de que un librito que llevan, una medallita o escapulario que cuelga de sus cuellos o una oración, les preservará de todo daño o mal, de toda desgracia: y esto se llama tentar a Dios, y va contra la enseñanza de la Escritura que prohíbe tentar a Dios.

Hemos de notar que los pecados de desconfianza son más comunes en lo que mira a las cosas temporales, que los de presunción o confianza presuntuosa. Y al contrario, en el negocio de la salvación eterna, es más común la presunción que la desesperación y desconfianza. Esto proviene de que generalmente se desean más ardientemente los bienes temporales que los eternos. A la verdad no se renuncia a los bienes eternos, pero se descansa en orden a ellos por la presunción en la misericordia de Dios. Y se reserva toda la actividad, todos los temores, inquietudes, y desconfianzas para los bienes temporales, que se aman más.

4) Pecados contrarios a la sumisión que debemos a la confianza:

1. Dejarse poseer por la tristeza y perder el ánimo por los accidentes molestos de la vida, por la pérdida de los bienes temporales, por las desgracias, por los destierros, las humillaciones, las muertes de los parientes y amigos. Estos excesos de tristezas provienen de la falta de fe y de esperanza. El apóstol, hablando de la muerte de los parientes, nos encarga mucho que no nos contristemos "como los paganos que no tienen esperanza". No nos dice, como lo nota san Agustín, que no nos apenemos, sino que no nos dejemos dominar ni nos abandonemos a la tristeza, como aquellos paganos que no tienen esperanza.

2. Murmurar contra Dios en estas ocasiones u otras semejantes: sufrir con impaciencia las persecuciones, las calumnias o cualesquier otra clase de contratiempos, o trabajos que sobrevengan.

Los ya mencionados son los principales pecados contra la Esperanza cristiana. Pero podemos comentar algunas consideraciones para mejor entenderlos: Tenemos la obligación de conservar y aumentar nuestra fe.

La Esperanza es necesaria para la Salvación, y uno de los más grandes dones de Dios, luego estamos obligados también a cuidarla.

La Esperanza se debilitaría y llegaría al fin a extinguirse si no procuramos aumentarla, ejercitándonos frecuentemente en actos de esperanza, y meditando en aquellos objetos que la fortalecen y animan. Sin esto, ¿cómo podríamos sufrir siempre con paciencia las adversidades y trabajos de la vida, y conservar el corazón desprendido de los bienes de la tierra, que tanto halagan a los sentidos?

Porque la Esperanza es la que nos alienta y consuela en la muerte de nuestros padres y amigos, como decía san Pablo, y nos hace mirar con desprecio las aflicciones y males de esta vida por el deseo de los bienes inefables, que están destinados para los elegidos en la otra. La Esperanza nos ayuda a ponderar como poca cosa o

nada la felicidad de la vida presente, como algo que no tiene proporción alguna con el peso de la gloria que nos está prometido en la otra, y por el cual nos hace suspirar esta virtud teologal.

Por tanto, siendo necesaria la Esperanza para sostenernos, igualmente contra la adversidad que contra la prosperidad y sus espejismos o peligros de este mundo, debemos de cuidar mucho de conservarla, y aumentarla, a fin de fortalecernos más y más en nuestras santas resoluciones; para resistir con esfuerzo a los ataques de nuestros enemigos, y confiar animosamente que recibiremos el premio de la victoria por Jesucristo nuestro Señor.

Y, ¿**por qué medios hemos de procurar el aumento de la Esperanza**?

1. Pidiéndoselo insistentemente al Señor en la oración.

2. Ejercitándonos en actos de Esperanza.

3. Considerando la Bondad infinita de Dios, Su Amor eterno, la Virtud de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo derramada por nosotros; el valor de Su intercesión expiatoria ofrecida al Padre, y arrojándonos después de esto con confianza a los brazos de Dios.

4. Persuadiéndonos de las cortas facultades de los hombres, y de la poca voluntad que tienen de favorecernos, y por consiguiente, que es mejor esperar en Dios que en ellos, porque Dios es benigno y misericordioso para con nosotros, y sólo Él puede saciar nuestros deseos, y remediar nuestras necesidades.

5. Meditando las promesas que Dios ha hecho a los hombres, y la voluntad santa que tiene de cumplirlas en cada uno de nosotros.

6. Trayendo a la memoria los beneficios generales y particulares que el Señor nos ha hecho, y no cesa de hacernos, sin merecerlo nosotros.

6. MARÍA SANTÍSIMA, GARANTÍA PARA PODER PERSEVERAR

En la ya mencionada inmortal obra **Las Glorias de María**, del gran doctor de la Iglesia **San Alfonso María de Ligorio**, encontramos muchos párrafos bellísimos sobre la importancia capital de María en lo que se refiere a ayudarnos en la virtud de la Santa perseverancia, para que podamos alcanzar la meta de la Salvación, pues Jesucristo advirtió muy claramente que ***"con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas" (Lc.21,19).***

Leamos atentamente parte de ese libro contenido en los siguientes párrafos, y saquemos mucho fruto de estas enseñanzas:

María ayuda a alcanzar el don de la perseverancia

La perseverancia final es una gracia tan grande de Dios que, como declara el Concilio de Trento, **es un don del todo gratuito que no se puede merecer**. Pero como enseña san Agustín, **ciertamente obtienen de Dios la perseverancia los que se la piden.** Y según el P. Suárez, **la obtienen infaliblemente siempre que sean diligentes en pedirla a Dios hasta el fin de la vida.**

Escribe **Belarmino** que esta perseverancia **hay que pedirla a diario** para conseguirla todos los días. "Pues si es verdad –como lo tengo por cierto según la sentencia hoy común, como lo demostraré en el capítulo V–, si es verdad, digo, que todas las gracias que nos vienen de Dios pasan por las manos de María, podremos nosotros esperar y obtener (de Dios) esta gracia suprema de la perseverancia". Y ciertamente que la obtendremos si con confianza la pedimos siempre a María. Ella misma promete esta gracia a todos los que la sirven fielmente en esta vida: "Los que se guían por mí, no pecarán; los que me dan a conocer a los demás, obtendrán la vida eterna" (Ecclo 24, 30). Son palabras que la Iglesia pone en sus labios.

Para conservarnos en la vida de la gracia es necesaria la fortaleza espiritual para resistir a todos los enemigos de nuestra salvación. Ahora bien, **esta fortaleza sólo se obtiene por María**: "Mía es la fortaleza, por mí reinan los reyes" (Pr 7, 14). Mía es esta fortaleza, nos dice María; Dios ha puesto en mis manos esta gracia

para que la distribuya a mis devotos. “Por mí reinan los reyes”. Por mi medio mis siervos reinan e imperan sobre sus sentidos y pasiones y se hacen dignos de reinar eternamente en el cielo. ¡Qué gran fortaleza tienen los devotos de esta excelsa Señora para vencer todas las tentaciones del infierno! María es aquella torre de la que se dice en los Sagrados cantares: “Tu cuello es como la torre de David, ceñida de baluartes; miles de escudos penden de ella, armas de valientes” (Ct 4, 4). Ella es como una torre ceñida de fuertes defensas a favor de los que la aman y a ella acuden en la batallas; en ella encuentran todos sus devotos todos los escudos y armas que necesitan para defenderse del infierno.

Por eso es llamada también la santísima Virgen plátano: “Me alcé como el plátano en las plazas junto a las aguas” (Ecclo 24, 19). Dice el cardenal Hugo glosando este texto, que el plátano tiene las hojas anchas semejantes a los escudos, con lo que se da a entender cómo defiende María a los que en ella se refugian. El beato Amadeo da otra explicación, y dice que ella se llama plátano porque así como el plátano con la sombra de sus hojas protege a los caminantes del calor del sol y de la lluvia, así, bajo el manto de María, los hombres encuentran refugio contra el ardor de las pasiones y la furia de las tentaciones.

María es nuestro apoyo para perseverar en el bien

¡Pobres las almas que se alejan de esta defensa y dejan de ser devotas de María y de encomendarse a ella en las tentaciones! Si en el mundo no hubiera sol, dice san Bernardo, ¿qué sería el mundo sino un caos horrible de tinieblas? Pierda un alma la devoción a María y pronto se verá inundada de tinieblas, de aquellas tinieblas de las que dijo el Espíritu Santo: “Ordenaste las tinieblas y se hizo la noche; en ella transitan todas las fieras de la selva” (Sal 103, 20). Desde que en un alma no brilla la luz divina y se hace la oscuridad, se hará madriguera de todos los pecados y de los demonios.

Dice san Anselmo: “¡Ay de los que aborrecen este sol!” **Infelices los que desprecian la luz de este sol que es la devoción a María.** San Francisco de Borja, con razón desconfiaba de la

perseverancia de aquellos en los que no encontraba especial devoción a la santísima Virgen. Preguntando a unos novicios a qué santo tenían más devoción, se dio cuenta de que algunos no tenían especial devoción a María. Se lo advirtió al maestro de novicios para que tuviera especial vigilancia sobre aquellos infortunados, y sucedió que todos aquellos perdieron la vocación.

Razón tenía san Germán de llamar a la santísima Virgen la respiración de los cristianos, porque así como el cuerpo no puede vivir sin respirar, así **el alma no puede vivir sin recurrir a María y encomendarse a ella, por quien conseguimos y conservamos la vida de la divina gracia.** "Como la respiración no sólo es señal de vida sino causa de ella, así el nombre de María en labios de los siervos de Dios es la razón de su vida sobrenatural, lo que la causa y la conserva". El beato Alano, asaltado por una fuerte tentación, estuvo a punto de perderse por no haberse encomendado a María; pero se le apareció la santísima Virgen y para que estuviera más prevenido para otra ocasión, le dio con la mano en la cara y le dijo: "Si te hubieras encomendado a mí, no te habrías encontrado en este peligro".

María garantiza la perseverancia

Por el contrario, dice María: "Bienaventurado el que me oye y vigila constantemente a las puertas de mi casa y observa los umbrales de ella" (Pr 8, 4). Bienaventurado el que oye mi voz y por eso está atento a venir de continuo a las puertas de mi misericordia en busca de luz y socorro. **María está muy atenta para obtener luces y fuerzas a éste su devoto para salir de los vicios y caminar por la senda de la virtud.** Por lo mismo es llamada por Inocencio III, con bella expresión, "luna en la noche, aurora al amanecer y sol en pleno día". Luna para iluminar a los que andan a oscuras en la noche del pecado, para ilustrarlos y para que conozcan el miserable estado de condenación en que se encuentran; aurora precursora del sol para el que ya está iluminado, para hacerlo salir del pecado y tornar a la gracia de Dios; sol, en fin, para el que ya está en gracia para que no vuelva a caer en ningún precipicio.

Aplican a María los doctores aquellas palabras: **"Sus ataduras son lazos saludables" (Ecclo 6, 31).** "¿Qué ataduras?", pregunta san Lorenzo Justiniano, responde: **"Las que atan a sus devotos para que no corran por los campos del desenfreno".**

San Buenaventura, explicando las palabras que se rezan en el Oficio de la Virgen: "Mi morada fue en la plena reunión de los santos" (Ecclo 24, 16), dice que María no sólo está en la plenitud de los santos, sino que también los conserva para que no vuelvan atrás; conserva su virtud para que no la manchen y refrena a los demonios para que no los dañen.

Se dice que **los devotos de María están con vestidos dobles**: "Todos sus domésticos traen doble vestido" (Pr 31, 21). Cornelio a Lápide explica cuál sea este doble vestido. Doble vestido porque ella adorna a sus fieles siervos tanto con las virtudes de su Hijo como con las suyas, y así revestidos consiguen la santa perseverancia.

Por eso san Felipe Neri exhortaba siempre a sus penitentes y les decía: "Hijos, si deseáis perseverar, sed devotos de la Señora". Decía igualmente san Juan Berchmans: **"El que ama a María obtendrá la perseverancia".**

Comentando la parábola del hijo pródigo, hace el abad Ruperto una hermosa reflexión. Dice que si el hijo díscolo hubiese tenido viva la madre, jamás se hubiera ido de la casa del padre o se hubiera vuelto antes de lo que lo hizo. Con esto quiere decir que **quien se siente hijo de María jamás se aparta de Dios**, **o si por desgracia se aparta, por medio de María pronto vuelve**.

Si todos los hombres amasen a esta Señora tan benigna y amable y en las tentaciones acudiesen siempre y pronto a su socorro, ¿quién jamás se perdería? Cae y se pierde el que no acude a María. Aplicando san Lorenzo Justiniano a María aquellas palabras: "Me paseé sobre las olas del mar" (Ecclo 26, 8), le hace decir: Yo camino siempre con mis siervos en medio de las tempestades en que se encuentran para asistirlos y librarlos de hundirse en el pecado.

Cuando nos tienten los demonios, dice santo Tomás de Villanueva, debemos comportarnos como los polluelos cuando

sienten cerca el ave de rapiña, que corren a toda prisa a cobijarse bajo las alas de la gallina. Así, al darnos cuenta que viene el asalto de la tentación, en seguida, sin dialogar con la tentación, corramos a refugiarnos bajo el manto de María. Y tú, Señora y Madre nuestra, prosigue diciendo el santo, nos tienes que defender, porque después de Dios no tenemos otro refugio sino tú, que eres nuestra única esperanza y la sola protectora en que confiamos.

María y su ayuda resultan imprescindibles

Concluyamos con lo que dice san Bernardo: "Hombre, quien quiera que seas, ya ves que en esta vida más que sobre la tierra vas navegando entre peligros y tempestades. **Si no quieres naufragar vuelve los ojos a esta estrella que es María.**

Mira a la estrella, llama a María. En los peligros de pecar, en las molestias de las tentaciones, en las dudas que debas resolver, piensa que María te puede ayudar; y tú llámala pronto, que ella te socorrerá. **Que su poderoso nombre no se aparte jamás de tu corazón lleno de confianza y que no se aparte de tu boca al invocarla. Si sigues a María no equivocarás el camino de la salvación**. Nunca desconfiarás si a ella te encomiendas. Si ella te sostiene, no caerás. Si ella te protege, no puedes temer perderte. Si ella te guía, te salvarás sin dificultad. En fin, si María toma a su cargo el defenderte, ciertamente llegarás al reino de los bienaventurados. Haz esto y vivirás".

Una vez ilustrados por el santo doctor, escuchemos lo que nos tiene que decir una laica muy comprometida y que escribe en **Infocatólica, Maria Arratibel**. Ella alude habitualmente a **la necesidad de la oración por encima de todo.** Escuchemos:

Tenemos que guardarnos en el bolsillo nuestro activismo eclesial, nuestros planes pastorales, nuestras estadísticas de bautismos anuales y nuestros miedos presupuestarios y **debemos ponernos a orar**.

¿Aprenderemos a dejar de lado nuestros buenismos semipelagianos y nos pondremos a suplicar al Padre que nos convierta, que nos lleve al cielo, a gozar eternamente de Su presencia, acompañando a los miles de mártires que han lavado sus túnicas en la Sangre del Cordero?

Tenemos que abrazar el Rosario como si fuera (¿no lo es?) la única salvación posible de esta Iglesia, a veces tan ciegamente –o cínicamente- optimista. Recemos el Santo Rosario, como lo pidió la Virgen en Fátima, por la conversión de los pecadores. Por la conversión de los perseguidores. Por la conversión de quienes, desde la propia Iglesia, persiguen la fe católica. Por la conversión de todos nosotros, que tantas veces nos sentimos derrotados olvidando -¡desagradecidos!- de quién somos hijos…

Tenemos que dar gracias a Dios porque sostiene con su gracia a estos testigos de la fe, disponiéndoles incluso al martirio por no renunciar a Jesucristo. Ellos son nuestra esperanza. Ellos son el testimonio de una fe que ni siquiera la corrupción de la Iglesia podrá destruir. ¡La fe de los perseguidos es nuestra esperanza! Con su entrega callada y sencilla nos dicen a gritos que Cristo vence, que Cristo es Rey. Que nada nos separará del amor de Cristo.

¿No les da la sensación de que esos cristianos semi-analfabetos que se dejan encarcelar, torturar y matar por Cristo tienen una fe mucho “mejor amueblada” que la nuestra? ¿De qué nos han servido los catecismos, las catequesis, la formación, la literatura espiritual, las vidas de santos? ¿De veras creemos, desde nuestro discreto rinconcito devocional aburguesado, que Cristo es Rey?

Tenemos que rezar por los cristianos perseguidos. Son el mismísimo Cuerpo de Cristo, ese Cuerpo al que también pertenecemos y al que a veces parece que sólo aportamos gangrena. ¿Cómo pueden tantos fieles vivir indiferentes a la realidad de la persecución? Oremos para que Dios les acorte la prueba, para que les sostenga, para que les conceda el don de la perseverancia final y digamos también nosotros: “Señor, ¡líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre Tus elegidos!”

San Luis María Grignion de Monfort, por su parte, en su obra "El Secreto admirable del Santo Rosario", nos dice:

"Coronémonos a porfía de estas rosas del paraíso recitando diariamente el Rosario; es decir tres Rosarios de cinco decenas cada uno o tres ramos de flores o coronas:

1) Para honrar las tres coronas de Jesús y de María, la corona de gracia de Jesús en su encarnación, su corona de espinas en su pasión y su corona de gloria en el cielo, y la triple corona que María recibió en el cielo de la Santísima Trinidad;

2) Para recibir de Jesús y de María tres coronas, la primera de mérito durante la vida, la segunda de paz a la hora de la muerte, y la tercera de gloria en el paraíso.

Si sois fieles en rezarle devotamente hasta la muerte, a pesar de la enormidad de vuestros pecados, creedme: "Percipietis coronam immarcescibilem", recibiréis una corona de gloria que no se marchitará jamás.

Aun cuando os hallaseis en el borde del abismo, o tuvieseis ya un pie en el infierno; aunque hubieseis vendido vuestra alma al diablo, aun cuando fueseis unos herejes endurecidos y obstinados como demonios, tarde o temprano os convertiréis y os salvaréis, con tal que (lo repito y notad las palabras y los términos de mi consejo) recéis devotamente todos los días el Santo Rosario hasta la muerte, para conocer la verdad y obtener la contrición y el perdón de vuestros pecados. Ya veréis en esta obra muchas historias de grandes pecadores convertidos por virtud del Santo Rosario. Leedlas para meditarlas. Dios solo."

A quien no pueda o apenas tenga tiempo para hacer oración se le anima para que antes de irse a dormir **rece todas las noches tres Avemarías**. Es una devoción muy recomendable y con grandísimas promesas para la salvación eterna. Ver aquí:

https://infovaticana.com/2014/07/26/en-que-consiste-la-devocion-de-las-tres-avemarias/

Capítulo X:

Recapitulando y sacando conclusiones

1. MENSAJE FINAL DEL SACERDOTE ÁNGEL PEÑA

A todos los que deseen ser santos les dirijo estas palabras desde lo más profundo de mi corazón como un amigo y un hermano. ***Vive cada día, como si fuera el último día de tu vida. Vive para la eternidad. ¡Vale tanto la vida! No la desperdicies en vicios y placeres, dale un sentido eterno****.*

Aunque seas joven, piensa que tu vida es frágil y se puede romper en cualquier momento. No te olvides de Dios ni de tus obligaciones religiosas. No pienses que Dios no te ve o que puedes ofenderlo y no pasa nada. Dios tiene paciencia y misericordia, pero también es justo.

Haz que en cada momento de tu vida te sientas orgulloso de cómo vives y de cómo has vivido. Si murieras hoy, ¿estarías preparado para morir? ¿Estás satisfecho de tu vida? Si hace falta, rectifica el rumbo y comienza hoy una nueva vida, porque hoy comienza el resto de tu vida. Nunca has sido más viejo y nunca serás más joven que hoy.

*El tiempo es inexorable, no se detiene y pronto te irás haciendo viejo, si llegas a la ancianidad, y llegará el fin… y Dios como Padre te pedirá cuentas de tu vida. ¿****Estás preparado****?*

Gracias querido P. Angel Peña, por sus palabras de aliento, por su incansable labor evangelizadora, por tantos libros interesantísimos como usted nos regala y ofrece gratuitamente en internet. Bendito sea usted que viene siempre en nombre del Señor.

Y aprovechemos para recordar ahora esta enseñanza bien seria y fundamental del Catecismo, que siempre conviene explicar a los que no lo saben:

CIC 1033 *Salvo que elijamos libremente amarle no podemos estar unidos con Dios. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos: "Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él" (1 Jn3, 14-15).* ***Nuestro Señor nos advierte*** *que estaremos separados de Él si no omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres y de los pequeños que son sus hermanos (cf. Mt 25, 31-46).* ***Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios****, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra "infierno".*

¿Es esto para tomárselo a broma? No, obviamente que no.

Necesitamos con urgencia dos cosas:

- estar en gracia de Dios,
- y vivir cuidando la vida de gracia.

Cuidar la vida de gracia para que se consolide, y a ser posible, se robustezca.

Nos toca ser como la persona que recibe una plantita, en una maceta, con la misión de cuidarla hasta el último aliento vital, y teniendo que procurar no descuidarla porque sería muy grave que se muriera, habiéndola dejado echar a perder por descuido, desatención o desprecio del regalo recibido.

El primer Papa es muy claro y firme en sus palabras (que son Palabra de Dios al estar contenidas en las Sagradas Escrituras):

II Pedro 3, 9-18:

No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión.

El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos,

abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá.

Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán?

Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en lo que habite la justicia.

*Por lo tanto, queridos**, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancilla y sin tacha**.*

La paciencia de nuestro Señor juzgadla como salvación, como os lo escribió también Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le fue otorgada.

Lo escribe también en todas las cartas cuando habla en ellas de esto. Aunque hay en ellas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente - como también las demás Escrituras - para su propia perdición.

Vosotros, pues, queridos, estando ya advertidos, vivid alerta, no sea que, arrastrados por el error de esos disolutos, os veáis derribados de vuestra firme postura. Creced, pues, en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. A él la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

2. A MODO DE DESPEDIDA

Acabas este libro, y te animo a que sigas con otros de sana doctrina que te formen y alimenten en el camino de la Santidad. En este momento te recomiendo **El Kempis**, del cual te dejo el inicio para que no dudes en tomarlo entre tus manos y saborearlo para bien y salvación de tu alma:

***De la imitación de Cristo y desprecio de toda vanidad**.*

"El que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá lumbre de vida". Estas palabras son de Cristo, con las cuales somos amonestados, que imitemos su vida y costumbres, si queremos ser librados de la ceguedad del corazón, y alumbrados verdaderamente. Sea pues todo nuestro estudio pensar en la vida de Jesucristo, la doctrina del cual excede a la doctrina de todos los santos; y el que tuviese espíritu, hallará en ella maná escondido. Mas acaece que muchos aunque a menudo oigan el evangelio, gustan poco de él, porque no tienen el Espíritu de Cristo. Mas el que quiere sabia y cumplidamente entender las palabras de Cristo, conviénele que procure de conformar con él toda su vida.

¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si careces de humildad por donde desagrades a la misma Trinidad? Por cierto las palabras subidas no hacen santo ni justo, mas la virtuosa vida hace al hombre amable a Dios. Más deseo sentir la contrición, que saber su declaración. Si supieses la Biblia a la letra, y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades y todo vanidad, sino amar y servir a sólo Dios. Esta es la suma sabiduría, por desprecio del mundo ir a los reinos celestiales. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas, y esperar en ellas. También es vanidad desear honra, y ensalzarse vanamente.

Vanidad es seguir el apetito de la carne, y desear cosa por donde después te sea necesario ser gravemente castigado.

Vanidad es desear larga vida, y no curar que sea buena.

Vanidad es pensar solamente en esta presente vida, y no proveer a lo venidero.

Vanidad es amar lo que tan presto pasa, y no apresurarse donde está el gozo perdurable.

Acuérdate continuamente de la escritura que dice: no se harta el ojo de ver, ni la oreja de oír. Pues así es, estudia desviar tu corazón de lo visible, y traspásalo a lo invisible; porque los que siguen su sensualidad, ensucian su conciencia, y pierden la gracia de Dios."

Y uno de los capítulos finales:

"Si yo supiese despreciar debidamente toda consolación humana, ora por alcanzar la devoción, ora por la necesidad que tengo de buscarte, porque no hay hombre que me consuele; con razón podría yo esperar en Tu gracia, y alegrarme con el don de la nueva consolación. Muchas gracias sean dadas a Ti, de quien viene todo, siempre que me sucede algún bien.

Yo soy vanidad y nada delante de ti; hombre mudable y enfermo. ¿De qué pues me puedo gloriar, o por qué deseo ser estimado? ¿Por ventura, de lo que es pura nada? Esto sería una vanidad rayana en la demencia.

Realmente la vanagloria es una plaga nefasta y la más ridícula de las vanidades, porque nos aparta de la verdadera gloria y nos despoja de la gracia celestial; porque contentándose un hombre a sí mismo te descontenta a Ti; y cuando desea las alabanzas humanas, es privado de las virtudes verdaderas.

La gloria verdadera y la alegría santa consiste en gloriarse en Ti y no en sí mismo, gozarse en Tu nombre, y no en la propia virtud, y en no deleitarse en criatura alguna sino por Ti.

Sea alabado Tu Nombre y no el mío; engrandecidas sean Tus obras y no las mías; alabado sea Tu santo Nombre, y no me sea a mí atribuida ninguna alabanza de los hombres. Tú eres mi gloria, Tú la alegría de mi corazón. En Ti me gloriaré y regocijaré todos los días; mas de mi parte no hay de qué me gloríe sino en mis flaquezas."

***Tomás de Kempis**, libro III, cap. 40, (7-13).*

También te recomiendo "**El combate espiritual"** de **Lorenzo Scuopoli,** y te dejo solo este parrafito de su inicio:

"Si aspiras, pues, hija mía, no solamente a la santidad, sino a la perfección de la santidad, siendo forzoso para adquirirla en este sublime grado, combatir todas las inclinaciones viciosas, sujetar los sentidos a la razón, y desarraigar los vicios (lo cual no es posible sin una aplicación infatigable y continua); conviene que con ánimo pronto y determinado, te dispongas y prepares a esta batalla, porque la corona no se da sino a los que combaten generosamente (II Tim. II, 25)."

No olvides la existencia de un clásico, un libro clave sobre este tema: **Preparación para la muerte**, del doctor de la Iglesia **San Alfonso María de Ligorio:**

https://sanguisetaqua.files.wordpress.com/2016/06/preparacic3b3n-para-la-muerte-san-alfonso-maria-de-ligorio.pdf

Si quieres un libro escrito en nuestro tiempo para aprender a valorar y descubrir el silencio, te recomiendo **La fuerza del Silencio del Cardenal Robert Sarah** (con Nicolas Diat, "La fuerza del Silencio" pág.81. Ed. Palabra):

"Si caminamos hacia Dios, llega un momento en que la palabra se vuelve inútil y pierde interés, porque lo único que importa es la contemplación. Por eso la vida monástica permite contemplar a Dios mejor que cualquier otra realidad. El silencio de los monasterios ofrece el mejor estuche de este mundo al hombre que quiere elevarse hacia Aquél que le aguarda"

Y para encontrar muchos libros a mano, en internet, una excelente web con mucho material interesante y gratuito: http://libroscatolicos.org

3. PREGUNTAS FINALES

P. José María Iraburu:

¿Creen ustedes que la Iglesia hoy consigue que los hombres se enteren de que en la vida presente se están jugando una vida eterna de felicidad o de condenación?

¿Estiman ustedes que puede omitirse sistemáticamente en la predicación, en la catequesis, en la teología, toda alusión a esa dimensión soteriológica de Salvación/Condenación, sin falsificar profundamente el Evangelio y sin desvirtuarlo?

¿Piensan que esa omisión es hoy frecuente en no pocos ámbitos de la Iglesia? Y en caso afirmativo:

¿Conocen ustedes quizá otras causas que expliquen más y mejor la falta de vocaciones, el absentismo masivo a la Misa dominical, la anticoncepción generalizada, la mundanización de los cristianos y su frecuente apostasía?

Y tras escuchar al P. Iraburu, te vuelvo a preguntar:

Y tú, **¿dónde quieres pasar tu eternidad?**

Y para que sea con Dios, en el gozo de Su Luz y Amor, ¿qué estás dispuesto a darle ya, ahora, a quien lo ha dado todo y más por ti? Recuérdalo, no es tan complicado: AMOR con AMOR se paga. Dale tu corazón, y deja que lo transforme o mejor, que Cristo te dé el suyo. Haz un intercambio amoroso, y saldrás ganando. Aprende lo que significa el AMOR CARIDAD, el de Cristo, no el del mundo. Ánimo, ¡el Señor nos anima siempre!

Con Su ayuda TODO ES POSIBLE.

VUESTRA SOY, PARA VOS NACÍ: ¿QUÉ MANDÁIS HACER DE MÍ?

Santa Teresa de Jesús

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad, eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, Alteza, un Ser, Bondad:
La gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes,
vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues que me sufristes,
vuestra, pues que me llamastes.
Vuestra, porque me esperastes,
vuestra, pues no me perdí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce amor,
amor dulce, veisme aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Dulce Esposo y Redención
pues por vuestra me ofrecí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida;
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad;
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo:
pues del todo me rendí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración;
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
o, por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía.
Dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí y allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando
quiero por amor holgar;
si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo y cuándo,
decid dulce Amor, decid:

¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa,
o estéril, si cumple así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadena,
o de Egipto adelantado,
o David sufriendo pena,
o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
o libertado de allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Haga fruto o no lo haga,
esté callando o hablando,
muéstrame la ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mi?

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

APÉNDICE

1. ENTREVISTA A MARINO RESTREPO

Por **Javier Navascués**

"Si supiéramos el odio que nos tiene Satanás, estaríamos muy preparados para el momento de la muerte"

Entrevista al misionero laico colombiano **Marino Restrepo** realizada por el periodista **Javier Navascués** (publicada en Infocatólica el 5 de septiembre de 2018) con ocasión de su paso por España en verano de 2018 para dar testimonio en varias ciudades. Restrepo experimenta una conversión de vida durante el secuestro de varios meses por los terroristas de las FARC.

Marino nació en una pequeña ciudad de cultivadores de café ubicada en las montañas de los Andes de Colombia, en el seno de una familia de tradiciones católicas. Una fe de la que se distancia mientras su vida se centra en la noche, el sexo y el alcohol. Un vacío que a pesar del éxito profesional a través de la música intenta llenar con tarots, cábalas, y otros pecados, hasta que en 1997 es secuestrado por la organización terrorista de las FARC y es entonces cuando tendrá una impactante experiencia de Dios.

Vio el infierno eterno que le esperaba. Dios le concedió otra oportunidad, y hoy en día recorre el mundo entero predicando las verdades de la fe.

¿Se puede ser feliz sin Dios?

El hombre del mundo pretende ser feliz sin Él. He comprobado en mi experiencia personal que después de vivir 33 años sin Él, no

encontré una gota de felicidad. A partir de mis 14 años de edad me aparté de Él y fui muy infeliz.

Hoy puedo decir que conozco el gozo que trae el Espíritu Santo y puedo apreciar la soledad y el vacío que se vive sin Dios. El hombre convenientemente diseña un realismo mágico para su comodidad y se convence de esto creando un falso estado de su vida.

El mundo ofrece muchas avenidas para ocupar al hombre y hacerle creer que vive una vida plena, pero las pruebas y dificultades de esta le demuestran todo lo contrario y muchos terminan en la búsqueda de Dios.

¿Satisface realmente el placer desordenado?

El placer desordenado alimenta los apetitos de la carne y alcanza satisfacciones momentáneas (que nunca llenan) y producen hábitos por medio de los cuales se vive una vida de anhelos pasajeros.

Esta vida está diseñada precisamente para satisfacer todos estos apetitos. El consumismo y el relativismo son las dos banderas que se izan en la realidad existencial del materialismo.

¿Por qué no puede el vicio colmar los anhelos de felicidad?

La felicidad del cristiano es el encuentro con la plenitud del gozo en Jesucristo. Ningún vicio puede alcanzar esto. La palabra vicio lo dice todo: el vicio destruye al hombre.

¿Cómo salió Dios a su encuentro?

El Señor se me apareció durante una experiencia mística mientras me encontraba prisionero de las guerrillas colombianas. En medio de esa experiencia se me reveló todo lo que se me había sido enseñado en la Iglesia Católica desde mi primera comunión hasta los 14 años de edad, que fue el tiempo en que participé de la Iglesia. Esta experiencia transformó mi vida y me convirtió no solo en creyente de estas verdades sino en un misionero católico.

Una experiencia dolorosa, pero necesaria.....

Dios actúa misteriosamente y lo que parece absurdo para nuestra pobre razón humana, termina siendo perfecto en su divina voluntad. Ese dolor si se vive con amor purifica y si no se vive con amor corrompe. Gracias a Dios que yo lo he vivido con amor.

¿Cómo describiría su experiencia?

Ocurre en medio de un éxtasis en el cual tengo primero una iluminación de mi conciencia, luego Dios me habla y me revela su Iglesia Católica, después aparezco en un lago donde puedo ver todos mis pecados y en el costado izquierdo del lago pude ver el infierno y en el derecho el purgatorio. Sobre una roca que se encontraba frente al lago, se me apareció Jesús.

¿Qué se siente al ser rescatado del infierno?

La misericordia de Dios. El hombre durante su travesía por este destierro terrenal no alcanza a comprender los peligros a los cuales está enfrentado. Si supiéramos el odio que satanás tiene contra nosotros, estaríamos muy preparados para el momento de la muerte. Mi experiencia me demostró la tristeza de la ceguera espiritual en la que se encuentra la humanidad.

Háblenos de la gravedad de la condenación eterna...

La palabra eterna lo explica todo. Ojalá pudiésemos meditar con mucha frecuencia lo que significa eternidad: sin fin, interminable. Estos son términos extremadamente radicales y trascendentales. Hace falta urgentemente, una catequesis en la Iglesia Católica mucho más clara y profunda sobre las consecuencias de la condenación eterna.

¿Qué diría a aquellas personas que viven permanentemente en pecado?

Que se pueden condenar. He visto con mis propios ojos del alma que el infierno es una realidad que se puede presentar al final de esta vida como destino inevitable para aquellos que rehúsan vivir en obediencia a Dios y deciden seguir su voluntad humana por los caminos del pecado.

Tras la conversión hay necesidad de reparar el pecado....

El hombre tiene dos opciones, vivir el bien o el mal, si vive el bien debe estar en una permanente conversión y una permanente reparación. Es muy común en la Iglesia Católica de hoy encontrar la tibieza en forma masiva. Una vida sacramental sin trascendencia y como consecuencia pecados confesados sin arrepentimiento sincero y sin posibilidad de reparación. Una vida religiosa sin conversión.

Háblenos de la necesidad de dedicar la vida a la gloria de Dios....

Vivir en santidad. He descubierto que no hay otro camino que este, si no somos santos, no podemos entrar al cielo. No me podría imaginar que otra cosa buscaría una persona que se considere católica y profese su fe.

Para glorificar a Dios con nuestra vida se necesita ser consciente de que es vital una entrega total a la obediencia, la obediencia a Dios.

Importancia de rezar por la salvación de las almas....

Es la comunión de los santos. Estamos unidos unos rezando por los otros. La Iglesia nos enseña con claridad, y yo lo pude ver durante mi experiencia mística, que es muy importante el tener conciencia de la oración intercesora. Debemos orar siempre por la conversión de todos los pecadores. Yo creería que esta es la oración favorita de Jesús, pues Él vino a crucificarse por la salvación de todos los pecadores.

Hay necesidad de perseverar en la conversión, pues aunque se tenga experiencia de Dios sigue tirando el mundo....

Se debe vivir una vida sacramental y de oración para tener la suficiente fortaleza para defendernos de nuestras debilidades y de todas las tentaciones del maligno.

¿Por qué sintió la necesidad de dar testimonio por el mundo?

Porque fue un llamado del Señor. El Señor se me manifestó a los dos años de haber sido liberado del secuestro en una Iglesia de Bogotá, durante una misa de Domingo de Ramos.

Sería muy largo el detallar esta experiencia pero Él me mostró que había nacido para esta misión y que me iba llevar por todo el mundo.

Ciertamente hoy la situación de la Iglesia es delicada pues hay una gran confusión...

No podemos salvar la Iglesia entera o el mundo entero. Cada uno debemos asegurar el santificarnos, es nuestra mayor contribución. El día a día de nuestra vida es nuestro más grande aporte, pues es la oportunidad de vivir siendo testimonio.

Como actuar cuando los pastores no obran como tales....

Debemos ser aún mejor testimonio en nuestra vida personal para poder reparar por sus errores. Vivimos en un mundo que ha desnutrido la integridad espiritual de gran parte del clero. Los escándalos del clero en la Iglesia de estos tiempos lo demuestran así, pero no todo está perdido. El mal es muy escandaloso, pero el demonio no podrá contra la Iglesia. Siempre habrá un clero, una vida religiosa y laical compuesta por un remanente santo que sostiene la Iglesia a pesar de las tempestades infernales de los tiempos.

2. EL ABANDONO CONFIADO A LA DIVINA PROVIDENCIA

San Claudio de la Colombière

I. Verdades consoladoras.

a) Confiemos en la sabiduría de Dios.
b) Cuando Dios nos prueba.
c) Arrojarse en los brazos de Dios.
d) Práctica del abandono confiado.

II. Las adversidades son útiles a los justos, necesarias a los pecadores

a) Hay que confiar en la Providencia.
b) Ventajas inesperadas de las pruebas.
c) Ocasiones de méritos y de la salvación.

III. Recurso a la oración

a) Para obtener bienes.
b) Para apartar los males.
c) No se pide bastante.
d) Perseverancia en la oración
e) Una confianza obstinada.

I. Verdades consoladoras.

Una de las verdades mejor establecidas y de las más consoladoras que se nos han revelado es que nada nos sucede en la tierra, excepto el pecado, que no sea porque Dios lo quiere; Él es quien envía las riquezas y la pobreza; si estáis enfermos, Dios es la causa de vuestro mal; si habéis recobrado la salud, es Dios quien os la ha devuelto; si vivís, es solamente a Él a quien debéis un bien tan grande; y cuando venga la muerte a concluir vuestra vida, será de su mano de quien recibiréis el golpe mortal. Pero, cuando nos persiguen los malvados, ¿debemos atribuirlo a Dios? Sí, también le podéis

acusar a Él del mal que sufrís. Pero no es la causa del pecado que comete vuestro enemigo al maltrataros, y sí es la causa del mal que os hace este enemigo mientras peca. No es Dios quien ha inspirado a vuestro enemigo la perversa voluntad que tiene de haceros mal, pero es Él quien le ha dado el poder. No dudéis, si recibís alguna llaga, es Dios mismo quien os ha herido.

Aunque todas las criaturas se aliaran contra vosotros, si el Creador no lo quiere, si Él no se une a ellas, si Él no les da la fuerza y los medios para ejecutar sus malos designios, nunca llegarán a hacer nada: *No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo Alto*, decía el Salvador del mundo a Pilatos. Lo mismo podemos decir a los demonios y a los hombres, incluso a las criaturas privadas de razón y de sentimiento. No, no me afligiríais, ni me incomodaríais como hacéis si Dios no lo hubiera ordenado así; es Él quien os envía, Él es quien os da el poder de tentarme y afligirme: no tendríais ningún poder sobre mí si no os fuera dado de lo Alto.

Si meditáramos seriamente, de vez en cuando, este artículo de nuestra fe, no se necesitaría más para ahogar todas nuestras murmuraciones en las pérdidas, en todas las desgracias que nos suceden. Es el Señor quien me había dado los bienes, es Él mismo quien me los ha quitado; no es ni esta partida, ni este juez, ni este ladrón quien me ha arruinado; no es tampoco esta mujer que me ha envenenado con sus medicamentos; si este hijo ha muerto... todo esto pertenecía a Dios y no ha querido dejármelo disfrutar más largo tiempo.

CONFIEMOS EN LA SABIDURÍA DE DIOS

Es una verdad de fe que Dios dirige todos los acontecimientos de que se lamenta el mundo; y aún más, no podemos dudar de que todos los males que Dios nos envía nos sean muy útiles: no podemos dudar sin suponer que al mismo Dios le falta la luz para discernir lo que nos conviene.

Si, muchas veces, en las cosas que nos atañen, otro ve mejor que nosotros lo que nos es útil, ¿no será una locura pensar que

nosotros vemos las cosas mejor que Dios mismo, que Dios que está exento de las pasiones que nos ciegan, que penetra en el porvenir, que prevé los acontecimientos y el efecto que cada causa debe producir? Vosotros sabéis que a veces los accidentes más importunos tienen consecuencias dichosas, y que por el contrario los éxitos más favorables pueden acabar finalmente de manera funesta. También es una regla que Dios observa a menudo, de ir a sus fines por caminos totalmente opuestos a los que la prudencia humana acostumbra escoger.

En la ignorancia en que estamos de lo que debe acaecernos posteriormente, ¿cómo osaremos murmurar de lo que sufrimos por la permisión de Dios? ¿No tememos que nuestras quejas conduzcan a error, y que nos quejamos cuando tenemos el mayor motivo para felicitamos de su Providencia?

José es vendido, se le lleva como esclavo, y se le encarcela; si se afligiera de sus desgracias, se afligiría de su felicidad, pues son otros tantos escalones que elevan insensiblemente hasta el trono de Egipto.

Saúl ha perdido las asnas de su padre; es necesario irlas a buscar muy lejos e inútilmente; mucha preocupación y tiempo perdido, es cierto; pero si esta pena le disgusta, no hubiera habido disgusto tan irracional, visto que todo esto estaba permitido para conducirle al profeta que debe ungirle de parte del Señor, para que sea el rey de su pueblo.

¡Cuánta será nuestra confusión cuando comparezcamos delante de Dios, y veamos las razones que habrá tenido de enviarnos estas cruces que hemos recibido tan a pesar nuestro! He lamentado la muerte del hijo único en la flor de la edad: ¡Ay!, pero si hubiera vivido algunos meses o algunos años más, hubiera perecido a manos de un enemigo, y habría muerto en pecado mortal. No he podido consolarme de la ruptura de este matrimonio: Si Dios hubiera permitido que se hubiera realizado, habría pasado mis días en el duelo y la miseria. Debo treinta o cuarenta años de vida a esta enfermedad que he sufrido con tanta impaciencia. Debo mi salvación

eterna a esta confusión que me ha costado tantas lágrimas. Mi alma se hubiera perdido de no perder este dinero.

¿De qué nos molestamos?... ¡Dios carga con nuestra conducta, y nos preocupamos! Nos abandonamos a la buena fe de un médico, porque lo suponemos entendido en su profesión; él manda que se os hagan las operaciones más violentas, alguna vez que os abran el cráneo con el hierro; que se os horade, que os corten un miembro para detener la gangrena, que podría llegar hasta el corazón. Se sufre todo esto, se queda agradecido y se le recompensa liberalmente, porque se juzga que no lo haría si el remedio no fuera necesario, porque se piensa que hay que fiar en su arte; ¡y no le concederemos el mismo honor a Dios! Se diría que no nos fiamos de su sabiduría y que tenemos miedo de que nos descaminara. ¡Cómo!, ¿entregáis vuestro cuerpo a un hombre que puede equivocarse y cuyos menores errores pueden quitaros la vida, y no podéis someteros a la dirección del Señor?

Si viéramos todo lo que Él ve, querríamos infaliblemente todo lo que Él quiere; se nos vería pedirle con lágrimas las mismas aficiones que procuramos apartar por nuestros votos y nuestras oraciones. A todos nos dice lo que dijo a los hijos del Zebedeo: Nescítis quid petatis; *hombres ciegos, tengo piedad de vuestra ignorancia, no sabéis lo que pedís; dejadme dirigir vuestros intereses, conducir vuestra fortuna, conozco mejor que vosotros lo que necesitáis; si hasta ahora hubiera tenido consideración a vuestros sentimientos y a vuestros gustos, estaríais ya perdidos y sin recurso.*

CUANDO DIOS NOS PRUEBA

¿Pero queréis estar persuadidos que en todo lo que Dios permite, en todo lo que os sucede, sólo se persigue vuestro verdadero interés, vuestra verdadera dicha eterna? Reflexionad un poco en todo lo que ha hecho por vosotros. Ahora estáis en la aflicción; pensad que el autor de ella, es el mismo que ha querido pasar toda su vida en dolores para ahorraros los eternos; que es el mismo que tiene su ángel a vuestro lado, velando bajo su mandato en todos vuestros caminos y aplicándose a apartar todo lo que podría

herir vuestro cuerpo o mancillar vuestra alma; pensad que el que os ata a esta pena es el mismo que en nuestros altares no cesa de rogar y de sacrificarse mil veces al día para expiar vuestros crímenes y para apaciguar la cólera de su Padre a medida que le irritáis; que es el que viene a vosotros con tanta bondad en el sacramento de la Eucaristía, el que no tiene mayor placer, que el de conversar con vosotros y el de unirse a vosotros. Tras estas pruebas de amor, **¡qué ingratitud más grande desconfiar de Él**, **dudar sobre si nos visita para hacernos bien o para perjudicarnos!**; ¡Pero me hiere cruelmente, hace pesar su mano sobre mí!; ¿Qué habéis de temer de una mano que ha sido perforada, que se ha dejado clavar a la cruz por vosotros?; ¡Me hace caminar por un camino espinoso!; ¿Si no hay otro para ir al cielo, desgraciados seréis, si preferís perecer para siempre antes que sufrir por un tiempo! ¿No es éste el mismo camino que ha seguido antes que vosotros y por amor vuestro? ¿Habéis encontrado alguna espina que no haya señalado, que no haya teñido con su sangre? ¡Me presenta un cáliz lleno de amargura! Sí, pero pensad que es vuestro divino Redentor quien os lo presenta; amándoos tanto como lo hace, ¿podría trataros con rigor si no tuviera una extraordinaria utilidad o una urgente necesidad?

Tal vez habéis oído hablar del príncipe que prefirió exponerse a ser envenenado antes que rechazar el brebaje que su médico le había ordenado beber, porque había reconocido siempre en este médico mucha fidelidad y mucha afección a su persona. Y nosotros, cristianos, ¡rechazaremos el cáliz que nos ha preparado nuestro divino Maestro, osaremos ultrajarle hasta ese punto! Os suplico que no olvidéis esta reflexión; si no me equivoco, basta para hacernos amar las disposiciones de la voluntad divina por molestas que nos parezcan. Además, éste es el medio de asegurar infaliblemente nuestra dicha incluso desde esta vida.

ARROJARSE EN LOS BRAZOS DE DIOS

Supongo, por ejemplo, que un cristiano se ha liberado de todas las ilusiones del mundo por sus reflexiones y por las luces que ha recibido de Dios, que reconoce que todo es vanidad, que nada puede

llenar su corazón, que lo que ha deseado con las mayores ansias es a menudo fuente de los pesares más mortales; que apenas si se puede distinguir lo que nos es útil de lo que nos es nocivo, porque el bien y el mal están mezclados casi por todas partes, y lo que ayer era lo más ventajoso es hoy lo peor; que sus deseos no hacen más que atormentarle, que los cuidados que toma para triunfar le consumen y algunas veces le perjudican, incluso en sus planes, en lugar de hacerlos avanzar; que, al fin y al cabo, es una necesidad el que se cumpla la voluntad de Dios, que no se hace nada fuera de su mandato y que no ordena nada a nuestro respecto que no nos sea ventajoso.

Después de percibir todo esto, supongo también que se arroja a los brazos de Dios como un ciego, que se entrega a Él, por decirlo así, sin condiciones ni reservas, resuelto enteramente a fiarse a Él en todo y de no desear nada, no temer nada, en una palabra, de no querer nada más que lo que Él quiera, y de querer igualmente todo lo que Él quiera; afirmo que desde este momento esta dichosa criatura adquiere una libertad perfecta, que no puede ser contrariada ni obligada, que no hay ninguna autoridad sobre la tierra, ninguna potencia que sea capaz de hacerle violencia o de darle un momento de inquietud. Pero, ¿no es una quimera que a un hombre le impresionen tanto los males como los bienes? No, no es ninguna quimera; conozco personas que están tan contentas en la enfermedad como en la salud, en la riqueza como en la indigencia; incluso conozco quienes prefieren la indigencia y la enfermedad a las riquezas y a la salud.

Además no hay nada más cierto que lo que os voy a decir: Cuanto más nos sometamos a la voluntad de Dios, más condescendencia tiene Dios con nuestra voluntad. Parece que desde que uno se compromete únicamente a obedecerle, Él sólo cuida de satisfacernos: y no sólo escucha nuestras oraciones, sino que las previene, y busca hasta el fondo de nuestro corazón estos mismos deseos que intentamos ahogar para agradarle y los supera a todos. En fin, el gozo del que tiene su voluntad sumisa a la voluntad de Dios es un gozo constante, inalterable, eterno. Ningún temor turba su felicidad, porque ningún accidente puede destruirla. Me lo represento

como un hombre sentado sobre una roca en medio del océano; ve venir hacia él las olas más furiosas sin espantarse, le agrada verlas y contarlas a medida que llegan a romperse a sus pies; que el mar esté calmo o agitado, que el viento impulse las olas de un lado o del otro, sigue inalterable porque el lugar donde se encuentra es firme e inquebrantable. De ahí nace esa paz, esta calma, ese rostro siempre sereno, ese humor siempre igual que advertimos en los verdaderos servidores de Dios.

PRÁCTICA DEL ABANDONO CONFIADO

Nos queda por ver cómo podemos alcanzar esta feliz sumisión. Un camino seguro para conducirnos es el ejercicio frecuente de esta virtud. Pero como las grandes ocasiones de practicarla son bastante raras, es necesario aprovechar las pequeñas que son diarias y cuyo buen uso nos prepara en seguida para soportar los mayores reveses, sin conmovernos.

No hay nadie a quien no sucedan cien cosillas contrarias a sus deseos e inclinaciones, sea por nuestra imprudencia o distracción, sea por la inconsideración o malicia de otro, ya sean el fruto de un puro efecto del azar o del concurso imprevisto de ciertas causas necesarias. Toda nuestra vida está sembrada de esta clase de espinas que sin cesar nacen bajo nuestras pisadas, que producen en nuestro corazón mil frutos amargos, mil movimientos involuntarios de aversión, de envidia, de temor, de impaciencia, mil enfados pasajeros, mil ligeras inquietudes, mil turbaciones que alteran la paz de nuestra alma al menos por un momento.

Se nos escapa por ejemplo una palabra que no quisiéremos haber dicho o nos han dicho otra que nos ofende; un criado sirve mal o con demasiada lentitud, un niño os molesta, un importuno os detiene, un atolondrado tropieza con vosotros, un caballo os cubre de lodo, hace un tiempo que os desagrada, vuestro trabajo no va como desearíais, se rompe un mueble, se mancha un traje o se rompe. Sé que en todo esto no hay que ejercitar una virtud heroica, pero os digo que bastaría para adquirirla infaliblemente si quisiéramos; pues si

alguien tuviera cuidado para ofrecer a Dios todas estas contrariedades y aceptarlas como dadas por su Providencia, y si además se dispusiera insensiblemente a una unión muy íntima con Dios, será capaz en poco tiempo de soportar los más tristes y funestos accidentes de la vida.

A este ejercicio que es tan fácil, y sin embargo tan útil para nosotros y tan agradable a Dios que ni puedo decíroslo, hemos de añadir también otro. **Pensad todos los días, por las mañanas, en todo lo que pueda sucederos de molesto a lo largo del día**. Podría suceder que en este día os trajeran la nueva de un naufragio, de una bancarrota, de un incendio; quizá antes de la noche recibiréis alguna gran afrenta, alguna confusión sangrante; tal vez sea la muerte la que os arrebatará la persona más querida de vosotros; tampoco sabéis si vais a morir vosotros mismos de una manera trágica y súbitamente.

Aceptad todos estos males en caso de que quiera Dios permitirlos; obligad vuestra voluntad a consentir en este sacrificio y no os deis ningún reposo hasta que no la sintáis dispuesta a querer o a no querer todo lo que Dios quiera o no quiera. En fin, cuando una de estas desgracias se deje en efecto sentir, en lugar de perder el tiempo quejándose de los hombres o de la fortuna, id a arrojaros a los pies de vuestro divino Maestro, para pedirle la gracia de soportar este infortunio con constancia.

Un hombre que ha recibido una llaga mortal, si es prudente no correrá detrás del que le ha herido, sino ante todo irá al médico que puede curarle. Pero si en semejantes encuentros, buscarais la causa de vuestros males, también entonces deberíais ir a Dios pues no puede ser otro el causante de vuestro mal. Id pues a Dios, pero id pronto, inmediatamente, que sea éste el primero de todos vuestros cuidados; id a contarle, por así decirlo, el trato que os ha dado, el azote de que se ha servido para probaros. Besad mil veces las manos de vuestro Maestro crucificado, esas manos que os han herido, que han hecho todo el mal que os aflige. Repetid a menudo aquellas palabras que también Él decía a su Padre, en lo más agudo de su dolor: *Señor, que se haga vuestra voluntad y no la mía; Fiat voluntas tua.*

Sí mi Dios, en todo lo que queráis de mí hoy y siempre, en el cielo y en la tierra, que se haga esta voluntad, pero que se haga en la tierra como se cumple en el cielo.

II. Las adversidades son útiles a los justos, necesarias a los pecadores

Ved a esta madre amante que con mil caricias mira de apaciguar los gritos de su hijo, que le humedece con sus lágrimas mientras le aplican el hierro y el fuego; desde el momento en que esta dolorosa operación se hace ante sus ojos y por su mandato, ¿quién va a dudar de que este remedio violento debe ser muy útil a este hijo que después encontrará una perfecta curación o al menos el alivio de un dolor más vivo y duradero? Hago el mismo razonamiento cuando os veo en la adversidad. Os quejáis de que se os maltrate, os ultrajen, os denigren con calumnias, que os despojen injustamente de vuestros bienes: Vuestro Redentor; este nombre es aún más tierno que el de padre o madre, vuestro Redentor es testigo de todo lo que sufrís, Él os lleva en su seno, y ha declarado que cualquiera que os toque, le toca a Él mismo en la niña del ojo; sin embargo Él mismo permite que seáis atravesado, aunque pudiera fácilmente impedirlo, ¡y dudáis que esta prueba pasajera no os procure las más sólidas ventajas!

Aunque el Espíritu Santo no hubiera llamado bienaventurados a los que sufren aquí abajo, aunque todas las páginas de la Escritura no hablaran en favor de las adversidades, y no viéramos que son el pago más corriente de los amigos de Dios, no dejaría de creer que nos son infinitamente ventajosas.

Para persuadirme, basta saber que Dios ha preferido sufrir todo lo que la rabia de los hombres ha podido inventar en las torturas más horribles, antes de verme condenado a los menores suplicios de la otra vida; basta, dije, que sepa que es Dios mismo quien me prepara, quien me presenta el cáliz de amargura que debo beber en este mundo. Un Dios que ha sufrido tanto para impedirme sufrir, no se dará el cruel e inútil placer de hacerme sufrir ahora.

HAY QUE CONFIAR EN LA PROVIDENCIA

Para mí, cuando veo a un cristiano abandonarse al dolor en las penas que Dios le envía, digo en primer lugar:

«He aquí un hombre que se aflige de su dicha; ruega a Dios que le libre de la indigencia en que se encuentra y debería darle gracias de haberle reducido a ella. Estoy seguro que nada mejor podría acaecerle que lo que hace el motivo de su desolación; para creerlo tengo mil razones sin réplica. Pero si viera todo lo que Dios ve, si pudiera leer en el porvenir las consecuencias felices con las que coronará estas tristes aventuras, ¿cuánto más no me aseguraría en mi pensamiento? En efecto, si pudiéramos descubrir cuáles son los designios de la Providencia, es seguro que desearíamos con ardor los males que sufrimos con tanta repugnancia. ¡Dios mío!, si tuviéramos un poco más de fe, si supiéramos cuánto nos amáis, cómo tenéis en cuenta nuestros intereses, ¿cómo miraríamos las adversidades? Iríamos en busca de ellas ansiosamente, bendeciríamos mil veces la mano que nos hiere.

«¿Qué bien puede proporcionarme esta enfermedad que me obliga a interrumpir todos mis ejercicios de piedad?», dirá tal vez alguien. «¿Qué ventaja puedo obtener de la pérdida de todos mis bienes que me sitúa en el desespero, de esta confusión que abate mi valor y que lleva la turbación a mi espíritu?» Es cierto que estos golpes imprevistos, en el momento en que hieren acaban algunas veces con aquellos sobre quienes caen y les sitúan fuera del estado de aprovecharse inmediatamente de su desgracia: pero esperad un momento y veréis que es por allí por donde Dios os prepara para recibir sus favores más insignes.

Sin este accidente, es posible que no hubierais llegado a ser peor, pero no hubierais sido tan santo. ¿No es cierto que desde que os habéis dado a Dios, no os habíais resuelto a despreciar cierta gloria fundada en alguna gracia del cuerpo o en algún talento del espíritu, que os atraía la estima de los hombres? ¿No es cierto que teníais aún cierto amor al juego, a la vanidad, al lujo? ¿No es cierto que no os había abandonado el deseo de adquirir riquezas, de educar a vuestros hijos con los honores del mundo? Quizá incluso cierto

afecto, alguna amistad poco espiritual disputaba aún vuestro corazón a Dios. Sólo os faltaba este paso para entrar en una libertad perfecta; era poco, pero, en fin, no hubierais podido hacer aún este último sacrificio; sin embargo, ¿de cuántas gracias no os privaba este obstáculo? Era poco, pero **no hay nada que cueste tanto al alma cristiana como el romper este último lazo que le liga al mundo o a ella misma**; sólo en esta situación siente una parte de su enfermedad; pero le espanta el pensamiento de su remedio, porque el mal está tan cerca del corazón que sin el socorro de una operación violenta y dolorosa, no se le puede curar; por esto ha sido necesario sorprenderos, que cuando menos pensabais en ello, una mano hábil haya llevado el hierro adelante en la carne viva, para horadar esta úlcera oculta en el fondo de vuestras entrañas; sin este golpe, duraría aún vuestra languidez.

Esta enfermedad que se detiene, esta bancarrota que os arruina, esta afrenta que os cubre de vergüenza, la muerte de esta persona que lloráis, todas estas desgracias harán en un instante lo que no hubieran hecho todas vuestras meditaciones, lo que todos vuestros directores hubieran intentado inútilmente.

VENTAJAS INESPERADAS DE LAS PRUEBAS

Y si la aflicción en que estáis por voluntad de Dios, os hastía de todas las criaturas, si os compromete a daros enteramente a vuestro Creador, estoy seguro que le estaréis más agradecidos por lo que os ha afligido, que por lo que le hubierais ofrecido en vuestros votos si os evitaba la aflicción; los demás favores que habéis recibido de Él, comparados con esta desgracia, no serán a vuestros ojos más que pequeños favores. Siempre habéis mirado las bendiciones temporales que ha derramado hasta ahora sobre vuestra familia como los efectos de su bondad hacia vosotros; pero entonces veréis claramente que nunca os amó tanto como cuando trastornó todo lo que había hecho para vuestra prosperidad, y que si había sido liberal al daros las riquezas, el honor, los hijos y la salud, ha sido pródigo al quitaros todos estos bienes. No hablo de los méritos que se adquieren por la paciencia; por lo general, es cierto que se gana más

para el cielo en un día de adversidad que durante varios años pasados en la alegría, por santo que sea el uso que se haga de ella.

Todo el mundo conoce que la prosperidad nos debilita; y es mucho cuando un hombre dichoso, según el mundo, se toma la pena de pensar en el Señor una o dos veces por día; las ideas de los bienes sensibles que le rodean ocupan tan agradablemente su espíritu que olvida con mucho todo lo demás. Por el contrario la adversidad nos lleva de un modo natural a elevar los ojos al cielo, para, mediante esta visión, suavizar la amarga impresión de nuestros males.

Sé que se puede glorificar a Dios en toda clase de estados y que no deja de honrarle la vida de un cristiano que le sirve en una alegre fortuna; pero **¡quién asegura que este cristiano le honra tanto como el hombre que le bendice en los sufrimientos!**

Se puede decir que el primero es semejante a un cortesano asiduo y regular, que no abandona nunca a su príncipe, que le sigue al consejo, que todo lo hace a gusto, que hace honor a sus fiestas; pero que el segundo es como un valiente capitán, que toma las ciudades para su rey, que le gana las batallas, a través de mil peligros y a precio de su sangre, que lleva lejos la gloria de las armas de su señor y los límites de su imperio.

Del mismo modo, un hombre que disfruta de una salud robusta, que posee grandes riquezas, que vive en honor, que tiene la estima del mundo, si este hombre usa como debe de todas estas ventajas, si las recibe con agradecimiento, si las refiere a Dios como a su divino Maestro por una conducta tan cristiana; pero si la Providencia le despoja de todos estos bienes, si le consume de dolores y de miserias y si en medio de tantos males, persevera en los mismos sentimientos, en las mismas acciones de gracias, si sigue al Señor con la misma prontitud y la misma docilidad, por un camino tan difícil, tan opuesto a sus inclinaciones, entonces es cuando publica las grandezas de Dios y la eficacia de su gracia, del modo más generoso y brillante.

OCASIONES DE MÉRITOS Y DE SALVACIÓN

Juzgad de ahí la gloria que deben esperar de Jesucristo las personas que le habrán glorificado en un camino tan espinoso. Entonces será cuando nosotros reconoceremos cuánto nos habrá amado Dios, dándonos las ocasiones de merecer una recompensa tan abundante; entonces nos reprocharemos a nosotros mismos el habernos quejado de lo que debería aumentar nuestra felicidad; de haber gemido, de haber suspirado, cuando deberíamos habernos alegrado; de haber dudado de la bondad de Dios, cuando nos daba las señales más seguras. Si un día han de ser así nuestros sentimientos, ¿por qué no entrar desde hoy en una disposición tan feliz? ¿Por qué no bendecir a Dios en medio de los males de esta vida, si estoy seguro que en el cielo le daré gracias eternas?

Todo esto nos hace ver que sea cuál sea el modo como vivamos deberíamos recibir siempre toda adversidad con alegría. Si somos buenos, la adversidad nos purifica y nos vuelve mejores, nos llena de virtudes y de méritos; si somos viciosos, nos corrige y nos obliga a ser virtuosos.

Recurso a la oración

Es extraño que habiéndose comprometido Jesucristo tan a menudo y tan solemnemente a atender todos nuestros votos, la mayor parte de los cristianos se quejan todos los días de no ser escuchados. Pues, no se puede atribuir la esterilidad de nuestras oraciones a la naturaleza de los bienes que pedimos, ya que no ha exceptuado nada en sus promesas: Omnia quaecumque Orantes petitis credite quia accipietis (creed que obtendréis cuanto pidiereis por la oración). Tampoco se puede atribuir esta esterilidad a la indignidad de los que piden, pues lo ha prometido a toda clase de personas sin excepción: Omnis qui petit accipit (quien pide, recibe).

¿De dónde puede venir que tantas oraciones nuestras sean rechazadas? ¿Quizás no se deba a que como la mayor parte de los hombres son igualmente insaciables e impacientes en sus deseos, hacen demandas tan excesivas o con tanta urgencia que cansan, que desagradan al Señor o por su indiscreción o por su importunidad? No,

no; la única razón por la que obtenemos tan poco de Dios es porque le pedimos demasiado poco y con poca insistencia. Es cierto que Jesucristo nos ha prometido de parte de su Padre, concedernos todo, incluso las cosas más pequeñas; pero nos ha prescrito observar un orden en todo lo que pedimos y, sin la observancia de esta regla, en vano esperaremos obtener nada. En San Mateo se nos ha dicho: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura: Quaerite primum regnum Dei, et haec omnia adicientur vobis.

PARA OBTENER BIENES

No se os prohíbe desear las riquezas, y todo lo que es necesario para vivir, incluso para vivir bien; pero hay que desear estos bienes en su rango, y si queréis que todos vuestros deseos a este respecto se cumplan infaliblemente, pedid primero las cosas más importantes, a fin de que se añadan las pequeñas al daros las mayores. He aquí exactamente lo que le sucedió a Salomón:

Dios le había dado la libertad de pedir todo lo que quisiera, él le suplicó de concederle la sabiduría, que necesitaba para cumplir santamente con sus deberes de la realeza. No hizo ninguna mención ni de los tesoros ni de la gloria del mundo; creyó que haciéndole Dios una oferta tan ventajosa tendría la ocasión de obtener bienes considerables. Su prudencia le mereció en seguida lo que pedía e incluso lo que no pedía. Quia postulasti verbum hoc, et non petisti tibi dies multos, nec divitias..., ecce feci tibi secundum sermones tuos: Te concedo de gusto esta sabiduría porque me la has pedido, pero no dejaré de colmarte de años, de honores y de riquezas, porque no me has pedido nada de todo esto: Sed et haec quae non postulasti, divitias scilicet et gloriam. Si este es el orden que Dios observa en la distribución de sus gracias, no nos debemos extrañar que hasta ahora hayamos orado sin éxito.

Os confieso que a menudo estoy lleno de compasión cuando veo la diligencia de ciertas personas, que distribuyen limosnas, que hacen promesa de peregrinaciones y ayunos, que interesan hasta a

los ministros del altar para el éxito de sus empresas temporales. ¡Hombres ciegos, temo que roguéis y que hagáis rogar en vano! Hay que hacer estas ofrendas, estas promesas de ayunos y peregrinaciones, para obtener de Dios una entera reforma de vuestras costumbres, para obtener la paciencia cristiana, el desprecio del mundo, el desapego de las criaturas; tras estos primeros pasos de un celo regulado, hubierais podido hacer oraciones por el restablecimiento de vuestra salud y por el progreso de vuestros negocios; Dios hubiera escuchado estas oraciones, o mejor, las hubiera prevenido y se hubiera contentado de conocer vuestros deseos para cumplirlos. Sin estas gracias primeras, todo lo demás podría ser perjudicial y de ordinario así es; he aquí por qué somos rechazados. Murmuramos, acusamos al Cielo de dureza, de poca fidelidad en sus promesas. Pero nuestro Dios es un Padre lleno de bondad, que prefiere sufrir nuestras quejas y nuestras murmuraciones, antes que apaciguarías con presentes que nos serían funestos.

PARA APARTAR LOS MALES

Lo que he dicho de los bienes, lo digo también de los males de que deseamos vernos libres. Alguien dirá que él no suspira por una gran fortuna, que se contentaría con salir de esta extrema indigencia en la que sus desgracias lo han reducido; deja la gloria y la alta reputación para los que la ansían, desearía tan sólo evitar el oprobio en que le sumergen las calumnias de sus enemigos; en fin, puede pasarse de los placeres, pero sufre dolores que no puede soportar; desde hace tiempo está rogando, pide al Señor con insistencia a ver si quiere suavizarlos; pero le encuentra inexorable. No me sorprende; tenéis males secretos mucho mayores que los males de que os quejáis, sin embargo son males de los que no pedís ser librados; si para conseguirlo hubierais hecho la mitad de las oraciones que habéis hecho para ser curados de los males exteriores, haría ya mucho tiempo que hubierais sido librados de los unos y de los otros.

La pobreza os sirve para mantener en humildad a vuestro espíritu, orgulloso por naturaleza; el apego extremo que tenéis por el

mundo os hace necesarias estas medicinas que os afligen; en vosotros las enfermedades son como un dique contra la inclinación que tenéis por el placer, contra esta pendiente que os arrastraría a mil desgracias. El descargaros de estas cruces, no sería amaros, sino odiaros cruelmente, a no ser que os concedan las virtudes que no tenéis. Si el Señor os viera con cierto deseo de estas virtudes, os las concedería sin dilación y no sería necesario pedir el resto.

NO SE PIDE BASTANTE

Ved cómo por no pedir bastante, no recibimos nada, porque Dios no podría limitar su liberalidad a pequeños objetos, sin perjudicarnos a nosotros mismos. Os ruego observéis que no digo que no se puedan pedir prosperidades temporales sin ofenderle, y pedir ser liberados de las cruces bajo las que gemimos; sé que para rectificar las oraciones por las que se solicita este tipo de gracias basta con pedirlas con la condición de que no sean contrarias ni a la gloria de Dios, ni a nuestra propia salvación; pero como es difícil que sea glorioso a Dios el escucharos o útil para vosotros, si no aspiráis a mayores dones, os digo que en tanto os contentéis con poco, corréis el riesgo de no obtener nada.

¿Queréis que os dé un buen método para pedir la felicidad incluso temporal, método capaz de forzar a Dios para que os escuche? Decidle de todo corazón: Dios mío, dadme tantas riquezas que mi corazón sea satisfecho o inspiradme un desprecio tan grande que no las desee más; libradme de la pobreza o hacédmela tan amable que la prefiera a todos los tesoros de la tierra; que cesen estos dolores, o lo que será aún más glorioso para Vos, haced que cambien en delicias para mí y que lejos de afligirme y de turbar la paz de mi alma lleguen a ser, a su vez, la fuente más dulce de alegría. Podéis descargarme de la cruz; podéis dejármela, sin que sienta el peso. Podéis extinguir el fuego que me quema; podéis hacer, que en lugar de apagarlo para que no me queme, me sirva de refrigerio, como lo fue para los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia. Os pido lo uno o lo otro.

¿Qué importa el modo como yo sea feliz? Si lo soy por la posesión de los bienes terrestres, os daré eternas acciones de

gracias; si lo soy por la privación de estos mismos bienes, será un prodigio más que dará gloria a vuestro nombre y estaré aún más agradecido. He aquí una oración digna de ser ofrecida a Dios por un verdadero cristiano. Cuando roguéis de este modo, ¿sabéis cuál es el efecto de vuestros votos? En primer lugar estaréis contento, suceda lo que suceda; ¿acaso desean otra cosa los que están deseosos de bienes temporales, que estar contentos? En segundo lugar, no solamente no obtendréis infaliblemente una de las dos cosas que habéis pedido, sino que ordinariamente obtendréis las dos. Dios os concederá el disfrute de las riquezas; y para que las poseáis sin apego y sin peligro, os inspirará a la vez un desprecio saludable. Pondrá fin a vuestros dolores, y además os dejará una sed ardiente que os dará el mérito de la paciencia, sin que sufráis. En una palabra, os hará felices en esta vida y temiendo que vuestra dicha no os corrompa, os hará conocer y sentir la vanidad. ¿Se puede desear algo más ventajoso? Nada, sin duda. Pero como una ventaja tan preciosa es digna de ser pedida, acordaos también que merece ser pedida con insistencia. Pues la razón por la que se obtiene tan poco, no es solamente porque se pide poco, es también porque, se pida poco o mucho, no se pide bastante.

PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

¿Queréis que todas vuestras oraciones sean eficaces infaliblemente? ¿Queréis forzar a Dios a satisfacer todos vuestros deseos?

En primer lugar digo que no hay que cansarse de orar. Los que se cansan después de haber rogado durante un tiempo, carecen de humildad o de confianza; y de este modo no merecen ser escuchados. Parece como si pretendierais que se os obedezca al momento vuestra oración como si fuera un mandato; ¿no sabéis que Dios resiste a los soberbios y que se complace en los humildes? ¿Qué? ¿Acaso vuestro orgullo no os permite sufrir que os hagan volver más de una vez para la misma cosa? Es tener muy poca confianza en la bondad de Dios el desesperar tan pronto, el tomar las menores dilaciones por rechazos absolutos.

Cuando se concibe verdaderamente hasta dónde llega la bondad de Dios, jamás se cree uno rechazado, jamás se podría creer que desee quitarnos toda esperanza. Pienso, lo confieso, que cuando veo que más me hace insistir Dios en pedir una misma gracia, más siento crecer en mí la esperanza de obtenerla; nunca creo que mi oración haya sido rechazada, hasta que me doy cuenta de que he dejado de orar; cuando tras un año de solicitaciones, me encuentro en tanto fervor como tenía al principio, no dudo del cumplimiento de mis deseos; y lejos de perder valor después de tan larga espera, creo tener motivo para regocijarme, porque estoy persuadido que seré tanto más satisfecho cuanto más largo tiempo se me haya dejado rogar.

Si mis primeras instancias hubieran sido totalmente inútiles, jamás hubiera reiterado los mismos votos, mi esperanza no se hubiera sostenido; ya que mi asiduidad no ha cesado, es una razón para mí el creer que seré pagado liberalmente.

En efecto, la conversión de san Agustín no fue concedida a santa Mónica hasta después de diez y seis años de lágrimas; pero también fue una conversión incomparablemente más perfecta que la que había pedido. Todos sus deseos se limitaban a ver reducida la incontinencia de este joven en los límites del matrimonio, y tuvo el placer de verle abrazar los más elevados consejos de castidad evangélica. Había deseado solamente que se bautizara, que fuera cristiano, y ella le vio elevado al sacerdocio, a la dignidad episcopal. En fin, ella sólo pedía a Dios verle salir de la herejía y Dios hizo de él la columna de la Iglesia y el azote de los herejes de su tiempo. Si después de un año o dos de oraciones, esta piadosa madre se hubiera desanimado, si después de diez o doce años, viendo que el mal crecía cada día, que este hijo desgraciado se comprometía cada día en nuevos errores, en nuevos excesos, que a la impureza había añadido la avaricia y la ambición; si lo hubiera abandonado todo entonces por desesperación, ¡cuál hubiera sido su ilusión! ¿Qué agravio no hubiera hecho a su hijo? ¡De qué consolación no se hubiera privado ella misma! ¡De qué tesoro no hubiera frustrado a su siglo y a todos los siglos venideros!

UNA CONFIANZA OBSTINADA

Para terminar, me dirijo a aquellas personas que veo inclinadas a los pies del altar, para obtener estas preciosas gracias que Dios tiene tanta complacencia en vernos pedir. Almas dichosas, a quienes Dios da a conocer la vanidad de las cosas mundanas, almas que gemís bajo el yugo de vuestras pasiones y que rogáis para ser librados de ellas, almas fervientes que estáis inflamadas del deseo de amar a Dios y de servirle como los santos le han servido y usted que solicita la conversión de este marido, de esta persona querida, no os canséis de rogar, **sed constantes, sed infatigables en vuestras peticiones**; si se os rechaza hoy, mañana lo obtendréis todo; si no obtenéis nada este año, el año próximo os será más favorable; sin embargo, no penséis que vuestros afanes sean inútiles: se lleva la cuenta de todos vuestros suspiros, recibiréis en proporción al tiempo que hayáis empleado en rogar; se os está amasando un tesoro que os colmará de una sola vez, que excederá a todos vuestros deseos.

Es necesario descubriros hasta el fin los resortes secretos de la Providencia: la negativa que recibís ahora no es más que un fingimiento del que Dios se sirve para inflamar más vuestro fervor. Ved cómo obra respecto a la Cananea, cómo rehúsa verla y oírla, cómo la trata de extranjera y más duramente aún. ¿No diréis que la importunidad de esta mujer le irrita más y más? Sin embargo, dentro de Él, la admira y está encantado de su confianza y de su humildad; y por esto la rechaza. ¡Oh clemencia disfrazada, que toma la máscara de la crueldad con qué ternura rechazas a los que más quieres escuchar! Guardaos de dejaros sorprender; al contrario, urgid tanto más cuanto más os parezca que sois rechazados. Haced como la Cananea, servíos contra Dios mismo de las razones que pueda tener para rechazaros. Es cierto debéis decir, que favorecerme sería dar a los perros el pan de los hijos, no merezco la gracia que pido, pero tampoco pretendo que se me conceda por mis méritos, es por los méritos de mi amable Redentor.

Sí, Señor, debéis temer que haya más consideración a mi indignidad que a vuestra promesa, y que queriendo hacerme justicia os engañéis a vos mismo. Si fuera más digno de vuestros beneficios, os seria menos glorioso el hacerme partícipe de ellos. No es justo

hacer favores a un ingrato; ¡oh, Señor!, no es vuestra justicia lo que yo imploro, sino vuestra misericordia. ¡Mantén tu ánimo! dichoso de ti que has comenzado a luchar tan bien contra Dios; no le dejes tranquilo; le agrada la violencia que le hacéis, quiere ser vencido. Haceos notar por vuestra importunidad, haced ver en vosotros un milagro de constancia; forzad a Dios a dejar el disfraz y a deciros con admiración: Magna est fides tua, fiat tibi sicut vis: Grande es tu fe; confieso que no puedo resistirte más; vete, tendrás lo que deseas, tanto en esta vida como en la otra.

III. EJERCICIO PARTICULAR DE CONFORMIDAD CON LA DIVINA PROVIDENCIA

La práctica de este piadoso ejercicio es de suma importancia, a causa de las preciosas ventajas que extraen siempre las personas que lo realizan bien.

1. Actos de fe, de esperanza y de caridad

I. En primer lugar se hace un acto de fe en la Providencia divina.

Se intenta penetrarse bien de esta verdad de que Dios toma un cuidado continuo y muy atento, no solamente de todas las cosas en general, sino también de cada una en particular, de nosotros sobre todo, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de todo lo que nos interesa; que su solicitud, a la que nada escapa, se extiende a nuestra reputación, a nuestros trabajos, a nuestras necesidades de toda clase, a nuestra salud como a nuestras enfermedades, a nuestra vida como a nuestra muerte y hasta al menor de nuestros cabellos que no puede caer sin su permiso.

II. Luego del acto de fe, se hace un acto de esperanza.

Entonces, se excita uno a una firme confianza en que esta Providencia divina proveerá a todo lo que nos concierne, que nos dirigirá, nos defenderá con una vigilancia y una afección más que paternal y nos gobernará de tal modo que suceda lo que suceda, si

nos sometemos a su dirección, todo nos será favorable y volverá en bien nuestro, incluso las cosas que parezcan más contrarias.

III. A estos dos actos hay que añadir el de la caridad.

Se testimonia a la divina Providencia el más vivo afecto, el amor más tierno, como un niño lo testimonia a su buena madre refugiándose en sus brazos; se hacen protestas de un amor absoluto por todos sus designios, por impenetrables que sean, sabiendo que son el fruto de una sabiduría infinita que no puede equivocarse y de una bondad soberana que no puede querer más que la perfección de sus criaturas; se hace de tal modo que este aprecio sea bastante práctico para disponemos a hablar de buena gana de la Providencia e incluso a tomar su defensa altamente contra los que se permitan negarla o criticaría.

2. Acto de filial abandono a la Providencia

Después de haber renovado muchas veces estos actos y de haberse penetrado bien de ellos, el alma se abandona a la divina Providencia, reposa y duerme dulcemente en sus brazos, como un niño en los brazos de su madre. Hace suyas entonces aquellas palabras de David: En paz me duermo luego que me acuesto porque tú, Señor, me das seguridad (Sal. 4, 9-10). O bien dirá con el mismo profeta: El Señor es mi Pastor; nada me falta. Me pone en verdes pastos y me lleva a frescas aguas. Recrea mi alma y me guía por las rectas sendas, por amor de su nombre y por mi perfección. ¡Oh mi Señor! guiado por vuestra mano y cubierto por vuestra protección, aunque haya de pasar por un valle tenebroso, en medio de mis enemigos, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado son mi consuelo. Tú pones ante mi una mesa, enfrente de mis enemigos. Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida, y estaré en la casa del Señor por muy largos años (Sal. 22).

Llena de la alegría que le inspira también suaves palabras el alma recibe con respeto a esta dichosa disposición, todos los acontecimientos presentes de manos de la divina Providencia y espera todos los venideros con una dulce tranquilidad de espíritu, con

una paz deliciosa. Vive como un niño, al abrigo de toda inquietud. Pero esto no quiere decir que ella permanezca en una espera ociosa de las cosas teniendo necesidad de ellas o que descuide el aplicarse a los asuntos que se presenten. Al contrario, hace por su parte, todo lo que depende de su mano, para llevarlos bien, emplea en ellos todas sus facultades; pero sólo se da a tales cuidados bajo la dirección de Dios, no mira su propia previsión más que como sometida enteramente a la de Dios y le abandona la libre disposición de todo, no esperando otro éxito que el que está en los designios de la voluntad divina.

3. Utilidad de este ejercicio

¡Oh! ¡Cuánta gloria y honor da a Dios el alma dispuesta de este modo! Verdaderamente es una gran gloria para Él el tener una criatura tan apegada a su Providencia, tan dependiente de su conducta, llena de una esperanza tan firme y disfrutando de un reposo de espíritu tan profundo en espera de lo que tenga a bien enviarle. Y también, ¡cuánto cuidado no tomará Dios de tal alma! Él vela sobre las menores cosas que le interesan: Inspira a los hombres establecidos para gobernarla todo lo que es necesario para dirigirla bien; y si por el motivo que sea, esos hombres quisieran obrar en relación con ella de un modo que le fuera perjudicial, Él haría surgir obstáculos a sus designios por caminos secretos e inesperados y les forzaría a adoptar lo que sería más ventajoso para esta alma querida.

El Señor guarda a cuantos le aman (Sal. 144,20). Si la Escritura da ojos a este Dios de bondad, es para velar por ellos; si le atribuye orejas es para escucharlos; si manos, es para defenderlos. Y quien les toque, toca al Señor en la niña de los ojos. Los niños serán llevados a la cadera, dice el Señor por boca del profeta Isaías, y serán acariciados sobre las rodillas. Como consuela una madre a su hijo, así os consolaré yo a vosotros (Is. 66, 12-13). En Oseas: Yo enseñé a andar a Efraín, le llevé en brazos (Os. 11,3). Mucho tiempo antes Moisés había dicho: en el desierto has visto como te ha llevado el Señor, tu Dios, como lleva un hombre a su hijo, por todo el camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar (Deut. 1, 31).

También dice Dios en Isaías: mamarás a los pechos de los reyes, recibirás un alimento delicioso y divino, y sabrás, mediante una dulce experiencia, con qué solicitud Yo, el Señor, soy tu Salvador (Is. 60, 16). ¡Oh! ¡Dichosa situación para un alma!

En la persona de Noé se encuentra una imagen sensible de la felicidad que gusta el que se abandona completamente a Dios. Noé estaba en reposo y en paz en el arca con los leones, los tigres, los osos porque Dios le conducía mientras que las espantosas lluvias caían del cielo y en medio del trastorno general de los elementos y de toda la naturaleza. Por el contrario, los demás estaban en la más extraña confusión de cuerpo y de espíritu, perdían sus bienes, sus mujeres, sus hijos y hasta ellos mismos se perdían, tragados despiadadamente por las olas. Del mismo modo el alma que se abandona a la Providencia, que le deja el timón de su barca, boga con tranquilidad en el océano de esta vida, en medio de las tempestades del cielo y de la tierra, mientras que los que quieren gobernarse ellos mismos el Sabio los llama almas en tinieblas, excluidas de tu eterna Providencia (Sab. 17, 1-2) están en continua agitación y, no teniendo por piloto más que su voluntad inconstante y ciega, acaban en un funesto naufragio después de haber sido el juguete de los vientos y de la tempestad.

Abandonémonos completamente a la divina Providencia, dejémosle todo el poder de disponer de nosotros; comportémonos como sus verdaderos hijos, sigámosla con verdadero amor como a nuestra madre; confiémonos a ella en todas nuestras necesidades, esperemos sin inquietud que aporte los remedios de su caridad.

En fin, dejémosla obrar y ella nos proveerá de todo en el tiempo, en el lugar y del modo más conveniente; ella nos conducirá por caminos admirables al reposo del espíritu y a la dicha a que estamos llamados a gozar incluso desde esta vida, como un anticipo de la eterna felicidad que nos ha sido prometida.

3. EL INFIERNO EXISTE Y PODRÍAMOS IR AHÍ

Por el **P. Marcel Nault**

Discurso pronunciado por el Padre Marcel Nault (1927 – 1997) en la Conferencia Mundial de Paz de Obispos Católicos, en Fátima, Portugal, en el año 1992. Este discurso causó tal impacto que después de la conferencia, algunos Obispos pidieron al Padre Nault que escuchara sus confesiones.

Nuestro Señor Jesucristo vino a la tierra por un motivo: para salvar a las almas del Infierno. Enseñar la realidad del Infierno es la tarea más importante e ineludible de la Santa Iglesia Católica.

Uno de los grandes Padres de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, continuamente enseñaba que Nuestro Señor Jesucristo predicaba con más frecuencia sobre el Infierno que sobre el Cielo. Algunos piensan que es mejor predicar sobre el Cielo. No estoy en acuerdo. Predicar sobre el Infierno produce muchas más y mejores conversiones que las obtenidas con la mera predicación sobre el Cielo.

San Benito, el fundador de los Benedictinos, al estar viviendo en Roma el Espíritu Santo le dijo: *"Tú vas a perder tu alma en Roma e irás al Infierno".* Él dejó Roma y se retiró a vivir en el silencio y la solicitud fuera de Roma para meditar sobre la vida de Jesús y el Santo Evangelio. San Benito huyó de todas esas ocasiones de pecado de la Roma pagana. Él oró, se sacrificó por sí mismo y por los pecadores. El Espíritu Santo difundió la noticia de su santidad. Como resultado, la gente lo visitaba para ver, escuchar y seguir su ejemplo y consejo. San Benito se apartó por sí mismo de toda ocasión de pecado y alcanzó la santidad. La Santidad atrae a las almas.

¿Por qué piensan que San Agustín cambió su vida? ¡Por temor al Infierno! Yo predico con frecuencia sobre la trágica realidad del Infierno. Es un dogma católico que sacerdotes y obispos ya no predican más. El Papa Pío IX, que pronunció los dogmas de la Infalibilidad del Papa y el de la Inmaculada Concepción de María, y que también emitió su famoso Sílabo condenatorio contra los errores

y herejías del mundo moderno, solía pedir a los predicadores que enseñaran a los fieles con mayor frecuencia sobre las Cuatro Postrimerías, en especial sobre el Infierno, así como él mismo daba ejemplo predicando. El Papa pidió esto porque la meditación sobre el Infierno genera santos.

Los santos temen al Infierno

Aquí nos encontramos con algo curioso, los santos temen ir al Infierno pero los pecadores no sienten tal temor.

San Francisco de Sales, San Alfonso María Ligorio, el Santo Cura de Ars, Santa Teresa de Ávila, Santa Teresita del Niño Jesús, tuvieron miedo de ir al Infierno.

San Simón Stock, el Superior General del Carmelo, sabía que sus monjes tenían miedo de ir al Infierno. Sus monjes ayunaban y hacían oración. Vivían recluidos, separados del peligroso mundo dominado por Satanás. Aún así tenían miedo de ir al Infierno.

En 1251, Nuestra Señora del Monte Carmelo se apareció en Aylesford, Inglaterra, a San Simón Stock. Ella le dijo:

“No teman más, te entrego una vestidura especial; todo el que muera llevando esta vestidura no irá al Infierno.”

Yo llevo puesto mi Escapulario Café bajo mis vestiduras y llevo otro en mi bolsillo porque nunca sé cuándo la gente me pedirá que les hable sobre el Infierno o el Escapulario Café. María dijo al sacerdote dominico, el beato Alán de la Roche, “Yo vendré y salvaré al mundo a través de Mi Rosario y Mi Escapulario.”

Uno no puede especializarse en todo y enseñar sobre todo; uno debe elegir. Yo creo que ésta es la voluntad de Dios: que yo predique sobre el Infierno.

Un Monseñor, mi superior hace tiempo, me dijo en una ocasión:

“Predicas con demasiada frecuencia sobre el Infierno y eso asusta a la gente.” Él agregó: “Marcel, yo nunca he predicado sobre el Infierno, porque a la gente no le gusta. Tú los asustas.”

En un tono muy amistoso, Monseñor me dijo en su oficina:

"Marcel, yo nunca he predicado sobre el Infierno y nunca lo haré, y mira qué agradable y prestigiada posición he alcanzado."

Yo guardé un largo silencio, luego lo mire a los ojos. "Monseñor", le dije, "usted está en la vía del Infierno para toda la eternidad. Monseñor, usted predica para complacer al hombre, en lugar de predicar para complacer a Cristo y salvar a las almas del Infierno. Monseñor, es un pecado mortal de omisión el rehusarse a enseñar el Dogma Católico sobre el Infierno."

Cuando Dios envió Profetas en el Antiguo Testamento, fue para recordarle al hombre que regresara a la verdad, que regresara a la santidad. Jesús vino, predicó y envió a sus Apóstoles al mundo para predicar el Santo Evangelio. **La Serpiente vino y difundió su veneno a través de herejías, pero Jesús envió a su Amadísima Madre, la Reina de los Profetas**:

"Ve a la tierra y destruye las herejías."

Los Padres de la Iglesia han escrito que la Madre de Dios es el martillo de las herejías. Si se toman el tiempo de estudiar con gran atención el mensaje de Nuestra Señora de Fátima, notarán que es un mensaje de lo más trágico y profundo, que refleja las enseñanzas del Santo Evangelio.

LAS LECCIONES DADAS EN FÁTIMA

El resumen del Mensaje de Fátima es que el Infierno existe. Que el Infierno es eterno y que iremos ahí si morimos en estado de pecado mortal.

"¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?" Mt.16,26.

Nuestra Señora vino y nos dijo que podemos salvarnos a través de sus dos divinos sacramentales de predestinación: el Santo Rosario y el Escapulario Café. También manifiesta un énfasis especial sobre

la Devoción a su Inmaculado Corazón y la Devoción de los Primeros Cinco Sábados.

En la primera aparición del Ángel de Portugal en el Cabeco, en mayo de 1916, el Ángel vino a los tres niños y les mostró cómo adorar a Dios con la oración:

"Dios mío, yo creo, adoro, espero y Te amo. Te pido perdón por los que no creen, ni adoran, ni esperan y no Te aman."

El Ángel oró esta oración mientras se postraba con la frente en el suelo. El Ángel de Fátima les había mostrado a los tres niños en el orden de las oraciones, qué es lo primero.

Primero, uno debe adorar a Dios y después orar a los santos.

Primero Dios, las criaturas después. El Ángel de Fátima mostró al hombre que debe adorar a Dios y orar ante Él de rodillas. Entre más conoce el hombre a Dios, más se humilla ante Dios su Creador.

El gran Obispo francés Bossuet dijo:

"El hombre en verdad se engrandece cuando está de rodillas." Sí, el hombre realmente se engrandece cuando se arrodilla ante su Creador y Redentor, Jesús, en el Santísimo Sacramento.

El Ángel de Fátima vino a enseñarles a los tres niños que nuestro primer deber, de acuerdo con el Primer Mandamiento, es adorar a Dios.

En su tercera aparición en el Cabeco, el Ángel de Portugal vino con un Cáliz en su mano izquierda y una Hostia en la mano derecha. Los niños se preguntaban qué estaba pasando. El Ángel milagrosamente suspendió el Cáliz y la Hostia en el aire y se postró en tierra y recitó una oración Trinitaria de profunda adoración:

"Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Te adoro profundamente y Te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación de todas las ofensas, sacrilegios, abandonos e indiferencias con Él mismo es ofendido y por los méritos infinitos de

su Sacratísimo Corazón y por la intercesión del Inmaculado Corazón de María, Te pido la conversión de los pobres pecadores."

Dios desea que Le adoremos de rodillas. ¿Nos arrodillamos en adoración y oración ante Jesús en el Santísimo Sacramento? Debemos hacerlo. Cuando los tres Reyes Magos de Oriente fueron a Belén y entraron en donde estaba el Niño Jesús, se postraron frente a Él para adorarlo de rodillas. Tenemos este ejemplo en las Escrituras y del Ángel de Fátima, que Dios quiere que Le adoremos de rodillas.

EL REFORZAMIENTO DE LOS DOGMAS CATÓLICOS

Un año más tarde, el 13 de mayo de 1917, los niños vieron a una jovencita aparecerse ante ellos. Era la primera aparición de Nuestra Señora.

Lucía le preguntó:
"¿De dónde vienes?"
Ella le contestó:
"Vengo del Cielo." (El Dogma Católico de la existencia del Cielo).

Los niños preguntaron:
"¿Iremos al Cielo?"
Ella contestó:
"Sí, irán al Cielo."
Entonces preguntaron:
"¿Nuestras dos amiguitas están en el Cielo?"
María les contestó:
"Una de ellas, sí".
Los niños preguntaron:
"¿Dónde está la otra chica? ¿Está en el Cielo?"
María les contestó:
"Ella está en el Purgatorio y lo estará hasta el fin del mundo."

Esta chica tenía unos 18 años de edad. Un segundo Dogma Católico, el Purgatorio existe y prevalecerá hasta el fin de este mundo. La Madre de Dios no puede mentir. El Ángel de Fátima enseñó a los tres niños cómo adorar a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Este es un reforzamiento del Dogma de la Santísima Trinidad, el mayor de todos, sin el cual la Cristiandad no podría permanecer. Debemos adorar a las Tres personas de la Santísima Trinidad.

UNA VISIÓN DEL INFIERNO

El viernes 13 de julio de 1917, Nuestra Señora se apareció en Fátima y les habló a los tres pequeños videntes. Nuestra Señora nunca sonrió. ¿Cómo podía sonreír, si en ese día les iba a dar a los niños la visión del Infierno? Ella dijo: *"**Oren, oren mucho porque muchas almas se van al Infierno**."*

Nuestra Señora extendió sus manos y de repente los niños vieron un agujero en el suelo. Ese agujero, decía Lucía, era como un mar de fuego en el que se veían almas con forma humana, hombres y mujeres, consumiéndose en el fuego, gritando y llorando desconsoladamente. Lucía decía que los demonios tenían un aspecto horrible como de animales desconocidos. Los niños estaban tan horrorizados que Lucía gritó. Ella estaba tan atemorizada que pensó que moriría. María dijo a los niños:

"Ustedes han visto el Infierno a donde los pecadores van cuando no se arrepienten."

UN DOGMA CATÓLICO MÁS, LA EXISTENCIA DEL INFIERNO

El Infierno es eterno. Nuestra Señora dijo:
"Cada vez que recen el Rosario, digan después de cada década: Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del Infierno,

lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de Tu misericordia."

María vino a Fátima como profeta del Altísimo para salvar a las almas del Infierno.

El patrono de todos los pastores, San Juan María Vianney, solía predicar que el mayor acto de caridad hacia el prójimo era salvar su alma del Infierno. Y el segundo acto de caridad es el aliviar y librar a las almas de los sufrimientos del Purgatorio. Un día en su pequeña iglesia (donde hasta este día se conserva su cuerpo incorrupto), un hombre poseído por el demonio se le acercó a San Juan María Vianney y le dijo:

*"*Te odio, te odio porque arrebataste de mis manos a 85 mil almas."

Eminencias, Excelencias, Sacerdotes, cuando seamos juzgados por Jesús, Jesús nos hará una sola pregunta:

"Yo te constituí Sacerdote, Obispo, Cardenal, Papa, ¿cuántas almas salvaste del Infierno? San Francisco de Sales, de acuerdo con estadísticas, ha convertido, y probablemente salvado, a más de 75 mil herejes. ¿Cuántas almas has salvado tú?"

Cuando leemos a los Padres de la Iglesia, a los Doctores de la Iglesia y a los santos, uno se estremece ante una realidad: todos ellos enseñaron el Evangelio de Jesús y sobre las Cuatro Postrimerías: Muerte, Juicio, Infierno y Paraíso. Todos han predicado el Dogma Católico del Infierno porque cuando meditamos en el destino de los condenados, no deseamos ir al Infierno.

No es mi intención criticar a los Obispos, pero debo confesar esta verdad. En mis 30 años de sacerdocio, es triste reconocer que nunca he visto, ni escuchado, que un Obispo, aún mi Obispo o cualquier otro Obispo, predique el Dogma de la Iglesia Católica Romana sobre el Infierno. Supongo que en sus países o en otros lugares sí lo hacen, pero en Norteamérica no es predicado este Dogma de Fe.

Cierto día en una catedral le dije a un Obispo:

"Su Excelencia, usted realiza bellas meditaciones sobre el Santo Rosario cada noche por la radio. Esto es hermoso. Pero debo preguntarle, por qué no abrevia un poco su meditación e inserta después de cada década del Rosario la oración: "Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del Infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de Tu misericordia."

¿Por qué se rehúsa decir esta pequeña oración después de cada década, tal como lo pidió Nuestra Señora de Fátima el 13 de julio de 1917, después de que les había mostrado el Infierno a los tres videntes?

El Obispo me dijo:

"Mire, a la gente no le gusta que prediquemos sobre el Infierno, la palabra Infierno les asusta."

No estamos para predicar lo que complazca a las multitudes sino para salvar sus almas del Infierno, para evitar que vayan al Infierno eternamente. Es probable que esta afirmación no sea aceptada por todos los Obispos pero con frecuencia los oigo rezar el Rosario omitiendo esta oración piadosa para salvar almas del Infierno. Yo creo que esta pequeña oración de Nuestra Señora de Fátima dada a los niños el 13 de julio de 1917, es más poderosa y más placentera a Dios que cualquier meditación por bella que sea, aunque haya sido expresada por un Obispo.

Cada uno de nosotros hemos recibido nuestra misión de Dios, y creo que Jesús y Nuestra Señora desean que mi misión sea que yo predique sobre el Infierno. Por esto es que predico sobre el Infierno. Hay muchas revelaciones que podemos leer en la biografía de las almas privilegiadas. Algunas almas que están al Infierno han sido obligadas por Dios a hablarnos para ayudarnos a crecer en nuestra fe. Constituye un pecado mortal de omisión el rehusarse a predicar el Dogma Católico sobre el Infierno. Tales almas condenadas han dicho:

"Podríamos soportar estar en el Infierno por mil años. Podríamos soportar estar en el Infierno un millón de años, si supiéramos que un día dejaríamos el Infierno."

Amigos míos, debemos meditar, no sólo en el fuego del Infierno, no sólo en la privación de contemplación de Dios, sino que debemos también meditar en la eternidad del Infierno. Meditar seriamente frente al Sagrario sobre el Dogma Católico sobre el Infierno. Queridos Obispos, ustedes deben predicar por completo el Evangelio de Jesús, incluyendo la trágica realidad del Infierno eterno.

CONCEPTO HERÉTICO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Un sacerdote en una conferencia carismática dijo a una multitud de unas 3 mil personas y unos 100 sacerdotes que: "Dios es amor, Dios es misericordia y verán su infinita Misericordia en el fin del mundo, cuando Jesús liberará a todas las almas del Infierno, aún a los demonios." Este sacerdote sigue predicando y su Obispo no suspende sus facultades por enseñar tal herejía. "Vayan al fuego eterno", dijo Jesús. Fuego eterno, no fuego temporal.

La verdad es que el Infierno existe. El Infierno es eterno, y todos iremos al Infierno si morimos en estado de pecado mortal. Yo puedo ir al Infierno. Ustedes pueden ir al Infierno. Si algunos de nosotros morimos en pecado mortal, estaremos en el Infierno por toda la eternidad, ardiendo, llorando y gritando sin consuelo. No por un millón de años, sino por billones y billones y billones de años y más allá, por toda la eternidad. En nuestra vida mortal, ¿quién no ha cometido un pecado mortal? Un solo pecado mortal no confesado con arrepentimiento, antes de morir, es suficiente para que Jesús nos arroje al Infierno.

Uno de los grandes Padres de la Iglesia, Patrón de todos los predicadores católicos, San Juan Crisóstomo dijo:

"Pocos Obispos se salvan y muchos sacerdotes se condenan."

Cuando venía de Lisboa a Fátima por autobús, tuve la ocasión de predicar a los laicos, sacerdotes y obispos presentes en el autobús. Les imploré:

"Por favor, cuando lleguen a Fátima, por qué no se animan a hacer una buena confesión general de vida. Quizás hace diez años, quizás hace cincuenta, no han tenido el valor de confesar ese pecado grave por vergüenza. Por favor, hagan una confesión santa y completa en Fátima antes de su regreso. Hay muchos sacerdotes en Fátima que nunca más volverán a ver hasta que lleguen al Cielo."

Yo predico a los Obispos como lo hago con toda persona, porque los Obispos también tienen un alma que salvar. Y si los Obispos son realmente humildes, aceptarán la verdad aún si proviene de un simple y ordinario sacerdote. No nos vayamos de Fátima sin hacer una Santa Confesión General.

UN GRAN ACTO DE CARIDAD

Sus Excelencias, Jesús nos hizo sacerdotes. Jesús, Nuestro Señor, nos escogió entre millones de hombres para hacernos sacerdotes. Nos hicimos sacerdotes por un motivo: para ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa a Dios Padre Todopoderoso, para rezar el Breviario cada día y para predicar el Evangelio de Jesús para salvar las almas del Infierno.

Nadie tiene la seguridad de ir al Cielo a menos que haya recibido una revelación privada de Dios como le ocurrió al Buen Ladrón en la cruz o a los tres videntes de Fátima. ¿Por qué no abrazar los medios seguros que el Cielo nos ha dado, el Santo Rosario ("la devoción a Mi Rosario es un signo seguro de predestinación"), el Escapulario Café y el maravilloso Sacramento de la Confesión.

Prediquen, mis queridos Obispos, como los hacían los Padres de la Iglesia. La tarea principal de un Obispo es predicar, no sólo administrar una diócesis. La Iglesia necesita ver y escuchar a los Obispos predicando como lo hacían los Padres de la Iglesia. Si uno

solo de ustedes, Obispos presentes aquí en Fátima, regresara a su diócesis y en ciertas ocasiones predicara sobre las Cuatro Postrimerías junto con todo el mensaje de Fátima, qué gran acto de caridad sería para todos sus amados fieles.

Con la asistencia del Espíritu Santo digan a sus fieles:

"Escuchen, mis hermanos en Cristo, **yo soy su Obispo, estoy aquí para salvar su alma del Infierno**. Por favor escuchen, acepten y mediten mi enseñanza en este día. Ustedes también, mis amados sacerdotes de mi diócesis, imiten a su Obispo, y prediquen sobre el Infierno con la autoridad que Jesús les ha dado. Prediquen cuanto menos una vez al año un sermón completo sobre el Infierno."

Si hacen esto, estarían realizando el mayor acto de caridad de su sacerdocio, de su episcopado. **Como mencioné anteriormente, en mis treinta años de sacerdocio, nunca he escuchado a un Obispo predicar sobre el Infierno.**

Cuando deseo encontrar un sermón sobre el Infierno, me veo obligado a leer a San Juan Crisóstomo, a los Padres de la Iglesia, a los Doctores de la Iglesia y a los santos predicadores.

Queridos Obispos, por favor, prediquen sobre el Infierno como lo hizo Jesús, Nuestra Señora de Fátima, los Padres y los Doctores de la Iglesia y salvarán a muchas almas. Quien salva a un alma, salva a su propia alma. Predicar sobre el Infierno es un gran acto de caridad porque quienes los escuchan creerán por la autoridad que les confiere la Iglesia. Estas personas rectificarán su modo de vivir y harán una santa confesión de sus pecados.

EL VESTIDO DE GRACIA

La gente con frecuencia me pregunta:
"¿Por qué, Padre, es que ya no se predica sobre el Escapulario Café? En el pasado recibíamos el Escapulario en nuestra Primera Comunión, pero ahora ya no hay más bendiciones e imposiciones del

Escapulario Café. ¿El Escapulario café sigue siendo válido como en el pasado?"

Sí, el Escapulario Café es válido en estos tiempos también, esta verdad no ha cambiado.

El sábado 13 de octubre de 1917, durante el Milagro del Sol en Fátima, la Virgen María apareció ante los tres videntes sosteniendo el Escapulario Café en una de sus manos. La hermana Sor Lucía dijo:

"El Rosario y el Escapulario Café son inseparables."

¿Por qué entonces los sacerdotes ya no predican sobre el Escapulario Café? ¿Cómo podrían hacerlo si deliberadamente rehúsan predicar sobre el Infierno?

Si nunca predican sobre el Infierno, la gente no creerá en el Infierno y por tal motivo, ¿cuál sería el objeto de recibir y llevar consigo el Escapulario Café?

Jesús dijo: "Si tienen fe, moverán montañas."

Si tienen fe, convertirán las almas con la gracia de Dios. Si predican sobre el Infierno con fe, la gente creerá en el Infierno.

San Pablo dijo a sus discípulos:

"**Prediquen con convicción**." Solo pronunciar o leer una homilía en una iglesia no es predicar. La predicación debe buscar mover las voluntades; la predicación debe motivar a los hombres a cambiar sus vidas para salvar sus almas del Infierno.

LA DESERCIÓN SACERDOTAL

Hay cuatro razones principales por las que 75 mil sacerdotes han abandonado el sacerdocio:

1) Porque se han negado a orar cada día.

2) Porque no evitaron las ocasiones de pecado y olvidaron que la prudencia es la ciencia de los santos.

3) Porque no tuvieron la humildad y el valor para hacer confesiones santas y completas. Jesús dijo: "Sin Mí, nada pueden realizar."

4) Porque vivían en pecado mortal y continuaban celebrando.

Si un sacerdote está en estado de pecado mortal y celebra la Santa Misa, es una Misa sacrílega para él. Cuando recibe la Comunión en este estado, realiza una Comunión sacrílega. Entonces, ¿cómo puede un sacerdote en estado de pecado mortal predicar bajo la inspiración y la fuerza del Espíritu Santo? ¿Cómo puede predicar si está endemoniado? **Sacerdotes, vayan y hagan una santa confesión y se volverán en excelentes predicadores.** El Espíritu Santo les hablará a ustedes y por medio de ustedes, y salvarán a miles de almas de ir al Infierno.

Un día, el Santo Cura de Ars recibió la visita de un joven sacerdote de una parroquia cercana. Este sacerdote tenía gran interés de conocer personalmente al Cura de Ars. Después del almuerzo, el Cura de Ars le dijo: *"¿Serías tan amable de escuchar mi confesión?"*

El joven sacerdote por poco se cae de su silla ante la súplica del Cura de Ars de escuchar la confesión de este admirable sacerdote con fama de santidad. **¡Los Santos se confiesan! Y los que se confiesan se vuelven Santos.**

Finalmente, Nuestra Señora de Fátima dijo:

"Oren, oren muchos y hagan muchos sacrificios porque muchas almas se van al Infierno porque no hay quien ore ni se sacrifique por ellas."

Oremos continua y diariamente la oración que Ella nos enseñó:

"Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del Infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de Tu misericordia."

4. MARTIRIO O APOSTASÍA: CON CRISTO O SIN CRISTO

Comentarios a un extracto de un artículo de **P. Luis Llera**

Con motivo de la película “Silencio” de Martin Scorsese, sobre los jesuitas en el Japón, Pedro Luis Llera escribió un artículo de bastante interés y que recomendamos leer en su plenitud:

http://www.infocatolica.com/blog/gobiendes.php/1707120152-martirio-o-apostasia-silencio

Entresacamos unos párrafos que nos pueden hacer pensar por un momento. Sí, pensar, esa materia gris que hoy en día ya parece no existir, porque somos dirigidos por las prisas, el estrés y las obligaciones por sobrevivir y divertirnos, y así, el hombre ya no sabe ni quiere pensar qué está pasando dentro de sí y alrededor de sí. Manejado por los poderes fácticos es fácilmente manipulable. Pedro Luis nos dice:

Imaginemos una dictadura que impusiera un pensamiento único e incuestionable, aunque mantuviera la apariencia de democracia y de pluralismo: muchas siglas pero un solo pensamiento obligatorio y unanimidad en la concepción del hombre, de la vida, del mundo.

Imaginemos un sistema democrático donde todos los partidos estuvieran de acuerdo en imponer las ideas del homosexualismo político, las del feminismo radical, las de la ideología de género. Imaginemos que cuantos quisieran oponerse a esas ideas quedaran fuera de la ley y fueran considerados delincuentes por no pensar ni creer lo que piensan y creen los oligarcas tiránicos.

Imaginemos que esa oligarquía empleara todos los recursos que ofrecen los medios de comunicación y la escuela para convencer a la mayoría alienada y cretinizada (como diría mi admirado Juan Manuel de Prada) de que lo malo es bueno y lo bueno es malo. ¿Se lo imaginan?

¿Se imaginan que todas las series de televisión se dedicaran a convencerles de que lo depravado es lo normal y que lo moral resulta ridículo y deleznable?

¿Se imaginan un pensamiento único que pretendiera cambiar incluso el lenguaje: la manera de hablar y de escribir de la gente?

¿Se imaginan una sociedad dominada por las ideologías satánicas? (No tienen que hacer un gran esfuerzo: miren a su alrededor).

¿Se imaginan un mundo que negara la Ley de Dios e impusiera la inmoralidad y el pecado como normas de conducta?

¿Se imaginan un mundo que adorara a Satanás? ¿Se imaginan una inquisición satánica que persiguiera a los que adoramos a Cristo y que nos acusara de delito de odio por negarnos a renegar, por poner un ejemplo, de Rom. 1, 26?

¿Se imaginan que estuviera prohibido adorar a Dios y renegar del pecado y de Satanás? Ese es el planteamiento de Scorsese en Silencio. Una inquisición laicista y satánica persigue a la Iglesia y la obliga a vivir oculta en las catacumbas. Los cristianos están perseguidos y son proscritos y martirizados, si se niegan a apostatar. Pero Scorsese ve con claridad que no hay una Iglesia: hay dos. Hay una Iglesia fiel a Cristo que vive en la clandestinidad y acepta el martirio y otra falsa, dispuesta a todo con tal de congraciarse con el mundo.

Hasta aquí los párrafos que entresaco del magnífico artículo. Te toca trabajo, querido lector, querida lectora. Me toca, te toca ser consciente del mundo en el que estás, estamos, y de la respuesta que uno quiere dar a Dios y a esa vida recibida: con Dios, dispuestos al martirio, frente al pensamiento único, globalista, mundialista, satánico, promovido por los amos de este mundo y sus diferentes esbirros (muchos con piel de oveja siendo que son lobos); o bien, sin Dios, al amparo del Sistema y de sus falsas consignas y falsas promesas.

Toca decidir, elegir, no es ninguna broma. Pues como dice el articulista:

*Ya desde el principio se plantea ese **dilema entre la apostasía y el martirio**. La escena de los tres crucificados en los acantilados resulta conmovedora por la actitud heroica de los mártires. Los tres crucificados mueren por Cristo. El último en morir canta un himno antes de fallecer: ¡es el Pange Lingua!, el himno eucarístico que compuso santo Tomás de Aquino (¡qué grande es el Doctor Angélico!) para la solemnidad del Corpus Christi.*

Apostasía o martirio. Tú eliges, yo elijo. ¿El qué? Decir sí a la gracia de Dios, o decir no a la gracia de Dios: ser un agraciado, o ser un des-graciado.

Y como siempre es de buen hijo escuchar a tu madre, oigamos a Nuestra Madre Celestial cuando el 13 de octubre del año 1973 en Akita (Japón), en unas apariciones que fueron calificadas por el Cardenal Ratzinger –cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe- como "una continuación de Fátima":

"Si los hombres no se arrepienten y se mejoran a sí mismos, el Padre infligirá un castigo terrible sobre toda la humanidad. Este ***será un castigo más grande que el diluvio****, tal como nunca se ha visto antes. Fuego descenderá del cielo y destruirá una gran parte de la humanidad, los buenos también como los malos, sin escoger sacerdotes o fieles.*

Los sobrevivientes se encontrarán tan desolados que envidiaran a los muertos. Las únicas armas que permanecerán para ustedes serán El Rosario y el Signo dejado por mi hijo. Cada uno recitará las oraciones del Rosario.

Con el rosario recen por el Papa, los Obispos y los sacerdotes.

El trabajo del demonio se infiltrará aun dentro de la Iglesia en tal forma que uno verá cardenales oponiéndose a otros cardenales, obispos en contra de obispos. Los sacerdotes que me veneren serán ridiculizados y opuestos por otros sacerdotes. Las iglesias y los altares serán saqueados. La Iglesia estará llena de aquellos que aceptan compromisos y el demonio pondrá presión sobre muchos sacerdotes y almas consagradas para que dejen el servicio del Señor.

El demonio será especialmente implacable en contra de las almas consagradas a Dios. El pensamiento de la perdida de tantas almas es la causa de mi tristeza. Si los pecados aumentan en número y en gravedad, ya no habrá perdón para ellos.

Recen mucho las oraciones del Rosario. Yo sola todavía puedo salvarles de las calamidades que se acercan. Aquellos que ponen su confianza en mi serán salvados".

Esta última frase de la Virgen en Akita nos recuerda la "advertencia amorosa" de nuestra Madre en sus mensajes a Sor Lucía de Fátima:

"Al final, mi Corazón Inmaculado triunfará". Recuerden que ¡¡la mismísima Virgen insistía en la importancia de la consagración a Su Inmaculado Corazón!!

María, Madre de toda gracia, Madre del Cielo, ayúdanos a no apostatar nunca. ¡¡¡Ayúdanos a vivir siempre el don de la divina voluntad!!!

Amén.

5. ¿QUÉ ES MÉRITO?

Como ya vimos hablando sobre la vida y la muerte, hemos de tener muy claro qué es mérito. Porque cuando nos llegue la muerte se nos acabarán las oportunidades para merecer. ¿Lo recuerdas? Sí, ya lo dijimos. Entonces abundemos un poco más en la reflexión sobre tan importante y decisiva materia. Fundamentalísima.

"…Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida" Apocalipsis 2,10

"A los que, por la perseverancia en el bien busquen gloria, honor e inmortalidad: vida eterna; mas a los rebeldes, indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia: cólera e indignación" Romanos 2,7-8

Como muy acertadamente expresa el gran apologeta católico laico **José Miguel Arráiz**:

"el rechazo de la colaboración del libre albedrío en la salvación de parte del protestantismo es en esencia el origen de la herejía de la doctrina de la salvación por la Sola Fe (Sola Fide). Y es que las herejías suelen surgir de esta manera: Se focalizan en un solo punto de la revelación, para acto seguido aislarlo, deformarlo y posteriormente aberrarse".

Ocurre así el riesgo en algunas personas de que den tanta y excesiva importancia al libre albedrío, al punto de que se niegue o rechace la gracia en la obra de la Salvación (herejía del pelagianismo). Pero también está el peligro de irnos al extremo contrario, la sola fe (sola Fide) tan pregonada por los protestantes, que anularía o no consideraría en absoluto la importancia de la

colaboración del libre albedrío para que la gracia alcance sus frutos de Salvación.

De manera dramática y bien confundida han existido corrientes en el protestantismo que han considerado el libre albedrío como algo inexistente, mera ilusión, una mentira. Sin embargo, es justamente lo contrario: uniendo nuestro libre albedrío a la gracia de Dios es como se hace posible que tengamos mérito ante Él.

En la magnífica obrita Charlas sobre la gracia, del Cardenal y Teólogo suizo Charles Journet, encontramos unos párrafos de mucho interés sobre este tema que traemos aquí a colación:

El segundo tema del que quiero hablaros es el del mérito. Es una palabra neurálgica. Cuando uno la pronuncia delante de protestantes, se crispan y no oyen más. Es mejor, sin pronunciar la palabra, explicarles la cosa: es posible que les parezca que expresa lo que ellos han creído siempre.

¿En qué consiste la doctrina del mérito?

Me enseña que Dios es tan bueno que pone en mí su gracia, con la cual puedo inclinarme hacia la vida eterna, tender a ella, elevarme hacia ella.

En la parábola de la viña se dice: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos". El que permanece en MI y Yo en él, ese dará mucho fruto" (Juan XV, 1). Ya veis: Dios pone en nosotros la savia de la gracia y de la caridad, con la que podemos realizar actos sucesivos de gracia y caridad cada vez más intensos, que serán como frutos, será la entrada en la Patria.

El mérito es la orden de retribuir según Justicia. Pero Dios, ¿puede estar obligado en justicia con respecto a nosotros? ¿Puede haber proporción entre lo que nosotros le damos, nosotros que todo lo recibimos de Él, y los dones supremos de su gracia y de su amor? No, ciertamente, si nos deja a nosotros mismos y a nuestros propios esfuerzos. Pero si, por el contrario, sí pone en nosotros la savia de su gracia y de su amor, pidiéndonos que hagamos fructificar esa gracia y ese amor. Desde el momento en que podemos producir actos vivificados por la savia de la gracia, hay, de hecho, una proporción entre esos actos y su fruto, entre el tallo y la flor, luego

entre la flor y el fruto. De suerte que nuestros méritos son dones de Dios. De ahí la frase de San Agustín: "Cuando Dios corona nuestros méritos, corona sus dones"

9. Pero ¿es que son nuestros méritos o los méritos de Cristo?

La táctica protestante es en esto como siempre, la de suponer, en vez de subordinar. A los méritos de "Cristo solo", opone los méritos del "hombre solo". Se decide por la salvación por los méritos de Cristo sólo; y nos achaca la teoría de la salvación por los méritos del hombre sólo, es decir la tesis pelagiana condenada por la Iglesia como herética.

¿Cuál es, en suma, la verdadera doctrina católica?

Puede resumirse así: nuestros méritos son de Dios y de Cristo como causa primera, y sólo son nuestros como causa segunda: Dios nos da en Cristo el decirle "sí".

Si le digo sí, este sí pronunciado aquí abajo, en el tiempo y que es atravesado por la luz de la gracia divina, me encamina hacia mi término final, o sea la entrada en la Patria. Me hace proporcionado a esa entrada en la Patria, "fructifica" normalmente esa entrada en la Patria, "merece" esa entrada en la Patria.

Es mi sí, mi mérito: me habrá desgarrado a veces el corazón, me habrá exigido que triunfe sobre mis pasiones, es bien mío. Pero es más aún de Dios que mío, y el primer pensamiento que vendrá a mi espíritu será el decir: Gracias, Dios mío, por haberme movido a decir sí: A Vos sea la gloria.

Para ilustrar esta doctrina católica de Dios que da al hombre el merecer, hace falta volver a la comparación de Jesús:

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése dará mucho fruto". Ni Calvino, ni Barth consiguieron explicar este texto. Calvino dirá: Ved bien, el sarmiento cortado de la cepa es echado al fuego, no puede, pues, producir nada. !Perdón! El Sarmiento cortado, sí. Se secará; pero, ¿si continúa unido a la cepa, a Jesús? Entonces da fruto. El fruto, ¿viene de la cepa o del sarmiento? Viene de la cepa a través del sarmiento.

Cuando se pregunta Barth: ¿Es Dios o el hombre el que produce la buena acción? ¿Es Dios o el rosal el que produce la rosa?

El contesta: Razonáis sobre una imagen. Pero esa imagen es del Evangelio.

Una precisión más referente al mérito. Ya lo hemos visto: no puedo yo merecer la primera gracia, porque es siempre una atención gratuita. Pero si permanezco en el amor puedo con el amor merecer siempre un amor mayor y, en el instante de la muerte, la vida eterna.

10. La gracia de aquí abajo, proporciona la gloria del cielo, fructifica la gloria del cielo, merece la gloria del cielo: todas estas voces son sinónimas. La gloria es dada a la gracia como un fruto, como un término, como una recompensa.

Esta noción de recompensa se encuentra frecuentemente en la Escritura. San Pablo escribe: "He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo Juez y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida" (2 Tim IV, 7-8). Dios, que ha colmado de gracias a San Pablo, coronará a San Pablo. Como un Juez, dará al apóstol lo que le corresponde en justicia. Lo mismo ocurrirá a todos los cristianos.

Tenéis en el evangelio: cuando sufráis todas esas cosas "alegraos y recocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa" (Mat. V, 12). Es Jesús quien nos dice eso. En el último día, cuando el Hijo del hombre venga en su gloria con todos los ángeles, dirá a los que estén a su derecha:

"Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber…" (Mat. XXV, 34-35). En el mismo capítulo, se habla del servidor que habiendo recibido cinco talentos ganó con ellos otros cinco; del que habiendo recibido dos, ganó también dos. Son bendecidos uno y otro; pero el que había enterrado su talento fue maldecido (Mat. XXV, 14-30).

¿Cómo puede el protestantismo negar esas nociones de mérito y de recompensa, de un Dios que coronando nuestros méritos corona sus dones, cuando aparecen constantemente en el Evangelio?

Nos achaca, para combatirnos, la doctrina pelagiana del sarmiento que, cortado de la cepa, producirá por sí solo el fruto. Pero nosotros reprobamos a la vez dos errores. Se nos dice -!y no es una

amabilidad!- : Vosotros, católicos, os movéis por una recompensa. A lo que yo contestaría:

Sí, porque sabemos que la recompensa del amor es el encuentro con el Amado.

"Ninguna otra recompensa más que Vos, Señor" decía Santo Tomás. Y San Pablo escribe: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. II, 9). ¿En qué consiste ello? !Es demasiado grande! !Es indecible el encuentro con el amado! ¿Cómo puede decírsenos que es ruin apetecer tal recompensa?

Los protestantes se ven obligados a desfigurar esta espléndida doctrina para poder atacarla: "Entonces veremos cara a cara", dice San Pablo (I Cor. XIII, 12): y San Juan: "Porque le veremos tal cual es" (I Juan III, 2).

No desear esta recompensa, este encuentro, es no amar. No desear ver un día la Patria cuando se ha nacido en el exilio, es no amar."

Concluyamos este punto sobre el mérito completando las nociones recién aportadas, trayendo algo de las reflexiones del **P. Leo J. Tresse**, cuando nos dice en su obra **El Espíritu Santo y su tarea. Ed. Patmos**, lo siguiente:

Ya que mérito es "aquella propiedad de una buena acción que capacita al ejecutante para recibir una recompensa", lógicamente habremos de preguntar, ¿cuál será nuestra recompensa? Nuestras buenas acciones merecerán tres recompensas:

- *un aumento de gracia santificante,*
- *la vida eterna,*
- *y un aumento de gloria en los cielos.*

Por lo que respecta a la segunda fase de esta recompensa –la vida eterna- es interesante notar lo siguiente: para el que no tiene uso de razón y ha sido bautizado, el cielo es una herencia que le pertenece por ser hijo adoptivo de Dios, incorporado a Cristo; pero para el cristiano adulto, el Cielo puede ser una recompensa además

de una herencia, una recompensa que podemos ganar porque Dios la ha prometido a aquellos que Le sirvan.

Por lo que respecta a la tercera recompensa –aumento de gloria celestial- podemos apreciar que proviene de la primera. El grado de nuestra gloria en los cielos estará en proporción al grado de nuestra unión con Dios, en consideración a la intensidad con que la gracia santificante se ha impreso en nuestra alma. A medida que la gracia aumenta, nuestra futura gloria en los cielos aumenta también.

Sin embargo, para conseguir la vida eterna y el aumento de gloria para los que hemos hecho méritos, debemos, desde luego, morir en gracia santificante. El pecado mortal borra todo mérito, de igual forma que la quiebra de un banco puede llevarse todos los ahorros de una vida. Y no existe el mérito después de la muerte. No podemos ganar méritos ni en el infierno ni en el purgatorio, ni aun en el cielo. Solamente en esta vida, que es el período de prueba, el tiempo para ganar méritos.

Consuela, sin embargo, saber que los méritos que se han perdido por el pecado mortal se recuperan tan pronto como el alma se vuelve de nuevo a Dios en un acto de contrición perfecta o en el sacramento de la Penitencia. Los méritos reviven en el momento en que la gracia santificante retorna al alma. El pecador arrepentido, en otras palabras, no tiene que comenzar de nuevo; el tesoro primitivo de sus méritos no se ha perdido por completo.

En sus explicaciones el padre Tresse pondrá ejemplos para ilustrar que no es lo mismo vivir que no vivir en gracia de Dios, porque si vivimos en gracia nuestras obras tendrán un valor infinito al ser el mismo Dios quien obre en nosotros y con nosotros, colaboración que despreciamos cuando elegimos voluntariamente el pecado y nos cerramos voluntariamente a la gracia. Temamos mucho recibir de Dios Su recompensa sólo en esta vida… eso sería un grave peligro de próxima condenación eterna. Y no olvidemos que como dice **Dom Vital Lehodey** en su obra **El Santo Abandono**, “todo es puro efecto de su bondad a la que somos deudores”.

Un verdadero creyente, hijo de Dios, no se mueve para que la gente le vea, aplauda, o vitoree. Eso no nos importa. Pues sabemos

que sólo somos siervos inútiles (Lc.17,10). Sólo buscamos o hemos de buscar la gloria de Dios, corresponder a Su Amor, que esté feliz con nuestra vida que Él mismo nos ha regalado y ganado con la entrega de Jesucristo en la cruz. Poder ser útiles para sus misteriosos planes santos de Salvación. No queremos vivir apagados, sin la vida de gracia en nosotros. Eso además sería como si estuviéramos trabajando sin contrato y al final no recibiríamos salario al no estar en nómina. Porque habríamos en el fondo trabajado para nosotros mismos, no para Dios. O imagina ¿qué sucedería si hubieras estado grabando con una cámara de vídeo que luego resultara no tener cinta para guardar todo lo que hiciste?

No, nosotros queremos ser luz de Cristo en medio de las tinieblas de este mundo, escapando de esta generación perversa (Hech.2,40); queremos vivir perseverando en la gracia de Dios para que sea Cristo quien obre en nosotros y podamos dar muchos frutos de Justicia y Santidad. Por eso, que mi casa, que tu vida, que nuestro ser, sea casa de oración y no cueva de ladrones, y así:

Tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público (Mt.6,6).

No olvidemos nunca la constante consigna del Maestro:
"Atesorad tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen y donde los ladrones no horadan ni roban" Mt.6,20

6. ACOSTÚMBRESE HOY EL CATOLICO A RESISTIR SIN APARTARSE UN PALMO DEL DEPÓSITO RECIBIDO

David Glez. Alonso Gracián (publicado en Infocatólica)

Nitor in adversum, resisto contracorriente.— Me enfrento a lo que se me opone. Juan de Borja lo traduce muy expresivamente: forcejo contra lo que me contrasta. Forcejar, según la RAE, significa «resistir, hacer oposición, contradecir tenazmente».

Resistir, que es más arduo que atacar, es altamente meritorio, si se está en estado de gracia. Es condición para sobrevivir en estos días, en plena crisis eclesiástica: o se planta cara, sobrenaturalmente, al remolino, o nos arrastrará el Maelstrom. Recordemos que **el acto supremo de resistencia es el martirio**. Nos lo recuerda, con su precisión habitual, el P. Royo Marín O.P.:

«La fortaleza tiene dos actos: atacar y resistir. La vida del hombre sobre la tierra es una milicia (Job 7,1). Y, a semejanza del soldado en la línea de combate, unas veces hay que atacar para la defensa del bien […] y otros hay que resistir con firmeza sus asaltos para no retroceder un paso en el camino emprendido. De estos dos actos el principal y más difícil es resistir (contra lo que comúnmente se cree), porque es más penoso y heroico resistir a un enemigo que por el hecho mismo de atacar se considera más fuerte y poderoso que nosotros[…] Por eso el acto del martirio, que consiste en resistir o soportar la muerte antes que abandonar el bien, constituye el acto principal de la virtud de la fortaleza» Antonio ROYO MARÍN, Teología de la perfección cristiana, LII, c2 §325)

Acostúmbrese el católico de hoy a resistir para no moverse un milímetro hacia atrás de la doctrina de Jesucristo, para no apartarse ni un palmo del Depósito recibido.

Debe el católico de hoy salirle al encuentro a este momento, y no achicarse ante su oscuridad. Este tiempo demanda tradición, y recibirla es resistir, y darla es poner luz. Tradere es entregar la luz, para que retrocedan las oscuridades.

Debe el católico de hoy crecer en vida virtuosa, y apercibirse de Cristo, que es Sol de Dios; participar de su potencia por la Transubstanciación, que es astro de doctrina frente al caos; y resistir ataques de las sombras, aunque no con sus solas fuerzas.

Reluzca, cual este sol faciado que presenta, en su lema, Juan de Borja, frente al mal que nos rodea. Ponga luz donde no la haya, o quede muy poca, o muy endeble y enferma. Nitor in adversum. Acostumbrémonos a ir contracorriente, o perezcamos. Que nunca se iluminan tanto las tinieblas, como cuando se predica la verdad.

7. CARTA DE SAN PÍO DE PIETRELCINA A UN ALMA QUE SUFRE

11/4/1915

Hija querida del Padre celestial:

Su corazón es siempre el templo del Espíritu Santo. Que Jesús visite su espíritu y la consuele y la sostenga, y saque del estado de desolación extrema en que la bondad de su Padre ha querido colocarla. Así sea.

Perdone mi atrevimiento al permitirme dirigirle esta pobre carta mía sin haberle conocido nunca personalmente, porque debe saber que hace muchos años ruego al Divino Maestro darme a conocer ante El su alma y sus designios divinos sobre Ud. También ha sido beneplácito suyo manifestarme el estado actual en que Ud. se encuentra y El mismo me manda escribirle esta carta para que con ella reciba consuelo.

Que sea siempre bendito El también en esto. Hago votos ardientísimos al Señor para que la presente le sirva de mucho alivio y de total seguridad. Ahora Jesús me hace saber que no tema el amplio estado espiritual por la crisis actual que atraviesa, ya que todo resultará a gloria suya y al perfeccionamiento de Ud. El quiere que deje y abandone todos esos temores que tiene acerca de la salvación eterna, que no aumente esas sombras que el demonio va haciendo cada vez más densas para atormentarla y separarla de Dios si eso le fuera posible. Su desolación actual no es que Dios la abandone, ya que su divina misericordia la va haciendo cada vez más acepta: El permite todo esto para asemejarla a su Hijo divino en las angustias del desierto, del huerto y de la cruz. Lo mejor que puede hacer es aceptar con alegría y serenidad la prueba presente sin desear verse liberada. Humíllese bajo la poderosa y paternal mano de Dios, aceptando con sumisión y paciencia las tribulaciones que le envía para que pueda exaltarla dándole su gracia cuando El la visite.

Que toda su solicitud en medio de las tribulaciones, que la invaden totalmente, se centre en un abandono total en los brazos del

Padre celeste, ya que El tiene sumo cuidado para que su alma, tan predilecta, no sea sometida al poder de Satanás.

Humíllese, pues, ante la Majestad de Dios y dele gracias continuamente, a tan buen Señor, de tantos favores con lo que sin cesar enriquece su alma de Ud. y confíe cada vez más en su divina Misericordia. No tema, vuelvo a repetirle en el Señor, quien le ha ayudado hasta ahora continuará hasta su salvación.

Ud. se salvará; el enemigo se revolcará en su rabia, siendo cierto que la misma mano que la ha sostenido hasta ahora, haciéndole enumerar infinitas victorias, continuará apoyándola hasta aquel instante en que su alma se oirá invitada por el Esposo celeste: "ven, esposa mía, recibe la corona que te he preparado desde la eternidad." Confianza ilimitada en el Señor debe tener pensando que el premio no está lejos: no pasará mucho tiempo sin que se realice en Ud. lo dicho por el profeta: "entre las tinieblas resplandecerá la luz" y luz en verdad es su actual desolación, luz que proviene de una singularísima gracia que no a todas las almas que caminan al cielo concede el Señor. Más aún, son poquísimas las almas que se hacen dignas de tal merced.

Ahora me parece que legítimamente puede ponerme esta objeción: Si es ésta una gracia —como Ud. Dice— y toda gracia da luz al alma, ¿por qué a mí en vez de luz me trae tinieblas? Esta réplica sería aceptable si se tratase de gracias de orden inferior, quiero decir de aquellas gracias que el Señor suele conceder a todos. Aquí, en cambio, el caso es muy diferente y yo hablo precisamente de Ud.

La gracia del Señor de que se halla penetrada, sublimará su alma hasta la unión perfecta de amor. Ahora bien, el alma, antes de llegar a esta unión, y diré a esta así transformación en Dios o casi Dios por participación, necesita que sea purificada de sus defectos y de todas sus inclinaciones hacia las cosas materiales y sobrenaturales, y esto no sólo en cuanto a sus actos, sino también en cuanto a sus raíces en la mayor medida posible durante la vida presente. Necesita que sea despojada de toda potencia y de toda inclinación natural a fin de poder ser elevada a obrar de otro modo más divino que humano.

Para obrar todas estas maravillas es necesario que una causa aflictiva interior las realice, y no es otra la gracia singularísima de que acabo de hablar y con la que el Señor la regala. Ahora bien, toda gracia produce luz, mejor dicho, es luz y, por consiguiente, cuanto más elevada es una gracia, tanto más sublime es su luz. Y ya que la gracia con que el Señor la ha enriquecido al presente es tan alta y sublime que tiende directamente a transformar el alma en una sola cosa con Dios, la luz que trae consigo es tan altísima que, penetrando el alma de modo trabajoso y desolador, la coloca en extrema aflicción y angustia interior de muerte. Y esto proviene de que esta gracia que produce luz tan sublime encuentra al principio el alma indispuesta para la unión mística y la penetra en forma purgativa y, por consiguiente, en lugar de iluminarla la obscurece; en lugar de consolarla la hiere, llenándola de grandes sufrimientos en el apetito sensitivo y de graves angustias y sufrimientos espantosos en sus potencias espirituales.

Y así, cuando dicha luz, con estos medios, ha purgado el alma, la penetra entonces de forma iluminativa y la hace ver y la lleva a la unión perfecta con Dios.

También Santa Teresa fue sometida a tan durísima prueba: también ella experimento, y tal vez de modo bastante más penetrante que Ud., el efecto de esta luz purísima, que le hacía ver a Dios en lontananza sin tener posesión efectiva alguna, por lo que estaba transida de un dolor tan agudo que la hacía morir. Pero fue precisamente esa luz, que después de haberle purificado el espíritu con tan agudas puñaladas, lo unió finalmente a Dios con perfecto amor. El ejemplo de esta santa, mártir de amor, sírvale de estímulo y le haga combatir con fuerte ánimo para que, como ella, pueda obtener el premio a las almas generosas. Comprendo muy bien que el encuentro es duro, penosísima la lucha, pero anímese pensando que el mérito del triunfo será y ande, la consolación inefable, la gloria inmortal y la recompensa eterna.

Termino recomendándole que viva tranquila porque nuevamente asegura Nuestro Señor Jesús Cristo que no hay lugar a tener miedo. Ensanche su corazón y deje al Señor que obre en Ud. libremente.

Ruegue por mí, que continuamente la recuerdo ante el Señor. Que Jesús la consuele siempre.

Un pobre sacerdote capuchino.

8. EL TEMOR NO ES PECADO, LA COBARDÍA SÍ

El cobarde no siempre se reconoce como tal, sino que trata de convencerse de que en realidad es "prudente" cuando no avanza; "tolerante" cuando no resiste la agresión injusta –incluso perpetrada contra otros u Otro-; "humilde" cuando somete de buena gana sus principios; "pacífico" cuando establece componendas con el enemigo. ¿Mera cuestión de terminología?…No: cuestión de fe, y de amor a Cristo Crucificado.

Santo Tomás de Aquino:

"… Así como por la presunción uno sobrepasa la medida de su capacidad al pretender más de lo que puede, así también el pusilánime falla en esa medida de su capacidad al rehusar tender a lo que es proporcionado a sus posibilidades. Por tanto, ***la pusilanimidad es pecado****, lo mismo que la presunción. De ahí que el siervo que enterró el dinero de su señor y no negoció con él por temor, surgido de la pusilanimidad, es castigado por su señor, como leemos en Mt 25, 14 ss y Lc 19, 12 ss.*

(…) La pusilanimidad puede incluso provenir en algún modo de la soberbia; por ejemplo, si el pusilánime se aferra excesivamente a su parecer, y por eso cree que no puede hacer cosas de las que es capaz.

De ahí que se diga en Pr 26, 16: El perezoso se cree prudente más que siete que sepan responder. En efecto, nada impide que para unas cosas uno se sienta abatido y muy orgulloso respecto de otras.

(…) La pusilanimidad puede considerarse de tres modos:

-En primer lugar, en sí misma. Y así es claro que, según su propia razón, se opone a la magnanimidad, de la cual se distingue

como la grandeza y la parvedad respecto de lo mismo; en efecto, como el magnánimo, por la grandeza de alma, tiende a lo grande, así el pusilánime, por la pequeñez de ánimo, renuncia a ello.

-En segundo lugar puede considerarse la pusilanimidad en su causa, que, por parte del entendimiento, es la ignorancia de la propia condición, y por parte de la voluntad, el temor de fallar en cosas que se estiman falsamente que superan la propia capacidad.

-En tercer lugar, puede considerarse la pusilanimidad en su efecto, que es renunciar a cosas grandes de las que uno es capaz.

Ahora bien: como hemos dicho (q.127 a.2 ad 2), la oposición del vicio a la virtud se mide por la propia especie más que por su causa o efecto. Por tanto, ***la pusilanimidad se opone directamente a la magnanimidad****.*

(…) La pusilanimidad, según su propia especie, es pecado más grave que la presunción, ya que por ella el hombre se aparta del bien, lo cual es pésimo, según leemos en IV Ethic.

P. Leonardo Castellani:

Lo único que prueba de veras es la vida, la verdad, la realidad; no las ficciones.

Lo que les dijo Cristo a sus discípulos cuando le despertaron en el lago Tiberíades -en esto concuerdan los tres relatores- fue ***"cobardes".*** *La Vulgata latina traduce "Modicae fidei ", o sea* ***"hombres de poca fe "****; pero Cristo, en griego o en arameo, les dijo* ***"cobardes".***

Un hombre que grita cuando hace agua su lancha en una tempestad del Mar de Galilea, que son breves pero violentas; suponiendo incluso que haya gritado un poco de más, ¿es cobarde? Para mí, no es cobarde. Pero para Jesucristo es cobarde.

A Jesucristo no le gustan los cobardes.

San Juan en el Apokalypsis, que es una profecía acerca de los últimos tiempos, añade a la lista de pecados otros dos que no están en San Pablo: ***"los mentirosos y los cobardes".***

Esto parece indicar que en los últimos tiempos habrá un gran esfuerzo de mentira y de cobardía. Dios nos pille confesados. ***La cobardía en un cristiano es un pecado serio****, porque es señal de poca fe en Cristo ('cobardes y hombres de poca fe").*

P. Horacio Bojorge s.j.:

Está en primer lugar el primer mandamiento del guerrero de Dios que es ***no temas.***

Desde el no temas María, siguiendo por los no temas de Jesús en el Evangelio, han de verse iluminados por ***este mandato de no temer, como opuesto al amor y la confianza****. Siguen los motivos y fundamentos para no temer, que se expresan en las fórmulas de vocación y envío al combate, así como en promesas de auxilio y de victoria.*

Hay fórmulas que expresan la promesa de victoria, o la promesa de asistencia (Yo estaré con vosotros, Dios está contigo, Dios está contigo, valiente guerrero). El mismo nombre de Yahvé, que se interpreta "yo soy el que soy", pero también "el que está" (siempre contigo) puede considerarse un nombre que expresa la fórmula de asistencia. Y el mismo sentido tiene el nombre Emmanuel, Dios con nosotros, profetizado por Isaías y referido a Jesús.

Cuando Jesús despidiéndose de los suyos les promete "yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos", emplea y hace propia la fórmula de asistencia, aplicándola a la misión y la lucha de la Iglesia en este mundo. Pablo dirá:

Si Dios está por nosotros: ¿Quién contra nosotros?

A la luz de la espiritualidad de la guerra santa se comprende lo que significó que los Israelitas le pidieran a Samuel un rey para que saliese delante de ellos a combatir sus guerras. El pedido es doblemente blasfemo y agraviante para el Señor de los ejércitos de Israel:

Primero porque ya no admiten o por lo menos no aprecian más el liderazgo divino. Y segundo porque ya no consideran que las guerras de Israel sean las de Dios, sino las suyas propias.

Se trata de un movimiento de desacralización y secularización de la vida nacional y política. Y la gravedad de esta apostasía, pero también la del neo secularismo sólo se mide bien a la luz de la teología de la guerra santa.

Como testamento de su última cena, Jesús anuncia tribulaciones, pero invita a la confianza en su victoria, que adelanta la de los que lo aman:

"No temáis, yo he vencido al mundo" (Jn.16,33).

Y el apóstol Juan exhorta a su comunidad diciendo: "Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y habéis vencido al maligno" (Jn 2,14).

Por último, en las siete cartas a las Iglesias, se promete premio a los vencedores:

"No temas lo que vas a sufrir… mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida… el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda" (Ap. 2,10-11).

"Al vencedor, al que guarde mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones" (Ap. 2,26).

Muchos en nuestros días, claman "Maranathá", pero luego se sorprenden y escandalizan cuando llegan las horas amargas, de oscuridad y cruz para la Iglesia que habrá que atravesar para que se cumpla todo lo que decimos profesar.

"(…) El narrador del libro de Ruth establece todavía un contraste entre Booz y el pariente innominado, más cercano por sangre, pero que se desentiende de auxiliar por no perjudicar sus intereses. No se conserva su nombre en el relato, que se refiere a él como "fulano", "un tal", esquivando nombrarlo. La acedia de ese fulano, lo hace inhábil para entrar en el gozo de la piedad que auxilia.

***La acedia**, en efecto, aún en sus formas atenuadas de tibieza, ingratitud o indiferencia, es ya una parálisis y debilidad del amor y denota por lo tanto una débil adhesión al Bien, un miedo al sacrificio por amor, que **conduce de antemano a la derrota en la lucha entre el bien y el mal,** a sacrificar el amor al otro, en este caso a Dios, por el amor propio.*

La cobardía procede de la debilidad del amor o de la falta de amor, o de inconstancia en el amor al punto de que se la pueda considerar como un nombre del desamor y hasta de la traición (…) Haber preferido sus intereses, el temor, el miedo a perjudicar sus bienes, lo excluyen del linaje del Mesías. Le sucede algo parecido a Esaú con la venta de su progenitura. Y al joven rico del evangelio cuyas riquezas le impiden atarse a Jesús.

A veces la caridad resulta demasiado cara. Permanecer en la caridad enfrenta al amigo de Dios una y otra vez al examen del precio que está dispuesto a pagar por mantenerse en esa amistad. La dilección no es sólo una elección inicial. Es una elección que se renueva. ***Siempre hay que estar vendiéndolo todo por la perla preciosa****, vendiéndolo todo para comprar el campo del tesoro escondido.*

La fortaleza que nace de la caridad es la que hace posible seguir sacrificando siempre, cada vez con mayor alegría a medida que crece la amistad y el amor, cada vez con mayor decisión y facilidad.

(…) En la historia de la Iglesia, San Cipriano discernía las causas profundas por la que algunos cristianos habían terminado negando a Cristo. No lo hicieron, discierne el santo obispo, por estar demasiado apegados a sus casas, sus bienes y sus intereses. ***Una cadena de oro los retuvo****. En no dejarla se puso de manifiesto que estaban ya minusvalorando el tesoro de la amistad con Dios. No hay que admirarse, concluye Cipriano, que llegado el momento negaran al que habían ya menos-preciado en su corazón.*

Se comprende así, que ***la cobardía****, en su sentido amplio de* ***miedo a sacrificar****, como* ***vicio opuesto al amor*** *antes que a la misma fortaleza, sea considerada, por el autor del Apocalipsis, como un pecado tan horrendo, que encabeza la lista de pecados que precipitan para siempre en el lago ardiente, y en la muerte segunda:*

"Los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras, y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apocalipsis 21,8)."

La caridad es fuerte: los cristianos, al decir de Jesús, son como corderos en medio de lobos. De ahí que la fortaleza cristiana se ponga de manifiesto principalmente en forma de paciencia, de aguante en el sufrimiento y vaya acompañada de la oración pidiendo ser defendidos del mal "Y líbranos del malo".

El nombre griego de la paciencia es: hupomoné, literalmente "permanecer firme debajo". Permanecer, por amor, debajo de la cruz es la fortaleza propia de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, y ha de ser también la de su discípulo. Dice San Agustín a este propósito:

"El seguimiento de Cristo consiste en una amorosa y perfecta constancia en el sufrimiento, capaz de llegar hasta la muerte" *(San Agustín, Com. In Ev. Johannis, Tratado 124,5.7; CCL 36, 685-687; Cfr. Oficio de Lecturas del sábado 6 del tiempo pascual).*

Cada cultura y cada religión concebirá las virtudes cardinales, de acuerdo a lo que entiende por bien y por mal. (…) En la cultura católica, el bien es la comunión de amistad entre las personas. Primero la comunión de las Personas divinas entre sí y luego de la comunión entre Dios y los hombres, y de éstos entre sí.

El mal al que ha de resistir con fortaleza el cristiano, es todo lo que impide al hombre incorporarse a la comunión con ese Nosotros*.*

La Esposa que llama al Esposo a coro con el Espíritu Santo, al final del Apocalipsis, personifica esa fortaleza que da el amor. La fortaleza de la caridad esponsal se revela así como: "la actitud infatigable e insistente de oración incesante y necesaria "para poder mantenerse firme ante el Hijo del Hombre cuando venga" (Lc.21,36) con la fortaleza "que da el Espíritu Santo ante la tribulación apocalíptica".

Oración perseverante, de cada día. Que cree contra toda esperanza en la presencia de Jesús, Señor de la Iglesia y de la historia… hasta que venga… para decir la última palabra sobre la historia humana. Así es de fuerte el amor que cree, ama, espera."

9. SANTA GERTRUDIS LA GRANDE, Y SU TESTAMENTO ESPIRITUAL

Santa Gertrudis de Helfta, monja benedictina cisterciense y escritora mística, también conocida como **Gertrudis la Grande** o **Gertrudis Magna**, nació en Eisleben (Alemania) en el año 1256. Gertrudis es una palabra que en su idioma significa "fiel defensora" (ger = defensora, trud = fiel).

Santa Gertrudis es la **patrona de las personas místicas**, porque ella fue la primera gran mística de quien se tenga historia. El estado sobrenatural del alma en que Dios es conocido más allá de lo que alcanzan los méritos y técnicas humanas. Los místicos experimentan a Dios de manera personal e inmediata. Siempre es fruto de una gracia divina, especial y completamente inmerecida. Pero Dios no se impone sino que espera nuestra apertura a sus invitaciones. Son pocos los que están dispuestos a las purificaciones y compromisos que el amor requiere.

El misticismo cristiano se diferencia esencialmente del no cristiano. Reconoce que la realidad a la que asciende transciende al alma y al cosmos. No confunde el "yo" con el "tu" ni el alma con Dios. Mantiene una profunda humildad ante la infinita Majestad de Dios. En el misticismo cristiano toda unión entre Dios y el alma es una unión moral de amor, dedicada a su voluntad a cualquier costo personal. La persona no se diluye en Dios, no desaparece. Es el matrimonio espiritual al que luego Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz nos van a invitar con sus enseñanzas de doctores.

Otras grandes místicas serán Santa Brígida, Santa Catalina, la adudida Santa Teresa de Jesús, Santa Margarita de Alacoque, etc., pero la primera de la cual se conocen las revelaciones recibidas es ella. Santa Gertrudis fue la primera en propagar la devoción al Sagrado Corazón y el culto a San José. Los demás santos que después propagaron estas devociones se basaron en revelaciones recibidas por esta gran mística.

A los 5 años fue llevada al convento de unas monjitas muy fervorosas y allí demostró tener cualidades excepcionales para el

estudio. Sobresalía entre todas por la facilidad con la que aprendía la literatura y las ciencias naturales, y por su modo tan elegante de emplear el idioma. Y tenía la fortuna de que la superiora del convento era su tía Santa Matilde, otra gran mística, que frecuentemente recibía mensajes de Dios.

Hasta los 25 años Gertrudis fue una monjita como las demás, dedicada a la oración, a los trabajos manuales y a la meditación. Sentía una inclinación sumamente grande por los estudios mundanos de literatura, historia, idiomas y ciencias naturales. Pero en esa edad recibió la primera de las revelaciones que la hicieron famosa, y desde aquel día su vida se transformó por completo.

Así lo narra ella misma:

"Estaba yo en un rincón de la capilla donde acostumbraba hacer mis tibias oraciones, cuando se me apareció Nuestro Señor y me dijo:

—Hasta ahora te has dedicado a comer polvo como los que no tienen fe. De allí has tratado de extraer miel y sólo has encontrado espinas. ***Desde ahora dedícate a meditar en mis mensajes, y ahí sí encontrarás el verdadero maná que te alimentará y te dará la fortaleza y la paz****".*

Desde esa fecha, Gertrudis, que antes se había dedicado a lecturas mundanas, cambió por completo su preferencia en cuanto a lo que leía y dedicó todos sus momentos libres a leer la S. Biblia, y los escritos de los santos padres, especialmente San Agustín y San Bernardo. Ella dice:

"cambié el estudio de ciencias naturales y literatura, por el de la teología y la Sagrada Escritura".

Y en sus escritos se notará en adelante que su ciencia la fue a beber (después de las revelaciones que Dios le hizo) en los libros sagrados de la Biblia y de los santos.

En sus 47 años de vida, **Gertrudis no se diferenció externamente de las demás monjitas de su convento.** Copiaba pasajes de la S. Biblia (en ese tiempo todavía no existía la imprenta y

todo había que escribirlo a mano), componía explicaciones de la Sagrada Escritura para darlas a las otras religiosas, y sufría en silencio sus enfermedades que no eran pocas. Pero internamente su vida era muy distinta, porque dialogaba con Dios a cada rato.

Jesucristo le dijo un día:

"Gertrudis, tú serás mi heraldo" (Se llama heraldo el que transmite mensajes de un superior). Y ella escribió en cinco libros los mensajes que recibió en sus revelaciones, y a su obra le puso por nombre: "Heraldo de la amorosa bondad de Dios". A esta obra que se ha hecho famosa entre todas las personas que se dedican a la mística, se le ha llamado también: "Revelaciones de Santa Gertrudis". Allí se contienen visiones, comunicaciones, y experiencias místicas, y estas experiencias se han repetido después en muchas otras almas santas como por ejemplo San Juan de la cruz, Santa Teresa, Santa Magdalena de Pazzi, Santa Gema y muchísimos santos más.

Dice la santa que un día vio que de la herida del costado de Cristo salía un rayo de luz y llegaba al corazón de ella. Desde entonces sintió un amor tan grande hacia Jesucristo, como nunca antes lo había experimentado.

Santa Matilde fue otra gran santa que era 15 años mayor que Santa Gertrudis y quien le contaba las revelaciones que ella había recibido también.

Santa Matilde le preguntó a Jesús:
"Señor, fuera de la Santa Hostia, ¿dónde te puedo encontrar?" – Y Jesús le respondió: "*Búscame en el corazón de Gertrudis*".

Dice Gertrudis que un día Jesús acercó totalmente el corazón de Matilde a su Sagrado Corazón, y que desde esa fecha aquella santa quedó totalmente enamorada de Cristo.

Los especialistas afirman que los libros de Santa Gertrudis son, junto con las obras de Santa Teresa y Santa Catalina, las obras más útiles que una mujer haya dado a la Iglesia para alimentar la piedad de las personas que desean dedicarse a la vida contemplativa". Es una de las Patronas de los escritores católicos.

Cuando le fue anunciado que se acercaba su muerte exclamó:

"Esta es la más dulce de las alegrías, la que más había deseado, porque voy a encontrarme con Cristo". Y dictó sus últimos pensamientos acerca de la muerte, que son de lo más sublime que se haya escrito.

Murió el 17 de noviembre del año 1302. (Su fiesta se celebra el 16 de noviembre).

NOTA EXPLICATIVA: Este testamento está sacado de las revelaciones de Santa Gertrudis, es la quintaesencia de las oraciones y plegarias que seremos capaces de hacer en vida, **es de suma eficacia para quebrantar los asaltos con que el enemigo de nuestra salvación nos atacará a la hora de la muerte**. Será, pues muy provechoso para todos que hagamos ahora mismo este testamento. Y si nos vemos sorprendidos por la enfermedad, debemos pasar a leerlo con gran devoción. En los días de la gran tribulación será conveniente que lo leamos todos los días. Después de cada artículo se recomienda decir: **"Sí, tal es mi voluntad y deseo".**

En el nombre de la Santísima Trinidad, así sea.

TESTAMENTO ESPIRITUAL:

Puesto que yo, miserable pecador, estoy cierto de que moriré y de que para mí es incierta la hora de mi muerte, ahora que todavía me hallo en la plena posesión de mis facultades, voy a declarar delante de Vos, ¡ oh beatísima Trinidad ! , y de toda la corte celestial, mi última voluntad, y la manera cómo deseo vivir y morir.

Y para que ésta jamás pueda ser derogada, **declaro que este testamento debe permanecer inmutable e irrevocable por toda la eternidad.** Dignaos, pues, oh Padre Sapientísimo, dirigir vuestra bondadosa mirada a vuestro indigno siervo, como la dirigisteis a vuestro unigénito Hijo, cuando postrado en el huerto de los Olivos disponía de todos Sus meritos en favor de Su Iglesia. Y así como recibisteis con inmensa satisfacción las súplicas de vuestro divino Hijo, así confío que os dignaréis recibir esta mi última voluntad, y hacer que sea digna y grata a vuestros ojos.

En primer lugar, os lego, adjudico y entrego totalmente, oh beatísima Trinidad, mi cuerpo y mi alma, con todo el bien que, por medio de ellos, he hecho durante toda mi vida. Os rindo inmortales acciones de gracias por haberme hecho criatura racional, por haberme regenerado en las aguas del santo Bautismo, santificado por medio de los Sacramentos y enriquecido de una infinidad de bienes corporales y espirituales, así en general como en particular. Confieso humildemente que Vos solo tenéis perfecto dominio sobre mí, y sólo a Vos reconozco, y a nadie más, por mi Dueño y Señor absoluto.

En segundo lugar, atribuyo a solo Vos, Señor mío y Dios mío, todas las gracias y beneficios, así corporales como espirituales que de Vos he recibido; y reconozco que, llevado de vuestra infinita bondad y de la intercesión de los Santos, me habéis dispensado mil veces más beneficios de los que yo me he merecido, y que no hay poder alguno, ni sabiduría, ni bondad que con la vuestra pueda compararse, en la manera con que vuestra amable Providencia me ha colmado de bienes, así para el cuerpo como para el alma, lo mismo en la prosperidad, que en la adversidad. Así que, para corresponder en algún modo a tan grandes beneficios, cantaré vuestras alabanzas, y con todas las energías de mi alma os daré mil y mil acciones de gracias, por toda la eternidad.

Creo y profeso la verdadera fe, que recibí en el bautismo: creo firmemente todo cuanto ella me enseña, en general, y cada uno de sus artículos en particular, de la misma manera y en la misma forma en que la Iglesia los cree y profesa; y estoy dispuesto a derramar mi sangre antes que renegar de uno solo de dichos artículos. Si tal vez, en la hora de mi muerte, instigado por el demonio, llegare a pensar, decir, o hacer algo contrario a esta fe, desde ahora lo detesto y repruebo. Y para que no me acaezca tal desgracia, deposito mi fe en las manos de vuestro poder, de vuestra sabiduría y de vuestra bondad, Dios mío, a fin de que en aquella hora la mantenga íntegra y perfecta.

Detesto y aborrezco todos los pecados que he cometido desde que tuve uso de razón hasta el presente: me pesa una y mil veces, Dios mío, de haberos ofendido, sólo por ser Vos quien sois bondad infinita; y a fin de suplir lo que falta a mi dolor, os ofrezco aquella

contrición perfectísima que vuestro Hijo unigénito tuvo por los pecados de todo el mundo. Estoy dispuesto a sufrir de muy buen grado cualesquiera penas que os dignareis imponerme, en satisfacción de las graves ofensas y pecados que he tenido la desgracia de cometer. Mas como todas las satisfacciones que pudiera yo ofreceros serían siempre insuficientes, recurro a los infinitos tesoros que encierran los méritos de Jesucristo, y os ofrezco todos los dolores que Él soportó desde el primer instante de su concepción, hasta que expiró en la cruz. Arrojo y sepulto en el seno amoroso de su infinita misericordia todos mis pecados, faltas y negligencias, suplicándoos lavéis todas mis manchas con Su preciosa sangre, y me consumáis en el fuego de su amor.

Pido humildemente perdón a todos aquellos a quienes haya ofendido de palabra o de obra y me ofrezco a reparar todo el mal que les he ocasionado en su honra y en sus bienes. Por lo que toca a los que me hayan ofendido, ora sea de palabra, ora de obra, yo les perdono de todo corazón y renuncio a todo espíritu de venganza, a imitación de Jesucristo que en la cruz perdonó a sus enemigos y suplicó a su Padre que los perdonara.

Reconozco y confieso que no puedo conseguir la gloria del cielo con mis propios méritos: por lo cual no fundo en ellos mi esperanza, sino sólo en los méritos de la vida y Pasión de mi Señor Jesucristo. Y esta confianza es en mi tan firme e inquebrantable, que aunque os hubiera ofendido mil veces más de lo que desgraciadamente lo he hecho, aun así abrigaría la seguridad de alcanzar el perdón de ellos, sabiendo que vuestra misericordia es infinitamente mayor que mis pecados, y que la Pasión de vuestro Hijo pesa infinitamente más en la balanza de vuestra justicia, que todos mis crímenes.

Me entrego totalmente y sin reserva alguna a vuestra santísima voluntad, deseando y pidiendo que se cumpla de la manera más perfecta en mí, por mí y en todo cuanto me atañe.

No deseo vivir una sola hora más de las que Vos queráis; tampoco deseo abandonar esta vida con tal o cual muerte, con tal o cual enfermedad, sino sólo con la muerte que os dignareis enviarme; y aunque estuviera en mi mano el vivir mil años rodeado de toda

clase de delicias, aun así preferiría morir en este instante, si tal fuere vuestro beneplácito, antes que seguir viviendo prescindiendo de él.

Os amo, Dios mío y amor mío, y deseo amaros eternamente porque sois infinitamente digno de todo amor, por vuestras infinitas perfecciones y por vuestras supremas magnificencias. ¡Quién me diera poderos amar mil y mil veces más aún! Si tuviera en mi mano los corazones de todos los Ángeles con todos sus afectos, los emplearía totalmente en amaros, cifrando en esto solo mi dicha y contento: mas ya que no me es posible amaros como Vos merecéis, os suplico que supláis lo que a mí me falta.

En fin, protesto que deseo morir como verdadero(a) católico(a), fortalecido(a) con los sacramentos de la Confesión, Santo Viático y Extremaunción: deseo también y anhelo participar de las Misas, plegarias y demás sufragios que os ofrezcan hasta el día del Juicio: y aun si estuviera en mi mano, haría que todos los Sacerdotes celebraran el Santo sacrificio de la Misa por el descanso de mi alma. Mas como no me es posible realizar esto, os pido, Salvador mío, Jesucristo, que os dignéis ofreceros por mí en holocausto y sacrificio perpetuo, a fin de expiar mis innumerables pecados. Os pido además que os dignéis aplicar a mi alma, en sus postreras angustias, uno solo de aquellos suspiros que exhaló vuestro Corazón durante vuestra acerba agonía, una sola gota de vuestra preciosísima sangre, a fin de asegurar mi salvación. Así sea.

Sello del Testamento

Ahora, pues, ¡oh Trinidad beatísima! en presencia vuestra y de toda la corte celestial, declaro y protesto que todo cuanto se halla consignado en este Testamento, es mi última y sincera resolución, mi última e inquebrantable voluntad, conforme a la cual quiero vivir y morir: deseo que este Testamento jamás sea anulado o casado, sino que antes, durante y después de mi muerte, conserve todo su valor y fuerza obligatoria. Y si alguna vez se me ocurriera revocarlo, protesto desde ahora que tal revocación debe ser considerada como nula e inválida.

Os suplico instantemente, dulcísimo Jesús, que tengáis a bien registrar en vuestro Corazón ésta mi última voluntad, tal cual la acabo de consignar: confirmadla poniendo al pie de ella la firma de vuestro santísimo Nombre, y sellándola con las cinco llagas de vuestro sacratísimo cuerpo.

Así mismo, os suplico a Vos, Virgen Santísima; a vos bienaventurado Juan Evangelista, en calidad de Canciller mayor del reino eterno; y a vos, bienaventurado (Nombre del Santo) mi amadísimo Patrono, en calidad de asesor de la cámara imperial del cielo, que os dignéis actuar, como testigos de esta mi última voluntad, rubricarla con vuestro nombre y depositarla en los archivos de la santísima Trinidad, a fin de que en todo tiempo y en cualquier evento pueda serle presentada. Por lo que a mi me toca, conservaré una copia de ella en este libro rubricada por mi mano, a fin de que Dios y los hombres sepan a quien pertenezco, en cuerpo y alma, y cómo deseo vivir y morir.

En fe de lo cual, yo, indigno siervo de Dios, la suscribo de mi propia mano.

(Aquí se pone nombre y apellido)

10. NADIE PUEDE RENUNCIAR A ESTE AVENTURA FORMIDABLE

Aunque los peligros que nos acechan son muchos, no olvidemos nunca que con la gracia de Dios pueden superarse todos. Nos lo asegura el Espíritu Santo por boca de San Pablo al decirnos que Dios no permitirá jamás que *"seamos tentados por encima de nuestras fuerzas"* (I Cor.10,13); y que si por nosotros mismos somos la misma debilidad y miseria, *lo podremos todo en Aquél que nos ayuda y conforta* (Filip.4,13). No podemos abrigar la menor duda sobre esto.

El negocio de la salvación es arriesgado, ciertamente; pero este riesgo y peligro a nadie debe arrojar en brazos de la desesperación,

estando como está de nuestra parte el mismo Dios (Rom.8,31), si bien nos ha de poner vigilantes y alerta para no dejarnos sorprender por la maldad y astucia de nuestros mortales enemigos.

La lucha no se prolongará más allá de esta pobre vida, transitoria y fugaz como *"una noche en una mala posada"* en frase feliz de Santa Teresa.

Negocio trascendental.-

Esta es la característica más importante que resume y compendia todas las demás. No hay ni puede haber negocio alguno que pueda compararse con el de la salvación eterna.

Como decíamos más arriba, **la vida del hombre sobre la tierra no tiene otra razón de ser ni otra finalidad que la de prepararse para la vida eterna**. No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. 13,14).

Todos somos huéspedes y peregrinos acá en la tierra y vamos caminando hacia la verdadera patria. En fin de cuentas, importa muy poco ser feliz o desgraciado en este mundo, estar sano o enfermo, vivir largos años o acabar en edad temprana.

Todo lo de acá es fugaz y pasajero, todo ha de pasar como una exhalación. Precisamente la vida del hombre sobre la tierra ha sido comparada a "un relámpago entre dos eternidades": la eternidad de la nada de donde venimos, y la eternidad feliz o desgraciada a donde nos encaminamos.

Nadie puede renunciar a esta aventura formidable, pues "estamos ya embarcados" como dice gráficamente Pascal. La renuncia equivale al suicidio y al naufragio eterno.

Con razón decía Nuestro Señor Jesucristo que **una sola cosa es necesaria** (Lc.10,42), **que es la salvación eterna de nuestra alma**. Porque, ¿con qué otra cosa podríamos compensar en este mundo o en el otro la tremenda desventura de perderla? ¿Qué le aprovecha al hombre hacerse el amo del mundo si después de esta brevísima vida pierde su alma para toda la eternidad? (Mt.16,26).

Reverendo P. Antonio Royo Marín O.P. Teología de la Salvación, pág. 22. Edit.B.A.C.

DOCTRINA BÁSICA DEL CRISTIANO

La importancia de hacer, y hacer bien, la señal de la santa cruz

Padre. ¿Qué señal tiene el cristiano para distinguirse de los que no lo son?

Hijo. La santa cruz, porque en ella nos redimió Cristo, Nuestro Señor.

P. ¿De cuántas maneras usamos la señal de la cruz?

H. De dos, que son: signarse y santiguarse.

P. ¿Qué cosa es signarse?

H. Formar tres veces la cruz con el pulgar de la mano derecha; la primera en la frente, la segunda en la boca, y la tercera en los pechos, diciendo: por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor Dios nuestro.

P. ¿Qué cosa es santiguarse?

H. Formar una cruz con la mano derecha extendida desde la frente a la cintura, y desde el hombro izquierdo al derecho, diciendo: en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

P. Cuando nos signamos, ¿por qué formamos la cruz en la frente?

H. Para que nos libre Dios de malos pensamientos.

P. ¿Por qué formamos la cruz en la boca?

H. Para que nos libre Dios de malas palabras.

P. ¿Por qué formamos la cruz en los pechos?

H. Para que nos libre Dios de las malas obras.

P. ¿Por qué nos signamos y santiguamos con la mano derecha?
H. Porque la derecha es la principal, y en el servicio de Dios hemos de emplear lo mejor.

P. ¿Por qué cuando formamos las cruces empezamos por la parte izquierda?
H. Para significar, que por medio de la cruz hemos pasado del estado de la culpa al estado de la gracia.

P. ¿Será conveniente usar algunas veces de la señal de la cruz?
H. Sí padre: para honrar a Jesucristo, para defendernos de nuestros enemigos y para tener acierto en nuestras obras.

P. En qué otras ocasiones será conveniente que nos santigüemos o signemos?
H. Al levantarnos de la cama, al acostarnos, al salir de casa, al entrar y salir de la iglesia, cuando nos moleste alguna tentación, antes de comer, y al dar principio a alguna labor u ocupación.

Catecismo de la Doctrina Cristiana, explicado y adaptado a la capacidad de los niños, y adornado con muchas láminas, por el Reverendo D. Antonio Claret (**San Antonio María Claret, Obispo**).

Una buena costumbre que debiéramos recuperar es la de santiguarnos al pasar por delante de un templo católico en respeto, adoración y agradecimiento a Jesús Sacramentado que por Amor humildísimo para con nosotros está en el Sagrario. Cristo al morir se encerró en el sepulcro, y al resucitar en el Sagrario.

UN CRISTIANO QUE DESEE SALVAR SU ALMA *debe hacer la señal de la cruz por la mañana, al despertarse, consagrar su corazón a Dios, ofrecerle todas sus obras y prepararse para la*

oración. No ha de empezar jamás el trabajo sino después de haber orado. No perdamos nunca de vista que la mañana es el momento en que Dios nos tiene preparadas todas las gracias necesarias para pasar santamente el día; pues Él sabe y conoce todas las ocasiones de pecar que se nos presentarán y todas las tentaciones a las que el demonio nos someterá durante el día; y si oramos de rodillas y como debemos, el Señor nos otorgará todas las gracias que necesitemos para no sucumbir. Por este motivo, el demonio hace cuanto puede para que abandonemos la oración o la hagamos mal, plenamente convencido, como lo confesó un día por la boca de un poseso, de que si puede obtener para sí el primer momento de la jornada, con toda seguridad obtendrá los momentos restantes.

Homilía de San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, sobre la Oración.

Padrenuestro

Padre nuestro,
que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
así en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos
a nuestros deudores;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del maligno. Amén.

Pater Noster, qui es in caelis,
sanctificétur nomen Tuum,
adveniat Regnum Tuum,
fiat volúntas tua, sicut in caelo et in terra.

Panem nostrum cotidiánum da nobis hódie,
et dimitte nobis débita nostra,
sicut et nos dimittímus debitóribus nostris;
et ne nos indúcas in tentationem,
sed libera nos a malo. Amen.

Avemaría
Dios te salve María
llena eres de gracia
el Señor es contigo;
bendita tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la ahora
de nuestra muerte. Amén

Ave Maria, gratia plena,
Dominus tecum.
Benedicta tu in mulieribus,
et benedictus fructus ventris tui, Iesus.
Sancta Maria, Mater Dei,
ora pro nobis peccatoribus,
nunc, et in hora mortis nostrae. Amen.

Gloria

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Gloria Patri, *et Filio*, et Spiritui Sancto, sicut erat in principio et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amén.

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.
Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne y la vida eterna.
Amén.

Credo de Nicea - Constantinopla (Credo Largo)

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.
Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho; que por nosotros lo hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.
Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados.

Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.
Amén.

***DEBO ADVERTIR QUE EL CREDO**, como dice el gran padre San Agustín, es la regla y la norma de nuestra santa fe católica, enseñándonos aquellos divinos misterios y verdades infalibles que hemos de saber y creer. Y no basta saberlos en confuso, sino que es necesario entenderlos, según la comprensión de cada uno; porque cuanto más se entienden, tanto se enciende la voluntad para poder alcanzar y disfrutar de aquellos goces celestiales; a diferencia del que solo los sabe confusamente, que como no repara en la gloria que nos proponen y ofrecen, no los aprecia como debe un buen cristiano. Por esta razón, el papa Gregorio XI condenó a los que erradamente afirmaban que para salvarse basta la fe del carbonero; eso es, saber y creer confusamente y en general lo que manda la santa madre Iglesia, sin procurar entender explícitamente todas y cada una de las verdades que nos enseña el Credo.*

Catecismo de la Doctrina Cristiana, explicado y adaptado a la capacidad de los niños, y adornado con muchas láminas, por el Reverendo D. Antonio Claret (San Antonio María Claret, Obispo).

Los Diez Mandamientos de la Ley de Dios:

1º Amarás a Dios sobre todas las cosas.
2º No tomarás el Nombre de Dios en vano.
3º Santificarás las fiestas.
4º Honrarás a tu padre y a tu madre.
5º No matarás.
6º No cometerás actos impuros.
7º No robarás.
8º No dirás falso testimonio ni mentirás.
9º No consentirás pensamientos ni deseos impuros.
10º No codiciarás los bienes ajenos.

En el Antiguo Testamento Dios entregó los Diez Mandamientos a Moisés en el Sinaí para ayudar a su pueblo escogido a cumplir la ley divina. Jesucristo, en la ley evangélica, confirmó los Diez Mandamientos y los perfeccionó con Su Palabra y con Su ejemplo. Y

nos dio **un mandamiento nuevo** en Jn 13,34-35: *Un mandamiento nuevo os doy: **Que os améis unos a otros; como yo os he amado**, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*

Los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia:

1º Oír Misa entera todos los domingos y fiestas de precepto.

2º Confesar los pecados mortales al menos una vez al año, en peligro de muerte y si se ha de comulgar.

3º Comulgar al menos por Pascua de Resurrección.

4º Ayunar y no comer carne cuando lo mande la Santa Madre Iglesia.

5º Ayudar a la Iglesia en sus necesidades.

Las obras de misericordia: siete corporales y siete espirituales.

Obras de misericordia corporales:

1) Visitar a los enfermos
2) Dar de comer al hambriento
3) Dar de beber al sediento
4) Dar posada al peregrino
5) Vestir al desnudo
6) Visitar a los presos
7) Enterrar a los difuntos

Obras de misericordia espirituales:

1) Enseñar al que no sabe
2) Dar buen consejo al que lo necesita
3) Corregir al que se equivoca
4) Perdonar al que nos ofende
5) Consolar al triste
6) Sufrir con paciencia los defectos del prójimo
7) Rezar a Dios por los vivos y por los difuntos.

Las bienaventuranzas (Mt 5,3-12)

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que “las bienaventuranzas” están en el centro de la predicación de Jesús.

Con ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos.

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.
—Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.
—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.
—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
—Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
—Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.
—Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos.

Los siete pecados capitales y sus virtudes contrarias:

Contra soberbia, ***humildad***.
Contra avaricia, ***generosidad***.
Contra lujuria, ***castidad***.
Contra ira, ***paciencia***.
Contra gula, ***templanza***.
Contra envidia, ***caridad***.
Contra pereza, ***diligencia***.

Los siete dones del Espíritu Santo

Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David. Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

Don de sabiduría

Nos hace comprender la maravilla insondable de Dios y nos impulsa a buscarle sobre todas las cosas, en medio de nuestro trabajo y de nuestras obligaciones.

Don de inteligencia

Nos descubre con mayor claridad las riquezas de la fe.

Don de consejo

Nos señala los caminos de la santidad, el querer de Dios en nuestra vida diaria, nos anima a seguir la solución que más concuerda con la gloria de Dios y el bien propio y de los demás, tratando de conformarnos con la divina voluntad.

Don de fortaleza

Nos alienta continuamente y nos ayuda a superar las dificultades que sin duda encontramos en nuestro caminar hacia Dios.

Don de ciencia

Nos lleva a juzgar con rectitud las cosas creadas y a mantener nuestro corazón en Dios y en lo creado en la medida en que nos lleve a Él.

Don de piedad

Nos mueve a tratar a Dios con la confianza con la que un hijo trata a su Padre.

Don de santo temor de Dios

Nos induce a huir de las ocasiones de pecar, a no ceder a la tentación, a evitar todo mal que pueda contristar al Espíritu Santo, a temer radicalmente separarnos de Aquel a quien amamos y constituye nuestra razón de ser y de vivir.

Los doce frutos del Espíritu Santo:

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que «los **frutos del Espíritu** son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna». **Son frutos que van creciendo en la tierra fértil de un corazón que ama a Dios:** son la prueba contundente de esta Presencia perenne que nos permite empezar a percibir la felicidad plena que trae el ser hijo de Dios.

1. Amor de caridad
2. Alegría o gozo profundo
3. Paz de Cristo
4. Paciencia
5. Longanimidad o santa perseverancia
6. Benignidad
7. Bondad
8. Mansedumbre
9. Fidelidad
10. Modestia
11. Templanza
12. Castidad

Las diez principales virtudes de la Santísima Virgen según San Luis María Grignion de Monfort:

1. Fe viva.
2. Humildad profunda
3. Obediencia pronta
4. Oración constante
5. Mortificación universal
6. Pureza divina
7. Sabiduría divina
8. Dulzura angelical
9. Paciencia heroica
10. Caridad ardiente

Las tres virtudes teologales:

1. Fe
2. Esperanza
3. Caridad

Muy recomendable profundizar en el Catecismo de San Juan Pablo II sobre dichas virtudes: numerales 1803 a 1845.

Las cuatro virtudes cardinales:

1. Prudencia
2. Fortaleza
3. Templanza
4. Justicia

Virtudes cardinales enseñadas por el gran Doctor San Agustín: http://www.corazones.org/santos/agustin2.htm

El Santo Rosario:

Oración muy recomendada y pedida insistentemente por la Santísima Virgen en muchas de las apariciones aprobadas por la Iglesia, y en otras que están en estudio, de gran tradición y consideración en la vida de la Iglesia.

El ***"Salterio de la Virgen María",*** se fue consolidando en la edad media como la "herramienta" para las personas sencillas que no sabían leer o que no tenían libros. Arranca su tradición para compensar el rezo del Salterio, es decir, los 150 Salmos de la Biblia que los religiosos tenían que rezar cada semana y la gente no podía acceder a ellos. Vital para los tiempos en que vivimos actualmente, donde María está llamada a ser protagonista principal en la lucha contra el Maligno.

Pero, ¿cómo nace el rezo del santo rosario?

Santo Domingo de Guzmán fue un Sacerdote español nacido en Caleruega (Burgos), en el año 1170, quien se fue al sur de Francia para convertir a los que se habían apartado de la Iglesia por la herejía del momento: albigenses, cátaros, valdenses y otros procedentes del maniqueísmo oriental; ellos enseñaban la existencia de dos dioses: uno del bien y otro del mal. El bueno creó todo lo espiritual; el malo, todo lo material. Como consecuencia, para los albigenses, todo lo

material era malo. También negaban los Sacramentos y la verdad de que María es la Madre de Dios. Se rehusaban a reconocer al Papa y establecieron sus propias normas y creencias. Santo Domingo se empeñó en el combate de dicha secta, pero sin embargo no conseguía sobrepujar el ímpetu de los herejes, que continuaban pervirtiendo a los fieles católicos. Y los que no lo aceptaban eran masacrados.

Convencido de que los herejes cátaros debían ser convertidos al Catolicismo, comenzó a formar el movimiento de Predicadores. De acuerdo con el Papa Inocencio III, al terminar las embajadas, se estableció en el Languedoc, Francia, como predicador entre los cátaros, y en 1206 establece una primera casa femenina en Prouille. El convento se encontraba junto a una Capilla dedicada a La Virgen. Según la antigua tradición fue en el año de 1208, en esa Capilla donde Domingo, desolado, le suplicó a la Virgen Santísima que le señalase un arma espiritual eficaz, capaz de derrotar a aquellos terribles adversarios de la Santa Iglesia.

Se le apareció la soberana Reina, y le dijo que para convertir a aquellos obstinados predicase la devoción de Su Rosario. Santo Domingo contaba que vio a la Virgen sosteniendo en Su Mano un Rosario, que le enseñó a recitarlo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias.

El Santo se levantó muy consolado y abrasado de celo por el bien de estos pueblos, entró en la Catedral y en ese momento sonaron las campanas para reunir a los habitantes.

Obedeció y en vez de controversias comenzó a predicar el uso de esta santa devoción; enseñó al pueblo el espíritu y el modo con que la había de rezar; explicó los Misterios, y muy luego se conoció la eficacia de tan poderoso socorro.

En poco tiempo tuvo santo Domingo el consuelo de ver convertidos más de cien mil pecadores o herejes. En todas partes reconquistaba almas: Los católicos tibios se enfervorizaban, los fervorosos se santificaban; las Órdenes Religiosas florecían; convertía a los herejes que, abjurando de sus errores, regresaban a

la Iglesia por millares; los pecadores se arrepentían y hacían penitencia; expulsaba a los demonios de los posesos; obraba milagros y curaciones.

No hay un solo problema que no pueda ser enfrentado con éxito si nos apoyamos en esta arma letal que Dios nos da: el santo rosario.

Es la manera que nos ofrece el Espíritu Santo para que meditemos los misterios del Evangelio de Jesucristo, de la mano de la Santísima Virgen María, y alcancemos gracias sin fin.

Con el Santo Rosario, nos salvaremos; vamos a santificarnos; vamos a consolar a nuestro Señor, y obtener la salvación de muchas almas" (Conversación entre Sor Lucía de Fátima y el P. Fuentes, 26 de diciembre 1957).

La Virgen María fue incluso llamada "un jardín de rosas**."**

En latín medieval, un jardín de rosas es rosarium.

Se estimó que en cada saludo, la Virgen María misma experimentaba el eco de la alegría de la Anunciación**.**

No era sólo una cuestión de animarse uno mismo con el pensamiento de la Virgen**;** el objetivo era también alegrar el corazón de María.

Además, tengamos claro que Satanás odia que recemos el santo Rosario, odia ser vencido por la Humildad de María, nuestra gran abogada e intercesora, medianera de todas las gracias, que nos lleva a Jesucristo siempre. El Papa Adriano VI decía "*el rosario es un látigo para atizar al demonio*".

Pero, ¿sabes rezarlo? Aprenderás rápido, y será tu mejor arma espiritual para que María te lleve por el camino de la Santidad en la configuración con Jesucristo y su Evangelio.

Se empieza con un ACTO DE CONTRICIÓN:

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Creador Padre, Redentor mío. Por ser Vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido. También me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de Vuestra divina gracia, propongo firmemente la enmienda de mi vida, nunca más pecar, confesarme y

cumplir la penitencia que me fuere impuesta (aquí se puede acabar y decir amén, o seguir con la segunda parte, que habitualmente hoy en día no se suele hacer).

Ofrezco Señor mi vida, obras y trabajos en satisfacción de todos mis pecados, y así como os lo suplico, así confío en vuestra bondad y misericordia infinita me los perdonaréis por los merecimientos de vuestra preciosísima sangre, pasión, muerte y resurrección, y me daréis gracias para enmendarme y perseverar en vuestro santo servicio hasta mi muerte. Amén.

En cada misterio, se reza lo siguiente: Un Padrenuestro, Diez Avemarías, y un Gloria (Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén). Por tanto al terminar los 5 misterios que componen el rosario del día, habrás rezado 5 Padrenuestros, 50 Avemarías, y 5 glorias.

Misterios Gozosos: lunes y sábados.

1º. La Encarnación del Hijo de Dios

2º. La Visitación de María Santísima a su santa prima Isabel.

3º. El nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en Belén.

4º. La presentación del Hijo de Dios en el templo y la purificación de María Santísima.

5º. El Niño Jesús perdido y hallado en el templo.

Misterios Dolorosos: martes y viernes.

1º. La oración de Jesús en Getsemaní.

2º. Los azotes a nuestro Señor Jesucristo atado a la columna.

3º. La coronación de espinas.

4º. Nuestro Señor con la cruz a cuestas camino del Calvario.

5º. La crucifixión y muerte del Redentor.

Misterios Gloriosos: miércoles y domingo.

1º. La gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

2º. La ascensión del Señor a los Cielos.

3º. El envío del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

4º. La asunción de la Santísima Virgen María al Cielo en cuerpo y alma.

5º. La coronación de María con Reina y Señora de todo lo creado.

Misterios Luminosos: jueves.

Estos misterios fueron creación de San Juan Pablo II y se unieron a las 150 Avemarías de los anteriores, y nos ayudan a meditar otros misterios importantes del evangelio.

1º. El Bautismo de nuestro Señor en el río Jordan.
2º. La auto revelación del Señor en las bodas de Caná.
3º. El anuncio del Reino de Dios y la llamada a la conversión.
4º. La transfiguración del Señor en el monte Tabor.
5º. La institución de la Santa Eucaristía en la última cena.

Finalizado el rezo del santo rosario en el misterio que sea (aparte del rosario del día podemos hacer el resto de misterios si podemos y completar un rosario más completo de 100, 150 ó 200 Avemarías. San Luis María Grignion de Monfort recomendaba que rezáramos un rosario completo como una gran ayuda para alcanzar la Santidad) rezamos un padrenuestro, un avemaría y un gloria por el Papa y la Iglesia; un padrenuestro, y un avemaría por las benditas ánimas del purgatorio, y terminamos pidiendo que por la misericordia de Dios descansen en paz. Amén.

El santo rosario puede tener diferentes añadidos y cada cual puede darle lo que encaje más con su propia personalidad o gusto. Por ejemplo, hay una oración que se recomienda mucho rezar entre cada diez avemarías y es la que enseñó a los pastorcitos de Fátima la mismísima Virgen María durante la tercera aparición:

“¡Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados. Líbranos del fuego del infierno, y lleva a todas las almas al Cielo, especialmente a las más necesitadas de tu divina misericordia. Amén”.

Muy recomendable la lectura del librito de San Luis María Grignion de Monfort El Secreto admirable del santo rosario, donde el santo nos cuenta las excelencias y la necesidad del rezo del santo rosario para que podamos alcanzar las gracias necesarias para nuestra Salvación eterna.

Los siete Sacramentos

La Redención del género humano no la realizó Dios de manera invisible, sino mediante gestos y signos bien visibles que nos ayudaran a creer. Empezó por la elección del pueblo escogido, donde Dios se iba a manifestar y a preparar la llegada del Mesías.

A través de los patriarcas y profetas, Dios renovó la promesa de Salvación. La encarnación del Verbo será el culmen de la revelación del Amor de Dios, y la fundación por parte de Cristo de Su Iglesia. La manera de perpetuar mediante signos Su Presencia Salvadora.

El Sacramento "Signum sacrosanctum efficax gratiae"- es un signo sacrosanto que produce la gracia- es pues una definición breve y sucinta de los sacramentos de la Nueva Ley. Sacramento, en su acepción más amplia, puede ser definido como un signo externo de algo sagrado.

Toda la vida litúrgica de la Iglesia gira en torno al Sacrificio Eucarístico y los sacramentos. Hay en la Iglesia siete sacramentos: Bautismo, Confirmación o Crismación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio.

"Los sacramentos de la nueva Ley [...] fueron todos instituidos por nuestro Señor Jesucristo" (DS 1600-1601). Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque "lo [...] que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios" (San León Magno, *Sermo* 74, 2).

Los sacramentos, como "fuerzas que brotan" del Cuerpo de Cristo (cf *Lc* 5,17; 6,19; 8,46) siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, son "las obras maestras de Dios" en la nueva y eterna Alianza.

Gracias al Bautismo y la Confirmación, el pueblo sacerdotal se hace apto para celebrar la liturgia; por otra parte, algunos fieles "que han recibido el sacramento del Orden están instituidos en nombre de Cristo para ser los pastores de la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios". El ministerio ordenado o sacerdocio *ministerial* (LG 10) está al servicio del sacerdocio bautismal. Garantiza que, en los sacramentos, sea Cristo quien actúa por el Espíritu Santo en favor de la Iglesia. La misión de salvación confiada por el Padre a su Hijo encarnado es

confiada a los Apóstoles y por ellos a sus sucesores: reciben el Espíritu de Jesús para actuar en su nombre y en su persona.

Los tres sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden sacerdotal confieren, además de la gracia, un *carácter* sacramental o "sello" por el cual el cristiano participa del sacerdocio de Cristo y forma parte de la Iglesia según estados y funciones diversos. Esta configuración con Cristo y con la Iglesia, realizada por el Espíritu, es indeleble (Concilio de Trento: DS 1609); permanece para siempre en el cristiano como disposición positiva para la gracia, como promesa y garantía de la protección divina y como vocación al culto divino y al servicio de la Iglesia. Por tanto, estos sacramentos no pueden ser reiterados.

"Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios, pero, como signos, también tienen un fin instructivo. No sólo suponen la fe, también la fortalecen, la alimentan y la expresan con palabras y acciones; por eso se llaman sacramentos *de la fe"* (SC 59).

La fe de la Iglesia es anterior a la fe del fiel, el cual es invitado a adherirse a ella. Cuando la Iglesia celebra los sacramentos confiesa la fe recibida de los apóstoles, de ahí el antiguo adagio: *Lex orandi, lex credendi (* La ley de la oración es la ley de la fe. La Iglesia cree como ora). Por eso ningún rito sacramental puede ser modificado o manipulado a voluntad del ministro o de la comunidad. Incluso la suprema autoridad de la Iglesia no puede cambiar la liturgia a su arbitrio, sino solamente en virtud del servicio de la fe y en el respeto religioso al misterio de la liturgia.

Celebrados dignamente en la fe, los sacramentos confieren la gracia que significan (cf Concilio de Trento: DS 1605 y 1606). Son *eficaces* porque en ellos actúa Cristo mismo; Él es quien bautiza, Él quien actúa en sus sacramentos con el fin de comunicar la gracia que el sacramento significa. El Padre escucha siempre la oración de la Iglesia de su Hijo que, en la epíclesis de cada sacramento, expresa su fe en el poder del Espíritu. Como el fuego transforma en sí todo lo

que toca, así el Espíritu Santo transforma en vida divina lo que se somete a su poder.

Bautismo

El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu ("*vitae spiritualis ianua*") y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión (cf Concilio de Florencia: DS 1314; CIC, can 204,1; 849; CCEO 675,1): *Baptismus est sacramentum regenerationis per aquam in verbo"* ("El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra": *Catecismo Romano* 2,2,5).

Este sacramento es llamado también *"baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo"* (*Tt* 3,5), porque significa y realiza ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual "nadie puede entrar en el Reino de Dios" (*Jn* 3,5).

Confirmación

Con el Bautismo y la Eucaristía, el sacramento de la Confirmación constituye el conjunto de los "sacramentos de la iniciación cristiana", cuya unidad debe ser salvaguardada. Es preciso, pues, explicar a los fieles que la recepción de este sacramento es necesaria para la plenitud de la gracia bautismal (cf *Ritual de la Confirmación*, Prenotandos 1). En efecto, a los bautizados "el sacramento de la Confirmación los une más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo. De esta forma quedan obligados aún más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras" (LG 11; cf *Ritual de la Confirmación*, Prenotandos 2).

En repetidas ocasiones Cristo prometió esta efusión del Espíritu (cf *Lc* 12,12; *Jn* 3,5-8; 7,37-39; 16,7-15; *Hch* 1,8), promesa que realizó primero el día de Pascua (*Jn* 20,22) y luego, de manera más manifiesta el día de Pentecostés (cf *Hch* 2,1-4). Llenos del Espíritu Santo, los Apóstoles comienzan a proclamar "las maravillas de Dios" (*Hch* 2,11) y Pedro declara que esta efusión del Espíritu es el signo de los tiempos mesiánicos (cf *Hch* 2, 17-18). Los que creyeron en la

predicación apostólica y se hicieron bautizar, recibieron a su vez el don del Espíritu Santo (cf *Hch* 2,38).

Eucaristía

La Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor.

"Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura" (SC 47).

El Santo Sacrificio de la Misa es la renovación incruenta del mismo Sacrificio del Calvario, y es el Hijo, Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, quien se ofrece al Padre en el Espíritu Santo, a través de Su Cuerpo místico, la Iglesia, para cuatro fines:

1. Para honrarle como conviene, y por esto se llama latréutico o de adoración.
2. Para agradecerle sus beneficios, y por esto se llama eucarístico o de acción de gracias.
3. Para aplacarle, como propiciación por nuestros pecados y para ofrecerle sufragios por las almas del purgatorio, por lo cual se llama propiciatorio.
4. Para alcanzar todas las gracias que son necesarias, y por esto se llama impetratorio o de petición.

Los últimos tiempos que nos han tocado vivir son días de mucha confusión y gran apostasía que sacuden los cimientos de la Iglesia. La transustanciación (que el pan y el vino en la santa misa se transformen en el Cuerpo y la Sangre, alma y divinidad de Cristo por medio de la fórmula consagratoria) corre serio peligro, pues se ha visto atacada y puesta en entredicho. Todos sabemos que antes o después, algún día, la abominación de la desolación alcanzará su punto culminante cuando se pretenda echar a Jesús Eucaristía de Su

Presencia Sacramental en el Santo Sacrificio del altar, para hacer que quede en un mero banquete con tintes de falso ecumenismo. ¿Llegaremos a ser testigos directos de esa profanación diabólica?

Consagrados al Inmaculado Corazón de María, pedimos la gracia de mantenernos firmes en la verdadera fe de la Iglesia, con las lámparas encendidas, incluso cuando pretendan o logren conseguir "acabar con el santo sacrificio" y apagar las luces del Sagrario que anuncian la Presencia de Jesús Sacramentado, o bien queden encendidas falsamente. Porque además sabemos que allá donde quede un sacerdote fiel, podremos seguir teniendo la Presencia Sacramental de Cristo. Aunque sea en las catacumbas.

En 1938, mientras la mística polaca **Santa Faustina Kowalska** hacía unos ejercicios espirituales recibió del Señor este aviso: *"ahora vas a meditar sobre mi Amor en el Santísimo Sacramento. Aquí estoy entero para ti, con mi cuerpo, alma, sangre y divinidad como tu Esposo. Tú sabes lo que exige el amor, una sola cosa: la reciprocidad".*

Un día tras recibir al Señor en la Eucaristía, Jesús le hará una confidencia: *"Deseo unirme a las almas humanas. Es mi gran deleite. Has de saber hija mía que cuando llego a un corazón humano en la Santa Comunión, tengo las manos llenas de toda clase de gracias y deseo dárselas al alma, pero las almas ni siquiera me prestan atención, me dejan solo y se ocupan de otras cosas".*

Y en sus meditaciones sobre la Santa Eucaristía, la santa apuntará: "Si los ángeles pudieran envidiar, nos envidiarían dos cosas: la santa comunión y el sufrimiento".

Por tanto, ¿qué decían los santos sobre la santa Misa?

San Juan María Vianney (patrono de los sacerdotes): *"Sí supiéramos el valor del Santo Sacrificio de la Misa, nos moriríamos de alegría; qué esfuerzo tan grande haríamos por asistir a ella. Qué feliz es ese Ángel de la Guarda que acompaña al alma cuando va a Misa".*

San Anselmo: *“Una sola misa ofrecida y oída en vida con devoción, por el bien propio, puede valer más que mil misas celebradas por la misma intención, después de la muerte.”*

Santo Tomás de Aquino: *"La celebración de la Santa Misa tiene tanto valor como la muerte de Jesús en la Cruz".*

San Francisco de Asís: *"El hombre debería temblar, el mundo debería vibrar, el Cielo entero debería conmoverse profundamente cuando el Hijo de Dios aparece sobre el altar en las manos del sacerdote".*

Santa Teresa de Jesús: *"Sin la Santa Misa, ¿qué sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios. Sin ella, ciertamente que la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido sin remedio".*

En cierta ocasión, Santa Teresa se sentía inundada de la bondad de Dios. Entonces le hizo esta pregunta a Nuestro Señor:

—“Señor mío, “¿cómo Os podré agradecer?”

Nuestro Señor le contestó: *“ASISTID A UNA MISA”.*

San Alfonso de Ligorio: *"El mismo Dios no puede hacer una acción más sagrada y más grande que la celebración de una Santa Misa".*

Padre Pío de Pieltrecina: *"Sería más fácil que el mundo sobreviviera sin el sol, que sin la Santa misa. La Misa es infinita como Jesús... pregúntenle a un ángel lo que es la misa, y él les contestará: en verdad yo entiendo lo que es y por qué se ofrece, mas sin embargo, no puedo entender cuánto valor tiene. Un ángel, mil ángeles, todo el Cielo saben esto y piensan así".*

San Lorenzo Justino: *"Nunca lengua humana puede enumerar los favores que se correlacionan al Sacrificio de la Misa. El pecador se reconcilia con Dios; el hombre justo se hace aún más recto; los pecados son borrados; los vicios eliminados; la virtud y el mérito crecen, y las estratagemas del demonio son frustradas”.*

San Leonardo de Port Maurice: *"Oh gente engañada, ¿qué están haciendo? ¿Por qué no se apresuran a las Iglesias a oír tantas Misas como puedan? ¿Por qué no imitan a los ángeles, quienes cuando se celebra una Misa, bajan en escuadrones desde el Paraíso y se estacionan alrededor de nuestros altares en adoración, para interceder por nosotros? Yo creo que si no existiera la Misa, el mundo ya se hubiera hundido en el abismo, por el peso de su iniquidad. La Misa es el soporte poderoso que lo sostiene. Una misa antes de la muerte puede ser más provechosa que muchas después de ella".*

San Felipe Neri: *"Con oraciones pedimos gracia a Dios; en la Santa Misa comprometemos a Dios a que nos las conceda".*

San Pedro Julián Eymard: "Sepan, oh Cristianos, que la Misa es el acto de religión más sagrado. No pueden hacer otra cosa para glorificar más a Dios, ni para mayor provecho de su alma, que asistir a Misa devotamente, y tan a menudo como sea posible".

San Bernardo: *"Uno obtiene más mérito asistiendo a una Santa Misa con devoción, que repartiendo todo lo suyo a los pobres y viajando por todo el mundo en peregrinación".*

San Francisco Javier Bianchi: *"Cuando oigan que yo no puedo ya celebrar la Misa, cuéntenme como muerto".*

San Buenaventura: *"La Santa Misa es una obra de Dios en la que presenta a nuestra vista todo el amor que nos tiene; en cierto modo es la síntesis, la suma de todos los beneficios con que nos ha favorecido. Hay en la Santa Misa tantos misterios como gotas de agua en el mar, como átomos de polvo en el aire y como ángeles en el cielo; no sé si jamás ha salido de la mano del Altísimo misterio más profundo."*

San Agustín: *"Cristo se sostuvo a sí mismo en Sus manos cuando dio Su Cuerpo a Sus discípulos diciendo: "este es Mi Cuerpo". Nadie participe de esta Carne sin ante adorarla"*

San Gregorio el Grande: *"El sacrificio del altar será a nuestro favor verdaderamente aceptable como nuestro sacrificio a Dios, cuando nos presentamos como víctimas".*

Santa Margarita María Alacoque: *"Cuando asistía a la Santa Misa, al volver la mirada hacia el altar, nunca dejaba de mirar al Crucifijo y las velas encendidas". ¿Por qué? La santa lo hacía para imprimir en su mente y su corazón, dos cosas: el Crucifijo le recordaba lo que Jesús había hecho por ella; las velas encendidas le recordaban lo que ella debía hacer por Jesús, es decir, sacrificarse y consumirse por Él y por las almas.*

San Andrés Avellino: *"No podemos separar la Sagrada Eucaristía de la Pasión de Jesús".*

Y acabemos con un **maestro de santos**, **San Juan de Ávila**:

¿Quién vio, quién oyó que Dios se diese en manjar a los hombres y que el Criador sea manjar de su criatura? ¿Quién oyó que Dios se ofreciese a ser deshonrado y atormentado hasta morir por amor de los hombres, ofendedores de Él? (Sermón 33, 20)

Manso va el Señor y callado como un cordero, y con entrañas encendidas de amor para darnos lo que nos cumple; y todo lo que allí se ve y se cree nos convida a que nos lleguemos a Él, a recibir de su mano el perdón y la gracia (Sermón 36, 213ss).

*Pues ¿qué gracias te daré, Señor? ¿Cómo te alabaré por tal dádiva como ésta? ¿Dónde merecí yo tal honra? ¿Dónde me vino tal dignidad que quieras tú, Dios mío hacerme participante de ti? ¿Cuál de tus beneficios se puede igualar a éste? Grandísimo es el beneficio de tu encarnación en el cual tuviste por bien de tomar mi humanidad en ti; mas aquí dame la humanidad junto con la divinidad, para que, recibiéndola e incorporándola conmigo, venga a hacerme una cosa contigo (*Meditación del beneficio que nos hizo el Señor*)*.

Sacramento de amor y unión, porque por amor es dado, amor representa y amor obra en nuestras entrañas... todo este negocio es amor (Sermón 51, 759).

¿Qué cosa es una hostia consagrada, sino una Virgen que trae encerrado en sí a Dios? (Sermón 4, 329)

Y así hay semejanza entre la santa encarnación y este sacro misterio; que allí se abaja Dios a ser hombre, y aquí Dios humanado

se baja a estar entre nosotros los hombres; allí en el vientre virginal, aquí debajo de la hostia; allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote (Sermón 55, 235/Carta 122)

¡Oh maravilloso trueque el que con nosotros, Señor, hiciste! Tomaste de nosotros nuestra flaca y mortal humanidad, dístenos en su lugar tu admirable y excelentísima dignidad. Verdaderamente todo el tesoro de tus gracias derramaste sobre nosotros, y abierto el corazón que tenías de padre, rompiste las venas de tu excelentísima caridad y dejástelas correr sobre nosotros (Meditación del beneficio que nos hizo el Señor*)*.

¿Con qué agradecimiento serviremos a Dios esta merced? ¡Cuán grande ha de ser nuestra santidad y pureza para tratar a Jesucristo, que quiere ser tratado de brazos y corazones limpios, y por eso se puso en los brazos de la Virgen, y José fue también virgen limpísimo, para dar a entender que quiere ser tratado de vírgenes (Sermón 4, 338/Carta 6, 88).

¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios y por quién vuestra humanidad se mortifica para que Dios en el ánima permanezca! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado y deseado, que mantienes el ánima y no el vientre; confortas el corazón del hombre y no le cargas el cuerpo; alegras el espíritu y no embotas el entendimiento; con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propia es degollada, para que tenga lugar la voluntad divina y pueda obrar en nosotros sin impedimento!

¡Oh maravillosa bondad que tales mercedes quiso hacer a tan viles gusanillos! ¡Oh maravilloso poder de Dios, que así puso, debajo de especie de pan, su divinidad y humanidad y partirse él en tantas partes, sin padecer él detrimento en sí!

*¡Oh maravilloso saber de Dios, que tan conveniente y tan saludable medio halló para nuestra salud! Convenía, sin duda, que por una comida habíamos perdido la vida, por otra la cobrásemos, y que así como el fruto de un árbol nos destruyó a todos, así el fruto de otro árbol precioso nos reparase a todos. Venid, pues, los amadores de Dios y asentaos a esta mesa (*Meditación del beneficio que nos hizo el Señor*)*.

Penitencia o reconciliación

"Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia, a la que ofendieron con sus pecados. Ella les mueve a conversión con su amor, su ejemplo y sus oraciones" (LG 11).

Se le denomina ***sacramento de conversión*** porque realiza sacramentalmente la llamada de Jesús a la conversión (cf *Mc* 1,15), la vuelta al Padre (cf *Lc* 15,18) del que el hombre se había alejado por el pecado.

Se denomina ***sacramento de la penitencia*** porque consagra un proceso personal y eclesial de conversión, de arrepentimiento y de reparación por parte del cristiano pecador.

Se le denomina ***sacramento de la confesión*** porque la declaración o manifestación, la confesión de los pecados ante el sacerdote, es un elemento esencial de este sacramento. En un sentido profundo este sacramento es también una "confesión", reconocimiento y alabanza de la santidad de Dios y de su misericordia para con el hombre pecador.

Se le denomina ***sacramento del perdón*** porque, por la absolución sacramental del sacerdote, Dios concede al penitente "el perdón [...] y la paz" (*Ritual de la Penitencia*, 46, 55).

Se le denomina ***sacramento de reconciliación*** porque otorga al pecador el amor de Dios que reconcilia: "Dejaos reconciliar con Dios" (*2 Co* 5,20). El que vive del amor misericordioso de Dios está pronto a responder a la llamada del Señor: "Ve primero a reconciliarte con tu hermano" (*Mt* 5,24).

La vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama *concupiscencia*, y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios (cf DS 1515).

Esta lucha es la de la *conversión* con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos.

Unción de los enfermos

"Con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve. Incluso los anima a unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo; y contribuir, así, al bien del Pueblo de Dios" (LG 11).

La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud. Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte.

La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él.

La compasión de Cristo hacia los enfermos y sus numerosas curaciones de dolientes de toda clase (cf *Mt* 4,24) son un signo maravilloso de que "Dios ha visitado a su pueblo" (*Lc*7,16) y de que el Reino de Dios está muy cerca.

Jesús no tiene solamente poder para curar, sino también de perdonar los pecados (cf *Mc* 2,5-12): vino a curar al hombre entero, alma y cuerpo; es el médico que los enfermos necesitan (*Mc* 2,17).

Su compasión hacia todos los que sufren llega hasta identificarse con ellos: "Estuve enfermo y me visitasteis" (*Mt* 25,36). Su amor de predilección para con los enfermos no ha cesado, a lo largo de los siglos, de suscitar la atención muy particular de los cristianos hacia todos los que sufren en su cuerpo y en su alma. Esta atención dio origen a infatigables esfuerzos por aliviar a los que sufren.

«Esta unción santa de los enfermos fue instituida por Cristo nuestro Señor como un sacramento del Nuevo Testamento, verdadero y propiamente dicho, insinuado por Marcos (cf *Mc* 6,13), y recomendado a los fieles y promulgado por Santiago, apóstol y hermano del Señor» (Concilio de Trento: DS 1695, cf *St* 5, 14-15).

Orden sacerdotal

El Orden es el sacramento gracias al cual la misión confiada por Cristo a sus Apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos: es, pues, el sacramento del ministerio apostólico. Comprende tres grados: el episcopado, el presbiterado y el diaconado.

El Orden confiere un don del Espíritu Santo que permite ejercer un "poder sagrado" (*sacra potestas*) (cf LG 10) que sólo puede venir de Cristo, a través de su Iglesia. La ordenación también es llamada *consecratio* porque es un "poner aparte" y un "investir" por Cristo mismo para su Iglesia. “La imposición de manos” del obispo, con la oración consecratoria, constituye el signo visible de esta consagración.

El pueblo elegido fue constituido por Dios como "un reino de sacerdotes y una nación consagrada" (*Ex* 19,6; cf *Is* 61,6). Pero dentro del pueblo de Israel, Dios escogió una de las doce tribus, la de Leví, para el servicio litúrgico (cf. Nm 1,48-53); Dios mismo es la parte de su herencia (cf. *Jos* 13,33). Un rito propio consagró los orígenes del sacerdocio de la Antigua Alianza (cf *Ex* 29,1-30; *Lv* 8). En ella los sacerdotes fueron establecidos "para intervenir en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados" (*Hb* 5,1).

Instituido para anunciar la palabra de Dios (cf *Ml* 2,7-9) y para restablecer la comunión con Dios mediante los sacrificios y la oración, este sacerdocio de la Antigua Alianza, sin embargo, era incapaz de realizar la salvación, por lo cual tenía necesidad de repetir sin cesar los sacrificios, y no podía alcanzar una santificación definitiva (cf. *Hb* 5,3; 7,27; 10,1-4), que sólo podría ser lograda por el sacrificio de Cristo.

No obstante, la liturgia de la Iglesia ve en el sacerdocio de Aarón y en el servicio de los levitas, así como en la institución de los setenta "ancianos" (cf *Nm* 11,24-25), prefiguraciones del ministerio ordenado de la Nueva Alianza. Por ello, en el rito latino la Iglesia se

dirige a Dios en la oración consecratoria de la ordenación de los obispos de la siguiente manera:

«Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo [...], Tú que estableciste normas en tu Iglesia con tu palabra bienhechora. Desde el principio tú predestinaste un linaje justo de Abraham; nombraste príncipes y sacerdotes y no dejase sin ministro tu santuario» (*Pontifical Romano: Ordenación de Obispos, presbíteros y diáconos*. Ordenación de Obispo. Oración de la Ordenación, 47).

Todas las prefiguraciones del sacerdocio de la Antigua Alianza encuentran su cumplimiento en Cristo Jesús, "único [...] mediador entre Dios y los hombres" (*1 Tm* 2,5). Melquisedec, "sacerdote del Altísimo" (*Gn* 14,18), es considerado por la Tradición cristiana como una prefiguración del sacerdocio de Cristo, único "Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec" (*Hb* 5,10; 6,20), "santo, inocente, inmaculado" (*Hb* 7,26), que, "mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados" (*Hb* 10,14), es decir, mediante el único sacrificio de su Cruz.

En el servicio eclesial del ministro ordenado es Cristo mismo quien está presente a su Iglesia como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, Sumo Sacerdote del sacrificio redentor, Maestro de la Verdad. Es lo que la Iglesia expresa al decir que el sacerdote, en virtud del sacramento del Orden, actúa *in persona Christi Capitis.*

Matrimonio

"La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Nuestro Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados" (CIC can. 1055, §1).

La sagrada Escritura se abre con el relato de la creación del hombre y de la mujer a imagen y semejanza de Dios (*Gn* 1,26- 27) y se cierra con la visión de las "bodas del Cordero" (*Ap* 19,9; cf. *Ap* 19, 7). De un extremo a otro la Escritura habla del matrimonio y de su "misterio", de su institución y del sentido que Dios le dio, de su origen

y de su fin, de sus realizaciones diversas a lo largo de la historia de la salvación, de sus dificultades nacidas del pecado y de su renovación "en el Señor" (*1 Co* 7,39) todo ello en la perspectiva de la Nueva Alianza de Cristo y de la Iglesia (cf *Ef* 5,31-32).

"La íntima comunidad de vida y amor conyugal, está fundada por el Creador y provista de leyes propias. [...] El mismo Dios [...] es el autor del matrimonio" (GS 48,1). La vocación al matrimonio se inscribe en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador. El matrimonio no es una institución puramente humana a pesar de las numerosas variaciones que ha podido sufrir a lo largo de los siglos en las diferentes culturas, estructuras sociales y actitudes espirituales. Estas diversidades no deben hacer olvidar sus rasgos comunes y permanentes.

A pesar de que la dignidad de esta institución no se trasluzca siempre con la misma claridad (cf GS 47,2), existe en todas las culturas un cierto sentido de la grandeza de la unión matrimonial. "La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar" (GS 47,1).

Letanías de Nuestra Señora de la Liberación y las Victorias

Señor, ten piedad.
Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.
Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.
Señor, ten piedad.

Cristo óyenos.
Cristo escúchanos.

Dios, Padre celestial,
ten piedad de nosotros.

Dios, Hijo, Redentor del mundo,
ten piedad de nosotros.

Dios, Espíritu Santo,
ten piedad de nosotros.
Trinidad Santa, un solo Dios,
ten piedad de nosotros.

Santa María, Nuestra Señora de la Liberación,
ruega por nosotros.

Santa María, Nuestra Señora de las Victorias,
ruega por nosotros.

Santa María, en quien reposó el Poder del Altísimo,
ruega por nosotros.

Santa María, más valiente que Ester y Judit,
ruega por nosotros.

Santa María, cuyo Hijo aplastó la cabeza de satanás,
ruega por nosotros.

Santa María, vestida de Sol, invulnerable a los ataques de satanás,
ruega por nosotros.

Santa María, que nos protege contra el dragón furioso,
ruega por nosotros.

Santa María, refugio de los pecadores,
ruega por nosotros.

Santa María, liberadora y salud de los enfermos,
ruega por nosotros.

Santa María, esperanza de los desesperados,
ruega por nosotros.

Santa María, que proporcionaste a Isabel una feliz liberación,
ruega por nosotros.
Santa María, protectora de la mujer en cinta,
ruega por nosotros.

Santa María, buena liberación de las mujeres que trabajan,
ruega por nosotros.

Santa María, consoladora de los niños abortados,
ruega por nosotros.

Virgen María, libéranos.

Del poder y de las tentaciones de satanás,
Virgen María, libéranos.

De la seducción de los ídolos y de las falsas doctrinas,
Virgen María, libéranos.

De las posesiones demoniacas,
Virgen María, libéranos.

De los embustes perniciosos del espíritu de las tinieblas,
Virgen María, libéranos.

De los ataques de brujos y maestros ocultos,
Virgen María, libéranos.

De los pactos diabólicos que nos hacen esclavos de satanás,
Virgen María, libéranos.

De la idolatría, del espiritismo y del satanismo,
Virgen María, libéranos.

De las sectas, brujerías y sociedades secretas,
Virgen María, libéranos.
De las trampas de la adivinación y de las falsas predicciones,
Virgen María, libéranos.

De las falsas visiones y de los sueños engañosos,
Virgen María, libéranos.

De toda maldición,
Virgen María, libéranos.

De embrujos, sortilegios y maleficios,
Virgen María, libéranos.

Del espíritu de muerte que impulsa al suicidio y al homicidio,
Virgen María, libéranos.

De las enfermedades provocadas por sortilegios,
Virgen María, libéranos.

De las plagas y pestilencias devastadoras,
Virgen María, libéranos.

Del hambre, de la violencia y de la guerra,
Virgen María, libéranos.

De los accidentes mortales,
Virgen María, libéranos.

De las enfermedades contagiosas,
Virgen María, libéranos.

De la esterilidad de origen maléfico,
Virgen María, libéranos.

De toda amenaza contra los niños en el seno materno,
Virgen María, libéranos.
De alumbramientos difíciles,
Virgen María, libéranos.

De los traumatismos de nuestra infancia,
Virgen María, libéranos.

De las perversiones de las que son víctimas los niños,
Virgen María, libéranos.

De las angustias del alma y de los males del cuerpo,
Virgen María, libéranos.

De las ataduras genealógicas que afectan a los vivos,
Virgen María, libéranos.

De las desapariciones misteriosas de parientes próximos,
Virgen María, libéranos.

De los bloqueos de la vida sentimental y de nuestras facultades mentales,
Virgen María, libéranos.

De los estragos que causan la impiedad,
Virgen María, libéranos.

De los avances del descreimiento y de la civilización de la muerte,
Virgen María, libéranos.

De la tentación contra la fe,
Virgen María, libéranos.

De las comuniones indignas y sacrílegas,
Virgen María, libéranos.

De la desesperanza y del desánimo,
Virgen María, libéranos.

Del espíritu de miedo que mata la fe en Dios,
Virgen María, libéranos.

De la tibieza en el servicio a Dios,
Virgen María, libéranos.

Del espíritu de orgullo y de dominio,
Virgen María, libéranos.

Del endurecimiento en el pecado,
Virgen María, libéranos.

Del pecado contra el Espíritu Santo,
Virgen María, libéranos.

Del no querer perdonar a nuestros enemigos,
Virgen María, libéranos.

De los pensamientos de odio y de los pensamientos impuros,
Virgen María, libéranos.

De los embustes del demonio a la hora de la muerte,
Virgen María, libéranos.

De los sufrimientos del Purgatorio,
Virgen María, libéranos.

De la condenación eterna,
Virgen María, libéranos.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, *perdónanos, Señor.*
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, *escúchanos Señor.*
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros, Señor.

Cristo, vencedor de la muerte,
escúchanos.

Cristo, vencedor de Satanás,
atiende nuestras súplicas.

Espíritu Santo, el liberador,
escúchanos.

Espíritu Santo, el consolador,
atiende nuestras súplicas.

Dios, Padre Omnipotente,
escúchanos.

Dios, Padre Omnipotente,
libéranos del maligno.

Oh María, sin pecado concebida,
ruega por nosotros que recurrimos a ti.

Ruega por nosotros, Nuestra Señora de Liberación,
para que seamos liberados de todas nuestras tribulaciones.

Oremos

Te alabamos, oh Dios, por tu amor, tu misericordia y tu poder, por la victoria de la Sangre del Cordero, tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo.

Te alabamos por nuestra Madre, la Virgen María.

Concede a todos los que se refugian bajo su maternal protección, la liberación de los males que les afligen, líbrales del poder de las tinieblas para que vivan en la libertad de los hijos de DIOS, en el cortejo triunfal de Cristo Resucitado. *Amén*

Santo Evangelio según San Mateo 10, 24-33:

Un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo; ya le basta al discípulo con ser como su maestro y al esclavo como su amo. Si al dueño de casa lo han llamado Belzebú, ¡cuánto más a los criados! No les tengáis miedo, porque nada hay encubierto, que no llegue a descubrirse; ni nada hay escondido, que no llegue a saberse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna.

¿No se venden un par de gorriones por un céntimo? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados.

Por eso, no tengáis miedo: valéis más vosotros que muchos gorriones. A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre.

Comentario de San Juan Crisóstomo (Obispo y doctor de la Iglesia):

Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y una gran tempestad nos amenaza: sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos de pie sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá esta roca; aunque se levanten las olas, nada podrán contra la barca de Jesús. Decidme:

¿Qué podemos temer? ¿La muerte? Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir. ¿El destierro? Del Señor es la tierra y cuanto la llena. ¿La confiscación de los bienes? Sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él.

Yo me río de todo lo que es temible en este mundo y de sus bienes. No temo la muerte ni envidio las riquezas. No tengo deseos

de vivir, si no es para vuestro bien espiritual. Por eso, os hablo de lo que sucede ahora exhortando vuestra caridad a la confianza.

¿No has oído aquella palabra del Señor: Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos? Y, allí donde un pueblo numeroso esté reunido por los lazos de la caridad, ¿no estará presente el Señor? Él me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas que me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Este es mi báculo, ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña. Si no me hubiese retenido el amor que os tengo, no hubiese esperado a mañana para marcharme. En toda ocasión yo digo: «Señor, hágase tu voluntad: no lo que quiere éste o aquél, sino lo que tú quieres que haga.» Éste es mi alcázar, ésta es mi roca inamovible, éste es mi báculo seguro. Si esto es lo que quiere Dios, que así se haga. Si quiere que me quede aquí, le doy gracias. En cualquier lugar donde me mande, le doy gracias también. Además, donde yo esté estaréis también vosotros, donde estéis vosotros estaré también yo: formamos todos un solo cuerpo, y el cuerpo no puede separarse de la cabeza, ni la cabeza del cuerpo. Aunque estemos separados en cuanto al lugar, permanecemos unidos por la caridad, y ni la misma muerte será capaz de desunirnos. Porque, aunque muera mi cuerpo, mi espíritu vivirá y no echará en olvido a su pueblo.

Vosotros sois mis conciudadanos, mis padres, mis hermanos, mis hijos, mis miembros, mi cuerpo y mi luz, una luz más agradable que esta luz material. Porque, para mí, ninguna luz es mejor que la de vuestra caridad. La luz material me es útil en la vida presente, pero vuestra caridad es la que va preparando mi corona para el futuro.

Y así terminan los Hechos de los Apóstoles en 28, 23-31:

"Fijaron con él un día y vinieron en gran número donde se hospedaba. Pablo les hizo una exposición; desde la mañana hasta la noche les habló del Reino de Dios, partiendo de la Ley de Moisés y

los Profetas, y trataba de convencerlos acerca de Jesús. Unos se convencían por sus palabras y otros no. Al final los judíos se retiraron muy divididos; Pablo los despidió con estas palabras: «Es muy acertado lo que dijo el Espíritu Santo cuando hablaba a sus padres por boca del profeta Isaías: Ve al encuentro de este pueblo y dile: Por más que oigan no entenderán, y por más que miren no verán. El corazón de este pueblo se ha endurecido. Se han tapado los oídos y cerrado los ojos; tienen miedo de ver con sus ojos y de oír con sus oídos, pues entonces comprenderían y se convertirían, y yo los sanaría. Por eso sepan que esta salvación de Dios ya ha sido proclamada a los paganos; ellos la escucharán.»

Pablo, pues, arrendaba esta vivienda privada y permaneció allí dos años enteros. Recibía a todos los que lo venían a ver, proclamaba el Reino de Dios y les enseñaba con mucha seguridad lo referente a Cristo Jesús, el Señor, y nadie le ponía trabas."

En la cruz está la vida,
y el consuelo,
y ella sola es el camino,
para el Cielo.

Santa Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia.

Las estructuras de pecado engullen a las personas en un Sistema anticristiano, donde no reina Cristo, que es El Señor, y ha de reinar EN TODO LUGAR.

Los que habitamos la sociedad hemos de procurar no ser engullidos por dicho Sistema, por el Pensamiento globalista, único no cristiano, y por los enemigos del alma de siempre. Hemos de resistir firmes en la fe sin dejarnos arrastrar por la corriente, por dificultades internas o externas que tengamos. Luchando por servir a nuestro Dios que SÓLO QUIERE NUESTRO BIEN, AHORA Y POR TODA LA ETERNIDAD.

Quien sigue a Jesús, a pesar de sus caídas o imperfecciones, a pesar de las persecuciones que están garantizadas, tendrá la luz de la Vida en medio de las tinieblas y mentiras de este mundo que mata al Inocente, que no soporta al Justo.

Te lo repito: nada más grande en esta vida que ser hijo de Dios en Cristo Jesús y vivir como tal. Nada más grande que poder vivir como católico e hijo de la Santa Madre Iglesia, pudiendo acudir a las fuentes de la Gracia donde se derrama gratuitamente una y otra vez Nuestro Amadísimo Señor Jesucristo para nuestra Vida y Salvación.

Es nuestro Dios, quien por medio de Su único Hijo, nos dice: *Si vosotros permaneciereis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres. Jn.8,31.*

Espero de corazón que la lectura de este libro te haya ayudado en aquello que Dios quería darte y tú más necesitabas. Tenlo a mano para releerlo si fuera necesario. Dios te bendiga y la Inmaculada te guarde porque tú se lo pidas incansablemente cada día. Así lo espero.

Si quieres comunicarte conmigo escríbeme a:
conquistalavidaeterna@gmail.com

P. D. Este trabajo que tienes en tus manos se hace sin ningún ánimo de lucro.

Si te ha gustado y te ha ayudado, te animo a que lo divulgues tanto como estimes oportuno. Muchas gracias y todo para la mayor gloria de Dios y salvación de muchas almas. Así sea.

ORACIÓN

Oh Dios, has puesto la plenitud de la ley en el amor a Ti y al prójimo, concédenos cumplir Tus mandamientos para llegar así a la vida eterna.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

CONCLUSIÓN

Bendigamos al Señor.
Demos gracias a Dios.

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo,
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus Siete Dones
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

La mayoría de las personas solemos vivir pensando que nunca nos tocará morir. Pero el día menos pensado llegará. ¿Y después qué? Con mi muerte se sellará mi suerte. Será una eternidad con Dios o sin Dios.

San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, decía:
"¿Hacía dónde cae el árbol? Hacia donde está inclinado. ¿A dónde irás cuando mueras? A donde estés inclinado"

Al morir seremos examinados. Pero Dios, en su gran Misericordia, nos dice hasta las preguntas que nos va a hacer, y también nos da las respuestas. ¿Seremos tan necios de no prepararnos debidamente para ese examen?

Este libro de sana doctrina y testimonios impactantes ofrece una compilación de autores de gran valía, y te ayuda a responder bien las cuestiones fundamentales de la existencia humana.

La ciencia más acabada
es que el hombre en gracia acabe,
pues al fin de la jornada,
aquél que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada.

ESTE LIBRO QUE TIENES EN TUS MANOS TE LO DEMUESTRA.